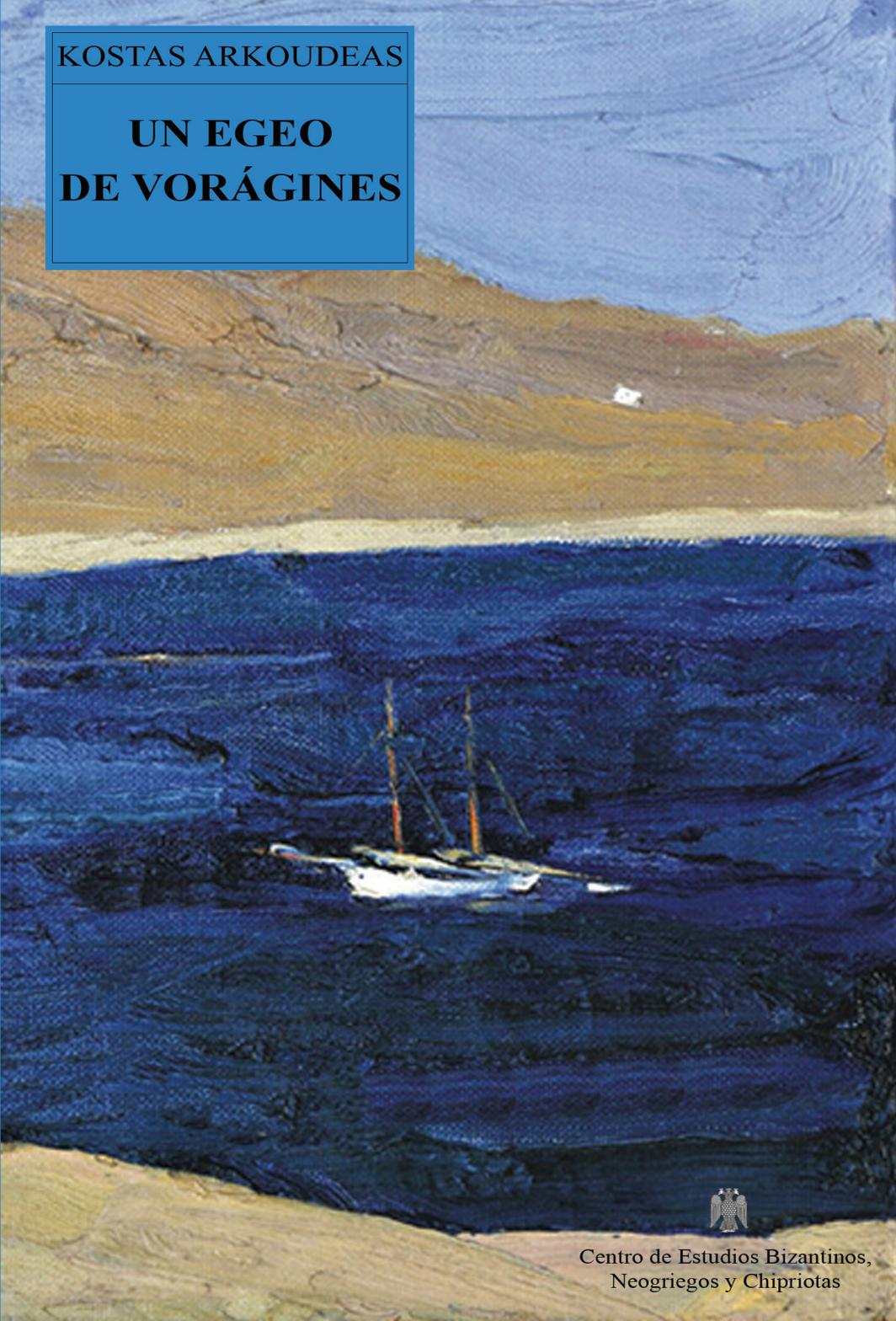


KOSTAS ARKOUDEAS

**UN EGEO
DE VORÁGINES**



Centro de Estudios Bizantinos,
Neogriegos y Chipriotas

KOSTAS ARKOUDEAS

UN EGÉO DE VORÁGINES

KOSTAS ARKOUDEAS

UN EGÉO DE VORÁGINES

Traducción de

Panagiota Papadopoulou
Júan Rojas García
Dolores Carmen Casas Herrada

Granada 2015



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos
Director de Serie: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN

Título original: *Τα κατά Αιγαίον πάθη*

Autor: Kostas Arkoudeas

Traducción: Panagiota Papadopoulou, Juan Rojas García,
Dolores Carmen Casas Herrada

Nº en la serie: 2

pp.: 280

1. Literatura. 2. Novela

© de la edición griega: Εκδόσεις Κέδρος

© de la edición española: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

C/Gran Vía, nº 9-2ºA, 18001, Granada/ Fax: 958-220874

Maquetación: Jorge Lemus Pérez

Portada: «Θαλασσογραφία» Νίκος Λύτρας (1883-1927)

ISBN: 978-84-95905-57-4

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	9
Capítulo 1	19
Capítulo 2	31
Capítulo 3	41
Capítulo 4	49
Capítulo 5	59
Capítulo 6	73
Capítulo 7	83
Capítulo 8	91
Capítulo 9	103
Capítulo 10	109
Capítulo 11	117
Capítulo 12	133
Capítulo 13	147
Capítulo 14.....	161
Capítulo 15	175
Capítulo 16	181
Capítulo 17	197
Capítulo 18	211
Capítulo 19	181
Epílogo	197

Prólogo

¿Qué puedo hacer con las noches si el único responsable de la oscuridad es el sol? Perdí tantos rayos de sol por permanecer en el lado oscuro que, si algo aprendí, fue que todas las revelaciones necesitan luz.

¿Qué hay más bello que despertarse con los rayos del sol de la mañana sobre tu piel; que entrar en cueros en el mar para lavarte y revivir los sueños que tuviste por la noche mientras flotan a tu alrededor como ramas secas? Quería coger un puñado de mar y se escurrió entre mis dedos sin desteñirse. ¿No sería mejor que las personas que aman el mar fueran azules? ¿Y las que aman el bosque fueran verdes? Grises, las de las ciudades; y doradas, las de los desiertos. Las personas de los volcanes serían como la lava incandescente que lo abrasa todo.

Me quedaré sentado en el agua hasta embeberme de ella, hasta llenarme de llagas, hasta que se me arrugue la piel. Puede que me quede dormido en el mar, sucede algunas veces. Utilizo mis brazos de cojín y me dejo llevar por las suaves oscilaciones del agua. Estas oscilaciones se parecen a las que siguen al primer estadio del sueño. Así, tengo la falsa ilusión de que corto los hilos que me atan al mundo físico. Es la manera griega de meditar, y estoy seguro de que la habrían adoptado los indios o los chinos si tuviesen mares tan serenos. Cuando abro los ojos me doy cuenta de que me he alejado

de la orilla. No hay ningún peligro, estoy en un regazo acogedor. Con brazadas lentas y suaves nado hasta la orilla.

Mi nombre es Yorgos Romas. Estoy tumbado en la arena y la mar está junto a mí. Escucho su rumor, su respiración. Es mi amiga y mi amante. Se extiende por todas partes sin tener nada que ocultarme. Lo mismo intentaré hacer yo.

Vivo en una aldea de pescadores abandonada, en una casa que encontré llena de lechuzas muertas cuando llegué. Caen por las chimeneas, que ejercen sobre ellas una atracción inexplicable, y mueren tras las puertas cerradas a cal y canto. Me alimento únicamente de los peces que capturo donde el mar no cubre. Bebo agua de los pozos. Y tengo la espalda desnuda, sin alas que carguen sobre mi conciencia.

Hoy el mar parece una balsa de aceite; sin embargo, a la orilla desierta llega una oleada de pensamientos. Me atraviesan, me ahogan. Quiero desterrarlos, limpiar mi mente; pero son muy astutos y encuentran la manera de fecundar los óvulos de mi memoria. Me habría gustado padecer amnesia, desearía no tener recuerdos.

Y, sin embargo, me acuerdo.

Me recuerdo a mí mismo hundiendo las manos en la tierra, cavando con rabia. Recuerdo que mis dedos sangraban, el viento se calmaba y el tiempo se detenía. Sólo se oían las olas que rompían a lo lejos, en la roca de Kolombos.

Lo que encontré sigue ejerciendo su hechizo sobre mí. Incluso ahora. Recuerdo lo afortunado que me sentí de que la muerte no me hubiese llevado, de que me hubiese concedido el valioso privilegio de permanecer alejada de mí. Era dichoso por partida doble, porque había pasado los mejores años de mi vida en paz, en bendita paz y

libertad. No había nacido poco antes, cuando las guerras mundiales y los tanques de los coroneles segaron tantas vidas; tampoco poco después, cuando la miseria y la catástrofe ecológica dieran paso a un futuro incierto. Había nacido en la época y en el lugar adecuados. Esperaba que esta señal no arrojara sobre mí la furia de la vida, que suele subirte a los cielos y luego estrellarte contra el suelo. No sé si yo merecía aquel favor, pero no podía más que darle las gracias al segador por haberse mantenido a distancia.

Sólo en una ocasión, durante todo este tiempo, había visto la muerte tan de cerca, hace muchos años, cuando era un niño. Volvía del colegio con mi amigo Ilías, que más tarde se haría maestro y emigraría a Suecia para librarse de la presión de los suyos. Nos habíamos parado en el quiosco del barrio para ver los titulares de los periódicos deportivos; entonces, el quiosquero se asomó y me dijo que mi abuela había muerto. Me llevé una fuerte impresión. Había crecido con mi abuela y la relacionaba con mis juegos infantiles. Sentía que me habían robado mi mejor juguete. Me enojé, me llené de ira por la existencia del ladrón. ¿Por qué no hacía nada el ser humano para meterlo en la cárcel? Me asomaron las lágrimas, pero las contuve, porque me avergonzaba mostrar cuánta conmoción sufría. Detestaba que los demás se compadecieran de mí, aunque había momentos en que lo deseaba. No dejé que las miradas indiscretas del quiosquero y de Ilías vieran la tempestad que se había desatado en mi interior. Con la dureza que caracteriza, en ocasiones, las decisiones de los niños, afirmé: «No pasa nada. De todas maneras ya era vieja». Cuando llegamos a casa, recorrí con la mirada el pasillo, entre los pistacheros, que conducía hasta el patio interior. Allí, apoyada contra la pared, se encontraba la tapa de un

féretro, negra y con una cruz dorada en el centro. Una residencia miserable para aquéllos que amaron la vida.

Capítulo 1

Durante el pasado invierno estuve reuniendo dinero con el fin de cumplir una vieja promesa: pasar cuatro meses en las islas del Mar Egeo, disfrutar todo un verano en el regazo del mar. Trabajaba entonces en una gasolinera en la avenida ateniense de Acarnas, con los dedos ateridos de frío por aguantar las rarezas de los clientes. El olor de la gasolina se había impregnado en mi piel. No se iba por mucho que me frotara; pensaba que no se iría nunca. Cada día prendía en mí el deseo de sumergirme en agua limpia para quitarme la suciedad de encima. Para cuando llegaron los primeros calores, había conseguido ahorrar lo suficiente. Nada me sujetaba en la ciudad. El último día vino a la gasolinera un tipo con cara de tramposo. Aparcó su resplandeciente Jaguar delante de los surtidores y me dio las llaves del depósito de la gasolina con gesto indiferente. Siempre quería decirle: «Tío, sal fuera y ábrelo tú solo». Siempre me veía obligado a destapar yo el maldito depósito, que no se abría, se atrancaba en algún sitio. Me crispaba. Cogí la manguera, la introduje por la ventanilla abierta y vacié la gasolina encima del tipo. Que por una vez se vaya él también a su casa oliendo desde la cabeza a los pies.

«Quinientos euros», le dije mientras ponía la manguera en su sitio.

Encendí incluso un cigarro y lo miré con frialdad, preparado para echarlo dentro. El tipo se enrabió. Salió del Jaguar y,

empapado, fue a quejarse a la dirección. Como es natural, me despidieron. Mi carrera como expendedor de gasolinera acabó en agua de borrajas.

Al día siguiente me largué, cargué con mi mochila —la que le había comprado a un inmigrante ilegal en la plaza de Omonia— y me dirigí al puerto de El Pireo. Me monté en el primer barco hacia las Islas Cícladas. Amaba muchísimo el Egeo con sus llamativos contrastes e, incluso más, las Cícladas de los islotes rocosos. Me convertí también yo en un nómada del Egeo, en uno de esos que navega por las islas con una mochila en la espalda y su cama —su saco de dormir— lista para hacerse en todo momento en el entarimado de la cubierta de un barco o en la mullida arena de una playa. Mi cuerpo se bronceó y se hizo vigoroso. Mi mente se limpió la podredumbre de las ciudades. Al principio tuve dificultades, pero con el tiempo me familiaricé con el agua y conseguí lo que anhelaba: adaptarme al medio acuático. Miraba durante horas las catedrales y las ciudades góticas del agua mientras cardúmenes de peces pasaban tranquilamente por mi lado. En el agua perdía la noción del tiempo, flotaba en el vacío.

No referiré mucho sobre este período. Sin embargo, he guardado con devoción los momentos más bellos: la fiesta con los violines en el pueblo de Fínikas, los guijarros de colores en Paleojori y el café con burbujas en la terraza del castillo. También, la luna recostada encima del molino de viento, con la música de *La luna* vibrando en la noche; y el arbolado de tamariscos en la playa de María, que me sirvió de refugio durante la tormenta de arena. Fue inolvidable mi estancia en la pensión de Franky, con las violetas, desde donde miraba hacia el pequeño puerto de Íos. Sería

una pena, e injusto, no mencionar el bar, con el aguardiente, en la playa de Punta; o el sendero en las crestas de la isla de Amorgós, o las enormes olas en Armenistís.

Hacia mediados de julio una multitud de gente acude a las islas como una horda de moscas. Turistas y vendedores ambulantes participan de un alboroto descomunal que dura alrededor de un mes. Tras la festividad del Quince de Agosto, el ambiente se tranquiliza un poco, pero, aun así, este mes es un verdadero tormento. Hay colas en las marisquerías, en los lavabos y en las duchas, en las panaderías, en las tiendas, en los estancos de tabaco y en los teléfonos públicos. Empecé la retirada hacia las islas ubicadas en las líneas marítimas de poco tránsito. «Yorgos Romas, un asceta contemporáneo», me dijo a mí mismo. Como si no te avergonzaras, ¿a quién quieres engañar? A pesar de ello, sentía la necesidad imperiosa de esquivar la muchedumbre. Quería encontrar algún lugar al que no llegara el olor de los protectores solares.

No tardé en encontrarlo.

Viajé hasta La Canea, después hacia Sfakiá y, desde allí, cogí el barquito hacia Gavdos. La isla de Gavdos, situada en el Mar de Libia, en el punto más meridional de Grecia y en el paralelo más al sur, incluso, que Marruecos, fue en la antigüedad un nido de piratas. En la playa de Sarakíniko había dos o tres tabernas pequeñas y bastante gente, pero no me quedé allí. Me aprovisioné de comida desecada y agua, y me fui más allá, a la playa de Ai Giannis. Nada más llegar, pensé que había ido a parar a África: dunas, bosques de cedros y troncos arrancados por el viento que flotaban en el mar. Bajo los cedros vivían, como los primeros hombres, varios anacoretas —pescadores submarinos en su mayoría— y estudiantes de Bellas Artes.

Pasé un mes lejos del bullicio. Los vientos etesios nos azotaban con polvo y arena fina. Cuando amainaban, los sucedían largos períodos de calma. El calor era llevadero bajo la sombra de los árboles, con la compañía de la orquesta escondida de chicharras. Todos discutían sobre la miseria de Sarakíniko, la playa de al lado, que en pocos años se había transformado. Brotaban casas de la nada, con generadores de corriente que funcionaban día y noche con un ruido exasperante. Unos tractores trepaban a las dunas, como si fuesen conejitos, mientras transportaban el equipaje de los turistas. Veraneantes de Paleojora y Sfakiá salían de pequeñas embarcaciones de todo tipo, con lo que el lugar se llenaba de familias con sombrillas y tipos de gimnasio que jugaban con raquetas. Los escasos habitantes oriundos de Gavdos se habían separado ya en camarillas y hacían planes para sacar provecho del desarrollo turístico.

Todo esto era desconocido en Ai Giannis. La codicia y la contaminación todavía no habían llegado a este lugar. La vida comunal continuaba sin impedimentos. Cada uno tenía su árbol, que había convertido en refugio con trapos colgados en sus ramas. Pequeños faroles iluminaban la noche y daban al lugar el aspecto de un campamento en un bosque. Nadaba todo el día y, por la noche, leía con la linterna los libros con los que me había surtido como joven previsor. Cuando la soledad se volvía insoportable, me consolaba pensar que en otros lugares, a esas horas, la gente mataba por una mesa junto a las olas. Aquí, benditos eran los pescadores submarinos por pescar tantos peces. Al atardecer, esta particular comuna vivía sus momentos de convivencia. Entusiasmados por la idea de saciar el hambre, se reunían todos alrededor del fuego. Unos escamaban los peces y los asaban, otros

hacían ensaladas o cogían las barcas para traer vino de Sarakíniko. La juerga que seguía se prolongaba hasta el amanecer y no tenía nada que envidiar a las fiestas en honor del santo local Ai Giannis. En nuestra playa lo honrábamos a diario; cada día era una fiesta.

Después de la festividad del Quince de Agosto, algo parecía haber cambiado. Se marcharon los chicos de Bellas Artes, que, con su originalidad, constituían el alma del grupo. El tiempo refrescó y mi tobillo desapareció. El pie se me hinchó por la picadura de un escarabajo; se puso como un tambor. Busqué en vano mi tobillo debajo de la hinchazón. ¿Había pasado ya un mes? Había corrido como el agua. Había perdido mi identidad, mi esencia. Yo también me había transformado en un escarabajo que corría por la arena. Como única compañía tenía una piedra pómez negra de Santorini. En su superficie porosa la naturaleza había trazado la tela de una araña que, con astucia, hubiera atrapado a su víctima. Llevaba la piedra conmigo allá donde iba. La sostenía en la palma de la mano y le transmitía mi energía. Algunas veces le hablaba y tenía la impresión de que me comprendía, de que aceptaba lo que le decía con silenciosa condescendencia. Al final me hice animista, tenía que reconocerlo. Esta piedrecita era un recuerdo de mi visita a Santorini. Sería lo primero que le daría cuando volviese a ver la isla.

¿Cuándo sería eso?

Hacía tres años que no iba a Santorini, a Ía, un pequeño pueblo en su parte norte. Cuando vi por primera vez sus casas blancas, construidas encima del precipicio, la llamé “Los Jardines Colgantes del Egeo”, una de las siete maravillas del mundo contemporáneo. Tres años, tres años completos lejos de los Jardines Colgantes. No me quedé mucho en aquel entonces, cinco o seis días todo lo más,

pero fueron suficientes para tomar decisiones importantes. Allí luché contra mi antiguo yo; allí rechacé al pequeño burgués de éxito; allí decidí emprender un nuevo comienzo. Dentro de mí se derrumbó todo lo que estaba destinado al desplome a fin de dejar espacio para construir de nuevo.

Hasta aquel momento Yorgos Romas tenía todo lo que deseaba: una mujer que lo amaba, un hogar acogedor y un trabajo ideal. Era bibliotecario en el Museo de Arte Popular; Yorgos Romas siempre había soñado con un trabajo semejante. Quitaba el polvo a los volúmenes de las estanterías altas, ordenaba el material, recibía nuevos libros y, en los intermedios, se adentraba en páginas que le hacían viajar. Y, sin embargo, después de las decisiones que tomó en Áa, Yorgos Romas regresó y mandó todo a tomar viento. Se marchó de su casa, dejó su trabajo y rompió con su mujer. No era un hombre hogareño. No le iba el acomodo y la repetición. La estabilidad le causaba tristeza. Le iba la acción, la alternancia de personas y ambientes, la sorpresa de cada día.

Hablaba del antiguo Yorgos Romas como si fuera otra persona. Tampoco me faltaba razón. Desde entonces había vivido un trienio modesto en ganancias materiales, pero mucho más atractivo. Mi vida, que antes estaba llena de asuntos pendientes, se había simplificado de una forma increíble. Sentía que había encontrado mi verdadero yo. Después del difícil tiempo de adaptación a la nueva realidad, vi lo apropiado que habían sido los cambios y no dejé de darle las gracias a Áa por haberme inspirado esta actitud. Comparaba con Áa cualquier lugar donde estaba. En Áa los cuatro elementos se encontraban en su forma de máximo esplendor: el agua, con sus profundidades abisales, que, según se dice, escondía

las ruinas de la mítica Atlántida; la tierra, oscura y triste como una anciana viuda, mostraba a veces sus heridas y otras las ocultaba como una aristócrata venida a menos; el fuego, que se guardaba en las entrañas del volcán, inflamaba los corazones de los hombres; finalmente, el viento, con el que había forjado una relación especial, le hablaba e intentaba calmar la ira.

De repente me pareció que en Gavdos no había nada imprevisible. Había llegado el momento de regresar a Ía. Ya al día siguiente me encontraba en el barquito que me trasladaría a Paleojora. Desde allí cogí un autobús hacia La Canea y, a continuación, otro autobús hacia el puerto de Heraclión.

Subí al barco hacia Santorini.

En el trayecto nos acaeció un temporal. El barco comenzó a rechinar y suspirar. El corazón me latía desacompadadamente. No era por la marejada, no, era un sentimiento más complejo, entre la agonía y el abandono a los deseos del destino. Me había envuelto con el saco de dormir en la cubierta y esperé a que Santorini apareciese por entre las olas.

Regresaba allí, de donde había partido.

Capítulo 2

Una de las ruedas del autobús que hacía el trayecto Firá-Ía pasó por encima de una piedra de tamaño considerable que se había desprendido a causa de los corrimientos de tierra. El vehículo se zarandeó y los pasajeros se movieron sincronizadamente, como gelatinas en un plato. En la radio sonaban sustas a todo volumen, un tipo de música cretense. Mientras maniobraba, el conductor encendió un cigarro debajo de un cartel rojo y negro que prohibía fumar. Los turistas, colgados de las anillas y amontonados como sardinas unos encima de otros, pronunciaban Ía como “Oia”, un error que escucharía frecuentemente. Unos jipis al fondo del autobús se reían medio borrachos. Se pasaban entre ellos una botella de aguardiente, cuyo olor había inundado el lugar. Justamente delante de mí, una pareja de hispanohablantes se había pegado y se movía al ritmo de las sacudidas. La camisa del hombre se había fundido con su espalda empapada, mientras que la chica gemía sensualmente con los ojos cerrados y la coleta se balanceaba por los zarandeos. En un volantazo alguien gritó. Las ruedas cogieron la curva al borde de un precipicio que se abría por debajo. El autobús se lanzó en línea recta sobre lo que parecía una estrecha franja de tierra entre el mar. Apareció la majestuosa caldera, una depresión en forma de arco originada por las erupciones volcánicas que llegaba hasta el fondo del mar, donde se encontraba desmembrado el cuerpo torturado de la isla.

La visión de la caldera hizo aflorar de nuevo en mí una sensación de *déjà vu*. La tenía desde el momento en que mis pies pisaron Santorini. Cuando sucedía, se decía o se escuchaba algo, yo creía que ya lo había vivido y sabía qué ocurriría a continuación. Esta sensación que me acompañaba me hacía sentir incómodo; para librarme de ella antes de que se volviese insoportable, me formulé varias reflexiones: ¿por qué los raperos, cuando hablan sobre su cerebro, se señalan con el dedo? ¿Piensan que no sabemos dónde está? ¿Lo hacen para dar énfasis o acaso ellos piensan con otra cosa?

El autobús llegó por fin a su última parada. Las puertas se abrieron y los turistas salieron del armario abarrotado. El revisor subió a la baca y empezó a bajar el equipaje con rapidez. Cogí mi mochila, me la cargué y miré la hora. Eran las siete y media de la tarde. Lo hubiese dado todo por un café, pero no tenía tiempo para caprichos. Tenía que asegurarme un alojamiento antes de que anoheciera, así que fui en busca de la única persona que conocía en el pueblo.

Se trataba de Asprogenis, el jefe de un bar-restaurante llamado «Mama Africa». Pesaba ciento treinta kilos, pero en verano adelgazaba, alcanzaba los ciento veintinueve. «Los veranos me vuelven irreconocible, me quedo en los huesos», decía. Su exuberante presencia no pasaba desapercibida, hecho que apenas le preocupaba. Hacía lo que hacía porque quería, y lo que no quería, simplemente, no lo hacía. Su filosofía era que los muchos “por si acaso” y “por qué” echan a perder al ser humano. Los “pero”, “si” y “cuando” están al servicio del reino del “nunca”. Con su autenticidad, Asprogenis se hacía querer inmediatamente y tenía un montón de gente que lo seguía. Los conocía a todos y lo sabía todo; era amigo de todos y de nadie. Con una peculiar facilidad

se convertía en fotógrafo, en mecánico, en empresario teatral, en dueño zalamero de un café, en cocinero y en barman. En definitiva, un liante que estaba en todos los fregados. Levanta una piedra y debajo encontrarás a Asprogenis.

Su personalidad atraía a gente de todo tipo. El «Mama Africa» era un lugar de encuentro de aventureros de todas partes. Se reunía allí todo un circo de charlatanes de la farándula: directores de cine holgazanes, actores frustrados, pintores de dudosa valía y poetas sin talento. Este circo, por donde pasaba, dejaba detrás efluvios de comida, alcohol y porros. La diosa del libertinaje había firmado con ellos un salvoconducto; la diosa iba donde fuese aquel circo. Así era. A algunas personas puedes imaginártelas volviendo a su casa después del trabajo en la oficina; a otras, ocultándose y susurrando detrás de unas cortinas; o deambulando por la calle y entrando y saliendo de asilos. A Asprogenis únicamente podías imaginártelo encima de un barco pirata que surcara las aguas de alta mar en busca del botín, que anduviera a corso; un pirata al que se le toleraría todo en los prostíbulos y tabernas del próximo puerto.

Nos habíamos conocido un verano en Majerida, una pequeña playa cerca de La Canea. Asprogenis se había apoltronado detrás de las rocas de las que estaba salpicada la arena y, fumando sus porros preferidos, me había contado historias de África. Me había hablado de los hombres pantera, que son absolutamente normales en todos los aspectos, excepto cuando se adentran en la selva y se comportan como si fuesen animales. También son conocidos como “los hombres silenciosos”. En la selva se inician en los rituales primitivos. Se cortan en la muñeca hasta que su sangre corre hasta la tierra y, con el barro, se cubren las heridas hasta que se cicatricen.

Esta práctica simboliza el puente entre su anterior y su actual forma de vida. Creen que, permaneciendo en la selva, se reencuentran con su ser más profundo y vuelven a situar sus instintos más cerca de la lógica. Cuando fui a Ía hace tres años, Asprogenis fue el primero al que visité. Había llegado poco antes del amanecer y lo encontré en el patio de su bar esperando la salida del sol. Me aposenté en una pequeña habitación con las paredes llenas de agujeros, de donde parecía que iban a salir monstruos de un momento a otro. Asprogenis se había quedado en el patio discutiendo con un gallo que cacareaba en el patio de al lado. «Un día haré contigo gallo al vino, no te vas a librar», lo amenazaba.

Esta era la imagen que tenía en la cabeza cuando bajaba los escalones. El bar rebosaba de turistas que comían con gula la misteriosa comida de Asprogenis: nachos, burritos, chile con carne y pollo con salsa de cacahuete. Esperaba oír la voz de Míriam Makemba por los altavoces, pero no, las cosas habían cambiado. Ahora se escuchaban marchas fúnebres, el ardid habitual del astuto tendero para que los clientes no se eternizaran sentados a la mesa. La mayoría mostraba indiferencia hacia la música, así que se ponían a comer con ansia. Sin embargo, había algunos, los menos, que dejaron de comer y miraban con suspicacia a su alrededor. Asprogenis se encontraba al fondo, metido detrás de la barra sirviendo cafés.

—La capital de Bután, rápido —le dije, y oí como se daba un cabezazo contra la barra al intentar levantarse.

La geografía era nuestro juego cada vez que nos veíamos. Funcionaba, de alguna manera, como un vínculo de unión entre nosotros.

—¡Yorgos, tío! — exclamó y se levantó calándose las gafas.

Cuando lo vi, no pude evitar reírme. Sí, Asprogenis se había dejado bigote. Durante todo el tiempo que lo había conocido, había tenido su cara oronda, con las glándulas hinchadas, siempre recién afeitada. Ahora su aspecto había cambiado. Antes, gracias a su mechón de pelo canoso, a las gafas redondas y a su enorme cuerpo, se parecía a un viejo jipi, igual, incluso, que un persa eunuco en un harén. Ahora, con el bigote poblado, su apariencia se había endurecido, como la de un pirata. Tenía un aire heroico y a la vez gracioso, sobre todo en los momentos en que se ponía serio y se miraba en el espejo girando ligeramente la cabeza hacia la derecha, porque había descubierto un ángulo óptico que le favorecía.

—Venga, amigo, no vales para nada —continué diciendo—. Bután tiene dos capitales: Punaka y Timbu. Una en el invierno y otra en el verano.

Asprogenis esbozó una amplia sonrisa y abrió sus enormes brazos para recibirme.

—Bienvenido a Ía —me saludó.

—¿Qué pasa, Asprogenis? ¿Llevas todavía calcetines con agujeros?

—¿Y tú, sigues escuchimizado? Mírate, ¿has dejado de comer? Estás hecho un debilucho.

—No basta con que seas enorme —le espeté—, quieres que también los demás sean enormes. En cuanto ves a alguien delgado, piensas que te ofende.

Hablamos como si el tiempo no hubiese pasado. Me preguntó qué hacía y le conté todo a la carrera. Cuando me escuchó hablar de Gavdos, dejó escapar un suspiro y comenzó a preguntarme por

fulano y mengano. Los conocía a todos, durante los últimos años había ido a Gavdos asiduamente a excepción de este año. Cuando escuchó que algunos estaban edificando abusivamente en la playa de Sarakíniko y querían convertirla en un balneario, se enfureció. Golpeó la barra, derramó un poco unos cafés aguados y llegó a decir que, si fuese allí, no dejaría piedra sobre piedra.

Le pedí que me ayudara a encontrar una habitación. Se acercaba el momento de dormir sobre un colchón mullido y mi cuerpo lo añoraba. Asprogenis me dijo que las cosas me venían mal dadas. La isla estaba atestada de gente y sería muy difícil. Después de la festividad del Quince de Agosto, eran pocos los que se habían marchado y, enseguida, habían sido reemplazados. La pequeña habitación en la que había dormido la vez pasada la había ocupado Bembis, su perro, un dóberman negro que sacó la cabeza por la ventana y gruñó mostrándome una hilera de afilados dientes. Prefería un compañero de habitación diferente.

—Hay una solución —dijo Asprogenis después de pensar un poco—, que te alojes temporalmente en casa de Balís.

—¿Quién es ése?

—Un amigo mío. Es un poco peculiar, pero verás que el chico es de puta madre. Si no le llevas la contraria, no tendrás problemas.

Decidí ir, al fin y al cabo no tenía nada que perder. Me dio las instrucciones convenientes y, poco después, me encontraba caminando por los callejones de Ía. El peso de su belleza lo sentía casi dolorosamente. Me inundaban pensamientos confusos y recuerdos borrosos. Santorini era una isla de extremos. Unos la adoraban y otros no querían verla ni en pintura. Había visto personas que se marchaban ya el primer día; y otras que no querían separarse de

ella, que se quedaban aquí incluso durante el invierno. La llamaban la isla del diablo, la comparaban con un Titán abrasado por Zeus y otras cosas así. Los lugareños, sin embargo, tenían a su isla en gran estima. Consideraban una desgracia morir lejos de Santorini. Ía, la antigua Epanomeria, era el pueblo de los capitanes de barco. Sus casitas, construidas a diferentes niveles de manera que el patio de una es la azotea de la otra, son conocidas en todo el mundo. El pueblecito, colgado literalmente en la caldera, parecía un palacio y una torre encantada al mismo tiempo, como surgido de los cuentos.

Según las instrucciones de Asprogenis, la casa de Balís estaba al norte, en un barrio llamado Garbiní Mili, una zona con molinos impulsados intensamente por el garbino, el viento del sudoeste, también llamado ábrego. Las calles estaban abarrotadas de “sunseteros”, una tribu que venía siempre para la puesta de sol en autobuses que fletaban agencias turísticas y llevaban en el cristal el cartel *sunset* como lugar de destino. Con sus excursiones perturbaban la tranquilidad del pueblo de Ía durante un par de horas. Los miembros de la tribu sufrían el calor y la muchedumbre, escuchaban a cualquiera decir lo que le venía en gana y llegaban al punto de rogarle al sol que se pusiera. Luego desaparecían, como si les hubieran dado una señal. Cuando los colores que acompañaban al crepúsculo se encontraban en su apoteosis, se hacinaban en los autobuses y regresaban a los hoteles.

Me vi obligado a dar empujones y pisotones. Todos estaban armados con el último modelo de cámara fotográfica. Los clics resonaban al ritmo de una ametralladora. La frase: «Colócate más hacia allá para que te saque con la puesta de sol de fondo», se escuchaba en decenas de dialectos. Un griego-americano afirmaba

que no aguantaba más y que se marchaba sin esperar la puesta de sol. La razón era que había olvidado ponerle las pilas a su cámara. Se trataba de personas que no confiaban en su memoria, que no venían para disfrutar del momento, sino para fotografiarlo.

Asprogenis se había referido a una puerta de color pistacho con rombos. La encontré, la abrí y bajé unos veinte peldaños. Llegué a una terraza interior, protegida del garbino y de la mirada insaciable de los “sunseteros”. Había dos habitaciones, una al lado de la otra, con puertas de madera de color marrón y dos tragaluces circulares. Grité para ver si había alguien. No obtuve respuesta. Las puertas seguían cerradas. Alguien había dejado rastros de su presencia encima de la mesa de la terraza, donde había tres botellas de vino vacías y abandonadas, y vasos y ceniceros colmados de colillas. Los fragmentos de un vaso roto estaban esparcidos alrededor de la mesa y nadie se había molestado en recogerlos. Había muchísimo polvo. Encima del sofá había, a modo de adorno, un bonito par de timbales africanos con flecos. Si fuese un ladronzuelo, me habría forrado.

Esperé por si aparecía alguien. Dejé mi mochila en el sofá y me senté en un extremo del pretil, debajo de los arcos. Desde aquí veía la boca de la caldera y Riba, el pequeño puerto de Tirasia, la isla de enfrente. El sol se ponía dentro de una bruma asfixiante. Apenas se distinguían las islas de alrededor, como Íos, Folégandros y Síkinos. La acústica era como la de un anfiteatro: cuanto más abajo estaba alguien, más claramente lo escuchabas. Al oído me llegaba la conversación de un grupo que estaba al fondo de la calle que llevaba a la playa de Ammudi. Me quedé con la mirada clavada en la línea del horizonte.

No reparé en que la puerta a mi derecha se había abierto y que alguien se había colocado detrás de mí. Al sentir su presencia me giré sobresaltado. Estaba frente a un hombre alto, demacrado y con sólo tres pelos en la cabeza. Tenía ojos saltones, labios gruesos y orejas grandes como las de un koala. Vestía unos bombachos marrones y una camiseta estampada con la lengua de los Rolling Stones. Me examinó de arriba abajo, se rascó la calva y me dijo:

—¿De qué galaxia vienes tú? ¿De las Pléyades?

—No. De las Cícladas.

Esbozó media sonrisa y continuó mirándome con atención. Él era Balís. Su fisonomía me produjo rechazo al principio, algo normal en aquéllos que lo veían por primera vez. Su mirada me incomodaba. Me escudriñaba, intentaba leerme el pensamiento. Me preguntó si podía ayudarme y le dije que buscaba alojamiento. Balís sabía que no había nada en los alrededores, todo estaba ocupado. Ese año había venido a la isla hasta el último mono. Me presenté como amigo de Asprogenis y enfatiqué que estaba hecho polvo. Si no me alojaba en su casa, intentaría quedarme en alguna playa. Pareció compadecerse de mí. Me informó de que disponía de una pequeña habitación, un cuchitril, al lado de la suya, pero que estaba descuidada e impregnada de humedad. Si dormía allí, me despertaría entumecido. Le dije que lo había pasado aún peor. No me importaba la humedad, me bastaba con reposar la cabeza en algún sitio. Se encogió de hombros y resolvió:

—Pues, si quieres, vale. Sólo ten cuidado de no acabar encorvado allí dentro.

Finalmente nos pusimos de acuerdo. Balís no me pidió dinero ni nada. Era suficiente para él que fuese amigo de Asprogenis.

Fue a su habitación para traerme sábanas y toallas. Dejó la puerta entreabierta y mi mirada se extendió casualmente por la rendija. Una chica se estaba maquillando de pie delante del espejo. No se distinguía bien. Tanto su cara como su cuerpo se escondían detrás de un tupido cabello negro que le caía hasta los tobillos. Tal abundancia me dejó fascinado. Me quedé de piedra. ¿Qué habitación era esa? Había por todas partes velas encendidas que creaban un ambiente elegíaco. Telas y pañuelos colgados en cuerdas conferían a la habitación el aspecto de una peculiar tienda de campaña, como las que montan los tuaregs en el desierto.

Esa habitación era la *kánava* de Balís, donde de todo podía ocurrir. Se llama *kánava* al establecimiento para la elaboración de vinos; Balís, a su supervisor. Continué, absorto, observando a la chica. Parece que esa *kánava* producía vinos embriagadores.

Balís regresó con dos sábanas, desteñidas por los lavados y con manchas de color añil. Abrió la habitación, me deseó buena pulmonía y se marchó. Traté de acomodarme de cualquier manera. El cuchitril disponía de un diván amplio, un armario empotrado y una mesita con dos sillas plegables. Había también una tinaja; la examiné y la encontré vacía. Toda la habitación estaba totalmente empapada por la humedad. El olor a moho era intenso. Me tumbé en el diván. Hubiese sido mejor sumergirme en un pantano. Con todo, encontré una manta seca que extendí en el diván, puse encima las sábanas y me volví a tumbar. Estaba muerto de cansancio, los párpados me pesaban.

No tardé en conciliar el sueño.

Una música me acariciaba el oído. El ritmo básico permanecía constante, mientras que, en el fondo, sonidos diferentes se alternaban. Aulós, flautas y órganos litúrgicos iban acompañados de sonidos de la naturaleza, como el murmullo del agua y el soplo del viento entre el follaje. Pasados por los filtros, los sonidos cuentan, no una, sino muchas historias.

Un sonido estridente me sacó del nirvana. Un grito, un grito humano.

Abrí los ojos. Tenía la espalda y el pelo del cogote empapados. Me levanté y miré hacia la terraza, en penumbra, para intentar localizar la fuente del ruido. Vi a la chica de los cabellos largos, aquélla que había visto antes en la *kánava*. No estaba sola. Con ella había un muchacho desnudo de cintura para abajo. La chica estaba totalmente desnuda. Estaba encaramada sobre el chico y se había enroscado a su cintura como una serpiente. El chico subía y bajaba dentro de ella, de pie, en mitad de la terraza, sin apoyarse en nada. Los dientes de la chica brillaban en la penumbra. Echó la cabeza hacia atrás y sus cabellos limpiaron el suelo sucio. Dejó escapar un profundo suspiro mientras el chico rugía.

En el radiocasete, encima de la mesa, continuaba sonando la música sobrenatural que me arrullaba, con la diferencia de que ahora me parecía más terrenal. Creo que había dormido muchas horas. Era tarde. Recuerdo la luna, como una rodaja blanca, clavada en mitad del cielo. Ahora había descendido y se había sonrojado por lo que veía. No tardaría en ocultarse detrás de Tirasia.

Balís no estaba.

El cabello de la chica se extendió hacia un lado y apareció su omóplato desnudo, brillante por el sudor. Di un paso hacia atrás,

porque temía que se percataran de mi presencia. No me veían, no existía siquiera para ellos. Los escuchaba gemir, acompasaban su ritmo con el ritmo de la música, que iba cada vez más rápido.

Entonces oí la risa.

Era tan fuerte que sacudió la terraza. El corazón me dio un salto desde un extremo del tórax al otro. Estoy seguro de que, los que oyeron esa risa, no van a olvidarla. Vino de repente, como una ráfaga de viento que arremete contra las hojas de una puerta. A continuación se lanzó y cayó encima del lugar como una nube de voces ininteligibles.

La sensual atmósfera de la terraza se transformó en un clima de pánico. Se oyeron los gritos de un animal que se esforzaba en salvarse. Unas pezuñas aporreaban el suelo con rabia. ¿Qué demonios estaba sucediendo? Se me había hecho un nudo en el estómago. Los sonidos extraños me causaban temor. Oí a la chica chillar. Un relincho soterró la música, los gritos e, incluso, el chillido de la chica. Decidí intervenir. Alguien tenía que poner freno, darle fin a este dislate. Cogí aire y salí a la terraza. Salí sin saber que, con este paso, me trasladaba del sencillo mundo de la cotidianidad a otro, donde todo era posible.

Me encontraba en la jungla, en el campo de batalla. La falta de lógica se apoderó de mí caprichosamente. El único pensamiento que me mantenía la razón en su sitio y no me hacía enloquecer era que soñaba, que me despertaría y escaparía, calado por el sudor, de esta pesadilla. No me permití a mí mismo ver la escena durante más de algunas fracciones de segundo. Sin embargo, esa imagen fugaz se me quedó grabada con tanta nitidez que podría haberme quedado mirándola durante horas.

Un caballo negro se había levantado sobre sus dos patas y relinchaba para intentar deshacerse de un sátiro salido. El sátiro se había metido debajo de la mesa en un intento desesperado por protegerse. El caballo bufó, dejó al macho cabrío y se abalanzó sobre la chica, que se pegó a la pared tapándose el rostro con las manos.

Encontré los interruptores y encendí las luces de la terraza.

En la pared, Balís había agarrado a la chica por el cuello. La zarandeó y la insultó de forma soez, mientras que ella intentaba zafarse de sus garras. Debajo de la mesa se encontraba el joven, con la angustia dibujada en el semblante. Tenía la piel adherida a los huesos de su cara. Los pómulos sobresalían y el mentón, con la barba de macho cabrío, se deformaba por los espasmos.

—¡Golfá! ¡Guarra! —gritaba Balís—. ¿Para esto te has marchado, eh? ¡Putá! Te has encaprichado de ese guaperas.

—Que te den, gilipollas. Tú también haces lo mismo. Déjame —chillaba la chica, que le hacía frente con uñas y dientes.

—Yo tengo la culpa, Balís, yo —decía el joven, intentando justificar lo injustificable—. Yo le dije que viniéramos aquí.

—¡Cállate, bastardo!

—¡Cállate tú!

—¡Que cierres la boca te he dicho! No te entrometas.

Después del susto inicial, la escena me pareció tan típica que por poco me echo a reír. Fui muy iluso. El cansancio también tendría la culpa, el nerviosismo, el despertar brusco. Ahora comprendía qué había ocurrido. Balís había regresado, había bajado las escaleras sin que se enteraran y había cogido a nuestros tortolitos con las manos en la masa. Y, faltaría más, me encontré con la riña amorosa. Lo que seguiría lo sabía más o menos. Un habitual ataque de celos

en el que se proferían acusaciones de uno y otro lado. Pensaba que mi presencia, la presencia de un extraño, los aplacaría. Me equivoqué. No pareció que les molestase en lo más mínimo.

—Tómame —le dijo la chica, con voz apagada, a Balís.

Los ojos de la muchacha se habían adormecido. Sus labios estaban húmedos, rebosantes de jugo. La luz de la luna acariciaba su cuerpo desnudo y las perfectas simetrías de su rostro.

—¿Quieres que te tome? —dijo Balís de manera bronca y en estado de frenesí—. ¿Eso quieres? Hoy no saldrás bien parada.

Sin embargo, lo delataban su ronquera, su expresión, sus movimientos y el sudor que relucía en su frente. Había aflojado la fuerza con que apretaba el cuello de la chica.

—Tómame y después haz conmigo lo que quieras —imploró ella—. Córtame en trocitos. No me importa.

Balís la besó con tanta fiereza que le hizo sangre en los labios. La chica le devolvió el beso y gimió. No era un beso, eran dientes que desgarraban la carne. Rodaron por el suelo. La sangre corría por encima de ellos y dejaba manchas en las baldosas. La visión de la sangre, su olor, los enfurecía, les excitaba más. Gemían de dolor y de placer. Se desgarraban el uno al otro.

El límite previo a la locura, pensé. Me había quedado paralizado, tanto que no podía moverme. Balís levantó la cabeza y me miró como si me viera por primera vez. Tenía la boca manchada de sangre. Rezongó y, con la muchacha entre sus brazos, entró en la *kánava*. Cerraron la puerta.

Me quedé solo con el sátiro. Estaba todavía con la mano extendida sobre los interruptores de la luz. Él permanecía todavía debajo de la mesa. En la terraza el hedor era insoportable, un hedor a caballo.

El joven, que se llamaba Kiriakos, se levantó, cogió los timbales del sofá y se sentó en una banqueta. Con las palmas de las manos seguía la música del radiocasete. Sus dientes se pegaron entre sí, sus carrillos se hincharon y sus ojos se quedaron clavados en la puerta cerrada de la *kánava*.

Regresé a mi habitación y me desplomé sobre el diván. ¿Qué era eso? La cabeza me daba vueltas. El pulso se me había acelerado. Respiré profundamente para tratar de calmarme. En la terraza retumbaban los timbales con un ritmo cada vez más desenfrenado. De la habitación de al lado llegaba un clamor repetitivo que se parecía al sonido de una foca.

Después, el silencio.

Capítulo 3

La escena de la terraza sacó a la luz un viejo temor mío: la oscuridad se condensaba en una figura humana que se acercaba a mí y tendía su mano para tocarme. Me levantaba de un salto, llorando, y pedía a mis padres que me protegieran. Tuvieron que pasar muchos años para superar el miedo a la oscuridad, que siempre tenía la forma de la insidiosa sombra. A pesar de que los propósitos de la oscuridad eran inciertos, su mera presencia me aterrorizaba. Como si aquel niño de teta que era entonces pudiera comprender que el lugar de la oscuridad no estaba entre nosotros, que no pertenecía a este mundo, sino a otro muy lejano.

Siendo todavía un niño, con unos siete años, fui testigo de un hecho desconcertante. Ocurrió durante un verano en Poliana, en Mani, en la provincia de Mesinía del Peloponeso, el lugar en el que veraneaba con mi familia. Los hijos de nuestros parientes, mis dos hermanas y yo —el benjamín de la pandilla— solíamos dar una vuelta por la tarde por las afueras del pueblo. Nos encaminábamos hasta una capillita, de esas que se construyen al borde de un camino para recordar que algo ha ocurrido, ya sea afortunado o desafortunado. La mayoría de las veces llegábamos allí al atardecer, encendíamos el candil y volvíamos al pueblo. La capillita era la frontera de nuestro mundo, dentro del cual podíamos movernos con seguridad. Un día vimos acercarse a un

anciano. Tenía una larga barba amarillenta y vestía con una sotana grisácea y raída por el tiempo. Fisionomía bíblica. Nos pidió cerillas para encender su candil y se las dimos. Cuando lo hubo encendido, nos dio las gracias y nos dijo: «Marchaos ahora. Y tened cuidado por la noche». En un principio no le dimos importancia a lo que nos había dicho y emprendimos el camino de vuelta. Apenas habíamos dado unos pasos cuando uno de los niños se preguntó: «¿Que tengamos cuidado por la noche? ¿Qué quería decir?». Nos detuvimos y miramos atrás. La interminable recta del camino estaba vacía. El anciano había desaparecido. No olvidaré el sentimiento que me invadió. El temor que siente el hombre a lo sobrenatural. Un temor que, para mí, era similar al que tenía a la oscuridad. Pusimos pies en polvorosa y no volvimos a pararnos hasta que llegamos a la plaza del pueblo. Contamos todos los detalles a los paisanos, que nos dijeron, tranquilamente, que no nos preocupásemos. Se decía que era un asceta, un ermitaño, que en otro tiempo, hace algunos siglos, había vivido en aquel lugar. De vez en cuando aparecía. Puede que los sucesos relacionados con el ermitaño fueran el pan de cada día para los campesinos, pero, para nosotros, unos niños de ciudad, fue una experiencia tan extraña que nos marcó. Incluso ahora, en las conversaciones teológicas con mis hermanas, el anciano de Poliana sigue siendo un punto de referencia.

Desde entonces esperaba con miedo, y con un deseo oculto, el momento en que, con un simple movimiento, por ejemplo abrir la puerta, me encontrase frente a alguien o algo que hiciera que la lógica de la vida se desmoronase. Durante toda la vida he considerado que los cinco sentidos son insuficientes para explicar

los canales variables del espacio y el tiempo. De forma paulatina comencé a darle importancia a las coincidencias: la canción medio olvidada que revoloteaba en mi mente y, de repente, la escuchaba en la radio; el rostro que hacía años que no veía y me lo encontraba, justamente, en el momento en que me acordaba de él. Presentía que todo aquello no era sino el bramido de una catarata lejana, de un mundo más allá del nuestro.

Recuerdo que, cuando rompí con mi mujer, creía que no la volvería a ver. La vida, sin embargo, quiso que las cosas ocurrieran de otra manera. Una noche de invierno, con el centro de Atenas desierto, estaba paseando abrazado con mi chica, una alumna de la Escuela Politécnica, que había conocido hacía pocos días. Al pasar por fuera del aparcamiento al aire libre en el puente de Jarilaos Trikupis, sentí algo que me arrastraba hacia allí. Le propuse a la chica que atravesáramos el aparcamiento, supuestamente, para tomar un atajo. El lugar estaba vacío. Sólo había un coche aparcado en el centro con las luces apagadas. Lo habríamos pasado sin más si el motor no se hubiese puesto en marcha. Me sacudió algo parecido a una descarga eléctrica. Dentro del coche estaba mi exmujer, que me miraba asombrada, en compañía de su nuevo amor. En el mismo instante en que yo pasaba por fuera con mi nueva conquista. ¡Qué reparto más justo! Era indicativo del punto, diametralmente opuesto, al que se había dirigido nuestro gran amor de otro tiempo. Lo único que pude articular fue: «En nuestra vida hay un director invisible».

En aquel entonces se habían encauzado las cosas. Ya había cumplido los treinta y en mi vida no había pasado nada digno de mención. Con el yoga y el estudio de las creencias orientales

intenté comprender lo incomprensible, pero lo único que conseguí fue acentuar lo occidental que me sentía. Después de haber leído y escuchado muchos fenómenos inexplicables, me volví escéptico con los años. La mayoría tenía, por completo, una explicación natural. No eran más que las fantasías infantiles de algunas personas que querían hacer creer la verosimilitud de sus falsas impresiones. No obstante, seguía pensando que, dentro de la basura, se podían encontrar verdaderos diamantes, pero eran infundados, porque se ceñían al ámbito de la experiencia personal. Quizás aquello que había sucedido en mi infancia, en Poliana, era suficiente. Quizás los milagros preferían las almas inocentes de los niños y evitaban las de los mayores, que tenían la tendencia a tergiversarlos y ridiculizarlos.

Durante los últimos años creí que había abandonado definitivamente mis antiguas obsesiones. Hasta que apareció un hombre que golpeó mi conciencia dormida. Me despertó del letargo y devolvió la magia a mi vida. Fue Balís. Gracias a él comencé, de nuevo, a escuchar el bramido de la catarata lejana.

Pasaron dos o tres días sin que lo viera. La puerta de la *kánava* permaneció cerrada. Balís había desaparecido. Cualquier rastro de lo que había ocurrido con anterioridad, no recordaba a aquella tormentosa noche. Incluso el hedor a caballo se había evaporado. Lo que había sucedido se parecía ahora a un plan mal urdido para una pesadilla, a una farsa que no toleraba la luz del día. Si consideraba el asunto fríamente, llegaba a la conclusión de que no existían hechos increíbles. Todo lo que había pasado era producto tanto de mi propio cansancio como del brusco despertar en medio de la noche. A posteriori, todo me parecía melodramático y destinado a

dar a cada uno lo suyo, aunque de una forma ridícula. Como pueblo somos exagerados, qué le vamos a hacer En lugar de decir «Hoy no te aguanto», expresamos «No quiero verte nunca más». En vez de declarar «Me gustas», afirmamos «Seré siempre tuyo».

Durante aquellos días deambulé por el pueblo sin ningún plan. Comencé a escuchar los sonidos con atención, a reunir imágenes y a recordar aromas. Le eché el ojo a un perro, uno callejero, con un hocico prominente y unas orejas de zorro; vete tú a saber de qué cruce provenía, quizás de dos perros callejeros. Por capricho de la naturaleza tenía un ojo castaño y el otro gris. Se hacía el cojo a pesar de que no era más que un perro mendigo. Se acercaba a las parejas de turistas que le llamaban la atención arrastrando la pata; éstas se apiadaban de él, le daban de comer y, cuando había devorado la comida, ponía su pata coja en el suelo y se marchaba, corriendo, a por su próximo objetivo.

El sol quemaba o, mejor dicho, abrasaba. Menos mal que llevaba puesto mi sombrero de paja, de lo contrario, no me habría librado de una insolación. Bajé los escalones que conducían a Ammudi. Los mulos subían jadeando, cargados de turistas. Se decía que ser mulo en Santorini, con aquellos escalones interminables, era lo peor que te podía ocurrir. Ni siquiera los humanos se quedaban atrás en esto, en especial las personas valientes que decidían subir a pie los escalones desde Ammudi a Ía.

En lo alto de la escalera, un grupo esperaba a que su fornida amiga subiera. Los comentarios que hacían acerca de su jadeante figura parecían la retransmisión de una competición de atletismo:

...se acerca a la meta; no, parece que se tambalea, pierde el control, lo recupera con un esfuerzo heroico; señoras y señores, es

conmover; sí, no, sí, sí, con su último ápice de energía corta la cinta...

No tardé en llegar a Ammudi —Vrajudi para algunos—, el pequeño puerto de Ía. Pequeños barcos pesqueros llegaban, desde Tirasiá hasta las islas de alrededor, con pescado para abastecer a las tabernas. Había cuatro tabernas, todas con pescado fresco. La caldera se alzaba peligrosa sobre nosotros, porque tenía en la cabeza las pequeñas casas de Ía. En Ammudi predominaba un ambiente despreocupado; la gente se daba un baño y después ocupaba su lugar en las tabernas de pescado. Elegí una al azar. El camarero se llamaba Nikos, que servía sin afeitarse y con un cigarrillo en la boca. Mejor era su estilo bohemio, pensé, que los camareros que se deshacen por atenderte y te hacen la pelota para que le des propina. Pedí ensalada *joriátiki*, patatas fritas, albóndigas con tomate y una botellita de ouzo. Lo típico. Comencé a hojear el libro que llevaba conmigo, *Un Mago de Terramar*, de Ursula Le Guin. En algún punto me di cuenta de que una región de su mundo fantástico se llamaba Ammudi. Me pareció maravilloso. Se trataba de una de las casualidades de las que hablaba antes; no era nada valioso, pero me daba ánimos, porque indicaba que me encontraba en el camino adecuado.

Yo era un rey. Mi mirada se deslizó de los renglones del libro y leyó las arrugas del agua. Como si bebiera del agua del olvido cada vez que venía a Ammudi. Los problemas, las penas, todas mis preocupaciones, se perdían, con las olas, lejos de la orilla.

En aquel momento de absoluta felicidad alguien eligió interponerse entre el sol y yo. Era Balís, en un estado frenético. Su calva brillaba, sus orejas estaban muy rojas y su cabeza se

balanceaba de un lado a otro, como si estuviera en suspensión. El estampado de la lengua en su camiseta goteaba de sudor. Él mismo se invitó y se apalancó. Por supuesto, también hizo su comanda: ouzo sin hielo y una botella de agua.

—Beberé un poco de ouzo, aunque no debería —dijo para sí mismo—. El ouzo me hace llorar, mientras que el vino, ¡ay!...

Lo fulminé con la mirada.

—Se fue —me anunció, como si mi obligación fuera saber a quién se refería.

—¿Quién?

—¿Cómo que quién? ¿Quién va a ser? Rea, quién si no. Fue dicho y hecho. Me dejó en la estacada. No puedo creerlo.

Evidentemente, Rea era el nombre de la chica con el pelo largo que había visto en la *kánava*.

—¿Y adónde se fue? —le pregunté. No es que me importara, era pura formalidad.

—A Patmos. Parece que ha ido a santificarse. A la miserable no le vino bien estar aquí. Me da igual. Ella también volverá. Todas vuelven.

—Y después se echan a tus pies, ¿eh? —le espeté con malicia, pues me había sacado de mi estado de felicidad—. Hizo bien en marcharse. Estuviste a punto de asfixiarla la otra vez.

Dos ojos desorbitados se clavaron en mí, a los que se unió una mueca de inquietud. Parece que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria. Estaba bien saberlo, lo tendría en cuenta cuando quisiera provocarlo.

—No seas gallina —dijo bruscamente—. Tú estabas delante y viste lo que ocurrió. No quieras ahora fingir que te da igual. Tú

también eres igual. Estás quemado por culpa de una mujer. Lo veo en tus ojos.

—¿Qué hay en mis ojos? —pregunté sorprendido.

—Tienen un color muerto. Por eso lo digo. Venga ya, ¿qué quieres decirme? ¿Que nunca has pegado a una mujer?

—No tengo esa costumbre.

—Si estuvieses en mi lugar y la pillases con otro, ¿qué harías? —refunfuñó—. ¿La dejarías? No lo creo. ¿Te digo otra cosa? Le gustaría. Les gusta que les peguemos. Se atan a nosotros. Les gusta que las reclamemos, incluso así. Puede que ahora se haya marchado, pero ya verás como vuelve. No hay ninguna a la que haya zurrado y que me haya dejado. Ninguna. Te lo digo y lo suscribo. Puede que lloren y se lamenten, pero quieren los palos.

Parece que me había topado con un misógino. Ahora tenía que librarme de él.

A continuación, Balís me narró una historia completamente rocambolesca, de una a la que había abofeteado en su primera cita dentro de su coche. La chica se echó a llorar. Se apeó, tropezó y cayó boca abajo en el barro. Llovía a cántaros. Balís se bajó del coche, se le echó encima y comenzaron a hacerlo allí mismo, en el barro, mientras la chica blasfemaba y se retorció. Cuando volvieron a subir al coche, los dos parecían zombis. Balís condujo hasta la casa de la chica y, cuando ésta se bajó, le dijo que no quería volver a verlo. Claro que, a pesar de ello, lo llamó y le dijo que quería que se encontrasen cuando nevase. Era como decir eso de “cuando las ranas tengan pelo”.

—Verás, amigo —enfaticó—, con las mujeres, yo no echo simples polvos. No me muevo encima de ellas como si fuesen un juguete

roto. Eso os lo dejo a vosotros. Yo entro en su interior. Les dejo huella; y si no quieres, no me creas. No te lo estoy contando para darme aires de importancia. Es así. Mira, ahora las veo aburrirse donde quiera que estén. Esperan, observan por si aparece alguien que las saque de su tedio y les abra su corazón para descubrir qué se esconde en él. Así pues, ¿sabes cuál es mi venganza para todas esas zorras? No estar allí. Sí. Las castigo con mi ausencia.

Sonreí.

—¿Te ha dicho alguien alguna vez que tienes un gran ideal de ti mismo?

—Por supuesto. ¿Es que hace falta preguntar? Tengo el mayor ideal de mi gran yo —afirmó Balís, y comenzó a brincar como un duende y a dar vueltas alrededor de la mesa.

¿Niño responsable o adulto irresponsable? ¿Infantil, vicioso o, simplemente, diferente? ¿Debía tomarlo en serio o burlarme de él? ¿Debía encerrarme en mí mismo y hacerle ver que quería quedarme solo o debía callarme y dejar al loco con su locura? Balís principió a contarme una sarta de diferentes asquerosidades que había hecho a lo largo de los años. Lo dejé hablar, no lo puse en su lugar. Mientras lo escuchaba, me preguntaba por qué lo dejaba. Quizás porque reconocí en él su necesidad de hablar; me parecía que la huída de su Rea le había afectado mucho más de lo que quería demostrar. Quizás, una vez más, porque tenía la curiosidad enfermiza de escuchar historias insólitas. Balís era un narrador ameno, auténtico, y revivía los hechos conforme los relataba.

—La subestimación nos previene de enamorarnos —le dije al final, y le vi mostrar recelo—. ¿Cómo puedes amar a una mujer a la que continuamente desprecias? ¿A una mujer a la que humillas?

No pronunció palabra. Ya era hora de detener aquel delirio. Le dije que el hombre no considera la figura de la mujer como un mero cuerpo. Exceptuando la satisfacción sexual que le brinda, no deja de ser para él un lugar sagrado, un lugar en el que se lleva a cabo el milagro del embarazo y el nacimiento. Al igual que los niños abren todo lo que encuentran para ver qué contiene, el hombre quiere entrar dentro de ese cuerpo para descubrir sus secretos. Es por eso que no puede ver a las prostitutas exactamente como mujeres. Las ve como una diversión, como los caballitos del parque de atracciones. Paga, disfruta y se marcha. Por eso también llama a su mujer puta cuando la pilla con otro hombre, no tanto porque se haya ido con él, como porque equipara el cuerpo de ella con el suyo propio, un cuerpo estéril, que no titubea a la hora de entregarlo donde quiera que sea.

Mis ideas hicieron que Balís perdiera el control. Saltó diciendo que todas esas moralidades servían de coartada a los hombres para sus flirteos. Y que sería mejor que no hablara mal de las prostitutas, pues él había convivido en una ocasión con una y era tan mujer como las demás y, por supuesto, más honesta que algunas que se las daban de mosquita muerta. Fue cogiendo confianza y habló de hombres venidos a menos y de dependientes de tiendas de mascotas. Con los ojos fuera de sus órbitas, miró alrededor y me señaló una pareja que pasaba por allí en aquel momento. La chica tenía la cabeza rapada e iba vestida con ropa militar. El chico tenía el pelo largo hasta los hombros y tenía muchos pendientes. Escuché a Balís preguntarse a dónde conduciría aquella mezcla. Antes de que yo pudiera decir algo, reabrió de nuevo la cuestión de la violencia de género. Me aseguró que ese tipo de violencia existía en la naturaleza

y, además, en abundancia. Comenzó con el ejemplo de la tarántula, que devora a su pareja apenas eyacula; continuó con la mantis religiosa, que, cuando inicia el coito, empieza al mismo tiempo a comerse la cabeza del macho; y terminó con la abeja, que mata a su pareja cortándole los órganos genitales.

Permanecí en silencio ante tal lluvia de ejemplos. No interrumpí a Balís, ni siquiera en los momentos en que titubeaba o tenía dificultades para encontrar las frases adecuadas. No consideraba que sus breves pausas fueran una muestra de incomodidad, sino un intento de expresarse mejor. Era algo que mis interlocutores valoraban debidamente. Se iban abriendo conforme sentían que hablaban con alguien que los entendía, con alguien que no buscaba lagunas en sus reflexiones para expresar las suyas y que no convertía la conversación en un campeonato de pareceres. Era algo que no me gustaba. Hablar, contar algo y ver la mirada perdida del otro. Sentir que no te escucha, que se prepara para narrar su propia experiencia para no sentirse en desventaja por no haber vivido algo similar. Las conversaciones de este tipo suelen acabar, normalmente, en una increíble fase de desmesura y nos recuerdan el chiste de los dos amigos que se pelean para ver de quién es la mejor mentira.

Balís interpretó que mi silencio se debía a que estaba conforme y continuó con un discurso completamente delirante en el que cambiaba con facilidad de un asunto a otro. Primero arremetió contra los hombres, los tildó de memos en estado de pánico. Dijo que pierden a su último siervo, su propia mujer, y corren el riesgo de volverse pintorescos. Sostuvo que deben abandonar la idea de tener una madre a su lado, o una extensión de sus madres, y entender sus singularidades, es decir, que el hombre es, sobre todo, un cazador.

No como algunos amigos suyos que se habían desperdiciado al lado de una mujer práctica que los había metido en cintura.

—¿Es injusto que quiera que mi mujer me respete, incluso que me tema? —rebuznó—. Sí, tío. ¿Has pensado por qué les gustan los hombres duros y de pocas palabras? Porque les hacen sentir lo que son: mujeres.

Y una vez que había dejado las cosas claras acerca de los hombres, puso a las mujeres en su sitio, no se iban a escapar. Afirmó que la liberación las había golpeado en la cabeza. La tienen en sus manos pero no saben qué hacer con ella. Quieren que su hombre sea indulgente en todo. Que sea conquistador, pero fiel; que venga de una aventura en el desierto, pero que tenga los sobacos limpios; que no se preocupe por el dinero, sino que le caiga del cielo; que tenga humor y una personalidad fuerte; que sea formal, atrevido, el amante perfecto y, así, un largo etcétera. En pocas palabras, un ángel que entre por su ventana, que las envuelva fuertemente entre sus brazos y que, sin reparar en el acné, los dientes estropeados y la incipiente celulitis, las lleve hasta lo desconocido en una barca de esperanza.

—Que seas femenino, no afeminado. Que seas hombre, pero no muy hombre, no un machista. ¡Menuda locura! Al final, ¿qué quieren? ¿Que nos saquen de un molde? ¿Nosotros les decimos cómo tienen que ser? De acuerdo, puedes decirle a tu mujer: «No me gusta ese vestido» o «Ese peinado no te queda bien», pero ¿le has dicho tú a alguna: «Cariño, quiero que seas femenina, pero que te masculinices un poco»?

—Esa confusión tiene que ver con la imagen del hombre —le dije—. Tras el fin del patriarcado, la mujer se pregunta qué es el hombre.

—Sí, como si nosotros supiéramos qué son las mujeres — contestó Balís, con las orejas muy rojas—. Yo te diré qué son. Unas locas de atar. Así de simple, unas locas de atar.

Aquella vez no pude aguantarme la risa. No le gustaban mis risotadas, tampoco le gustaba nada de mí. Dijo que posiblemente no lo tomara en serio y que lo considerara un misógino, pero, en realidad, era un mujeriego de tres pares de narices. Las admiraba, las adoraba, porque su imprevisibilidad lo volvían loco. Lo que les gustaba un día, no les gustaba al siguiente. Dijo que, si dos mujeres se encontraban, no hablarían como hacen los hombres, sino que se mirarían, es más, se comunicarían con la mirada. Después hablarían, por supuesto, pero con aquella mirada se lo habrían dicho todo. Entre nosotros, dijo, encontraba a la mujer más interesante que al hombre medio, que es simple en pensamientos y primario en sus reacciones. Un tarugo que cree que la sinceridad es un requisito en las relaciones con las mujeres, mientras que debería saber que la inmediatez, con frecuencia, repugna a las mujeres. Son seres más misteriosos.

—No tan misteriosos —le argüí—. Últimamente he visto a algunas que emplean unos razonamientos similares, que no los emplean ni los hombres.

—Sí, hombre, está bien —admitió—, yo también las he visto. Cuando hablan, dicen continuamente: «A mí qué cojones me importa».

—Eh, bueno, es un decir. No tienen.

—Mentalmente los tienen, deja de darle vueltas.

—Qué quieres que te diga —suspiré—. Espero que alguna vez haya igualdad.

¿Qué quería que le dijera? Al escuchar esa palabra, Balís palideció. Por razones inexplicables, la palabra igualdad y las hachas afiladas eran las dos cosas que le hacían estremecer. Me echó un rapapolvo. Me tachó de ingenuo, pues me creía las sandeces en torno a la igualdad; me acusó de padecer amnesia, pues había olvidado que en ninguna relación existía igualdad y que, aunque existiera, sería superficial, porque en el interior se ocultaba la diferencia, la rivalidad y la lucha por el poder.

—Es una guerra, tío. ¿Qué te llevo diciendo todo el tiempo? Una guerra encubierta para obtener el mando. ¿Qué crees? Si la mujer toma las riendas, ¿se parará a adular a los hombres? Los martirizará. Se vengará. ¿Hay igualdad en la selva? No la hay. En lo único que somos iguales es en que las mujeres son igual de miserables que lo somos nosotros.

Tal era la pasión de Balís que nos habíamos convertido en el espectáculo de las mesas de alrededor. Me propuso salir de mi invernadero y ver lo que ocurre en el mundo exterior. Las esposas que tratan a sus parejas como niños grandes son el primer escalón de la degradación. El segundo es la abolición de la familia. A las generaciones pasadas, a nuestras madres y abuelas, me dijo, ni siquiera se les pasaba por la cabeza dejar a sus hijos a pesar de los abusos a los que se veían sometidas. Ahora, sin embargo, la situación ha cambiado. La mujer no tiene ningún problema en coger a su hijo y marcharse. ¿Qué se lo va a impedir? Se acabó la época en que la mujer esperaba que el hombre trajera el pan de cada día. Además, la mayoría se niega a formar una familia y asigna a su carrera la primera prioridad. La presencia del hombre en la casa es cada vez más innecesaria. Me pidió que pensara en las mujeres que habían tenido un hijo y habían

dejado, ostensiblemente, de desear a su marido. Guardan sus mejores sentimientos para los que son sangre de su sangre, mientras que el marido se limita a desempeñar un papel auxiliar.

—¿Acaso no es eso un tipo de engaño? —concluyó—. Después de haber sido hasta ese momento el principio y el fin de su vida, te encuentras abandonado. ¿Cómo vas a amar a esos niños?

—Eh, lo estás exagerando ahora.

—Dime, ¿cómo vas a amar a esos niños?

—¿Y adónde conduce esa situación? —le pregunté, con la intención de cerrar este interminable inciso.

—A los bancos de esperma. A la fecundación in vitro. A los bebés sin padres, ¿qué sé yo? La mujer te dice: «¿Por qué tengo que casarme con un desgraciado? ¿Para criarlo hasta que me muera?». Hay otra solución. La mujer se va con alguien que le guste, se divierte cuanto quiere y, al final, coge su sombrero y se marcha. Lleva la semilla dentro de ella y, ni corta ni perezosa, da a luz. Se convierte en madre y padre del niño. ¿Lo pillas?

—Espera, espera —dije, moviendo las manos para hacerle parar. Alguien tenía que controlarlo—. La mujer necesita al hombre. No puede hacerlo todo ella sola. Se siente segura a su lado. ¿Qué le vamos a hacer? Tienes razón en algunos aspectos, pero hay algo que me saca de mis casillas. Distingues diametralmente entre el hombre y la mujer. Como si se tratara de seres distintos. Como si hablaras de un camello y una abubilla.

—Pero son seres distintos —insistía Balís—. Lo único que tienen en común es que son dos personas. Después de eso, el caos.

Completamente desenfrenado, empujó un ouzo detrás de otro sin mediar descanso. A continuación, me mareó con sus ideas

acerca de una nueva forma de convivencia. Decía que lo ideal sería que cada uno se quedara en su casa y que viera a su pareja cuando lo deseara. Creía que la libre elección dejaría a un lado la costumbre, y la llama dentro de ellos continuaría ardiendo.

—Libre elección, por lo tanto —resolvió, y chocó sus manos con entusiasmo, como si estuviera aplaudiéndose a sí mismo—. Esta es la respuesta a la ridícula cuestión de la igualdad.

—¿Y qué pasaría cuando esos “hombres libres” quisieran tener un hijo? —pregunté—. ¿Lo partirían por la mitad?

—No lo has entendido. Los hijos no quieren ver a sus padres juntos. Quieren verlos felices. Aún recuerdo los cortes de manga y los empujones de mis padres. Lo he olvidado todo, pero, aunque era un niño pequeño, eso todavía lo recuerdo.

Con la prédica de Balís anidó en mí la sensación de que, a pesar de los análisis y las propuestas de una nueva convivencia, los dos sexos no sólo no intentaban superar el abismo, sino que lo hacían más profundo. Me quedé con la impresión de que, al final de los nuevos tiempos, estaríamos completamente solos.

Capítulo 4

Con el ouzo yo empezaba ya a ver doble. Balís volvió la cara hacia otro lado para evitar una cámara de fotos que se le acercaba con insistencia. Me dijo que esta aversión se la habían transmitido los indios, que creen que las fotografías sustraen la energía vital de las personas.

En la mesa de al lado alguien se estaba despidiendo de sus amigos:

—¡Que paséis un buen invierno! —les deseó.

Balís lo miró agriamente, preparado para abordarlo.

—¿De qué invierno está hablando ese? Estamos todavía en agosto —comentó mientras hacía gestos para que lo escucharan todos—. Ese «¡Que paséis un buen invierno!» compite con «¡Que os lo paséis bien!» por el Óscar al deseo más estúpido. Los dos tienen las mismas posibilidades de conseguirlo.

Me callé. Era una ocasión para reorganizar las cosas.

No compartía la anterior furia de Balís hacia los dos sexos; sin embargo, podía compadecerlo. Yo también estaba herido por culpa de una mujer, bien lo sabía. Yo tenía unos 20 años y la había deificado tanto que no me atrevía a tocarla. Como respuesta, ella le echó los tejos a mi mejor amigo y comenzó a coquetear delante de mí. Me prometí a mí mismo que no me volvería a ver en una tesitura tan difícil. Nada más tomar aquella decisión, me enamoré

de nuevo. Veía que los colores de los árboles cambiaban, escuchaba música que provenía de la nada y hablaba con los animales y los pájaros. Aquella etapa duró poco, poquísimo. El primer amor se sucedía uno tras otro, cada cual de menor duración e intensidad. Me quedaba prendado, colado por mujeres que no merecían la pena, debido a mi insaciable sed. El paso del flechazo al amor, no obstante, no se produjo nunca. No encontré a mi musa, a mi alma gemela, a la amante de mis sueños. Puede que pasara por mi lado y se perdiera en nuestros complicados tiempos, no lo sé. Extendía mis brazos para abrazarla y ella se perdía, como otra Eurídice, gritando mi nombre. En cada nueva relación alimentaba la esperanza de encontrarla y siempre me desilusionaba. Busqué y busqué hasta que, finalmente, me harté. No existe una explotación peor de los sentimientos; a esa situación me vi abocado. Durante los últimos tiempos había evitado las relaciones amorosas. Había logrado tomar las riendas de mis pasiones, poner límites a la tiranía carnal, y los primeros resultados beneficiosos ya se habían evidenciado. Mi pensamiento, liberado, se centró en objetivos más productivos. Desempeñé muchos y variados trabajos, hice nuevos amigos y, sobre todo, amigas; yo, que nunca había tenido amigas. Al mismo tiempo hice realidad algunos de mis sueños, como aquel viaje de cuatro meses a las islas. La imagen de la musa, por supuesto, no se había desvanecido, pero se había disipado increíblemente hasta hacerse invisible. Ya no la buscaba ni esperaba encontrármela en la siguiente esquina. Yo continuaba mi rumbo, carente de grandes expectativas y exigencias irrazonables.

—Parece que he madurado —le confesé a Balís, que estaba sentado a mi lado.

—¡Venga ya! El año que viene estarás podrido —deseó de todo corazón.

Le revelé mis pensamientos sobre la musa, el alma gemela, la amante eterna, y le vi fruncir el ceño. No era el momento adecuado para ese tipo de conversaciones. Temí que continuara con un nuevo desvarío, pero no lo hizo. Tras el primer estallido se mostraba más sosegado; puede que la culpa la tuviera el ouzo. Ahogó las penas con un vigoroso trago, arrugó la nariz y me dijo:

—¿Por qué tiene que ser nuestra musa, por encima de todo, una mujer? Puede ser un lugar. Alguna isla, por ejemplo.

Entendía adónde quería llegar. Balís no había elegido Ía por casualidad. Decía que era el único lugar de Santorini que todavía no había sido destrozado. El resto de la isla se había convertido en un adefesio, y eso lo sacaba de quicio. Perissa, la playa de la isla con siete kilómetros de longitud, se había transformado en un antro de cursilerías. Había fuentes y maceteros contruidos con piedras del volcán cercano, y sillas de plástico moradas y blancas. Me describió un paisaje lunar atestado de edificaciones, erigidas sin concierto, que brotaban como la mala hierba entre las vides. ¿Por qué? Pues, porque a alguien se le había ocurrido la brillante idea de construir allí una cafetería de nombre «Akrópolis» («Acrópolis») o una taberna llamada «Tíos» («Tío»). Kamari, la otra playa de la isla, tenía un decorado sencillo. La fachada consistía en un conjunto de restaurantes y pastelerías que, al llegar el otoño, cerraban y dejaban un vacío tras ellos. Un escenario completamente falso, como los pueblos que se construyen para una producción de Hollywood. En cuanto a la capital, Firá, sobraba decir cualquier cosa. Era como vivir en el centro de Atenas, algo evidente, ya que

Atenas se vaciaba durante el verano y su población se trasladaba a lugares como Firá.

La lechuga elogia a su lechucita. Al justificar nuestras elecciones, nos justificamos también ante nosotros mismos. Me enervaba que todo se desestimara con el método de reducción al absurdo. Las cosas no eran así y me encargué de recordárselo.

—Ía también está en declive —le dije—. No tiene nada que ver con el pueblecito que conocí hace algunos años. Ahora parece un lugar de veraneo. Si crece un poco más, se unirá con Imerovigli y Firostefani.

—Puede ser —dijo Balís con mala cara—. Y, aún así, conserva su orgullo. ¡Mírala! Las islas de alrededor son sus amigas. Pero ella, altiva. Ella en la cima y las demás a sus pies, al nivel del mar. Y, fíjate, son sus amigas. Les hace compañía, pero no les pertenece. Ella es harina de otro costal.

Lo dijo con la voz reposada y los ojos adormecidos. Se había puesto completamente meloso. Hablaba como si tuviera ante él una hermosa mujer.

—Mira su cuerpo. Allí, en la roca. ¿Lo ves? Parece que lo han labrado. ¿Te digo a qué me recuerda? A nuestro propio cuerpo, a nuestro interior. Algo así tiene que ser. Demacrado, lleno de grietas.

Lo invadió la melancolía. Con la vista nublada miraba las rocas al filo del precipicio, preparadas para desprenderse con una simple sacudida. En lo alto, el pueblo de Ía resplandecía como un collar.

—Cuando llegué a Ía por primera vez, dije: «Es como la vida después de la muerte» —comentó, lentamente, con voz ronca—. Al ver las casas encaladas, quise coger una brocha, empaparla de colores y pintarlas todas. No quería dejar ninguna sin color.

Me quedé perplejo ante su repentino giro. Hasta hacía poco era un adolescente descomedido; ahora, un anciano sumido en remembranzas. No dije nada. Seguí ofreciéndole mi paciente oído.

—En aquel entonces no venía mucha gente a Ía —continuó Balís—. Todos se dirigían a Firá. Mejor para nosotros; teníamos tranquilidad. Todos constituíamos una pandilla, una familia, con nuestros amores, nuestras peleas, nuestras borracheras y nuestras noches de juerga. Nuestro punto de encuentro era el del señor Manolis. El centro del mundo. Era un café, y un quiosco, y una barbería, y una taberna, todo a la vez. Habíamos fundado el ducado de Ía, cuyo emblema era un asno bicéfalo. Como gran duque habíamos nombrado al señor Manolis, ¿quién sino? Un día, fíjate, vimos al señor Manolis escribir en un cartel: «Se necesitan neozelandeses para la guardia del Gran Duque». «¿Por qué neozelandeses, señor Manolis?», le preguntamos. «Porque son altos, colegas, enormes. Los vi por la calle y me quedé sorprendido. Un poco larguiruchos, eso sí, hasta aquí arriba. El Gran Duque tiene que tenerlos en su guardia».

Se rió, pero se podía percibir una pizca de amargura. Continuó:

—Por aquellos tiempos yo no dejaba de plantear propuestas. Quería organizar un concierto en el castillo. Ah, y una representación teatral. Quería iniciar también actividades de hidrodeshlizamiento en la caldera. ¿Te lo imaginas? Un tobogán con agua desde allí arriba hasta aquí abajo. Quería invitar a compañías teatrales con malabaristas, ya sabes, esos que echan fuego por la boca. Y a músicos ambulantes para que tocaran en las esquinas. Todo eso y más quería entonces.

—¿Y qué te lo impidió?

—¿No lo entiendes? Detrás de la manada de ciervos vienen los lobos; y más atrás, los chacales y las hienas para comerse las sobras. El lugar se llenó de comerciantes y empresarios, tanto autóctonos como foráneos. Los temas de conversación en mi pandilla cambiaron. Comenzaron a girar en torno a billetes y cheques sin fondo. Fíjate, se habían cansado de la belleza que veían cada día. Lo único que les importaba era cuánta pasta conseguirían por esta hermosura. Ya no era un regalo para ellos, era un producto. Allí los tienes; cuando vayas hacia arriba, los verás. Se hicieron a la mar, los tontos. Los chicos que arreglaban las tiendas con alegría y esmero, como Asprogenis, ahora rayan en el ridículo. Los tienen en la lista negra.

Los ojos de Balís se detuvieron por un momento en las piedras desprendidas. A continuación, con su mirada recorrió, en sentido contrario, la trayectoria seguida por aquellas piedras hasta llegar a una roca situada en las alturas, al borde del precipicio. La miró insistentemente, como si la invitase a desplomarse y aplastar a los don nadie que cometían obscenidades con el cuerpo de su amante.

—Aquí todo se paga —dijo, más para sí mismo que para mí—. A Santorini no le gusta la gente. Lo ha demostrado, además. El volcán entra en erupción cada cincuenta o sesenta años. Una explosión y ya está, se acabó la suciedad. Sea basura o sea gente, lo mismo le da. Encuentra el modo de limpiar sus heridas.

Aguó su ouzo y se lo bebió de un trago. Su cara se enrojeció aún más. Se movió atropelladamente en la silla y encendió un cigarro mientras atisbaba a los transeúntes. Sus ojos brillaban con intensidad, su disposición se avivó. Me propuso que dirigiera mi atención hacia los caminantes y los distinguiera entre turistas y viajeros. Le dije que lo haría si me explicaba cómo se hacía la diferenciación.

—Mira ahí; a esa asquerosa playa van los turistas —me explicó—. Se dan un baño sin saber que las cañerías les vierten los desechos a los pies. Más allá, después de la curva, está la pequeña isla de San Nicolás, donde van los viajeros. Algo saben ellos, son más sagaces. El agua está limpia allí. Ésta es una primera diferenciación burda. Espera y te lo explicaré con más detalles.

Los turistas, me aclaró, parecen corderos llevados al matadero. Se encuentran fuera de lugar y de tiempo; miran siempre como si estuvieran perdidos; no conocen a nadie, y son exageradamente amables, capaces de pedirte perdón incluso si los pisas. La imagen distorsionada que tienen de Santorini se debe a las bobadas de las revistas “in” o a las exageraciones de sus amigos que ya han pasado por aquí. Si se ve a alguna muy maquillada, con ropa de conocidas casas de moda que ha comprado especialmente para las islas cosmopolitas, a la que le rebosa el oro, y que pasea con uno que cree que su novia es, por lo menos, la Venus de Milo, entonces esos son, con seguridad, turistas. Salen a unas horas concretas, comen a unas horas concretas —más o menos al atardecer— y hacen el amor a unas horas concretas. Adviértase que no dicen “follamos”, dicen “hicimos el amor”, porque el respeto es la columna que sustenta su relación. Procuran relacionarse con personas de su misma grey en sus actividades, ya sean excursiones o visitas guiadas que organizan empresas turísticas. Circulan por parejas que se cogen de la mano y entablan amistad con parejitas que conocieron en el barco o que, por casualidad, se hospedan cerca de ellos en el hotel. Prefieren las conversaciones livianas y anodinas que les hagan sentir que están de vacaciones. Los asuntos que debatir son siempre los mismos: dónde han comido, qué han

comido, cómo estaba la comida, cuánto han pagado y dónde van a comer mañana.

Los viajeros son menos previsibles, hecho que los hace adorables unas veces y, otras, irritantes. A menudo viajan solos o en compañía de algún amigo, al que le han dicho, a las claras, que no quieren estar todo el día con él. Se muestran desconfiados con los lugareños porque creen que quieren timarlos, a no ser que hayan conseguido ganarse su confianza. Su peor pesadilla es, sin duda, la rutina; por eso, en ocasiones, tienen movimientos convulsivos para, sencillamente, desentumecerse. Las comodidades caras, el descanso placentero y la buena comida son las últimas de sus preocupaciones. Buscan la excitación o la serenidad según el propósito del viaje, propósito que seguramente olvidan si se hallan en un sitio con energía positiva. Quieren experimentar sensaciones allí donde vayan. Beben como cosacos, se van de juerga, y, al día siguiente, se topan con que les han robado el dinero de los bolsillos. Aseguran que les gusta cambiar de lugar, pero, si descubren un paraje que se les avenga, no se lo piensan: se asientan y afirman que se quedarán toda su vida.

Los turistas retornan a sus casas cargados de regalos para sus padres y suegros; alfombras principalmente o fruslerías de cerámica. Se llevan los bolsos repletos de fotografías de los lugares que han visitado para enseñárselas a sus compañeros de la oficina. Los viajeros regresan, si es que regresan, después de haber recaudado dinero para el billete de vuelta. Los acompaña algún amor de verano o una gonorreya. Duermen a pierna suelta durante unas dos semanas y, en cuanto ven a sus amigos, proponen ideas para el próximo viaje.

En un momento nos habíamos erigido en dos jueces borrachos que, sentados a una pequeña mesa junto al mar, decidían si los transeúntes eran turistas o viajeros. No nos detuvimos en realizar una simple diferenciación. Fuimos más allá y nos imaginamos la procedencia, la profesión, las posibles cualidades y los vicios ocultos. Como era de esperar, el número de turistas era incomparablemente mayor que el de viajeros. Una americana, con las uñas de las manos y los pies pintadas de color carmesí y con unas gafas de sol que no se quitaba ni dentro del agua, se computó felizmente entre los turistas con el número 100. Una holandesa de baja estatura, con pelo de color zanahoria, gafas al estilo John Lennon y un tatuaje en el hombro, llegó con dificultad al número 14 entre los viajeros. Balís propuso que se promulgara la disposición de estampar un bofetón inmediato a los turistas que dijeran bobadas, como el anterior que había exclamado «¡Que paséis un buen invierno!». Una bobada, un bofetón.

Estábamos de acuerdo en eso, pero no en las razones que movían a algunos turistas a ir a San Nicolás, el lugar que correspondía tradicionalmente a los viajeros. Con la socorrida devoción al ouzo hice una demostración de retórica, en la que aseveré que los turistas tienden a saltarse el pesado protocolo y a adquirir algo de la excentricidad de los viajeros. Balís, poco optimista, subrayó que los viajeros no eran lo que habían sido en otro tiempo. Se habían vuelto pusilánimes, y las cualidades que los caracterizaban ya eran fácilmente reconocibles en las hordas de turistas. Le dije que la uniformidad se imponía en los nuevos tiempos. Antes de que discrepásemos sobre las consecuencias de la uniformidad y de la reducción de las diferencias, Balís se levantó de su sitio, se quitó

la camiseta y, mostrando un cuerpo delgado con una barriga prominente, me anunció que iba a darse un chapuzón.

—Espera, volveré —dijo, y se alejó caminando hacia donde se hallaban las rocas que se habían desprendido.

Lo vi zambullirse, pero no lo vi salir del agua. Supuse que había nadado por debajo del agua y había salido por detrás de las rocas. Abrí mi libro y leí, una y otra vez, la misma línea hasta que lo cerré. Me quedé observando los barcos que entraban y salían de la boca de la caldera. Recordé lo que había sentido la primera vez en Santorini cuando el barco hubo atravesado ese lugar. Era la entrada a otro mundo. Después de las sacudidas del mar, la repentina tranquilidad no me había sorprendido sólo a mí, a todos. Por la cubierta se extendió un silencio sepulcral. La sugerente caldera nos había cautivado.

Sentado ahora a la pequeña mesa, veía zarpar a un barco de línea por la boca de la caldera. Navegaba por el paso entre Ammudi y Tirasía para adentrarse en el mar. No era grande, más bien como las pequeñas embarcaciones que hacían un recorrido por las islas de alrededor, Folégandro y Anafi. Sin embargo, me pareció extraño que a su paso levantara una ola desproporcionada con su desplazamiento. Clavé la mirada en el otro extremo, en la pequeña playa de Ammudi. Los turistas tomaban el sol tumbados en esterillas. Mi intranquilidad se vio seguida de entusiasmo. Por primera y última vez quise tener allí, en la mesita, entre el libro cerrado y el vaso de ouzo, una cámara fotográfica. Sí, una cámara fotográfica con teleobjetivo, con los parámetros configurados, cargada y preparada para inmortalizar la escena que vendría a continuación.

La ola que levantó el barco se dirigía discretamente hacia la playa. Se acercaba despacio, insidiosamente, mientras los turistas, despreocupados, tomaban el sol. Desde el punto en que me encontraba distinguía a alguien echándose crema, y a una muchacha con un bañador rojo posando para una fotografía entre sus bronceados amigos.

La primera ola rompió con fuerza en la playa y bañó a sus confiadas víctimas. Los turistas, sobresaltados, dieron un respingo, mientras que la segunda y tercera ola los derribaron. Se escucharon chillidos cuando las olas se retiraban y se llevaban por delante todo lo que encontraban a su paso: sombreros, toallas, protectores solares, bolsos con cosméticos, libros de bolsillo y, tal vez, alguna cámara de fotos.

La aparición de un nuevo barco, grande esta vez, de esos que atracan en el puerto de El Pireo, sembró el pánico. Los asustados bañistas recogieron y salieron pitando. Empapados hasta los huesos, llegaron a la taberna de pescado riéndose de lo que les había pasado.

En breve apareció también Balís. Venía jadeando. Estaba mojado y me pidió una toalla para secarse.

—¿Has visto lo que ha pasado con la ola? —le pregunté con los ojos entornados por el sol.

—¿Que si lo he visto? Yo la he provocado.

Me pareció tan disparatado que me negué a hacer comentario alguno.

Capítulo 5

Lo cómico y lo trágico se fusionaban en él en una miscelánea tragicómica. Resultaba imposible discernir cuándo esa persona hablaba de veras o estaba de guasa. En su mirada se exhibía la ironía; en su boca, un esbozo de sonrisa, y en su expresión, el sarcasmo. Una chanza de la cabeza a los pies. Una broma, unas veces inofensiva y, otras, peligrosa; en ocasiones delicada y, en otras, grosera, como ahora. Normalmente movía a risa. Eso es lo que hice cuando escuché la afirmación de Balís. Me eché a reír; me partí de risa. ¡Habrás visto! ¡Él provocó la ola! ¡Ya vale, hasta aquí podíamos llegar!

En el pasado había conocido también a otros que daban una interpretación personal a todo, pero Balís se pasaba de la raya. Consideraba que, de esa manera, se acercaba a la realidad desde un punto de vista distinto; sin embargo, la relación que él tenía con la realidad era tanta como la que existe entre una mecedora y un transatlántico o, más bien, para ser más preciso, tanta como la relación que guarda un caracol con el desierto del Kalahari —la semejanza radica en el desenlace—. Era subjetivo, obstinadamente apegado a sus ideas y extremadamente exagerado. Puede parecer extraño, pero, lo que me gustaba de Balís, lo que me hacía excusarle todo y no poder guardarle rencor, era justamente esa autenticidad suya. Era todo eso y no lo ocultaba. Confieso que había un resquicio de envidia en el fondo de aquella aceptación. En otro tiempo yo también había sido así, muchos

años antes de que aterrizase con mis dos pies en el planeta tierra. Me había criado en un entorno que dejaba que mi fantasía se desbordase. El tiempo era una plastilina en mis manos, con la que jugaba y a la que le daba la forma que quería. El tiempo estaba vivo y era palpable, pues yo no lo había cedido todavía a cambio del rescate de la mayoría de edad. Dejé de ser un niño cuando comencé a crear personillas de plastilina a las que ponía, al final, a montar orgías. El mundo era demasiado duro para dejar sobrevivir a los que tienen percepciones extrasensoriales. Las historias raras, los misterios y los héroes todopoderosos dejaron de hablar en mis sueños. Durante un tiempo estuve lamentándome por el universo que había perdido; apreté los dientes y abrí la puerta a la realidad. Después de todo no era tan dura como pensaba, ni tampoco estaba carente de fantasía. Descubrí que allí también existían los héroes, que no tenían posiblemente los dones sobrehumanos de los anteriores, pero poseían una humanidad que no se encontraba en ningún otro lugar.

Estaba atardeciendo cuando abandonamos la taberna. En la base de las escaleras que ascendían hasta el pueblo se habían apalancado los muleros. Habían colocado entremeses y aguardiente encima de una tabla, y se estaban cogiendo una cogorza como de costumbre, a la espera de que apareciese algún turista al que transportar.

Balís saludó a uno de ellos.

—¿Qué tal, señor Andonis? ¿Bien?

—Bien, muchacho, bien. ¿No ves? Aquí, en la batalla.

Balís lanzó una mirada al aguardiente.

—Sí, ya lo veo.

Comenzó la *Anábasis*. Los escalones estaban abarrotados de boñigas. Saltábamos y hacíamos eslalon para esquivarlas. La empresa

fue más difícil de lo que había pensado en un principio. Me detuve, jadeante, en bastantes ocasiones. El ouzo estuvo a punto de salirme por la nariz. Balís tenía pulmones resistentes, aparte de que también estaba acostumbrado a hacer ese trayecto. Hablaba, gesticulaba, hacía observaciones y bromeaba. Me comentó que una vez se peleó con aquel mulero, el señor Andonis, cuando lo vio golpear a su animal con una vara mojada. Le gritó que parase y aquél comenzó a apalearlo al animal con más fuerza. Acabaron dándose una paliza, pero después hicieron las paces. Los muleros se las gastan de una forma horrible con sus animales. Cuando éstos envejecen y no están en condiciones de cumplir con sus obligaciones, los llevan hasta el borde del precipicio y se marchan, pero no sin haberles bloqueado previamente la salida. En pocos días, el animal, moribundo por el hambre y la sed, salta por el precipicio. Incluso ahora, me dijo, si uno los escucha hablar de sus mulos, creerá que están hablando de carretas.

—¿Por qué crees que la isla de Gaiduronisi tiene ese nombre, Gaiduronisi, que significa isla de los burros? Llevaban los burros allí y dejaban que la palmaran. ¿Lo entiendes, compañero? A pesar de que son seres vivos. Coge al animal que estuvo a tu servicio durante toda una vida y, en lugar de dejar que muera tranquilamente, arrójalo a las aves de rapiña. ¡Anda y que os den!

Hasta que no llegamos a lo más alto de las escaleras, no se metió la lengua en la boca; yo tampoco, pero por otra razón. Decía que los animales se rebelarían algún día y se librarían de la opresión humana. Su venganza sería una pesadilla. Cuanto más haya sufrido el animal, más despiadada sería su vindicta.

—Me gusta, amigo, me gusta mucho —me dijo riéndose—. En cada región reinará una especie. El elefante, en África. Piensa en

cuántos puede aplastar con la planta del pie. La orca, en el Mar del Norte. ¿Te la imaginas fastidiando a los balleneros? ¡Ja! Imagínatela después llenando frasquitos de perfume y poniéndolos debajo de sus aletas. ¡Ja, qué locura! En Grecia, el burro dominará al ser humano. Lo golpeará si no lo obedece y, cuando se canse, lo lanzará por el precipicio. ¿Acaso lo dudas?

Al término de las escaleras nos detuvimos para tomar aliento. Continuamos hasta los callejones de Ía. Mi cuerpo estaba ardiendo, y mi cabeza, a punto de estallar. Por una parte, el sol de justicia, el alcohol y la cuesta, y, por otra, la torrencial personalidad de mi compañero de camino, me habían aniquilado.

Balís atrajo la atención de un perro callejero. Éste se le acercó moviendo el rabo y se dejó acariciar. En un abrir y cerrar de ojos se había reunido alrededor de él toda la pandilla. Los perros se volvían locos a su lado, por lo que supuse que les daba comida. Me los presentó de uno en uno: Skoti y su mejor amigo, Bozo, eran los folloneros; los otros eran Pelito, Sísifo y Avellana. En una ocasión habían enviado al perrero a recogerlos, y se había animado todo el pueblo, excepto los lugareños. Se había constituido un comité especial para que aquél no encontrara a ningún perro sin dueño. Por arte de magia, todos los perros habían pasado a ser, efectivamente, propiedad de alguien. Balís decía que los perros de Ía se diferenciaban del resto de perros en que vivían en libertad. No eran comparables con los perros neuróticos de las ciudades, a los que tenían encerrados en balcones y terrazas. El único desfogue para esos desdichados consistía en dar una vuelta por el parque del barrio y, después, de nuevo a la prisión. Los perros falderos se veían envueltos en trifulcas con los perros

callejeros de Ía, que se abalanzaban sobre aquéllos por lo más mínimo. Cabezón —el apodo de Skoti— había visto días atrás a un chihuahua armando un escándalo en la comunidad y le había dado una paliza. Cada perro en Ía tenía su forma de ser, sus amores y su árbol genealógico, que se remontaba a bastantes perros callejeros más atrás. Podían comerse entre ellos, eran perros, pero con las personas se llevaban bien. Mimaban a los perros y los cuidaban; algunos, además, los despiojaban. Cuando se vaciaba el pueblo en invierno, comenzaba para los perros una etapa difícil, la época de la inanición, que duraba hasta la primavera. Sobrevivían los más ingeniosos y fuertes. En el invierno pasado se vieron obligados a comerse un mulo para no morir de hambre.

Llegamos a la plaza de Ía. Balís entabló conversación con una pareja de vendedores ambulantes que tenía sus mercancías extendidas en el suelo sobre una tela de seda bordada. La pareja la llamaba la “alfombra mágica” y tenía sobre ella todo lo que se pudiera imaginar. Adornos de Birmania y Camboya, telas, tapices, pipas de colmillo de elefante, varitas de incienso e, incluso, iconos de Krishna. Estos dos vendedores ambulantes pasaban la mitad del año en Asia, donde iban recopilando sus mercancías, y el resto del año en las islas, donde las vendían. Parecían troles, duendes del bosque. Si alguien tuviese una vista panorámica de la plaza, vería a una multitud de personas vestidas igual y, en mitad de ellas, a dos seres vestidos con ropas de colores chillones y círculos concéntricos, como las diapositivas que se proyectaban en los conciertos de Grateful Dead. Sin que tuvieran conciencia de ello, se movían a un tempo más rápido que los demás, hablaban de forma breve y con códigos, y decían lo que se les venía a la cabeza.

—Oye, ¿qué es esto? ¿Un calamar volador? ¿Cómo lo has pescado, Balís, tío? —dijo el trol masculino señalándome.

—¿Quién? ¿Giorgos? ¿Qué le pasa, tío? ¡Está muy bien!

—Venga, anda, a vuestra salud, porque nosotros estamos bien — intervino, de repente, el trol femenino y se sirvió un vasito de rakí.

Los dos duendes hablaban sin tregua, al mismo tiempo, lo que desesperaba a Balís. El masculino era el visir Iznogud en persona; el femenino era Alicia, que había vuelto del país de las maravillas. No pertenecían a ninguna parte, eran los extraterrestres, los discordantes, los que estaban por error. Me cayeron bien desde el primer momento. De algún modo yo también me sentía así, sólo que procuraba no dar prioridad a lo que yo tenía de diferente, o al menos no ponerlo de manifiesto. Me vestía con ropa más bien convencional, camiseta y pantalón vaquero habitualmente. Rara vez levantaba la voz y, por lo general, mi actitud no podía calificarse de ser únicamente provocadora. Mi carácter tranquilo me ayudaba a pasar desapercibido, algo que pretendía. Si alguien quisiera indagar sobre mí, no tendría más que acercarse y hablar conmigo.

—No me aclaro con estos dos. ¿Qué me dices? ¿Nos vamos a la *kánava*? —dijo Balís, y me tiró de la manga.

Lo seguí.

La tarde era calurosa y apacible. No corría nada de aire. El aroma a jazmín se había extendido por la plaza de Ía. Por las esquinas aparecían pandillas de la nada, avanzaban como sombras de cuerpos en blanco y negro, y desaparecían en una dirección desconocida. Nosotros dos también nos convertimos en sombras, cuyos pasos resonaban en las baldosas. Todavía me sentía en tensión, entre la guerra y la paz, entre el profundo cansancio y en ascuas.

No tardamos en llegar a la *kánava*.

El sitio era más grande de lo que pensaba. El escenario africano que había visto el otro día no era más que una pequeña parte cerca de la entrada. El resto de la *kánava* era enorme, oblonga, cilíndrica y sin ventanas. La luz de la entrada no alcanzaba a iluminar el fondo, así que algunos puntos quedaban en penumbra. Las paredes encaladas rezumaban manchas de humedad. El silencio recordaba a un mausoleo. Con todo aquel ambiente me vino a la mente los cuadros lúgubres de Pisanello.

Balís me explicó que una *kánava* adecuada tiene que estar excavada, construida en la roca. El vino necesita frescura y humedad, de lo contrario, no hay nada que hacer. A continuación puso un vinilo en el tocadiscos. Me dijo que lo escuchara con atención, ya que él me hacía el favor de escucharlo por enésima vez. El disco se llamaba *Ténedos*. En opinión de Balís, era de lo más completo de la discografía griega, junto con *Rembético* y *O Stavróstu Notu (La Cruz del Sur)*. Ritmos de Asia Menor inundaron la sala, en los que se habían infiltrado sonidos de las islas, o viceversa. Una peculiar amalgama musical que me dejó boquiabierto.

Balís se excusó y se ausentó para ir a la cocina. Exploré un poco el lugar. El escenario africano no disponía más que de un colchón tirado en el suelo y unos cuantos candelabros de cobre, en los que se habían derretido decenas de velas. Más allá, un aparador, un sofá, dos tinajas y un baúl de madera cuidadosamente barnizado, que guardaba el ajuar doméstico para que no se estropease. Me fijé en una mesa baja y redonda, sobre la que descansaban el tocadiscos y los vinilos. Su buen estado revelaba el cuidado que recibía del propietario de la *kánava*. A la izquierda, tras bajar algunos

escalones, se encontraba la cámara, el dormitorio. Esta habitación destacaba del resto de la *kánava*. Era agradable y acogedora. Disponía de una cama doble de obra, una estantería y un armario. Enfrente tenía una pequeña cocina equipada con todo lo necesario. Estaba provista, incluso, de un aparato que absorbía la humedad y la convertía en agua, que se recogía en un contenedor.

—Éste es mi rincón —dijo Balís mientras calentaba comida—. Vaya donde vaya, aquí desemboco. Me gusta estar aquí; también yo tengo mis manías. Mucho más me gusta pisar las uvas. Me duermo escuchando cómo se destila el mosto. No te imaginas el sonido tan dulce que hace.

—¿Y no te mareas?

—¡Qué va! Me he acostumbrado. Cuando lo hago, me pongo un poco de albahaca en la oreja. La huelo, y se apaga la “furia” del mosto.

Subimos de nuevo a la sala. Balís llevaba la cacerola con la comida que estaba calentando anteriormente. Dentro asomaba, humeante, una cabeza pequeña de cordero. No mostré mi repugnancia cuando vi que rompía la cabeza y se comía los sesos con una cuchara. Me miró por un momento con intención burlesca.

—¿Quieres un poco? —me ofreció.

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes.

—No lo creo.

—¿Te importa si picoteo algo mientras hablamos? Me muero de hambre —enunció, y, tras clavar el tenedor en el ojo del cordero, lo engulló.

De nuevo, me dio asco, pero no lo manifesté. Balís se terminó la comida y llevó la cacerola de vuelta a la cocina. Después subió y me preguntó si quería que me enseñara los lagares. Acepté.

Había dos lagares. Uno para la uva blanca y el otro para la negra. El mosto se almacenaba en cisternas y después se introducía en los barriles. Se hervía y, si estaba denso, se rebajaba con agua. Balís había intentado elaborar diferentes tipos de vino, pero no siempre tenía suerte. Había logrado preparar vino *brusco* con uva negra y blanca, pero, como explicó, perdía en el aroma. Sin embargo, le había ido bien con el *vinsanto*, el vino de los santos. Había extendido las uvas en el secadero y, así como estaban, medio secas como uvas pasas, las había echado en la prensa. Mediante este proceso había elaborado un vino que parecía licor.

—Prueba este vino —dijo, y abrió la espita de un barril.

Llenó un vaso hasta la mitad y me lo dio. No soy catador, pero puedo decir que su aroma era único. En cuanto lo hube bebido, mi paladar se revolucionó y me alegró notablemente. Empecé a desvariar, a decir que nunca había bebido un vino igual. Quien lo bebiese, aseguré, podría hacer las cosas más inverosímiles. Podría hablar lenguas desconocidas, montar fiestas en cementerios y bailar en el fondo del mar. Balís se jactaba; le encantaba que elogiase sus vinos.

—Espera y verás cuando el vino envejezca —añadió, y llenó dos vasos—. Si le da tiempo, claro.

Estaba como un tonto con un lápiz. Me dijo que aquel vino era el producto de la actividad nocturna, el producto genuino de la actividad nocturna. Me explicó el procedimiento con entusiasmo, como si hablara de su mejor hijo:

—Cuando pisas las uvas, en algún momento has de parar, ¿no es así? ¿Cuándo paras? Por la noche, por supuesto, para irte a dormir. El mosto permanece en la destiladera. Las sustancias más pesadas caen

hacia el fondo. Lo que queda en la superficie es la esencia, la parte más noble del vino. El verdadero producto del trabajo nocturno es un néctar, amigo. No suele beberse. Los que circulan por el mercado, y no hay discusión que valga, son imitaciones de mierda. Te podrán hablar del producto de la actividad nocturna los autóctonos de Santorini más mayores, los que tienen fincas en las laderas...

Era capaz de hablar de viñedos durante horas.

Un vasito tras otro, el vino se me subió a la cabeza. La combinación con el ouzo que había tomado en Ammudi era explosiva. Balís me recomendó moderación, y él continuó bebiendo a sorbos. Me dijo que tuviese cuidado con su producto de la actividad nocturna, porque podía mandarme directamente a la tumba. Entre tanto, yo no podía dejar de darle a la lengua, hablaba por los codos. Empecé la historia desde el principio, desde la gasolinera de Acarnas. Seguidamente, le relaté algunas anécdotas que me habían ocurrido en las islas. Después, la conversación discurrió hasta Santorini y, finalmente, hasta mi primera noche en Ía y la accidentada escena de la terraza. Cuando Balís hubo escuchado que lo había visto como un caballo desenfrenado, dejó escapar una risa ahogada.

—Sí, ¿eh? ¡Mira por dónde! Sabía que me había desbocado, pero no de esa manera. Pues ¿sabes qué? También otros me lo habían dicho. Parece que sintonizo con algunos, que emitimos en la misma longitud de onda. ¡Qué cosas, un caballo! No lo había escuchado nunca.

Las maravillosas melodías de *Ténedos* terminaron. Balís cambió el disco; era el turno de *Rembétiko*. Volvió a llenar los vasos y se sentó a mi lado. Se mostraba preocupado.

—Me parece extraño que me vieras de esa manera desde el inicio. Vale, entiendo que me vean así los míos. Pero tú, ¿cómo?

Lo miré atónitamente. ¿Qué insinuaba? ¿Que había también otros que lo veían cambiar de forma? Lo decía como si fuera algo natural. De toda la escena que le describí, lo único que le impresionó fue que lo hubiera visto de esa suerte desde el primer momento. Pero, si había también otros como yo que estaban en sus cabales, entonces la escena entera dejaba de ser la alucinación de una mente cansada. El asunto se volvía un tanto singular. No, dije, no iba a permitirle que me arrastrara hacia su locura.

—Amigo mío, Giorgos, hermano —dijo afectuosamente—, parece que posees algo y todavía no te has percatado de ello. No me pidas que te diga más. Lo único que sé es que nosotros dos tenemos una forma distinta de pensar.

—¿Cuál es esa forma distinta de pensar?

—La no académica.

¿Una forma distinta de pensar? Nadie me había dicho nunca que tenía una forma distinta de pensar. Apenas me vanagloriaba al afirmar que había puesto los pies en el suelo, que me había vuelto realista, que había dejado de andar por las nubes.

—Bueno —le dije—. Ya que soy tu amigo, tu hermano como dices tú, quiero que me aclares algo. No es por nada, es que no me gustan los enigmas. Cuando en Ammudi me dijiste que tú provocaste la ola, ¿qué querías decir?

Balís se rió.

—Sabía que me ibas a preguntar. Mira, te lo voy a decir. Estoy muy ligado al agua. Mi historia con el agua viene de lejos. Era verano por aquel entonces, yo había terminado el segundo curso de secundaria e iba a pasar a tercero. ¿Cuántos años tenía? Trece, catorce o algo así. No me parecía en absoluto a éste que estás

viendo ahora. Incluso mi nombre era diferente. Me dicen Balís en los últimos años. En aquellas fechas me llamaban Dionisis...

Estaba veraneando con sus padres en un lugar de la región de Calcídica. Los niños de su edad habían formado una pandilla, habitual en los pueblos de veraneo. Era el final de la inocencia, la época de las primeras emociones, de las primeras fechorías. Los chiquillos les decían a sus padres que irían a ver Mickey Mouse, lo cual constituía la clave para reunirse detrás de un seto y fumar a escondidas. Ponían el dinero a escote y compraban ese paquete aplanado de «Karelias» con diez cigarros, el *karelaki* de los estudiantes. Fumaban como carreteros. También cogían chicles para no apestar luego y evitar que los mayores se dieran cuenta. El seto era su refugio, la muralla que los aislaba del mundo de los adultos. El humo los aturdí y los llevaba a la luna. Soltaban cualquier disparate que se les pasaba por la cabeza.

El tema de conversación preferido era, naturalmente, las chicas. El lugar estaba lleno de muchachas de Tesalónica de la misma edad, a las que devoraban con la mirada. Ya desde el primer momento Dionisis —más tarde Balís— se había convertido en el centro de atención. Al principio se avergonzaba, y bajaba la mirada cuando las chicas lo observaban. La ola que crecía en su interior, sin embargo, no tardó en desatarse. La ola bramó cuando Dionisis vio a la hija de un general, con el pelo bermejo y ondulado, y la piel blanca como el mármol. Se enteró de que la muchacha se iba a marchar pronto con su familia para residir permanentemente en América, y aquella perspectiva, en lugar de desilusionarlo, le acrecentó el ánimo. Desplegó valentía ante ella. En el cine al aire libre se sentó a su lado aun cuando tenía a su espalda a toda la

parentela de la muchacha. Se había bañado en sudor frío cuando sus manos, supuestamente cruzadas, colocadas bajo las axilas, acariciaron las de ella. ¿Y si la muchacha lo reprendía a voz en grito? ¿Y si lo dejaba en ridículo? Mejor que la tierra se abriera y se lo tragara. No pasó nada de eso. Su valor se vio recompensado con un cálido abrazo de la chica. No vieron la película; caricias furtivas ocupaban sus mentes. Unos impulsos sensuales lo atravesaban cuando los dedos de ella acariciaban, con intención, la palma de su mano mientras sentía en el codo la respiración abrasadora del general. Se sucedieron nuevos encuentros. En la primera cita se endulzó con los besos de ella. En la segunda se colmó del embriagador contacto con su pecho. En la tercera quedó henchido de las promesas que exhalaba lo oculto de la chica, lo impregnado de misteriosas y, alguna vez, desagradables fragancias.

Mostraba excitación cuando bajó a la playa aquel mediodía. La vio tumbada en la plataforma flotante donde se reunía la pandilla para darse un chapuzón. Alrededor de la plataforma sus amigos nadaban como delfines y jugaban con el agua. Ya lo acusaban de que los había vendido, de que no iba al seto, por el favor de la pelirroja. Bajo el nombre de traición escondían la envidia que se siente de los éxitos de los amigos. Dionisis recordaría bien aquel día. Estaba nublado; el horizonte, sombrío, y la playa, casi vacía. Era un buen día para morir.

Comenzó a nadar. La plataforma no estaba lejos de la orilla, a unos doscientos metros. En aquel punto el mar era profundo. Débil como era entonces, y no muy buen nadador, jadeaba mientras se acercaba a la plataforma. Sus amigos, compinchados, se abatieron sobre él y le hicieron una ahogadilla. Dionisis no lo esperaba. Bebió agua mientras se hundía como un plomo en el

fondo. Su corazón estuvo a punto de estallar por el susto. Detuvo su descendimiento y, estirando brazos y piernas, se impulsó hacia arriba. El recorrido hacia la superficie le pareció interminable. Se encontraba extenuado cuando sacó la cabeza del agua.

Sus amigos, por su ignorancia, incurrieron en un delito. En el momento en que su cabeza comenzó a aparecer por encima del agua, y antes de que consiguiera coger aire, lo volvieron a sumergir. Este es mi final, pensó mientras se hundía. La segunda ahogadilla fue tan fuerte que las plantas de sus pies tocaron la arena del fondo. En sus pulmones no quedaba ni un ápice de oxígeno.

Ocurrió entonces algo extraño. Una obstinación rabiosa brotó de su interior. No quería morir, no sabía si ya había muerto. Rebosaba de una insólita plétora de vida. Era algo que estaba más allá de la lógica, más allá de su voluntad de vivir. Algo que procedía del núcleo de su existencia. De repente se sintió todopoderoso, invulnerable, inmortal. En vez de en una tumba líquida, el mar se convirtió en una fuente de vida. Nadaba en líquido amniótico, como si hubiera mutado, inicialmente, en un anfibio y, después, en un pez. Disponía de branquias para respirar, cola para nadar y dientes para enfrentarse a sus enemigos. Azotó el agua con su cola y se dirigió hacia la superficie. Dos de sus amigos le dijeron posteriormente que, mientras esperaban que Dionisis emergiese del agua, vieron saltar un marrajo que les cortó la respiración. Subieron a la plataforma chillando al tiempo que el marrajo se sumergía fustigando el agua.

La plétora de vida y la sensación de omnipotencia abandonaron su cuerpo, que recobró su forma natural. Nadó hasta la plataforma, donde lo esperaba, preocupada, la pelirroja. Los dos chicos

lloraban y decían que habían visto un tiburón. Los demás se burlaban de ellos; no habían visto lo más mínimo.

—Lo sé, me tomarás por un mitómano por esto que estoy contando —dijo Balís estoicamente.

Lo negué.

—Es otra cosa lo que me preocupa —aseguré.

—¿Y qué es?

—Quizás me parezca a esos niños, tus amigos. De lo contrario, ¿cómo pude verte como un caballo en la terraza?

Balís se encogió de hombros.

—No puedo explicarlo. Parece que algunos pueden y otros no. Me dominó la impaciencia.

—¿Que pueden qué? Eso es lo que quiero saber.

—Que pueden ver mis sentimientos personificarse. Ver lo que acontece en mi interior. No creas que me alegro por ello. Me saca de quicio, me saca de quicio enormemente. ¿Tan vulnerable eres, Balís?, me digo. ¿Tan transparente? ¿Por qué no llevas también tú una armadura? ¿Un poco de piel para hacerte pasar por un ser humano?

Capítulo 6

Balís me enseñó a continuación unas viejas fotografías de la época en la que se llamaba Dionisis. Me quedé alucinado con el cambio que había experimentado. Las fotografías mostraban a un muchacho de cuerpo torneado y cabellera espesa. Como él mismo aseguraba, ninguno de sus antiguos amigos lo reconocería. Deduje que sus metamorfosis ovidianas no tenían que ver sólo con sus sentimientos, sino también con la configuración de sus rasgos, con su apariencia exterior. Lo negó riéndose. Me dijo que aquel cambio se debía a sus errores, a su pasado pecador.

Me narró su vida desde el principio.

Dionisis fue un joven de una belleza deslumbrante. Alto, con un cuerpo robusto y rebosante de agilidad adolescente, y un rostro cuyas facciones remitían a las obras de arte del Renacimiento. Unos ángulos perfectos que acababan en un mentón mediterráneo, unas pestañas tan largas que parecían postizas y, su mayor gracia, unos ojos del color de la miel que contrastaba con el negro de su corona de cabellos ensortijados. Cuando dirigía su mirada a alguien, lo inundaba una luz. Aquella luz no dejaba impasible a nadie. Hombres y mujeres, niños y ancianos quedaban embelesados a su paso. Destacaba por su angelical, y casi asexual, belleza. Dionisis había aprendido a vivir con ella y a desdeñarla. Caminaba entre la multitud perdido en sus pensamientos, esquivando las miradas

y los comentarios de los transeúntes. Se subía al autobús o al trolebús y hacía como que miraba afuera para no ver, para no darle importancia al tipo de miradas que se centraban en él. Cada vez que iba con sus amigos a los sitios donde solían encontrarse los escolares, las niñas se congregaban alrededor de él como las abejas. Algunos lo envidiaban, e intentaban empecinadamente encontrarle algún defecto. Pero no les daba razones para ello. Era buen estudiante, atento en sus relaciones con los demás, sin aires de soberbia y con una personalidad más bien reservada que no dejaba margen para indagaciones.

Conoció el amor bastante temprano, a los catorce años, en el invierno posterior a las vacaciones en Calcídica. Una profesora del instituto se ocupó de iniciarlo. Una mañana Dionisis se retrasó y no llegó a tiempo al examen. Como castigo, ella lo obligó a encontrar todos los ríos y afluentes de América del Sur y a llevárselos por la tarde a su casa. La profesora vivía cinco manzanas más abajo, y su dormitorio se encontraba a cinco pasos del salón. Dionisis no olvidó sus fríos pechos y su mirada insaciable; tampoco su piel, tan grasienta que su mano se adhirió sobre él como una ventosa. Aquella historia le dejó en la boca un intenso sabor a óxido que tardó en desaparecer.

Extrajo una buena lección de lo que le había ocurrido. Aprendió a levantar sus defensas, a no ofrecerse a los buitres como una presa. Así, resistió los asaltos que acometían sus tías y primas, sus compañeras de clase y la ralea de pervertidos que lo abordaban en la calle. Únicamente ante un mendigo anciano que lo arrinconó una noche cedió durante un instante, quizás porque le tenía lástima. Le permitió que lo acariciase con sus manos temblorosas,

que pegase en su cuello sus labios ensalivados. Cuando el mendigo intentó realizar una obscenidad, Dionisis lo repelió al sentir la misma repulsión viscosa que había experimentado con el cuerpo de la profesora. El anciano le suplicó. Al final se le echó encima y se agarró a su pie. Dionisis le dio una patada con el pie que tenía libre, lo dejó ensangrentado y se fue.

Terminó el bachillerato, hizo las pruebas de acceso e ingresó en la Universidad Panteion de Atenas. Allí, ante un asombro general, y para decepción de las mujeres de la facultad, estableció una relación con Sisi, en cuyo aspecto todo parecía estar erróneamente conformado. Tenía un gran contorno, unos quilos de más que se desbordaban caóticamente por los estrechos pantalones vaqueros, un rostro avinagrado y lleno de manchas, y unos ojos de perro amarillentos. En la facultad los llamaban el Bello y la Bestia. Cada vez que la besaba, Dionisis sentía un escalofrío de repulsión que le recorría el cuerpo, como entonces con la profesora y el mendigo, sólo que ahora la aversión era menor. Trataba a su Sisi del modo que ella se merecía, como basura. Sin atender a su inteligencia y a la riqueza de sus conocimientos, le hacía sentir que no estaba a la altura de las circunstancias. Le recalaba que él era lo mejor que le había ocurrido a ella, por lo que sería mejor que dejara las quejas a un lado. Para avergonzarla, coqueteaba con otras chicas delante de ella, y se complacía después cuando la consolaba con vanas palabras de compasión. Incluso aquellas palabras falsas contenían veneno. Era natural que coqueteara con tantas bellezas a su alrededor. No debía sentirse humillada, sino halagada. Aquella historia terminó una noche en la que Sisi lo besaba mientras apretaba su aguado cuerpo contra el suyo. De repente, Dionisis sintió un cambio. No lo

recorrieron escalofríos. La sensación de repugnancia que esperaba cada vez con un dulce recelo, había desaparecido. La abandonó sin tomarse la molestia siquiera de darle una explicación. A Sisi le llevó tiempo aceptarlo y aún más superarlo. Con los años se transformó en una mujer llena de complejos, vivía sola y se pasaba día y noche en el sofá viendo culebrones.

Después de Sisi, Dionisis se lanzó, desenfrenado, al libertinaje. En su mundo se habían agolpado seres extraños de todo género. Aduladores y flautistas, bailarines y bailarinas, lolitas y concubinas. Gracias a Dios, el dinero no le faltaba. Su padre era un empresario que se ocupaba de asuntos económicos de gran envergadura, mientras que su madre se había introducido en la astrología para romper con su rutina. Su hijo era una imagen hermosa que los afligía de vez en cuando y que se convertía en el espejo de su agrietada relación. Y justo en el momento en que todos esperaban que Dionisis conociera a alguna chica con dones similares, él comenzó a salir con una vieja. Debía de tener más de cincuenta, y Dionisis se mofaba diciéndole que se quitaba años. Cuando ella se quitaba la ropa, lo abrazaban los pliegues colgantes de los brazos y la barriga; lo rozaban los pechos, tan caídos como los de una cabra, y lo asfixiaba el olor a formol. Cada vez que se marchaba de casa de la mujer, se juraba que no volvería a pisarla, pero allí estaba una vez más para que lo acariciasen los dedos secos, para que lo chupasen los insatisfechos labios.

Posteriormente, Dionisis mantuvo unas breves relaciones con una turista suiza paticoja que se enamoró de él apasionadamente y, a continuación, con una alemana jorobada de Hannover que se pegó a él como una sanguijuela y que sufrió hasta que se libró de

ella. Se fue de vacaciones a la isla de Cos, donde tuvo una relación con una niñera de Noruega bestial. Pesaba ciento cincuenta quilos, y la mitad de ese peso correspondía a sus ubres; por las noches, cuando una masa de grasa caía sobre él, éste comenzaba a estrujarlas y a jugar con ellas hasta que la bestia se encendía y, con movimientos bruscos, lo inmovilizaba para tomar las riendas. Seguidamente, por su cama pasaron una coquetona castaña que trabajaba por las noches en un prostíbulo y una estudiante de Agronomía. Cuando la estudiante se quitó la chaqueta, Dionisis vio que su mano derecha estaba atrofiada, era pequeña como la mano de un bebé y colgaba de su hombro asimétricamente. Dionisis fingió indiferencia a pesar de que en su interior había estallado una tormenta. Cumplió con su deber, hizo el amor con ella pensando constantemente en su mano atrofiada. Se contuvo hasta el momento en que sintió que llegaba a la culminación. Entonces vertió sobre ella una cloaca de insultos tan incalificables que lo sobresaltaron también a él. La muchacha se deshizo en sollozos, mientras que él se derrumbó, jadeante, en el suelo.

Dionisis, estudiante eterno al que le quedaban asignaturas incluso del primer curso, se lió con una prostituta que hacía la carrera en la ateniense calle de Bucarest. Fue divertido al principio, pero después permitió, una vez más, que la decadencia lo tomara como rehén. Vivió con ella en un sótano miserable. La prostituta era una drogata y no tenía chulo; su chulo era el chute. Volvía al sótano, lanzaba la peluca rubia hacia la otra punta, se quitaba los zapatos que excitaban a sus clientes y se buscaba una vena con la jeringuilla. Lo tenía difícil porque se las había quemado todas, y acababa en las venillas que había en las uniones de los dedos de las extremidades inferiores.

—He ido al funeral de cuatro amigos míos —decía con los ojos narcotizados—. Sus madres se abalanzaban sobre mí y me decían que yo los había matado. Yo, precisamente yo, que ya estoy muerta.

Con ella venía también una muchacha, gorda como una ballena, que le pasaba la dosis. Algunas veces se la daba gratis, y lo único que pedía a cambio era sentarse enfrente de Dionisis y mirarlo. Extendidas por su cuerpo tenía heridas abiertas en las que se pinchaba. Cuando no se encontraba una vena, se hinchaba por muchas partes y se llenaba de pus, su cuerpo se tornaba en un tumor gigante. En breve Dionisis las fue imitando hasta ser un drogadicto. Su vida se trocó en una repetición tediosa: búsqueda-colocón, búsqueda-colocón. El chute dominaba su cuerpo, su mente, su alma. Pasaba interminables horas mirándose, simplemente, los cordones de los zapatos. En su interior se desmoronaba un valor tras otro y, al final, se socavó el último, el de su vida.

No había cumplido todavía los veinticinco y ya parecía un viejo. Su belleza había comenzado a marchitarse. Estaba perdiendo el pelo; una mañana, mientras se peinaba, se quedó con un mechón entero en la mano. Tenía los pómulos hundidos, y arrugas y concavidades en la frente. Sus ojos, desorbitados y llenos de puntos negros, habían dejado de irradiar luz. Se hizo camello para asegurarse la dosis. Comenzó a robar y a pisar cabezas para sobrevivir. El tiempo corría, y únicamente la venda que le había puesto en los ojos la droga permanecía inalterable.

Una noche irrumpió en el sótano una banda a la que habían suministrado mercancía adulterada. Golpearon a la prostituta, a la gorda y a él; los molieron, literalmente, a palos. Cuando se marcharon, incendiaron la casa. Dionisis consiguió, a duras penas,

salir a rastras y salvarse, pero en su rostro tenía quemaduras de tercer grado.

«Ayudadme, no puedo más», le dijo a sus padres, que, aterrados, le abrieron la puerta en mitad de la noche.

Efectivamente lo apoyaron. Lo abandonaron todo para estar con él en los momentos en los que se doblaba de dolor, en los que sentía que sus huesos se combaban. Permanecían a su lado cuando chillaba al ver en el espejo su rostro desfigurado. Lo enviaron a terapias de grupo para que se desintoxicara, y, más tarde, a Londres para que se sometiera a una serie de operaciones de cirugía plástica que le dieron su forma actual. Sin embargo, la criatura angelical había volado. En su lugar había quedado un ser mermado que exhalaba desdicha y podredumbre.

Temeroso, Dionisis volvió a salir solo por las noches, un desconocido entre desconocidos. El pelo se le había caído por completo, y quedaron a la vista sus orejas de soplillo, que se convirtieron en un objeto de burla. Su rostro imperfecto no podía engañar a nadie.

Una noche, de camino a las discotecas, vio a una joven de belleza excepcional. Alta, delgada, con ojos orientales y rasgados, y labios sensuales. Carecía de afectación en la forma de vestir y en sus modales, pero causaba sensación. Chicos y chicas se quedaban con la mirada clavada en ella, hecho que no parecía molestarla lo más mínimo. Era consciente de su belleza y no requería una confirmación. Infundía respeto a los hombres, que evitaban acercarse. Sólo Dionisis se allegó a ella, y aquello le pareció extraño en principio ya que habían pasado años desde la última vez que sintió que la belleza lo seducía. Se quedó de pie frente

a ella, la miró con sus ojos hundidos que en otro tiempo habían enloquecido a todo el mundo y se ofreció a invitarla a una copa. La preciosidad pareció sorprenderse. Lo escrutó de la cabeza a los pies. Una sonrisa imperceptible se asomó a los ojos de la chica. Sacudió coquetamente su melena, se rió y, finalmente, aceptó. A continuación, le pidió que se lo contase todo sobre él, pero lo único que logró arrancarle fueron unas pocas palabras inconexas.

—No tengo pasado —le dijo—. Lo he borrado. Lo he borrado todo y vivo sólo el momento. Me basta. Estoy bien así.

La chica tocó con las delgadas puntas de sus dedos los surcos en la frente de Dionisis y sus prematuras arrugas en los ojos.

—No hace falta que hables —repuso ella—. Éstas lo dicen todo.

No trabajaba; su trabajo era mantenerse hermosa. Procedía de una familia acomodada, era hija única y se había criado entre algodones. Todos pronosticaban para ella un futuro brillante y una boda con alguno de los vástagos de su círculo. Su éxito estaba asegurado sin que ella necesitara mover ni un dedo. Nadie se apercibía de que su belleza era una carga y lo daría todo por librarse de ella. Si querías ser su enemigo, era suficiente decirle que era linda. Para rebelarse, de cuando en cuando se relacionaba con escoria. Le describió a Dionisis sus aventuras fugaces con un verdulero barrigón, con una lesbiana declarada y, recientemente, con un borracho que apestaba a ginebra.

—La sección áurea no se encuentra en el centro, sino en los extremos —concluyó.

Dionisis estaba frente a su análogo femenino. Percibió las mismas inclinaciones hacia la autodestrucción en el lado oscuro de ella. Se contempló a sí mismo como había sido en otro tiempo

y vio el camino que él había seguido, el camino que había hecho aflorar a la superficie toda su fealdad. Vio todo aquello y sintió que rebosaba energía, que la adrenalina fluía en su interior como un río. Su vida adquiriría un sentido y un propósito. Quería librar a la beldad de la degradación, salvarla de los castigos que se infligía a sí misma. Y lo más importante, sabía de qué manera. Se trataba de la misma manera que nadie había empleado con él:

—No eres guapa —le espetó fríamente—. Crees que lo eres, pero no es así. ¿Dónde está tu belleza, que no puedo verla? ¿Está en tu pelo recién lavado o en tus labiecitos rosas? Eso no es belleza, eso es carne fresca. Eres fea, repugnante. Por eso estás conmigo. Si verdaderamente fueras hermosa, te habrías marchado.

Nadie le había hablado de esa guisa. La chica vio perder su gran ventaja y sin ésta quedaba desprotegida. Su vida era una sucesión continua de situaciones narcisistas, un juego que, a pesar de repararle una alegría efímera, no la llenaba, no la colmaba. Miró un momento en su interior y vio el pozo vacío que era su existencia. Se asustó, como alguien que se alza en la cima de una enhiesta roca. Helada por el miedo, buscó el calor del contacto humano, cosa que hacía por primera vez.

—No he hecho nada con mi vida —confesó—. Soy un cero, un cero absoluto. Sólo tú puedes entenderlo.

Oh, sí, lo entendía. Por eso la animó a saber quién era y qué quería. Le ofreció generosamente su ayuda. Junto a ella, él también vio una tierra llena de sol. Viajó a lugares de veraneo y conoció a personas con una actitud positiva hacia la vida. Leyó libros y vio películas y representaciones inolvidables. Reconsideró sus ideas de forma progresiva. La muchacha, por su parte, consiguió equilibrio

poco a poco. La que no habría la boca nada más que para burlarse, comenzó a observar, a guardar silencio, a reflexionar y a decidir. Comprobó definitivamente que la sección áurea se encontraba en el centro, no en los extremos. Abandonó sus tendencias autodestructivas, pues no tenían cabida bajo el sol. Las dejó atrás una a una; la última que arrumbó fue su ansia por Dionisis.

—Te doy las gracias por todo —le dijo a Dionisis—. Un nuevo día comienza para mí.

Un momento terrible. Dionisis se sintió más solo que nunca, pero peor lo había pasado como para que le asustara la soledad. No obstante, caminaba por la calle y la buscaba con la mirada. Normalmente se la imaginaba sola, con nuevos intereses que le saciaban la vida.

En una ocasión la vio. Pasó por su lado sin percatarse de él. Tenía ojos exclusivamente para el chico que la acompañaba. El chico le dijo una gracia que la hizo desternillarse. Era feliz y, por eso, verdaderamente hermosa. Su risa le perforaba los oídos mientras la veía alejarse.

Capítulo 7

El espacio de tiempo que siguió había tomado en mi mente la forma de un almacén de chatarra. Los metales combados eran mis pensamientos; los tubos oxidados, mis valores, y los engranajes, mis creencias. El almacén constituía todo mi ser. La presencia de Balís hizo que pusiera mi chatarrería en tela de juicio. Comencé a desconfiar de todo lo que veían mis ojos, de todo lo que decía mi lógica. Dudaba de cosas que, hasta hace poco, daba por sentadas. No había más que dos soluciones: una era prenderle fuego a la chatarrería, reducirla a cenizas y marcharme con el juramento de no volver más; la otra consistía en entrar en el almacén y sacarle brillo a la chatarra, unirla y componer una síntesis, de construcción propia, que simbolizase mi estructura psíquica.

Sin querer me convertí en la sombra de Balís. Iba a donde fuese él. Consumía con Balís cantidades increíbles de alcohol. Las jaquecas, acompañadas de espasmos musculares y calambres, me atormentaban. El insomnio me había agotado, una consecuencia natural del estado de nerviosismo y tensión en el que me hallaba. Caía en el diván y sentía mis miembros pesados, mi mente estaba aturdida por mil cosas. Justo en el momento en el que esperaba que me llegara el sueño, el bendito sueño, me quedaba en vela dando vueltas en el diván.

Algunas veces intentaba tranquilizarme. Comencé a evitar a Balís, me inventaba excusas para no acompañarlo en sus salidas.

Todos los días bajaba a Ammudi y nadaba. Puede que nadar me sosegase y me revitalizase, pero no me aportaba la serenidad que deseaba. Entre tanto, se marchó el flagrante agosto y llegó un mes con menos neurosis: septiembre. En la isla reinaba otra vez la calma; la conocida aridez, por todas partes. En las Cícladas, únicamente cuando el viento amaina, se hace patente lo tonificante e imprescindible que es. De un momento a otro Santorini se convertía en una caldera, en un infierno de mil demonios. El fuego abrasaba, quemaba las entrañas, prendía en el pecho. No eran pocas las veces en las que nos daba disnea y no podíamos respirar. Por el ambiente se esparcía un intenso olor a azufre.

Había llegado ya a detestar a las hordas de “sunseteros” que cercaban la zona del castillo y se extendían hasta Garbinií Mili. Hacía cuanto podía para esquivarlos. Me desviaba de su camino hacia la puesta de sol, hecho que me procuraba una pequeña satisfacción. En alguno de aquellos paseos descubrí un callejón que discurría paralelamente a la calle que utilizaban los turistas. Estaba desierto, repleto de viejas casas de capitanes. El callejón vivía en otra época; no daba ni un céntimo por nada de lo que ocurría dos pasos más allá. Me sentaba en los pretiles y cavilaba acerca de lo diferente que sería ía fuera de temporada. Decían que, para sentir realmente aquel lugar, tenías que quedarte allí en invierno. Se mudaba en un pueblo fantasma. Sus únicos habitantes eran los perros y algunos anacoretas, los amantes empedernidos de Santorini, aquéllos que se habían deslumbrado completamente con su belleza.

Atardecía en el callejón cuando me acerqué a un anciano. Había quitado las contraventanas y las había colocado, erguidas, en el muro de su patio. Junto a sus pies tenía brochas, agua, pintura de

color azul y aguarrás. Pintaba y susurraba una melodía. Tenía el pelo muy corto, muy canoso y afeitado por los lados. En la cintura llevaba un fajín de color. Sobre la camisa vestía un chaleco con rayas negras y finas. Entonces ocurrió algo que me resultó curioso. Pasaba una muchacha con unos andares que denotaban una actitud frívola. El anciano dejó de pintar y se quedó embobado en el rellano observándola. ¡Hay que ver, el caduco!, dije para mí. La chica le dio las buenas tardes y continuó. En la cara del anciano se traslució la decepción. Al darse cuenta de que yo lo estaba mirando, parece que se avergonzó. Retrocedió, lo reconsideró, se volvió y me dijo:

—Hoy hace buen tiempo, hijo. El ideal para la pesca nocturna. Asentí con la cabeza.

Y sin más, nos pusimos a charlar, él en el rellano y yo en el pretil. Hablamos de todo un poco hasta que encontramos una manera codificada de comunicarnos. El anciano hizo una mención nada halagadora a sus paisanos: «Los ladrones son gente honrada —dijo—. No tienen nada que hacer y se entretienen con fulano y con mengano». A continuación, se refirió al pasado, a la época en la que llegó la electricidad al pueblo, y ni un alma se atrevía a salir a la calle por la noche. Oraban para exorcizarla, huían de la electricidad como alma que lleva el diablo. Cuando llegó la televisión, comenzaron todos a hablar de los presentadores: «Las noticias del tiempo, sí, fíjate, hijo, para saber qué pasa». Al mismo tiempo, las oraciones y los inciensos con el sacerdote de la parroquia a fin de expulsar al diaño no se acababan.

—Antaño, hijo, la gente temía al diaño. Ahora nadie le tiene miedo. Todos nos hemos convertido en diaños.

Él era el tío Yakumís. Cuando cayó la noche, me invitó a entrar y me ofreció un café muy dulce. Su casa olía a naftalina, metida

a puñados en los bolsillos de las chaquetas, y a barniz, impreso sobre unos muebles viejos. Yakumís era profundamente agorero. Cuando decía algo malo, tocaba madera y después escupía por precaución. Me daba consejos sin cesar: «No te comas las uñas, que atraes a la muerte». O bien: «No apoyes la mandíbula en tus manos, que trae mala suerte». Somos un pueblo supersticioso. A pesar de sus pertinaces intentos, el cristianismo no consiguió desterrar las ideas hondamente arraigadas.

A Yakumís lo asaltaba la nostalgia cada vez que evocaba los días de la *vendema*, de la vendimia.

—¡Si vieras cómo se cantaba y se bailaba allí! ¡Si lo hubieses vivido, hijo! Era la ocasión en la que surgían todos los idilios. Las solteras estaban remangadas, llevaban faldas cortas y tenían las mejillas como las granadas. ¡Ay, alma mía, todo eso ya se ha acabado!

Ahora se había quedado más solo que la una y le daba al *komboloi*. No bebía, no fumaba y no trasnochaba; se lo había prohibido el médico. Una cosa sí le quedaba: mirar por la ventana por si la veía pasar. ¿A quién? A la única y singular, a la desconocida ideal. Cuando lo hube escuchado, a punto estuve de caerme.

—Habiendo conocido a tantas y tantas mozas, ¿es que no había ninguna que me valiese? —prosiguió Yakumís—. Ya ves, buscaba a la impoluta.

Sus ojos se avivaron y sus dientes podridos rechinaron cuando una figura sensual pasó por delante de él. La vio detenerse, ella lo reconoció y él la reconoció. La pareja ideal, el mito de una sociedad que no tenía ideales que brindar. Dijo que la persona que no tenía un propósito, se consumía, moría como un perro. A su señoría le quedaba únicamente una cosa, eso, aunque fuese

verla y morir. Se iría con una sonrisa en los labios. ¿A dónde? ¿Pero a dónde se iría? Al punto donde llegamos todos, ya sea postrados por una enfermedad, ya sea apaleados en la calle, ya sea... A todos nos espera un momento en el que no existirá el futuro, existirá sólo el presente, en el que se fundirá todo. En ese momento no se considera acertado que ocultes tus fracasos, todo sale a la luz. Cuantos vivieron como querían vivir, mueren en paz, plácidamente. El resto muere no una, sino muchas veces. Eso es lo que quería decir el tío Yakumís cuando movía la cabeza, miraba al exterior y decía: «Vete una sola vez». Él sabía que no tenía mucho que esperar. No esperaba una pareja para el viaje de la vida, sino para un viaje menos romántico. Al final, se reclinó hacia atrás y guardó silencio. Parecía fatigado. Le di las gracias por el café y me marché, no sin prometerle que volvería a pasarme.

El tío Yakumís fue un pequeño paréntesis dentro del dominio absoluto de Balís. No transcurrió mucho tiempo hasta que lo vi de nuevo y volvimos a las andadas. Nuestros pasos dibujaban un triángulo imaginario que partía de la *kánava*, bajaba hasta Ammudi, subía de nuevo a Ía y, haciendo breves paradas en los barecitos, acababa debajo del techo de hojalata del «Mama Africa». Allí reinaba Asprogenis. Se paseaba dando órdenes al cocinero keniatá y a las camareras exóticas que trabajan en su restaurante. Desnudo de cintura hacia arriba, con todo tipo de talismanes colgados en el cuello y una ondeante melena leonina, parecía un corsario que intentara sofocar un motín.

Últimamente, al restaurante no acudía mucha gente. ¿Y qué hacía el sinvergüenza para atraer a clientes? Ponía a Mozart. La añagaza le daba resultado. El «Mama Africa» comenzaba a

llenarse. Las futuras víctimas bajaban los escalones, se sentaban, hacían sus comandas, se relajaban con la música y, cuando habían terminado de comer ricamente, se echaban en los amplios cojines y charlaban. Pero he aquí por donde la música cambiaba. Las melodías de Mozart eran reemplazadas por los violentos acordes de Dead Kennedys con la voz de Jello Biafra, que aullaba en los altavoces. Los clientes se quedaban perplejos, se molestaban, se enfadaban, no lo soportaban y, en medio del bombardeo acústico, pagaban y se marchaban. Cuando las mesas se vaciaban, Mozart otra vez, y las próximas víctimas bajaban los escalones. El culpable de todo aquello, Asprogenis, escondido detrás de la barra con el equipo de música, esperaba a que acabaran la comida para sembrar nuevamente el pánico.

Harto de las objeciones y los eflujos de sus camareras orientales, Asprogenis las despidió un día y contrató en su lugar a una cincuentona de Santorini que, posiblemente, no tuviese experiencia, pero, con su sagacidad, se llevaba de calle a todo el mundo:

—Hoy, nene, tenemos por aquí una empanada con un nombre complicado. Puede que yo no sepa cómo se llama, pero estoy segura de que tú sí. Me comí un trozo antes; la ha hecho rica el muchacho, aunque le ha puesto mucho ajo. Como soy una ignorante, por poco si me quemó. Pero a ti te gustará, nene, ya verás que te gustará. ¿Te pido una empanada?

Después de todo eso, ¿cómo le ibas a decir: «No»?

Normalmente íbamos al «Mama Africa» a partir de las once de la noche, cuando el orden se había reinstaurado. Nos sentábamos en la última mesa y, con la espalda apoyada en la pared, lo observábamos todo: quiénes subían, quiénes bajaban y quiénes

se metían en la cocina para darle compañía al cocinero keniatá y a Asprogenis, que se sentaba en su pequeña silla y vigilaba fumándose sus famosos porros. Teníamos también a Bembis en la ventana situada a nuestra derecha —en la habitación en la que me había hospedado la vez pasada—, que aparecía, levantaba las orejas y se relamía mirando nuestro plato.

Allá al fondo, alumbrada, resplandecía como el oro la capital de la isla, Firá. Excursionistas de todos los puntos del globo terrestre se reunían allí en una cita internacional. Bailaban, coqueteaban y dejaban que la brisa de la mañana esparciera los rescoldos de sus devaneos cual cenizas del volcán. Esos emparejamientos estaban condenados, pues tenían la fecha de caducidad impresa en un billete de vuelta en avión.

En el «Mama Africa» reinaba un ambiente agradable unas veces y, otras, simplemente cordial, algo que se da habitualmente entre los grupos de conocidos y no de amigos. Sería un descuido si en este punto no hiciera alusión a la música del restaurante, tan característica como las estruendosas carcajadas de Asprogenis: danzas de derviches, frenéticos timbales de Somalia, grabaciones ilegales de emisoras del Zaire en Bélgica, y canciones en contra del *apartheid*. Una mezcla de sonidos que resultaría extraña y discordante en cualquier otro lugar excepto en el «Mama Africa». Aquí, sin embargo, encajaba como el acordeón en París. En medio de todos y de todo destacaba la imponente figura de Asprogenis. Sus grandes dimensiones eran su privilegio familiar. Balís me dijo que el invierno anterior había visto un cortometraje en el que el padre de Asprogenis tenía un papel de extra. Actuaba en una escena multitudinaria y se distinguía a la legua porque ocupaba

la mitad del encuadre. Su madre también poseía casi el mismo volumen cúbico. Y los tres se apretujaban en un liliputiense Honda Civic que se hundía y se arrastraba por las calles. Se decía que las cenas en su casa rememoraban los banquetes galos. Se trataba de un linaje de jueguistas, una característica que Asprogenis también había heredado de ellos. Lo recuerdo en una situación en la que se mostraba dispuesto a ayudar a una clienta acaudalada que, sujetando la carta de menús del «Mama Africa», quería saber cuál era el plato del día:

—¿Pollo ecológico? ¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa que el pollo no está muerto, señora. Está vivo. Se lo servimos, le da de comer y nos lo devuelve.

Pero el que de verdad alteraba las costumbres honradas de la pequeña comunidad no era otro más que Balís. En alguna ocasión me hizo saber que pretendía abanderar un movimiento «en contra de los arios de ojos azules». Le dije que especialmente los alemanes tenían tan buenas intenciones en sus vacaciones que, con su actitud, parecían pedir perdón por el pasado. Mi comentario fue suficiente para encender la mecha. Repuso que el lobo no cambia, que tenían sus guerras mundiales en los bolsillos junto con las tarjetas de crédito. Después me preguntó si sabía alemán antiguo y, cuando le hube dicho que no, comenzó a berrear «aa, oo, ii», a gritar y a colgarse de las vigas del techo.

A partir de ese momento puso verde a todo el mundo. Su ira no dejó títere con cabeza. Decía que los japoneses eran amigables y discretos, «pero son robots, ¡joder!, taimados como zorros. Los ves trabajar a centenares encima de microchips, con gafas y batas blancas, y te preguntas cómo los habrán programado así». A

continuación, su punto de mira se trasladó a la India. Detestaba a los indios. «Fíjate, un indio te está hablando mientras te limpia la roña de los pies», decía. Aborrecía sus cobras, sus vacas y su Dios orondo con los pechos caídos. «Tío, ¿a ti te importaría si tu becerra es sagrada cuando tu hijo se muere de hambre? No estamos bien». Respecto de los jamaicanos, «no les hagas ni caso, ni ellos mismos saben qué son. Los esclavos y los rastafaris se posicionan en contra de Sion y los blancos babilonios, un asunto que no se sostiene por ningún sitio, totalmente descaminado. Antes tenían a Haile Selassie por su dios, ahora tienen a Nelson Mandela». Balís había estado algún tiempo en Jamaica, en una región llamada Treloni, y había visto continuamente a tipos apoltronados bajo los árboles que afirmaban que irían a luchar al lado de sus hermanos en Sudáfrica. «Quiénes, éstos, que, para ir del árbol al rincón donde echan una meada, esperan a que se ponga el sol. Venga ya, tío, no puedo con esas cosas».

Los hipocondríacos tienen un aforismo para todo el mundo. Le dije que los griegos tampoco se quedaban atrás. Por una parte, transformaban parajes sensacionales como Ía en retiros para ricos. Por otra, vivían en una de las capitales más feas de Europa. «Hay una solución», voceó Balís, que tenía soluciones para todo. El alcalde de Atenas, proclamó, debía obligar a los propietarios de cada inmueble a plantar árboles en el perímetro que les correspondía, muchos árboles. Así, habría también aire limpio y se ocultaría la fealdad. Y una vez que hubo zanjado el asunto de la nube de contaminación, continuó arremetiendo contra justos e injustos. Ese era el lado provocador de Balís. Lo único que se requería para que diera comienzo el ataque era que se lo pinchara.

Asprogenis, que lo sabía, le ofrecía alicientes y luego disfrutaba de sus estallidos. Como aquella vez que le contó el suceso con el gay y la bronca que había armado en el restaurante:

—Fíjate en la nacionalidad: italocolombiano. Vamos, italiano y colombiano —aclaró Asprogenis intentando calentar a Balís—. Bajo, así de pequeño, hasta el suelo. Se me puso a cotorrear. Me dijo que había sufrido una micosis versicolor. Una alergia a la arena, decía, y se había llenado de manchas de color café. Lloraba todo el rato: «¿¡Qué hago yo en esta isla de mierda en vez de regresar a Milán!?!»; ¿sabes?, hacía comentarios de mierda. Acabé enfadándome mucho: «Anda, tío, haznos el favor —le dije—. No te echaremos de menos». Entonces comenzó a chillar, a decir que lo echaba del restaurante sin motivo, que me pondría una denuncia.

—Espero que no se lo pasaras por alto —le advirtió Balís, que había empezado a encenderse.

—Espera a escuchar lo que pasó después. Le dije: «El restaurante es mío, ¿lo pillas? En mi restaurante yo estoy al mando, ¿verdad?». Y él asintió. Seguidamente añadí: «Bien, entonces, este año no me apetece servir a italocolombianos; el año que viene no me apetecerá servir a italocolombianos gais; al subsiguiente año, a italocolombianos bajos y gais que quieran volver a Milán, y los demás años no serviré a cuantos vengan a Santorini y sean alérgicos a la arena y tengan manchas de color café y no se desvivan por volver a Milán y dejarnos tranquilos. ¿Lo entiendes ahora?».

Balís se enrojeció, echaba humo por la nariz y por las orejas. Se puso en pie y comenzó a hacer gestos:

—Tercer mundo, tercer sexo. Esos terceros me sacan de quicio, ¡joder! —declaró—. No puedo con los maricones. Al principio yo

sostenía que no debíamos ser injustos con ellos. Aseguraba que eran inteligentes, cultivados, buenos amigos, etcétera. Pero me hicieron la primera putada, me hicieron la segunda, la tercera y la cuarta. Eh, me dije, hasta aquí hemos llegado. Antes afirmaba: «Balís, no seas chovinista». Ahora digo: «¡A la mierda, con la jeta que tienen!». ¿Y sabes qué? Lo mismo dicen todos, pero les da vergüenza proclamarlo abiertamente, no vaya a ser que los tomen por chovinistas. Temen que algún sarasa hable mal de ellos. Han hecho de la sensibilidad su propio derecho, como si los otros fueran insensibles. Eso, tíos, ¿no es chovinismo? Estás con un amigo tuyo y vas a cogerle la mano, como suele decirse, pero te dices: déjalo, puede que me tome por marica. Mientras que las mujeres no tienen ningún problema. ¿Las ves? Se dan abrazos y se besan como si no pasara nada. Nos han pasado la pelota a nosotros. Aunque a ellas las llamen lesbianas, eh, ¿y qué pasa? Encima quieren a los gais. Se sienten seguras con ellos. Saben que no les tirarán los tejos. Ahí lo tienes, ¿habéis escuchado al imbécil? También quería poner una denuncia. El retaco, el enano.

Tampoco los bajos salieron bien parados:

—Ésas son otras pobres criaturas. Tienen que levantar continuamente la cabeza para mirar al otro a los ojos. Nunca por igual, como si estuvieran de rodillas. ¿Sabes qué significa eso? Si se encuentran en una posición de poder, ¡que el Señor nos pille confesados! Hitler, Napoleón, Papadópulos, todos éstos llegaban hasta aquí, hasta la altura de la mesa. Pigmeos. De Gaulle, cuando lo vendió uno de sus soldados, Petain, se dirigió a sus compañeros y les dijo: «Sed despiadados con los bajos».

Obviamente, yo no estaba de acuerdo ni con la charlatanería de Balís ni con el contenido de sus libelos. Sin embargo, me avenía con su indignación y su excitación, que nos llevaban a situarnos enfrente de nuestro reflejo amordazado. ¿Cuántos de nosotros teníamos agallas para expresar lo que nos quemaba, fuera lo que fuese? ¿Cuántos nos escondíamos detrás de nuestro silencio civilizado? El clamor de Balís era salvaje en un bosque lleno de personas como yo. De cuando en cuando existía en mí un chovinista mucho peor, un racista, un misántropo y todo lo que uno pueda imaginar; pero ni tenía el valor de expresarlo ni tampoco rezumaba la mitad de la espontaneidad de Balís. Él estaba cargado de prejuicios, que no sólo no escondía, sino que los arrojaba a la cara. Apretaba hasta que saltaba la cuerda, y eso era algo que yo no podía preterir. No intento causarle menoscabo, no; más bien intento defenderlo. En aquella época sentía la necesidad de defenderlo porque, a donde fuese, oía que lo tildaban de “petulante”, “exhibicionista”, “vivalavirgen”, “el loco del pueblo” y cosas parecidas. Vivimos en un país con enormes reservas de maldad, conocido por su delicioso coñac y su extraordinaria cicuta. Incluso la pequeña comunidad de Ía reciclaba los acontecimientos del modo que lo hacían los adalides departidores del periodismo: chismorreando, censurando, sin ánimo de profundizar. Los hombres eran mujeriegos, de lo contrario eran mariquitas o pajilleros. Las mujeres eran perras, de lo contrario eran lesbianas o mosquitas muertas. Nadie se salvaba.

Lo que realmente les molestaba de Balís era que no podían categorizarlo, ponerlo en una jaula con el letrero «Balís, el macho». No pertenecía a ninguna de las categorías espirituales

o sexuales de la isla ni, por supuesto, a las castas económicas, que se dividían en emperadores, soldados y veteranos, esto es, tenderos, trabajadores y perezosos. Balís era el imprevisible, el que sorprendía con pasiones que abrasaban y recordaban a las erupciones del volcán.

Capítulo 8

Balís visitaba los lugares volcánicos con la misma frecuencia con que los devotos iban a los Santos Lugares. Había viajado a México, Filipinas y Sumatra, zonas volcánicas por excelencia. Nadaba en un mar de felicidad cuando sintió la tierra temblar bajo sus pies. Sostenía que ésta sería la redención del conocido parásito llamado ser humano. Las grandes amenazas de la tierra, los surtidores de lava. En Grecia, tuvo que elegir entre dos islas: Nísiros y Santorini. Decidió quedarse en la segunda porque contaba con dos volcanes activos, y no uno. Estos volcanes originaban a diario muchas y ligeras sacudidas, y Balís decía que las entendía; cuando menos, eso parecía. Afirmaba que, tarde o temprano, los que viven encima del volcán acaban respetando sus temblores. Me persuadió con su idea y, al final, también yo creía que temblaba. Cuando se lo mencioné, me golpeó amistosamente la espalda y me dio la bienvenida al club. Era una señal más de que nada había concluido, de que el universo se encontraba en ebullición. Lo que no se convulsiona, no se transforma, decía. Tomaba impulso y criticaba el antropocentrismo de la especie dominante del planeta. Lanzaba filípicas contra el tirano que arrasaba con todo. Yo le recordaba que la criatura más desarrollada de la tierra no era ni la tierna gacela ni el murciélago vampiro. Entonces se enfadaba y reponía que el ser humano no era ni la criatura más fuerte ni la más inteligente; simplemente, la más egoísta.

—¿Has sentido alguna vez la fuerza del seísmo? —preguntaba apasionadamente—. No tiene punto de comparación con las catástrofes. Sólo entonces te sitúas en tu verdadera posición. Se te va la chulería. Caes de rodillas y ruegas salvarte. Cuando remite el peligro, lo olvidas, vale; el espanto, sin embargo, no lo olvidas. Por leve que haya sido tu conmoción, la recuerdas.

—Si fuera así, Balís, ¿no deberían ser los habitantes de Santorini, por ejemplo, los más humildes del mundo? A ellos poco les falta aquí para que se los coma el chismorreó. Están tan apegados a lo material que no ven más allá de sus narices.

—Ésos son basura que trae el viento. Y la trae de todas partes —contestaba—. No les des importancia. Fíjate en los otros. En Ía no se valora quién eres, sino qué eres, qué contenido tienes. No significa nada que seas un bastardo o un aristócrata. Lo que importa en esta isla es si eres un canalla o eres franco. Pero si intentas fingirlo... de algún modo, estás acabado. Aquí he visto a ricachones a los que no les daban ni los buenos días. Divas que pasaban desapercibidas. Dos ojos bonitos pueden llamar la atención en otro lugar; en Ía, sin embargo, no dicen nada. ¿Sabes cuántos ojos bonitos han pasado por aquí? ¡Uh, un montón! Para que Ía te dé algo, tienes que darle algo tú también.

—¿Como qué?

—Como tu alma. ¡Venga ya, pícaro! ¿Haces como si no lo entendieses?

Balís adoraba el secarral. Al amanecer me llevó con el todoterreno a la roca de Kolumbos para ver el volcán. ¿Qué iba a ver yo? Previamente habíamos cogido una cogorza, y no veía tres en un burro. Estacionó en la zona de Baksés, donde había

una barca; no sé de quién era. Nos subimos y Balís remó hasta Kolumbos —¡no le faltaba desnudo!—. El mar estaba cristalino. El sol despuntaba sobre la isla de Anafi. Reinaba el silencio, ese tipo de silencio que sólo en el mar y en el desierto puedes encontrar. Todo habría sido perfecto si no hubiese aparecido el barquero calvo. Balís, inagotable, no se mordía la lengua:

—¿Crees que vamos a pescar, eh? ¡Pues lo llevas claro! Yo, el pescado, ni lo como ni lo pesco. No me gusta su olor. Sólo una vez fui a pescar, con unos zoquetes. Y maldita sea la hora. Para empezar, quedamos baldados preparando el cebo para el palangre. Lo echamos al agua y después nos tumbamos en unas rocas. ¡Qué te voy a contar! Me quemé con el sol, me abrasé. Al final, recogimos el palangre y no habíamos pescado nada más que un pez. Uno pequeño, de este tamaño. Lo lanzamos de nuevo al mar. A la vuelta nos pilló una tempestad, y por poco si nos ahogamos. «¿A que ha estado bien?», me preguntaron. «Por éstas que no me volvéis a ver», les contesté.

Sentía ganas de vomitar. Estaba apoyado en la borda, con la cabeza por fuera para ver el agua. Vi algo que, al principio, no supe qué era. Una mancha oscura en el fondo del mar. Se esparcía por una gran extensión oscureciéndolo todo. Parecía una bestia que se escondiera en las profundidades.

—Ah, no te preocupes. Es el volcán Kolumbos —dijo Balís mirándolo embelesado—. No es para tomárselo a risa. Está activo. Y, obviamente, es peligroso. De él procede la última gran erupción. Y de él esperamos la próxima. ¡Venga, que elimine la basura de la que hablábamos antes! ¡Mira cuánta fuerza esconde!

La visión del volcán me dio un susto de muerte. Me imaginé a la fiera despertándose, rugiendo, emergiendo del agua. Procuré no

mostrar mi pánico. Pero Balís me vio pálido y estalló de nuevo con aquella risa endiablada. Comenzó a decirme que era muy cagueta. Y si yo muriera, ¿qué pasaría? ¿Más se perdió en la guerra? Un poco de dolor y fin. Quizás temía que su risa despertase al gigante, a la bestia submarina. Le rogué que nos bajáramos porque me mareaba. Me hizo el favor y remó hasta la orilla. Bajé y me desplomé en el suelo. Mi mirada se detuvo en una roca. Recorría toda la playa y se hundía profundamente en el agua. Recordaba a una bestia prehistórica, a un dinosaurio que dudó en meterse en el agua y se quedó petrificado.

—Un lagarto de piedra, ¿eh? —dijo Balís nada más lo hubo escuchado—. Está bien, ¿sabes qué? Tienes el alma de un niño pequeño. Eso es lo que te salva. No cometas el error de vendérsela a los corruptos. No debemos dar armas a los desarmados. Practicarán el tiro al blanco con nuestra sien.

Después del volcán, todo resultaba ante mis ojos monstruoso, atroz. Afortunadamente volvimos a Baksés. Nos bajamos de la barca y caminamos por fin en tierra firme. Metí la mano en el bolsillo y cogí la piedra con la tela de araña, ésa que me había acompañado durante los últimos años. La besé y la lancé al agua; la devolvía al lugar al que pertenecía. Me sentí mejor.

Cuando subía al todoterreno, creía que mis pesadumbres habían acabado. Mi amigo, sin embargo, tenía una opinión diferente. Giró a la derecha y condujo el todoterreno por una pendiente entre los andurriales. Se detuvo en un punto y me señaló un cercado con vides. Pavoneándose, me informó de que la finca era suya. La había comprado hacía dos años y la había bautizado con el nombre de «Aquí». Aquí quería que lo enterrasen cuando muriera. Las raíces

de las vides estaban entrelazadas en una trenza y formaban algo parecido a una cesta protectora. El fruto no se veía. Se hacía así por dos motivos: por un parte, para que los gorriones no se comieran los racimos; por otra, para que el fruto se quedara en la tierra a fin de que, con la infusión de energía volcánica, adquiriera sus cualidades distintivas. El sabor que tienen los vinos de Santorini, ese sabor excepcional, se debe principalmente a este método en cuestión.

Me fijé en un granado sin frutos que había entre las vides. Según me dijo Balís, no había echado ni una granada. Un granado estéril. Los árboles de esa especie no prosperan en climas secos.

Volvimos a montar en el todoterreno y poco después estábamos de nuevo en Ía.

A la semana siguiente comenzó lo que, de forma eufemística, se llamó “ramadán”. Digo de forma eufemística porque, mientras el ramadán engloba ayuno y oración, el nuestro consistió en un maratón de alcohol que duró seis días con sus noches. En las crónicas de Ía se registró como uno de los mayores desafueros acaecidos en su tierra, y para mí fue, personalmente, la mayor desmesura que he hecho hasta hoy. Tuvo lugar en un pequeño bar lleno de objetos de safari que se llamaba «Moby Dick». El bar se encontraba en el centro del pueblo, en la calle en la que se aglomeraban los maniáticos de la puesta de sol. Comenzó, sencillamente, con dos chupitos de tequila a los que nos convidaron los chicos en el bar. Conforme pasaban las horas, se reunían a nuestro alrededor los “libertinos carros de combate” —así llamaba Balís a los borrachines que ceceaban y sonreían bobamente—. Durante seis días, «Moby Dick» se convirtió en un lugar de reunión para almas chifladas y, por supuesto, del sexo

masculino, puesto que la proporción de hombres y mujeres en el bar era de noventa a diez. Hombres que bebían para comunicarse con otros hombres, que bebían para hablar mal de otros hombres, que bebían para hundirse en el silencio de la barra, frente a su bebida. Las penas de una vida se derretían junto con los cubitos de hielo de las copas.

Uno de esos borrachines era Franciscos. Aunque apenas tenía 20 años, había convertido su cuerpo en un tanque de alcohol en movimiento. Cuando caminaba, se escuchaba su sonido acuoso. Lo había abandonado todo por la bebida: sus sueños, sus ambiciones y sus deseos más profundos. Rara vez hablaba y, cuando lo hacía, decía que no tenía nada que decir. Escribía al mundo cuando escribía sus ideas, en un papel que enrollaba, lo metía en una botella y lo lanzaba al mar. No daba un paso sin su güisqui, se sentía paralizado. Si intentabas quitárselo, asomaba las garras y rugía como una fiera. Las pruebas que se había realizado hacía poco tiempo habían mostrado que tenía el hígado de una persona de sesenta años. Se quedó dormido allí, sentado en el taburete del bar, y a punto estuvo de caerse. Se habría dado un buen golpe si no llego a sujetarlo a tiempo. Tenía la intención de ayudarlo, pero Balís me recomendó que no lo hiciera porque Franciscos haría lo contrario de lo que le aconsejase.

En aquella reunión no podían faltar los dos duendes de la plaza. Iznogud y Alicia, que reservaron sitios en el «Moby Dick», venían provistos de estuches con revestimiento de terciopelo y llenos de anillos con piedras. «Ésta de aquí es labradorita, amigo, dentro de unos cuantos años no la encontrarás en ningún sitio, cógela mientras sea posible», decía Iznogud para persuadir a los

clientes. «Turquesa, compadre, la mejor piedra. Yo también llevo una puesta. Tiene propiedades terapéuticas», afirmaba Alicia. Había muchos en el pueblo que pasaban el invierno en Goa, en la India, ya con la familia, ya solos. La vida en una ciudad como Atenas era muy cara, costaba casi el doble que en la India. El ritmo de vida allí era muy distinto, decían, mucho más humano. En la India podías relajarte, reflexionar y, según las ganas que tuvieras, podías dedicarte al comercio de joyas o ropa, que tenía una gran demanda en los mercados occidentales.

Balís lanzaba chanzas sobre ellos:

—Han venido también los indios del Egeo —decía. Continuamente hacía juegos de palabras con India, Ía y Goa.

Entre ellos destacaba un tipo marginado que olía a vinagre y caminaba descalzo como un faquir. Era «Bukowski», uno de los amantes permanentes de Ía. Me impresionó tanto su elocuencia como su aire de mártir.

—¿Por qué lo llaman Bukowski? —le pregunté a Balís—. ¿Es poeta?

Me miró despectivamente.

—Claro que no. Poeta era Prometeo, que robó el fuego de los dioses. Poeta es también un anciano moribundo, aunque lo descubra ahora, en su lecho de muerte. El hombre es un porteador, ¿no te das cuenta? Todos nosotros somos porteadores. Transportamos nuestra carga, el peso de nuestra existencia. Caracoles que cargan con su casa.

Kiriakos, el joven sátiro de la terraza, ponía la música en el «Moby Dick». En el tocadiscos tenía otra vez aquella música fabulosa que me adormecía. Él la llamaba música del siglo XXI, la evolución del

acid. Sonidos que revoloteaban como mariposas, cruzándose, y que, finalmente, confluían en un ritmo. Durante cuatro días enteros, Balís aguantó en el mismo lugar que él sin mirarlo. Hacía caso omiso de él, mientras en su memoria estaba fresca todavía la broma que le había gastado. Al final no resistió y estalló. Le habló por lo claro, sin rodeos ni tapujos. Le profirió blasfemias y, una vez que se hubo desfogado, lo abrazó y comenzaron a hablar como viejos amigos. Resolvieron que las culpables no eran sino las mujeres, esas Salomé, que se metían por medio y les hacían andar a la greña. Kiriakos no le guardaba rencor. Al contrario, le dejó que ocupara su puesto detrás de la barra. Balís diseñó un programa de media hora con canciones roqueras tan homogéneo y nutrido que mostró un conocimiento profundo del asunto. Aquél era Balís. Del amor al odio y a la inversa. Personalmente no me dicen mucho las personas que han aprendido a vivir con sus contradicciones. Creo que la contradicción es el refugio de los irresolutos. Sin embargo, la personalidad de Balís era tan compleja que las contradicciones eran una parte inevitable de ella.

La quinta noche entró en el bar *Asprogenis*, conque la situación empeoró y escapó de todo control. Él constituía el gemelo ideal de Balís. Se volvieron chiflados, literalmente. Al verme los ojos rojos por el insomnio, me dijo que, tal y como me encontraba, no podría decirle ni la capital de Micronesia. Más tarde se dio cuenta de que yo había parado de beber, me llamó aguafiestas y pidió un kamikaze agitado en la coctelera. La risa del superintendente calvo se unió a la cavernosa carcajada del tabernero africano. Los turistas se detenían y los miraban absortos, y entonces aquéllos, en plena posesión de sus incapacidades, armaban un espectáculo. En breve comenzaron

las exaltaciones. Asprogenis cogió un racimo de plátanos del frutero de la barra y los metió en el ventilador. Los plátanos salieron despedidos a las paredes y a las caras de los clientes, lo que provocó que los muchachos del bar perdieran el control.

Me salí fuera para tomar el aire. Mis pasos me condujeron hasta la plaza de Ía. Estaba llena de gente que, sentada en el suelo, escuchaba a un grupo de música itinerante que tocaba antiguas canciones populares frente a la iglesia. A un lado de la plaza, un tipo vendía hamacas. El genio de la tribu lo había enviado a México a por 7000 de éstas. Una hamaca estaba dispuesta de forma provocadora para un trasnochador como yo. Le pedí permiso para tumbarme, y me lo concedió encantado. Me acomodé en la hamaca y escuché las canciones del grupo de música mientras el tipo me balanceaba y me decía que le hacía publicidad.

Poco tiempo después estaba durmiendo a sueño suelto.

—¿Esas porquerías son tuyas? —preguntó alguien por encima de mi cabeza. Abrí los ojos. La gente de la plaza se había dispersado, el grupo de música había desaparecido. Debía haber pasado bastante tiempo. El que me zarandeaba era el comisario, el policía del pueblo. Decía que recogiese y me largase, que no volviera, como tantas veces me había dicho. El tipo de las hamacas se había esfumado.

—Vale, ya las recogeré —le dije al comisario en tono conciliatorio.

Me bajé y, somnoliento, me desperecé. Lo que necesitaba era ese sueñecito. Me sentía otro hombre. Volví al «Moby Dick» para dar con Balís.

Todavía estaba allí, pero Asprogenis se había marchado. El buen humor de Balís se había agriado. Le echaba la culpa de ello a todo, y sobre todo a un recién llegado con una cara carnosa y sonrosada. El desdichado no molestaba a nadie. Estaba sentado en un extremo del bar tomándose tranquilamente su copa. Para Balís, sin embargo, se había convertido en la provocación en persona. Le espetó a bocajarro que era un cerdo paquidérmico. Decía que el cerdo es un animal que comía de todo, por eso engordaba, porque lo devoraba todo, lo engullía todo y engordaba. Arrojava aquellas insultantes palabras tan violentamente que el “cerdomorfo” comenzó a sentirse incómodo. La inquietud lo asaltaba y miraba a su alrededor preguntándose a qué se debía todo aquello. Finalmente, pagó, apuró su copa de un trago y se marchó con el rabo entre las piernas.

Balís se animó. Tomó un sorbo de su bebida y me dijo:

—¿Sabes cuál es mi problema? Que me aburro fácilmente. Os aburro a todos. Llega un momento en que me entra el tedio. Nadie me dice nada. La culpa no la tenéis vosotros, la tengo yo, lo sé, pero ¿qué le voy a hacer? No puedo fingir. Mira, ahora mismo me gustaría irme a mi «Aquí» con una chavala. Nos tumaríamos debajo del granado y miraríamos las estrellas. Aunque no hiciéramos nada, no me importaría. La bebida no me dice nada, ni los cigarros, ni los polvos. Nada de eso es para mí...

Durante aquellas horas, Balís se convirtió en las tres *ces*: cínico, cáustico y crítico con todo el mundo, salvo consigo mismo. A pesar de escarnecer a todos, no hacía un escarnecimiento de sí mismo. Perdía el equilibrio, se caía y se ahogaba en un vaso de agua. La bebida le hacía tartamudear, pero continuaba bebiendo

con una obsesión que alcanzaba los límites de la locura. En el fondo no esperaba ni tampoco tenía la esperanza de que le pasara algo perturbador. Los Balises, los hombres como Balís, pasan por alto las pepitas de oro que no son lo suficientemente grandes. Se muestran insatisfechos con la vida y con todo lo que les ha brindado, como si San Basilio no les trajera en Año Nuevo los regalos que le habían pedido. Eran de éstos que se desilusionaban, en primer lugar, porque se encontraban la chimenea vacía; luego, porque descubrían que San Basilio no existía, y, finalmente, porque se daban cuenta de que habían dejado de ser unos niños.

Durante la última noche, la sexta y última del “ramadán”, Balís se transformó. He aquí lo que ocurrió. Llegó al «Moby Dick» un jubilado profesor alemán de sociología que solía pasar los veranos en Ía. Sus guantes de piel estaban recortados de manera que los dedos quedaban al aire, y en el índice se dejaba ver un anillo con una calavera. Vestía con ropa de piel negra y llevaba un bastón con puño de marfil. Lo acompañaba su hija, una criatura salida de las fábulas sajonas, con velos de gasa y un sombrero con tules, grande como un nido. Balís se sintió poseído apenas la hubo visto. Daba saltos y declaraba por todas partes que estaba enamorado. Invitó a chupitos a los clientes y puso en práctica todas las artes del mundo para impresionar a la chica. A ella no le hacía ni fu ni fa, sencillamente lo encontraba gracioso. Le dije que no se desenmascarara y que no se las diera de derrochador. Enconado como siempre, Balís me reprendió:

—Digas lo que digas, no me vas a aguar la fiesta. El dinero y el pescado se comen frescos. Pescado no como, entonces, ¿qué me queda? Bien está el dinero. Quita las máscaras. Quien es tacaño con el dinero, lo es en todo. Principalmente en los sentimientos.

—¿En serio? —le repliqué—. ¿Has visto a algún rico comportarse generosamente? ¿Volverse sabio? Si ahora entrase alguien que no te conociese, ¿qué crees que diría? ¿¡Mira, el Buda del futuro!>? Por supuesto que no.

Balís se enervó.

—¿Qué bobadas me estás contando, tío? ¿Sabes que le doy importancia al dinero? Lo detesto, pero al mismo tiempo lo respeto. Sin pasaporte puedes ir a todas partes. Sin dinero, a ninguna.

Bien entrada la noche, Balís animó a la peculiar pareja de alemanes, y también a mí, y nos llevó a su finca. El anciano se sentó entre las vides con las piernas cruzadas a semejanza de un gurú, encendió su pipa y, con un griego chapurreado, me dijo que en Leipzig se sentía como una cucaracha, mientras que en Santorini se sentía como un águila. Apoyé la espalda en el granado y lo escuché hablar. En todas las partes del mundo nacían seres humanos, morían, lloraban, se alegraban y hacían el amor. Soñé que era aquél que siempre había querido ser. Tocaba la guitarra en la arena y ofrecía mis canciones a la Vía Láctea. Por mi mente pasaban ideas inconexas, así, al azar. Decencia, desencadenante, sonoro, ira, media luna, de rostro redondo y resplandeciente como la luna... Recordé que en algún lugar había leído la etimología de la palabra griega *eleftería*, 'libertad'. Deriva del verbo *eléfsome*, 'venir en un futuro'. Por tanto, la libertad no está en el presente, va a venir.

Balís había extendido un saco de dormir para su chica y se había tumbado entre sus velos como un maharajá. Dibujó en el aire la constelación de Capricornio (*Egókeros*, en griego) y explicó que esta denominación procedía de *cabra* (*ega*, en griego), de la ninfa-cabra Amaltea, cuyo nombre significa 'generosidad'. La

diosa-cabra, la Égida, otorgó su nombre al Mar Egeo, el mar de la cabra. En cuanto a Amaltea, ella alimentó con su leche al pequeño dios Zeus, mientras que las hermanas de aquélla, que eran Io y Adrastea según Balís, le daban miel. Balís dijo que cada ninfa representaba las tres edades de la mujer. La virgen Amaltea, con el cuerno de la abundancia, simbolizaba a la niña. La desenfrenada Io, a la mujer. Adrastea, que significa 'lo inevitable', a la anciana. Cuando Cronos, el tiempo, perseguía a su hijo Zeus para devorarlo, éste adoptó la forma de una serpiente, y las ninfas se disfrazaron de osos. Cuando Zeus se convirtió en rey del Olimpo, no las olvidó y las distribuyó por el cielo para honrarlas.

Balís nos mostró la Osa Menor y la Osa Mayor. Dijo que algunas veces le encontraba sentido a los mitos, otras no. Aquellos mitos pertenecían a una época en la que existía la inocencia en la tierra. Cada río se adoraba de una forma diferente. Las montañas y las cuevas escondían misterios. Las rocas sonaban como instrumentos musicales. Los animales eran presa y alimento al mismo tiempo, pero había que tener cuidado, porque dentro de ellos podía ocultarse un dios que deambulase por la tierra. En aquel entonces los dioses estaban cerca del ser humano, porque también el ser humano los sentía cerca de él. No se habían convertido como ahora en...

Nos quedamos en el viñedo hasta el amanecer, en compañía de ninfas y dioses alados. Así es como quiero recordar a Balís. Con sus ojos brillando en la penumbra, hablando de todo y de todos. Rebosaba energía y, en medio de su delirio, pensaba que podía ahogar el mundo en felicidad. No me imaginaba que Balís, en aquel momento, estaba tomando una decisión que cambiaría su vida, mi propia vida y también la de algunas personas que hasta entonces

no conocía. Determinó que aquella decisión la ejecutaría la noche siguiente, sin decir nada a nadie.

Cuán importantes fueron la noche siguiente y todo el acontecer posterior a ella, puedo verlo sólo ahora. Observo en el espejo la mella que me ha dejado. Es un surco profundo, que se hace más ostensible cuando sonrío. Comienza en el extremo del ojo derecho, hace una curva y se pierde debajo del pómulo, en la comisura de los labios. Pero por profundo que sea, no puede parangonarse con las cicatrices internas, que, sin bien son imperceptibles, son incomparablemente más dolorosas y no se diferencian de las de Santorini.

Capítulo 9

Tirando del hilo de la madeja compruebo que las señales que delataban el devenir de los acontecimientos existieron durante el paso del día. Ojalá hubiera sabido entonces lo que sé ahora. Si me hubiera dado cuenta a tiempo, no habría estado tan desprevenido, no habría sido tan confiado con todo lo que trajo la noche.

El día transcurrió en medio de un calor asfixiante; las moscas entraban en las casas, zumbando, en busca de frescor. Las detestables se posaban sobre nosotros, las espantábamos, y las sádicas volvían exactamente al mismo punto. El agua embotellada era difícil de conseguir por el gran consumo. El agua de las cisternas no se podía beber, era salada como el mar; servía sólo para lavarte, pero tenías que enjuagarte con agua embotellada para quitarte la sal de encima. La isla parecía un hervidor. Los lugareños señalaban el asfalto abrasador y bromeaban: «¡Aquí puedes asar corderos!». Con el sudor cayéndonos a chorros, sentíamos en nuestra piel lo que significaba el cinturón desértico del mediterráneo. Éramos beduinos en el desierto de las Cícladas, apartados en el oasis de Santorini; si es que podías llamar oasis a aquel secarral.

A primera hora de la tarde se produjo un terremoto. Aunque no fue fuerte, se hizo sentir, y los visitantes se asustaron. Las cavernas de los trogloditas se estremecieron al filo del precipicio. Un trozo de piedra pómez se desprendió y rodó hasta el embarcadero de

Armeni. No hubo víctimas, pero se levantó una nube de polvo que se detuvo, suspendida en el aire, encima del pueblo, como si estuviera burlándose de él. La piedra pómez, llamada en griego “tierra de Santorini”, se tomó una pequeña venganza por el cemento con el que la habían aplastado. Es un material vivo la piedra pómez. Cuando le echas cemento encima, se muere, se convierte en un terrón que se esparce con el primer soplo de viento.

Al caer la noche, apareció sobre el pueblo de Imerovigli una gran luna anaranjada. Debía estar muy cerca de la tierra. Uno pensaría que, si trepaba hasta la cumbre de la colina del Profeta Elías, la tocaría alargando la mano. Inmediatamente después se levantó viento del sur, de Creta y el Mar de Libia. A su paso, las hojas de las puertas chirriaban. Las contraventanas golpeaban estruendosamente los muros. La nube de polvo se disipó, y en la isla se extendió el intenso olor a azufre. El viento del sur no duró mucho, apenas media hora. Más tarde se calmó y dejó tras de sí un calor húmedo y polvo.

Alrededor de las diez de la noche se formó una bronca en el «Moby Dick». Una pareja, conocida en la zona por sus violentas riñas, llegó al extremo. La chica abofeteó al chico, que, medio borracho, echó mano de un cuchillo. La chica rompió una botella por la mitad y la utilizó para defenderse. La chica se pasaba el tiempo saltando alocadamente de una relación a otra, mientras que el chico seguía los pasos de su hermano, un tipo que se las daba de chulo perdonavidas, y corría el peligro de convertirse en la burda imitación de un mal prototipo. Al final, el pato lo pagó el alcohólico Franciscos, lo recordaréis, el querubín que se hundió en el océano del burbon. Se metió por medio para separarlos y

acabó con la botella rota clavada en el brazo. Se fue del bar lleno de sangre, con la intención de ir al médico. En la calle se le olvidó y se durmió en la parte trasera de una taberna, sobre la gravilla. Cuando volvió en sí, casi no poseía vitalidad. No recordaba dónde ni cómo se había hecho la herida. Se arrancó la manga, se la ató improvisadamente para detener la hemorragia y continuó durmiendo. Al día siguiente decidió ir al médico. Éste examinó la lesión y le dijo que era tarde para intervenir. La piel se había abierto tanto que no permitía puntos de sutura. La cicatriz sería permanente.

En el momento de la trifulca, Kiriakos se encontraba en el bar a pesar de tener el día libre. El suceso se convirtió para él en un pretexto para entablar conversación con una chica que se asustó al ver la sangre en el brazo de Franciscos. Se llamaba Katia. Parecía española, uno de los personajes de Almodóvar. De ojos oscuros y con el pelo recogido en un moño. Sus labios pintados de rojo lanzaban una advertencia: «Mira, pero no toques». Sus manos y fuertes brazos revelaban deseos de éxito. Se encontraba por casualidad en Santorini, de paso en su camino hacia la isla de Folégandros, donde la esperaba su compañero. Kiriakos intentó tranquilizarla diciéndole que esa suerte de pependencias rara vez ocurría en la isla. No pareció que la convenciese, así que le propuso ir a otro lugar. La chica aceptó, aliviada. Abandonaron el bar y caminaron un rato por las callejas de Ía. Después bajaron las escaleras que conducían al «Mama Africa». Eran poco más de las once, y los últimos clientes estaban pagando para marcharse. Se sentaron en nuestro sitio, en la última mesita, con la espalda contra la pared; pidieron vino tinto y comenzaron a hablar.

Casi en ese mismo instante, en una casa de la caldera, en el otro extremo de Ía, un grupo de amigos había estado charlando sobre la vida y la muerte. El equilibrio entre la creación y la catástrofe que se guardaba en la isla fomentaba conversaciones similares. Alguien dijo que la principal característica de Ía eran las mansiones restauradas al lado de las ruinas. Añadió que, si se edificara en todo el pueblo, éste perdería su color y ahuyentaría a cuantos lo amaban tal y como era. Algún otro mencionó el dicho: «Dios es la otra cara del diablo»; y la conversación no tardó en discurrir entre desacuerdos acerca de cuestiones metafísicas, en especial la reencarnación. Un niño que vivía allí durante el invierno comenzó a contar historias que le habían narrado los lugareños. Habló de los *talasomaji* ('guerreros de los mares', en griego), sombras de corsarios que habían sido asesinados durante sus incursiones a la isla cuando ésta era un objetivo para los piratas. También habló de las *yaludes*, espíritus femeninos a los que habían bautizado así porque deambulaban por la costa (del griego *yalós*, 'costa'), o porque sus ojos brillaban en la oscuridad (del griego *yalizo*, 'brillar'); el niño no lo tenía claro. Agregó que las *yaludes* y los *talasomaji* se aparecían en una playa cercana, en Kátaro. Un pescador que había visto los espíritus una noche se quedó mudo.

La conversación se encendió y algunos, los más intrépidos, decidieron cometer la temeridad. Irían a Kátaro para ver los espíritus. Se marcharon y regresaron alrededor de la medianoche en mal estado, con los ojos desorbitados por el miedo. Cuando los demás se abalanzaron sobre ellos y les pidieron con insistencia que les contaran qué había pasado, no pudieron contenerse y rompieron a reír. Comenzaron las chanzas, y la escena se desvió

hacia la comedia. Dos de las chicas del grupo dijeron que era tarde, hora de largarse.

Aquellas chicas eran Adriana y María.

Adriana andaba por los treinta años, mientras que María cumpliría los diecinueve en noviembre. La diferencia de edad no les impedía ser amigas y tener una relación cercana. A María le atraían la personalidad distante de Adriana y su modo de vida. Consideraba que su amiga era una afortunada, que tenía las de ganar. El padre de Adriana era un conocido abogado, y su hija obtenía provecho de la opulencia material. Tenía una casa propia en Ía, un coche y viajaba anualmente a la India. Pero, todo aquello, sin ostentaciones, y con un recato que no daba pie a comentarios. Sus fríos ojos, de color verde grisáceo, levantaban un muro frente a todo aquél que tratara de conocerla mejor. Pese a ello, María había logrado que compartiera con ella bastantes pensamientos. Se compenetraban, quizás porque eran diferentes. Se podría decir que la una completaba a la otra. María tenía el pelo corto, de color cobre, y llevaba mallas negras con botas militares. Estaba obligada a despertarse al alba y trabajar en una tienda que despachaba por la mañana. La situación económica de María no suponía un problema para Adriana, no hacía distinción de clases. A María le cautivaban tanto la poesía que escondía aquella extraña criatura como sus zonas oscuras, en las que uno no podía indagar. La más joven tenía todo tipo de preferencias sexuales. Le gustaban por igual los hombres y las mujeres. A pesar de su juventud, había tenido múltiples relaciones con ambos sexos. Por el contrario, Adriana era más bien conservadora en estas cuestiones. Aunque no había permitido que ocurriera nada entre ellas, se complacía

pensando que, si alguna vez buscara consuelo en el regazo de una mujer, ésa sería María.

A la vuelta se lo pasaron bien. Decían que sería una lástima que Asprogenis no se enterara del asunto de las *yaludes* y los *talosomaji* —se pirraba por cosas así—. No se lo pensaron dos veces. Atajaron y pusieron rumbo al «Mama Africa». El bar estaba vacío a aquellas horas. Asprogenis estaba sentado con Kiriakos y una chica que se había presentado como Katia. Adriana se mostró en su fingida actitud, en su estilo afectado, y guardó las distancias. Se sentó en el pretil y se quedó mirando los rayos de luna que jugaban en las aguas de la caldera. María, en cambio, se sentó entre los chicos y comenzó a contarles los pormenores.

Entonces llegué y me sumé yo también al grupo. Había permanecido todo el día en casa, sudando a chorros por el calor y, luego, escuchando los rugidos del viento. Había estado leyendo con interés enfermizo una antología de historias escritas por autores suicidas. Salí para picar algo y después me pasé por el «Moby Dick», donde me enteré de la refriega. No vi a Balís por ninguna parte y supuse que estaría en el «Mama Africa». Al entrar, saludé a Kiriakos, que me ofreció asiento a su lado. Así, de manera casual, cinco personas, aparentemente sin relación alguna entre ellas, estaban sentadas en la misma mesa. Katia, Kiriakos, Adriana, María y yo. La cincuentona de Santorini terminó de limpiar, nos dio las buenas noches y se fue. Asprogenis convidó al grupo a sake, un vino obtenido del arroz. En la botella flotaban dos pequeñas anacondas con las colas enredadas. Bembis sacó el hocico por el lugar de siempre, bramó como un bisonte de la India y se retiró a lo más profundo. María y Katia estuvieron charlando sobre el encanto que ejercía la isla:

—El lugar tiene un magnetismo incompleto —dijo María—. No olvides que la mitad de la isla se ha hundido, ha perdido su equilibrio. A mí me aporta energía positiva, pero también negativa, depende del tiempo.

—No sé que estás diciendo —dijo Katia, incrédula— ni tampoco quiero entenderlo. Lo que he visto me basta y me sobra. Tendría que pensármelo mucho antes de regresar otra vez.

María insistió.

—Para mí no hay un lugar semejante en el mundo. ¿Te digo una cosa? La sangre que pierde la mujer cada mes, ¿a dónde crees que va a parar? Aquí, a Ía.

—¡Venga ya! ¿¡Eso crees!?

—¡Claro que lo creo! ¿Es que hace falta preguntar? ¿Tú no lo sientes?

—¿Sentir? ¿El qué?

El ambiente familiar del «Mama Africa» me serenó. De algún modo desaparecieron el nerviosismo y las siniestras ideas que me inundaban desde por la mañana. Seguramente la velada resultaba inescrutable, pero carecía de todo aquello que yo temía. Pensaba en tales cosas para convencerme a mí mismo de que no había peligro. ¡Cómo me equivocaba! Aquélla era la noche que yo temía que llegara. Aquélla y alguna más. Incluso entonces lo intuía, pero no quería admitirlo.

—El garbanzo y el haba en la fuente se peleaban... —cantaba alguien bajando los escalones.

Era Balís. Se había afeitado los pocos mechones que tenía en la cabeza y se había quedado pelón. Entró en el «Mama Africa» cargando con una sandía madura descomunal, más grande que

su cabeza. Nos sorprendimos en cuanto lo hubimos visto. Dos superficies lisas y redondas se nos acercaban, la una blanca y la otra verde. Balís dejó la sandía en la mesa, cogió un cuchillo y la partió por la mitad. Lo hizo con unos movimientos tan acompasados y ceremoniales que casi nos hipnotiza. El fruto restalló con jugosidad, y las pepitas brincaron por la mesa.

Balís cortó el primer pedazo, pinchó una raja con el cuchillo y se la ofreció a Adriana, que estaba sentada en el pretil. Ella, sin hablar, le dirigió una mirada glacial. El «no quiero» era una de sus frases más habituales. No obstante, se mostró dispuesta a ponderar la situación. Como preludio del inminente rechazo al ofrecimiento de Balís, metió las manos en los bolsillos de su camisola. Tocó algo caliente y peludo. Era Otzi, su gatito. Lo había recogido hacía unos días, medio muerto de hambre, y lo alimentaba con un biberón. Su lugar favorito estaba allí, en el bolsillo izquierdo de la camisola. Siempre que lo sacaba para acariciarlo, sentía frío, temblaba y se le erizaba el pelo. Cuando intentaba cambiarlo de bolsillo y ponerlo en el derecho, hería los cielos con maullidos desconsolados. Por el contrario, en el bolsillo izquierdo, silencio. ¿Qué diferencia había entre el bolsillo izquierdo y el derecho? ¿Sería que escuchaba su corazón? ¿O quizás creía que se encontraba todavía en la matriz? Quién sabe.

Decepcionada con los hombres, Adriana entregaba todo su cariño a los animales. Su casa estaba llena de animales abandonados a los que criaba como si fueran sus hijos. Veía que a su alrededor reinaba el egoísmo, el fariseísmo y la brutalidad —en un mundo que imaginaba angelical cuando era pequeña—, y se encerraba cada vez más en su caparazón. Cerraba sus ojos por sistema al lado negativo de la vida. Evitaba mirar al mendigo parapléjico en la

calle, al gato asesinado en la zanja e, incluso, la sangre falsa de las escenas violentas en el cine. Limitaba su visión a algo que llamaba optimismo, cuando, en realidad, no era sino miedo a la verdad que la vida diaria exhibía, por eso se perdía en sueños utópicos. Los conservaba meticulosamente. Si se desvanecieran, se derrumbaría, y ella lo sabía. Despojarse de ella misma equivaldría a humillarse, a deshonorarse. Quizás se mereciera algo semejante, sí, porque en el fondo no creía en ella misma. Se consideraba mezquina, insignificante. Con aquella mala imagen de sí misma, Adriana pensaba que todos los que se le acercaran serían igualmente indignos, como si se transmitiera el germen patógeno de la futilidad. En contraposición, citaba una frase de Eurípides: «Afortunado el que es feliz todos los días de la vida». Inalcanzable por una parte, excesivamente optimista por otra. Corría el peligro, con los años, de alcanzar conclusiones descabelladas, hasta que se convirtiera en la típica solitaria que creía haber conjurado el mal. Por esa razón, cuando aparecía alguien como Balís, le hacía frente de la manera en que arrojó a Balís aquella noche:

—No quiero —dijo crudamente.

Balís entendió que su negativa tenía que ver con la muralla que había construido, así que batió como un bárbaro con un ariete. Desclavó el cuchillo de la sandía y, con un movimiento brusco, le estampó la sandía en los morros. El estupor en el rostro de Adriana nos hizo reír. Ella nos miró y a punto estuvo de echarse a llorar. Nadie sentía simpatía por ella, nadie, ni siquiera su amiga María. Se contuvo hasta el último momento. Se preguntó cómo le había hecho eso Balís; ella no le había otorgado tal derecho. El orgullo y su zaherido amor propio la pusieron en pie con el ánimo de

marcharse, pero entonces nos abalanzamos sobre ella y logramos disuadirla. Le dijimos que no era más que una broma, una broma grosera, y que estábamos de su parte. Adriana dejó correr unas cuantas lágrimas, se las secó apresuradamente y puso cara de enfado mientras miraba a Balís como si fuera un bicho molesto. Él, para suavizarla, cortó otra raja de sandía, se la colocó en la palma de la mano y la aproximó de forma provocadora al lado de ella.

—Te toca —dijo—. Estámpame un “sandiazo”.

Adriana vio la raja confusamente al principio, más claramente después. Vio también que Balís se pavoneaba con su risa sardónica, volvió a mirar la sandía en la palma de su mano, la agarró y se la restregó por la jeta. ¡Así fue! Los presentes estallaron en aplausos. Embadurnado, Balís sorbió el jugo y escupió sobre nosotros las pepitas.

El grupo creyó que el episodio había acabado, cuando, en realidad, apenas había comenzado. Era la primera impresión fuerte que causaba Balís, su primera victoria sobre las férreas resistencias de Adriana, que resultaron ser las más tenaces de todos nosotros. Por medio de su castigo, Balís apaciguó y doblegó a Adriana y, además, superó aquel momento que permanecía infranqueable al comienzo, un comienzo acertado o descaminado. Así, preparó el terreno para sus próximos movimientos.

Pinchó otra raja y se la ofreció a Katia. La chica extendió su mano, pero Balís retiró la suya y la elevó hasta un punto al que Katia no podía llegar. Al mismo tiempo, se giró hacia Kiriakos y empezó a desacreditarla de un modo intolerable:

—Así que Katia, ¿no? Mmm... no parece mala chica. Lo único que la echa a perder es su ambición. Va con alguien no para dar, sino para tomar.

—¿Estás loco o qué te pasa? —protestó Kiriakos—. La muchacha no me ha pedido lo más mínimo.

—Claro. Es una mujer astuta. ¿Qué te va a pedir? ¿Dinero? Sabe que no tienes. Katia no está contigo por eso. Su ambición es otra. Quiere encontrar un sitio para explotarlo. Para adquirir conocimientos, talento, vitalidad, lo que sea. Ha aprendido a hundir sus manos en el alma del otro. Palpa, encuentra algo y se lo mete en el bolsillo. Si buscas en sus bolsillos, los hallarás a rebosar. Los llena para no sentirse vacía.

—No me digas, nene. ¿Me conoces? —dijo Katia irónicamente—. ¿Es posible que haya dormido contigo y no me acuerde? ¿Qué estupideces son ésas? ¿Te las estás sacando de la manga?

Balís la miró con indiferencia.

—Vale, ya lo entiendo. Estás echando el anzuelo —concluyó Katia.

Balís no le dio importancia, hecho que enervó aún más a Katia. No estaba acostumbrada a que no le prestaran atención, a que le hicieran caso omiso. Con el cuchillo alzado en todo momento y la sandía clavada en la punta, Balís siguió hablándole a Kiriakos:

—No creas que lo hace voluntariamente. No lo entiende. La dirige su instinto, su ciego instinto. Se da cuenta de lo que ha robado después de un tiempo. Como de sus bolsillos llenos. Busca en ellos para ver qué cogió. Ya te lo he dicho, no lo hace voluntariamente. Lo hace porque ésa es su naturaleza.

Hacía poco que yo había conocido a Katia, no sabía casi nada de ella y creía que Balís había recurrido a sus continuas exageraciones para provocarla. Más tardé me sucedió que la conocería de la cabeza a los pies, y puedo decir que Balís no había errado. Con una mirada había captado su esencia. Katia tenía las

virtudes y los defectos de la mujer enérgica contemporánea. No era tan bella como moderna. Tenía un estilo ligero que ocultaba, en un primer momento, el egoísmo y la falta de profundidad. Los hombres abundaban a su alrededor, y lidiaba con ellos con aires de alegría para que les surgieran las dudas; así, Katia intentaba que captasen alguna señal de gracia, alguna prueba de aceptación. «Déjales que se pregunten», éste era su lema oculto. No le gustaba nadie más que ella misma. No me refiero a su reflejo en el espejo, sino a la imagen que había creado para su persona, para el ser de ficción que creía que era, a saber, una especialista en el arte del buen vivir. Sus graciosos modales le disculpaban las meteduras de pata en cuestiones que no dominaba. Las bobadas sonaban dulces en su boca, no molestaban. Últimamente había estado cultivando la indiferencia, principalmente, al hecho de no poder atarse a nadie en particular. Su queja era que la acuciaban, la ahogaban con su amor, no le dejaban tiempo para mostrarles sus sentimientos. Decía que era normal que, cuando estabas rodeada de diez, veinte hombres interesados, no eligieras, sino que siguieras seduciendo. Sus amantes ocasionales pertenecían, esencialmente, a tres categorías: el primero era guapo, le atraía sexualmente y era inofensivo porque podía agotarse. El segundo era rico, no de esos derrochadores que vaciaban la cartera —la enervaban los nuevos ricos—, sino de los que la acosaban discretamente, con gestos acordes con sus posibilidades económicas. El tercero era artista. Incluso las personas como Katia, que se habían integrado en una sociedad cuyo mayor miedo era que se perdiera el control, tenían sus debilidades. Katia se conocía a sí misma. Sabía que, si a algo era inferior, era a cualquier manifestación artística. De pequeña,

escribía canciones que sólo le gustaban a ella y, durante algún tiempo, estuvo construyendo marionetas que nadie quería ver. Las personas como Balís sacaban a la luz sus puntos vulnerables y la obligaban a no ser un personaje estereotipado.

—¿De qué color es tu ojete? —le preguntó Balís.

No podía creer lo que estaba escuchando.

Eh, no, eso ya era demasiado. Era lo más humillante, lo más insolente, la cosa más descabellada que le habían dicho. La sangre le subió a la cabeza. Por su mente pasaban en aquel preciso instante muchas y variadas versiones de la respuesta que se merecía. Si consideraba humillante la pregunta, debía darle una bofetada, pero aquel majareta rapado con el cuchillo la arredró. Pensó en levantarse y marcharse, pero la idea de que, con esta acción, estaría admitiendo su derrota, le hizo descartarlo. No salió pitando, no, se quedó y luchó hasta el final. Quedaba un mecanismo que diluía todas las tensiones. Lo había usado tantas veces en el pasado que, ¿por qué no ahora también? El humor. Segura ya de la táctica que adoptaría a continuación, miró a Balís directamente a los ojos, le devolvió la sonrisa y le respondió de forma igualmente surrealista:

—¿Tú has visto tu pedo?

La risa contenida del grupo confirmaba la idoneidad de su decisión. Asprogenis no se aguantó, soltó una cavernosa carcajada y dijo:

—¿Qué estáis diciendo, locos?

Sin decir ni mu, Balís bajó la mano y la alargó, como una rama de olivo, con la sandía clavada en la punta del cuchillo. Katia la cogió con un simpático ademán, no rehusó darle las gracias y se la comió como si no ocurriese nada. Estaba dulce y fresca. Desapareció entre sus dientes, cosa que lamentó, y descendió

rápidamente por su garganta. Disfrutó de la sandía doblemente, porque la había ganado por sus propios méritos.

Balís cortó otra raja. Nos quedamos todos preguntándonos qué ingeniaría a continuación. Al ver que se giraba hacia ella, María se negó a seguirle el juego. Ya había tenido bastante con las otras chicas, no necesitaba gastárselas también con ella. Aunque era la menor del grupo, mostró una madurez que nos dejó maravillados. Concluyó que no tenía armas para defenderse, así que decidió pasar al contraataque. Antes de que Balís pudiera decirle algo, le preguntó, acalorada:

—¿Has escuchado hablar de Milíssipo?

Balís se sorprendió, lo que el grupo aceptó con una ligera satisfacción. Sus planes se desbarataron. Desconcertado, intentó encontrar algo que decir. Al final, puso cara de vinagre, como si se hubiera bebido una cerveza sin gas.

—¿De quién?

—De Milíssipo.

—No.

—Yo tampoco —dijo María, con lo que revelaba su artimaña para pararle los pies—. Es que, simplemente, he escuchado ese nombre en algún lugar. Posee sonoridad, sabes. Es un sonido meloso. Tiene algo que me conmueve. Hace vibrar algunos hilitos...

Se detuvo cuando, desde lo alto de las escaleras, se escucharon unas risas. Una pandilla de chiflados ingleses se precipitó en el «Mama Africa» con mochilas de colores a la espalda. En cuanto hubieron visto a Asprogenis, comenzaron a chillar. Eran dos chicos y una chica, amigos del pirata desde el verano pasado. Habían llegado a ía en el barco nocturno y habían venido directamente

a verlo. Asprogenis se dirigió hacia ellos. Después de levantar a los chicos en el aire, le dio un profundo beso a la chica en la boca. Luego, se sentaron todos juntos en la mesa de al lado. Sin parar de hablar, la inglesa sacó de su mochila un regalo para el pirata, un paquete con una cinta rosa. Asprogenis lo abrió mientras se lo comía la curiosidad. Sacó un látigo negro. Permaneció mirándolo boquiabierto, y uno de los ingleses gritó:

—*Hit me, baby! Hit me!*

El misterioso ambiente se había ido de paseo. Balís lanzó una mirada asesina a los invasores, que, imperturbables, seguían en sus trece. Sus chanzas y risas no tenían fin. Balís se giró de nuevo hacia nosotros. Derrochando amabilidad y elocuencia, nos invitó a la *kánava*, pues, obviamente, no queríamos que nuestro grupo se disolviera.

—Vamos, he hecho también sangría —dijo para apoyar su propuesta.

Incluso ahora me resulta difícil tomar conciencia de que todo era un ardid que había tramado su mente maquinadora con el objetivo de arrastrarnos hasta su antro. La sangría ya estaba preparada, y la escandalosa compañía de Asprogenis constituía la excusa ideal para aquella invitación. En aquel momento consideramos que era una buena idea. Sólo Katia opuso algunos reparos porque debía despertarse temprano a la mañana siguiente para tomar el barco hasta Folégandros. Sus titubeos eran leves, y dejó que Kiriakos la convenciera muy pronto.

Le dijimos a Asprogenis que, en cuanto se hubiese desembarazado de los ingleses, se encontrara con nosotros en la *kánava*. Tal vez, si el pirata hubiera estado con nosotros, la velada

habría tenido otro desenlace. Si se hubiese hallado también en la *kánava*, es posible que no hubiera dejado a Balís poner en práctica todo lo que tenía en mente. O puede que sí, quién sabe. Lo seguro es que la única persona de Ía que podía refrenar a Balís no vino con nosotros, y, cuando nos encontró al día siguiente, había sucedido lo que iba a suceder.

Capítulo 10

Las simpatías y las antipatías se manifestaron desde el primer momento, ya desde que emprendimos el camino. Katia se paró delante del Ayuntamiento y le compró maíz tostado a un vendedor ambulante.

—Esto me vuelve loca —le dijo a Kiriakos, que estaba a su lado—. Soy capaz de estar todo el día comiéndolos.

Adriana la escuchó y quiso importunarla:

—Parece que en tu vida anterior eras una gallina.

Katia se lo tomó a la ligera y repuso con su conocido aire de frescura:

—En mi vida anterior puede ser, pero en ésta lo evité.

Balís se cuidó de no echar más leña al fuego. Tenía a su lado a María, que quería enterarse a toda costa de qué se había propuesto decirle a ella en el «Mama Africa»:

—Si no me hubieras interrumpido, te habrías enterado —le espetó Balís—. Te lo has perdido. Y te había preparado algo bueno...

—Sí, alguna grosería me habrías dicho a mí también.

—No sabes qué tenía que decirte.

—Venga, ahora no me dejes con la intriga. ¿Qué quieres? ¿Que te suplique?

—No te preocupes, te lo diré. Pero quiero que estén delante también los demás. Te lo diré en la *kánava*.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

No tardamos en llegar a la *kánava* de Balís. Era la primera vez que la veía tan limpia. Las cosas estaban ordenadas; el suelo, reluciente. La *kánava* se parecía a una comedianta empolvada, a una fealdad lustrosa. Balís no encendió las luces. Trajo velas y explicó que creaban una atmósfera sugerente. ¡Música, maestro, vamos allá! El tocadiscos se puso en marcha. Una combinación de sonidos árabes inundó el oblongo y cilíndrico lugar. A Katia le pareció un lugar sucio e infausto, pero no le dijo nada a Balís. Sólo le susurró a Kiriakos:

—No me quedaría aquí aunque me pagaran—

Adriana la escuchó y comentó:

—¿No es maravillosa la *kánava*?

Katia la miró, fastidiada. Aquella mentecata la estaba afrentando demasiadas veces. Sin lugar a dudas, habría reaccionado al comentario de Adriana si la situación no hubiera pasado a manos de Balís. Bajo el brillo de su calva en la penumbra, recuperó una capa de satén, se la puso y se plantó delante de María como un mago oriental. A continuación, esparció sobre la cabeza de la jovencita un poco de polvo dorado y le dijo:

—Me llamaste, señora. Soy tu genio, tu genio bueno. Dime tu deseo y lo haré realidad.

La carita inteligente de María se iluminó.

—¿Eso es lo que querías decirme? —preguntó riéndose.

—¡Esperadme a mí también! —gritó Kiriakos, que venía de la terraza con los timbales.

Katia vio a María vacilando, y murmuró algo que se parecía a: «Venga, no te hagas tú también la difícil». No veía la hora de desembarazarse de nosotros. Se bebería algo, únicamente para no ofendernos, y se

marcharía. Adriana puso mala cara cuando la hubo oído. Estuvo a punto de decir algo, pero lo reconsideró. Balís, impaciente, tosió para llamar la atención, cruzó las manos y conminó a María:

—Señora, dime tu deseo; de lo contrario, tu genio bueno se esfumará.

La sonrisa de María se heló. No le gustaban las restricciones, le provocaban ansiedad. ¿Y si Balís decía la verdad? ¿Y si realmente podía hacer realidad su deseo? Lo veía capaz de todo. Le estuvo dando vueltas a la cabeza a fin de encontrar algo que lo pusiera en un apuro, pero lo único que logró fue perder un tiempo valioso. Se quedó bloqueada. Los demás la miraban, mudos, y su incomodidad iba en aumento. Un deseo, encuentra un deseo tuyo, se dijo en su interior. ¿No tenía ninguno? No podía ser que no tuviera. Tenía muchos y pequeños deseos, baladés por regla general; sin embargo, ninguno grande. Eligió alguno del montón:

—Una piedrecita turquesa —dijo, apresurada—. O más bien dos, no una. Venga, que sean tres.

—Tu deseo es una orden para mí —le anunció Balís solemnemente e hizo una reverencia.

Bajó a la cámara, se le escuchó buscar a tientas entre sus cosas, y volvió con un saquito violeta.

María lo tomó, ruborizada, entre sus manos y lo abrió. Sus expectativas se cumplieron. Las palmas de sus manos quedaron colmadas de piedras turquesas, pequeñas y grandes. Soltó una exclamación de asombro:

—¡Lo dijo y lo hizo!

Kiriakos apoyó los timbales entre sus pies y comenzó a tocar. Una ráfaga de viento golpeó la puerta. Fui hasta allí y la cerré. El

viento del sur regresó en mitad de la noche, pero en poco tiempo estaríamos muy lejos como para que nos preocupara.

Había llegado la hora de la sangría. Balís la trajo de la cocina dentro de una gran fuente de cristal. La subió a la sala y la dejó en la mesa baja y redonda. Mientras la removía con el cucharón, nos hizo saber que la había preparado con vino tinto bereber. Procedía de un barril que había contenido anteriormente vino blanco, así que le había prestado un sabor ambiguo. Había aromatizado la sangría con menta y le había puesto un montón de fruta. Dijo que no habíamos probado nunca una sangría igual. La removió un poco más y la sirvió en las copas. Kiriakos cogió la suya y se disponía a beber cuando Balís lo detuvo:

—Espera que brindemos y que nos deseemos algo bueno.

—Sí, sí, un deseo —dijimos a coro.

—No un deseo cualquiera. Un deseo que permanezca —añadió Balís.

—Algo de la *Teogonía* —interrumpió María, que parecía tener una buena relación con la lectura.

Buscó en su bolso de tela y sacó la *Teogonía* de Hesíodo.

—Mira, aquí, en el prólogo dice: «Antes de todo existía el caos. Del caos nacieron las tinieblas y la noche. Y después vinieron el firmamento y el día»; y así sucesivamente.

Balís alzó su vaso.

—Bebamos por el caos.

La pequeña se opuso:

—Por el caos no. En la *Teogonía* no existe únicamente el caos. Todo está interrelacionado.

—Por la *Teogonía*, entonces.

—Por la *Teogonía* —repetimos y apuramos las copas.

No se nos había pasado por la cabeza que Balís pudiera haber mezclado narcóticos vegetales con la sangría. Nos dimos cuenta al instante inmediatamente posterior. Soltamos las copas, con un sabor amargo en la boca. Nos separamos, unos por aquí y otros por allá.

En breve sentí que mi estómago se hacía un nudo que me llegaba hasta la garganta y me ahogaba. Alguien me silbó en los oídos y me llevó tiempo entender que se trataba del viento. Los rostros a mi alrededor cambiaban, se transformaban. La *kánava* se había llenado de reptiles. Se escuchó una orden que procedía de algún lugar. Era Balís, que le decía a Kiriakos que siguiera tocando los timbales. Nos incitaba a todos a entregarnos a la música, si no sólo veríamos serpientes. A buenas horas... Las muchachas lloraban y sufrían molestias en el estómago. Katia, pálida y con diarrea, corrió al cuarto de baño. No aguanté más y vomité el nudo que tenía en la garganta. Al mismo tiempo comenzaron las visiones y los síntomas de la locura.

Me encontraba en un pueblo, en el bosque. De las chimeneas salía humo y los niños jugaban despreocupadamente en un claro del bosque. De repente, el bosque se atestó de jinetes. Exigían que les entregásemos a nuestro preboste, en caso contrario, quemarían el pueblo y degollarían a las mujeres y los niños. El preboste salió de su cabaña; tenía una poblada barba que le llegaba a la altura del esternón. Les dijo que hicieran lo que quisieran, bastaba con que dejaran en paz a los niños. Estaba yo también entre los niños, pequeño e indefenso, incapaz de evitar el mal. Los jinetes ataron al preboste, lo cargaron como un saco en un mulo y se lo llevaron. Tras ellos dejaron una mancha roja, en relieve sobre un fondo del color azul del atardecer. «La sangre del cordero», dije cuando la

hube visto. Comencé a correr entre las cabañas, que se quemaban, y las mujeres y los niños que lloraban. Lloraba yo también. Una puerta se abrió y salió mi madre. Era joven, como la recordaba tiempo atrás. Me miró, dubitativa, para comprobar si la reconocía. Por supuesto que la reconocía. Caí llorando en su regazo.

Regresé. Me encontraba de nuevo en la *kánava*. En el centro de la sala, Balís adoptaba formas diferentes. Se convirtió, por orden, en una codorniz de otoño, en un pez volador y en un puma. Adriana y María se habían cogido de la mano y se dejaban llevar de aquí para allá como espíritus astrales. Katia no aparecía por ninguna parte. Kiriakos seguía tocando los timbales. Se había vuelto a convertir en un ñato con pezuñas de macho cabrío que tocaba para un público invisible. El tañido de los timbales era monótono, al ritmo de los latidos de su corazón. Todo su ser se había introducido en la piel de los timbales, temblaba en la abertura, retumbaba en el fondo de las cajas de resonancia. Le escuché lanzar un grito penetrante en el mismo momento en el que me perdía en un nuevo viaje.

Revivía la azarosa peripecia que sufrí, a comienzos del verano, a bordo del «Skilopnijtis», en el trayecto hacia la isla de Donusa. El barco se llamaba «Skopelitis», pero durante el viaje me enteré de que los isleños lo llamaban «Skilopnijtis», ‘carraca’ en griego. Me dirigía hacia Donusa, que era conocida como la isla de Eolo. Presentí que algo malo iba a suceder en cuanto hube visto al capitán que manejaba el timón. Sus ojos eran pequeños, diabólicos. Se metió el dedo en la nariz, se sacó una costra asquerosa y la tiró ostentosamente al mar. Dejamos atrás la isla de Kufonisia y nos hicimos a la mar. Súbitamente, una ola barrió la cubierta. Todos nos calamos hasta los huesos, y fue una

coincidencia que nadie cayera al agua. El capitán-satanás viró su armatoste viento en popa. Las olas rompían con fuerza en los costados de la embarcación y volvían a caer en el mar dibujando el arco iris. Los pasajeros se oprimían, aterrorizados, en el pequeño salón. Estaban vomitando todos, en una sinfonía nauseabunda. Yo cantaba, para apaciguar mis nervios, canciones de Bob Marley, y los pasajeros, desconcertados, me miraban. No, señores, no estoy loco, simplemente quiero ahuyentar mi miedo. Una brusca sacudida empotró a mi chica en la taza del retrete. Me apresuré a ayudarle. Con esfuerzo, logré desencajarla del retrete. Ella tenía una herida amoratada en el muslo, que, con el tiempo, se volvería verdosa y, finalmente, amarillenta. La miré con detenimiento. No, no era mi chica, era Katia. ¿Qué pintaba Katia en el barco hacia Donusa? No, no era el barco hacia Donusa, era el barco hacia la *kánava*. «¿Qué barco y qué Donusa, desdichado?», dijo una voz en mi interior, que apunto estuvo de hacerme perder la cabeza. Ayudé a Katia a subir a la sala. La vi quitarse la ropa y quedarse completamente desnuda. Fue hasta las muchachas, se cogieron de la mano y formaron un corro en derredor de Balís. Daban vueltas cada vez más rápido, como en una danza de cintas. Frenesí, eso es, esta palabra encajaba con ellas. Balís estaba sentado en una silla en el centro, atado con cuerdas gruesas, y las miraba.

—¿A quién? —susurró Adriana.

El gatito, en el bolsillo de su camisola, sacaba la cabeza, desconcertado, y miraba alrededor. Adriana se transformó también en una gata. Exhibía su picardía, su espíritu elitista, su carácter independiente. Su cerebro no quería nada, pero su cuerpo lo pedía todo. ¿A quién de las tres elegiría el mistagogo?

—¿A quién? —exigió Adriana.

Sedienta de fuerza y poder, Katia se transformó en un águila pescadora. Aleteaba y se enganchaba en las vigas del techo. Si no era ella su iniciada electa, le sacaría los ojos.

—¿A quién? —silbó María, y reptó por el suelo con cuerpo de serpiente.

Tras su carita inteligente se escondía una naturaleza desinhibida. Hacía resonar su lengua bífida y preguntaba a quién elegía.

—¿A quién? ¿A quién? ¿A quién?

—A todas —gritó el hombre en el centro y rompió sus ataduras.

Se alzó por encima de ellas como un murciélago malicioso. Tomó las formas de un laudista, una bestia acuática y un toro herido. Subió a la cima del mundo, se cayó de allí, rodó y llegó al ocaso. Adquirió de nuevo la figura de Balís y caminó solo hacia un embarcadero.

—El rey no pertenece a nadie —soltó a modo de monólogo—. El rey pertenece únicamente a su asesino.

Las rameras sagradas lo escucharon y se dispersaron a su alrededor, aterradas. Dejaron de ser salvajes y reclamantes. Adquirieron formas más dulces para serenarlo. Katia expresó su feminidad como una cierva. Adriana evocó su lado maternal como una vaca fecunda. La pequeña María soñó con un apacible elefante para encontrar el sosiego que buscaba.

Mi actividad cerebral crecía a un ritmo desenfrenado. Me llegaban mensajes de todas partes, aunque la mayoría tenía un origen incierto. Los neurotransmisores de mi cerebro parecían ralles por los que pasaba el tren rápido hacia la siguiente dimensión. Mis nervios bailaban y mis instintos se habían desbocado. Mi yo anterior se asemejaba a una figura de cera del Madame Tussauds. Se encendían

y se apagaban luces por todas partes. Imágenes sucesivas desfilaban por delante de mis ojos. No alcanzaba a verlas todas, a sentirlas todas. Un miedo anidaba en mi interior; temía que padeciese una apoplejía, y comencé a respirar profundamente para conjurarlo.

Mis sentidos se habían agudizado hasta un nivel insospechado. Los objetos de la *kánava* habían cobrado vida y vibraban en torbellinos de luz. Las personas a mi alrededor irradiaban ondas; en función de su claridad o su enturbiamiento, podía reconocer el contenido de su alma. El tañido de Kiriakos venía hacia mí como un sonido visible y, a continuación, como una caricia. Era un sonido blando como la masa y rozaba cada una de mis células. Los aromas de la *kánava* guardaban relación con cada uno de nosotros: el olor de Adriana recordaba a hojas caídas en un jardín; una fragancia infantil desprendían los poros de Balís; un aroma salobre, los de Kiriakos, y dulce, los de María; un olor a melocotón caracterizaba a Katia. Todos los aromas eran vivos, como el del champú verde con el que me había lavado antes de marcharme. Pero también el gusto, el tacto, todos mis sentidos estaban en alerta. Tenían tanta intensidad que dudaba en si quería utilizarlos. Si comiera algo, me quedaría comiéndolo toda la noche. Cada bocado resultaría una experiencia insólita. Si bebiese algo que contuviera alguna sustancia viva, recibiría una sacudida, como si me hubiese atravesado una corriente eléctrica. Si tocara a alguna de las muchachas, me excitaría tanto que llegaría al desatino. Mejor era no tentar la suerte. Me acomodé e intenté tranquilizarme. Centré mi atención en las bailarinas del alocado circo. Me introduje en el ser de cada una de ellas, en su existencia, e hice que el viaje de cada una de ellas fuese también el mío.

Me convertí en un espectador de confabulaciones que se urdían en patios y pasillos. Un laberinto de maquinaciones y disputas que parecían intrigas bizantinas. Cada una de las muchachas aspiraba a la primacía en el corazón del emperador. La lucha era despiadada. Las continuas metamorfosis de Balís afectaban a las partes beligerantes en campos más allá de la experiencia sensorial, allí donde el carácter es lo primordial. Sus variables formas las embelesaban y las aterrorizaban en la misma proporción. Debían poner fin a aquella turbación, y así lo hicieron. Cada una estabilizó a Balís en una forma, aquella que le provocaba los sentimientos más intensos. Adriana lo vio como el violador que la atacó tiempo atrás; María, como la innombrable reina de su mundo. Y Katia reconoció en él al payaso calvo que entró una vez en su vida.

Las visiones y los sucesos ocurrieron uno tras otro.

Adriana tenía doce años cuando se bajó del autobús que la traía de vuelta del colegio. Llevaba puesto un vestido azul marino de colegiala y así su cartera escolar, con los cuadernos, los transportadores de ángulos y los compases. Alguien la seguía. Se había dado cuenta de que la miraba en el autobús. Su mirada la inquietaba, la agitaba sin saber por qué. Aquél era joven, pero no podía determinar su edad; no se le daban bien esas cosas. De hecho, afirmaba que su mamá tenía quince años y su amiga Viví cincuenta. Le decían que cometía un error, que la edad no se fijaba por el modo en que las personas se comportaban, sino por algo que se llamaba partida de nacimiento. En fin, algo totalmente incomprensible. La cuestión era que aquél la seguía, y ella estaba escuchando sus pasos. Se paró y lo miró. Llevaba una camisa negra, pantalones estrechos y zapatos «Clarks». Su mirada era

febril. Adriana, excitada, le sonrió. No se trataba de su sonrisa habitual. Era su primera sonrisa de mujer.

Continuó el camino hacia su casa. Entró en el bloque de viviendas y se dirigió al ascensor. Aquél entró con ella en el ascensor y cerró la puerta. Adriana no podía articular palabra por su alteración. Ahora estaba a su lado, lo olía, casi lo rozaba. Lo veía observándola con su mirada hambrienta. Nunca la habían mirado así. Sintió sus manos sobre ella y creyó que se desmayaría. La volteó y le pegó la cara en el espejo del ascensor. Le levantó el vestido y le rompió las bragas. Estaba aturdida, conmocionada, pero también sentía una terrible curiosidad. La mirada de aquél, a través del espejo, continuaba enardecíendola. No experimentó dolor cuando la penetró. Mucho más le preocupaba a ella que abrieran la puerta del ascensor y los vieran haciendo algo malo. ¿O quizás no era malo lo que estaban haciendo? Se reconocía culpable, responsable de haberlo invitado tácitamente a acercarse a ella. Por el espejo lo vio expeliendo saliva. Lo escuchó soltar un rugido. Comprendió que había terminado y se apartó. La mirada que la había mantenido cautiva se perdió. ¿A dónde se había ido su mirada? Comenzó a pedir ayuda, no tanto por lo que le había hecho como por que no quería quedarse sola sin aquella mirada. Vio que se limpiaba con premura y se subía la cremallera. Aquél abrió la puerta del ascensor y desapareció.

¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Uh, no se acordaba, como si lo sucedido fuera de otra vida. Sin embargo, ahora se hallaba, de nuevo, cerca de ella. Adriana podía hacerle lo que quisiera. Infligirle daño, torturarlo, vengarse. ¿Eso era lo que quería? ¿O quería otra cosa? No se lo había dicho a nadie, ni

siquiera a su madre, que era su mejor amiga. Lo había escondido en un rincón de su memoria; casi lo había olvidado. Pero lo volvía a ver. Su mirada le causaba la misma alteración de entonces. Le arrancaba lágrimas en los ojos, al mismo tiempo que le hacía recordar que, años atrás, su mirada la había perseguido. Había tratado de encontrarla en cada uno de sus amantes.

Con una facilidad impresionante, dejé a Adriana y entré en María.

María tenía, por un lado, a la reina innombrable y, por otro, a la renombrada, a su amiga Adriana. Dado que éstas dos no podían arreglárselas solas, habían recurrido a María, la muchacha-instrumento musical. Sobre ella había tantos orificios que, cuando caminaba, el aire construía melodías en función de la manera en que estuviese de pie o moviera sus miembros. De su cuerpo surgía una peculiar melodía en escala menor mientras desmenuzaba en trozos un gran pastel de color oscuro, parte del cual había cortado con unas tijeras. En su mente pastaban rebaños de pensamientos. Cuidaba y amaba aquellos pensamientos. Su responsabilidad era grande. Y es que ésta era su profesión: pastoreaba pensamientos. Había muchos, muchísimos pensamientos. Algunos se perdían cuando abandonaban el redil y vagaban como sombras difusas.

La reina innombrable miró a María. La atravesó un escalofrío, ya que tan conocido era el inmenso amor de la innombrable como los temibles arrebatos de cólera que desenlazaban en la aniquilación de sus vasallos. En esta ocasión se conformó con entregarle a María tres cajas de madera. Las dos primeras contenían una suerte de alimento que le pareció delicioso. La tercera caja guardaba una migaja de color ámbar que era un alimento ideal para los pastores de pensamientos. María se comió la migaja, se sació y se entregó a

los brazos del doble de Morfeo, del dios más joven pero no inferior, al que los mortales llamaban Ojo Móvil.

Vi a María adormeciéndose y sumiéndose en el sueño. Yo también quería dormirme, pero me esperaba Katia. La independiente, la oportunista, la Katia que había aparecido como llovida del cielo, la que mayores recelos tenía para seguirnos. Dentro de ella vi lo que no podía ni imaginarme. Katia era una más de las sorpresas que tenía reservada la báquica noche.

Capítulo 11

Katia —todavía la llamaban Katerina en aquel entonces— había vuelto a ser la ingenua provinciana de dieciocho años que trabajaba en una tienda de ropa interior. Se había mudado en la gran ciudad hacía poco tiempo, algunos meses, y todavía estaba deslumbrada por las luces. Una desconocida entre desconocidos; un anonimato que la embriagaba. Podía hacer lo que le pidiese el cuerpo sin tener que rendirle cuentas a nadie. Se había cansado de que la criticaran y la señalaran las cotillas del pueblo. Algún día volvería y haría que todas aquellas urracas se tragaran la lengua. Llevaría su fama, su suerte, lo que fuera que tuviese en sus manos, y se lo estamparía en los morros.

Era primavera y caminaba en Atenas por las calles empedradas del barrio de Plaka. Le gustaba Plaka, le recordaba a una isla. Por suerte, había encontrado allí un pequeño piso de dos habitaciones, en la zona de Aérides, y lo había alquilado sin pensárselo dos veces. El sol del mediodía le acariciaba el rostro, el cuello, las manos. Se caloró. La había pillado la primavera.

Se detuvo en la terraza de una cafetería. Entre los clientes se encontraba un payaso que hacía equilibrios sentado encima de un pequeño monociclo. Sobre la cabeza rapada llevaba un bombín negro, como un dandi de épocas pasadas. Su rostro estaba maquillado, una mitad de color negro y la otra de blanco, con una lágrima, grande como una ciruela, en la mejilla. Parecía sonreír incluso cuando permanecía

serio. Katerina le guiñó un ojo con picardía. ¿Qué consiguió? Le hizo perder el equilibrio, y se cayó al suelo. Los clientes —turistas en su mayoría— se partieron de risa. Se giraron hacia donde estaba ella y la aplaudieron. Katerina se avergonzó, no estaba acostumbrada a ser el centro de atención. Se alejó rápidamente.

Escuchó un tintineo detrás de ella, el payaso la seguía llevando a cuestas su pequeño monociclo. La alcanzó y comenzó a bromear, fingía que adivinaba los pensamientos de los transeúntes. Sus comentarios eran rápidos y atinados, hacían reír a Katerina. La gente se quedaba parada mirándolos.

A Katerina le fascinaba la persona que había detrás del payaso. Su trabajo era distraer, divertir, hacer que la gente se entretuviese con él. Y no se avergonzaba. ¿Cómo podía hacerlo? Quería descubrir su secreto. Le gustaba su modo de hablar, su modo de mirarla. En absoluto se trataba de un modo divertido, al contrario... Intentó imaginarse sus rasgos normales, pero no lo consiguió. La confundían la nariz y la boca. La idea de que el anonimato les ofreciese a los dos una completa protección la inquietaba. El payaso le sonreía y a ella la devoraba la curiosidad. Al final resultaba ser un payaso peligroso. En un momento se ganaba la confianza de Katia y al siguiente la perdía.

Lo escuchó decir:

—¿Quieres que digamos cosas que no hayamos dicho nunca y que hagamos cosas que no hayamos hecho nunca?

Katia se acordó del consejo de su madre: «No confíes en nadie, especialmente en los hombres. Solo una cosa tienen en la mente». Esa cosa, por supuesto, no le había impedido a ella misma tener cuatro hijos. La trataba como a un torpe pollito que se dispusiera

a entrar en la boca del lobo. ¡Cuán absurdas sonaban ahora sus advertencias! Nadie la había molestado en todo ese tiempo. Solamente los chavales a la salida del instituto le habían dirigido alguna burla, y eso era todo. Imaginó a su madre observándola, segura de que su pollito esquivaría el desaffo.

—Quiero —le dijo al payaso con determinación.

El payaso dio un gran salto de alegría. Le dijo que quería invitarla a su casa, pero se temía que fuera imposible. Vivía, ¡ajo!, en un barril que, de momento, estaba lleno de boniatos. Debían venderse todos para que él mismo pudiera tener sitio. Hundió la mano hasta el fondo de su bolsillo y cogió un boniato. Se lo ofreció a ella. Un gesto que a Katerina le pareció tan dulce como la patata.

Entre unas cosas y otras acabaron en el piso de Katerina. La casa no era nada excepcional, porque no le había dado tiempo a amueblarla. Se sentaron en el suelo, sobre una alfombra floqueada, y comenzaron a decirse lo que no habían dicho nunca.

Ella le confesó que le gustaban los hombres misteriosos, aquéllos que, aun cuando desprendían fuerza, algunas veces daban la impresión de que, si soplabas sobre ellos, se caerían. Aquéllos que, diciendo poco, expresaban mucho. Aquéllos que tenían humor, que hacían reír a los demás mientras ellos permanecían serios. El payaso le preguntó qué había sentido cuando lo vio: curiosidad, deseo, o ganas de jugar. Katerina le respondió que no lo sabía, pero había sentido que algo pasaría entre ellos. Siempre lo sentía antes de que ocurriera. Cuando el payaso quiso saber qué no le gustaba de él, Katerina le contestó que no le gustaba que fuera tierno con ella. Estaba condicionada por ella misma, que se volvía tierna cuando sentía pena por alguien, cuando sentía lástima por esa persona.

El payaso aplaudió entusiasmado. Dijo que se iban a llevar bien los dos. A continuación le preguntó a ella cuál era la palabra más sucia que se le venía a la cabeza. Riéndose, Katerina le dijo “culo”. Él también se rió y le dijo “cerda”. Ya más suelta, Katerina comenzó a interrogarlo, a recabar su opinión acerca de cualquier cuestión que le interesara. Era su turno para preguntarle al payaso:

—¿El suicidio? ¿Qué personas se suicidan?

—Los que aman mucho la vida. Los que no la vivieron como querían. O, incluso, los que no obtuvieron de la vida lo que merecían.

—¿El amor? ¿Qué es el amor?

—El amor... te lo diré poéticamente... es el aroma de la inmortalidad. Cuando me enamoro, me vuelvo un superhombre. Me creo capaz de conseguirlo todo.

—¿Inocente o puro?

—Puro. El inocente es confiado, en cierto modo ignorante. Necesitas chulería para conservar tu pureza.

—Entonces, ¿chulo o bravucón?

—Chulo. En el bravucón todo es apariencia. Las bravuconadas también las puede hacer un fanfarrón. Pero el chulo tiene el valor de desafiar sin que le importe. Todos aquéllos no tienen nada que decir. ¿Sabes por qué? Les falta chulería. No ferocidad, sino algo que surge de sus valores.

Tenía mucho que decirle, mucho que preguntarle, pero el payaso le paró los pies. Le recordó que su acuerdo no consistía sólo en hablar, sino también en hacer cosas que no habían hecho nunca.

—Oh —dijo Katerina. De ahí en adelante empezaban las dificultades.

El payaso le pidió que se quitara la ropa y le mostrara la parte de su cuerpo que más detestara. A Katerina se le enrojecieron hasta las raíces del pelo. Se entumeció y se mordió los labios, pero, finalmente, se desnudó con movimientos parsimoniosos. Su piel era pálida y algo lechosa, no obstante, su frescor juvenil la salvaba. Se forzó a quitarse los vaqueros. Soltó en una esquina los calcetines y los zapatos. Por fin, le mostró sus anchas caderas, afirmando que odiaba a las modelos de cuerpos perfectos. A partir del lunes iría al gimnasio, lo había decidido.

Ella le propuso también que se quitara la ropa. Lo observó mientras se quitaba el sombrero, la chaqueta negra, el polo, los zapatos de Charlot y el pantalón, que flotaba sobre él. Se quedó de pie, desnudo, y le mostró la flaccidez de su estómago. Katerina le dijo que le gustaba su cuerpo. Le iba, le pegaba, se fundía con él. Cualquier otro cuerpo no le pegaría.

Katerina le pidió que mostrara la parte de su cuerpo que considerase elogiable. El payaso le señaló su ombligo. Dijo que parecía un cráter y que, si uno se situaba en su borde, vería en el fondo un caracol. Cuando llegó su turno, le pidió lo mismo a Katerina; la muchacha le enseñó su dedo anular. Era su parte más bella. Lo amaba, porque le ayudaba a hacer aquello: se tumbó en la alfombra y dirigió su dedo anular entre sus piernas.

Soltó un gemido.

Él también se tumbó, boca abajo, no sobre ella, sino frente a ella. Se arrastró hasta su pubis triangular y restregó su cráneo afeitado sobre los labios de su vagina. Desnudo y pelado como estaba, entre las piernas de ella, parecía un inmenso feto que hubiera salido de sus entrañas.

El payaso le dijo que, con su imaginación, veía que era realmente un feto en su matriz. Estaba nadando dentro de ella cuando se encontró con otro feto, de sexo femenino, que flotaba en el líquido amniótico. La chica estaba embarazada y no lo sabía. Los fetos masculino y femenino comenzaron a hacer el amor. Unas bocas informes se besaban; unas manos inmaculadas se acariciaban, y unos seres en ciernes se unían y se agitaban con sensuales espasmos.

Había pasado tiempo desde entonces. Katerina cambió de casa y también de trabajo, uno mejor esta vez. También cambió su nombre, se puso Katia, que sonaba mejor. Entre tanto, se había visto obligada a abortar, pues se había quedado embarazada de uno coetáneo, un amante de una noche. ¿O quizás se había quedado embarazada del payaso y no lo recordaba? Pasaba frecuentemente por la terraza del café con la esperanza de verlo. Un mediodía se sentó y pidió un chocolate caliente. Miraba a su alrededor, por si aparecía. A su lado estaba sentado un señor serio que leía un periódico. También parecía esperar algo. Aunque tenía cuatro pelos en la cabeza, un aire aristocrático acompañaba sus movimientos, como un caballero de épocas pasadas.

Katia se tomó su bebida con tranquilidad, se acordó de que tenía trabajo y se levantó. Lo mismo hizo el señor de la mesa de al lado. Pasaron rozándose, casi se tocan el uno al otro sin reconocerse. Ella no reconoció al payaso sin su pintura, porque no logró ver a la persona tras el maquillaje. Él no la reconoció, porque la muchachita que hubo conocido había florecido, había madurado. Nada de ella le recordaba al pollito torpe al que había seguido un día de primavera. Cada uno cogió su camino.

Capítulo 12

Temblaba como un flan. Mis dientes rechinaban. Mis extremidades estaban congeladas. Alguien me había empapado con agua fría para que recobrar el sentido. Me abofeteaba tan fuertemente, que hacía que me aturdiese más. Me sujetaba y me obligaba a avanzar poco a poco. En algún momento me sostuvo la cabeza bajo el grifo mientras me dejaba echar el último y vigoroso vómito.

Empecé a sentirme mejor.

Ese alguien no era otro sino nuestro buen jefe de bandoleros Asprogenis. Me llevó a la terraza y continuó rodeándome. El viento del sur era siempre húmedo; el agua de la caldera estaba llena de nubes aborregadas. Los barcos iban y venían en sus recorridos habituales, lo que ofrecía una sensación de continuidad, más necesaria en este momento que otra cosa. Intenté encender un cigarro, pero mis manos temblaban como si tuviera Parkinson. Me inundaban sentimientos contradictorios, principalmente la ira por la acción de Balís y por la trampa que había organizado sin nuestro conocimiento. Asprogenis, el que vive del cuento, me preguntaba para saber qué había pasado.

—No tengo ni idea —balbucí.

—Tío, joder, no entiendo nada —dijo indignado—. ¿Qué ha ocurrido en la *kánava*? ¿Una guerra? Os encontré a todos hechos polvo.

Asprogenis había venido hace poco y, cuando decimos “hace poco”, queremos decir en algún momento entre el mediodía y la

tarde del día siguiente. Más vale tarde que nunca. La puerta de la *kánava* estaba abierta de par en par. La sala, hecha un desastre, olía como un establo. Nosotros estábamos desperdigados por las habitaciones, casi inconscientes y empalidecidos, como si hubiéramos visto la muerte con nuestros propios ojos. Un gato, pequeño como una lagartija, maullaba históricamente en el bolsillo de Adriana al estar aplastado por el peso de su cuerpo. Asprogenis llevó a las muchachas a la cama del dormitorio, las arropó como un buen papaíto y las dejó dormir. Después cargó con Kiriakos y lo llevó hasta su casa, que estaba por allí cerca, en Garbiní Mili. A continuación regresó a la *kánava* y se ocupó de mí. Me había caído de la silla y me había golpeado la cabeza con el suelo. Me dijo que no me preocupara, y yo me avine. Tenía como recuerdo un chichón tan grande como una pelota de golf.

Asiéndome la cabeza con las dos manos, le describí someramente la situación. El pirata se encolerizó cuando supo de la sangría, la intoxicación y las alucinaciones que acontecieron. Empezó a insultar al loco; al majareta; al ido; al que estaba como una cabra; al tarambana que, lo que dijo, lo hizo; al que no tenía dios. Cuando se le agotaron los aforismos y las maldiciones, se tumbó en el sofá y respiró profundamente. Se quitó sus pequeñas gafas redondeadas, las limpió con su mugrienta camiseta y comenzó a hablar sobre Balís. Yo intenté concentrarme en lo que me relataba.

Me dijo que, cuando Balís hubo dejado las drogas, empezó con los alucinógenos. Había vivido durante una larga temporada en un poblado de indios, en algún lugar de Sudamérica. Allí había probado bastantes alucinógenos y, según decía, tuvo muchas experiencias fuera de lo común. Oye, por mí como si se muere, a

quién le importa lo que hizo ese chiflado. Pero ¿por qué trajo los alucinógenos aquí?

—No era sangría lo que os dio a beber. Era voráGINE. Así lo ha bautizado Balís. A parte del vino y la fruta, en la mezcla también hay un filtro que prepara a partir de una planta que se parece a nuestra ruda. La ha traído de Ecuador. Los indios la llaman guaje, o guajé, o algo así.

—¿Tú la has probado? —pregunté.

—No, aunque casi caigo en la tentación. Era una época en la que me la ponía delante continuamente. Me ha hablado de sus beneficios. Es una planta extraña. La habían tomado Burroughs y Ginsberg, otros chiflados de allí, y se habían desviado. Decía que también la había probado Carl Jung para escribir sus teorías sobre los arquetipos. No lo creía. Ahora conoces a Balís. Sin control. Ah, recuerdo otra cosa. También la llaman planta de la muerte.

Debí ponerme un poco más pálido.

—Venga, que no vas a empeorar —dijo Asprogenis—. Cuando aquellos de allí dicen muerte, quieren decir renacimiento. ¡Qué quieres, no me molan! Es posible que te vuelvan loco.

—¿Y cómo nos la echó en la sangría? —pregunté sorprendido—. ¿No se vería?

—Bah, en absoluto. Te hablo de un filtro, de una bebida. Lo tiene en una botellita. Sólo puedes reconocerlo por el olor. Huele mal y fuerte. Pero, si echó menta en la sangría como dices, hizo desaparecer el olor. ¡El tío majara! ¿No encontró ningún otro? ¿Qué quería de vosotros? ¿Que sirvierais de cobayas?

Me froté los ojos.

—¿Dónde está ahora Balís? ¿Dónde ha ido?

Asprogenis levantó los hombros.

—Qué sé yo... De él no sacas nada en claro. La última vez me había dicho que iba a por cigarros. Eh, lo vi al año siguiente, y me dijo que estuvo en Ecuador. Déjalo, no tiene rival. Y ahora, en algún lugar de aquí cerca estará. No creo que se haya largado. ¿No ves? Lo ha dejado todo aquí. Puede que esté, incluso, en Santorini. O puede que se haya ido a alguna isla y se quede allí hasta que se despeje. Lo hace a veces, cuando se flipa.

Necesité tres días para recuperarme. Lo mismo que los demás. Nos encontramos todos juntos en el «Mama Africa» y hablamos de trivialidades mientras esperábamos a Balís. Vuelvo a ver las caras que tenían aquella noche, los gestos supuestamente despreocupados, las expresiones, los diálogos forzados y el esfuerzo por ocultar cuánto les había afectado el suceso. Les había conmocionado, aunque se afanaban en mostrar que vivían con normalidad. María se parecía aquella noche a una hojita; Andriana, a un troquel de bronce; y Katia, a un animal salvaje que emitía calor terrenal. Únicamente Kiriakos no se esforzaba en ocultarse. Estaba poco hablador y se mostraba reservado. En nada me recordaba al sátiro provocador que había conocido la primera noche. Les repetí todo lo que me había dicho Asprogenis y se resolvieron algunas de sus dudas. En cuanto a lo demás, les remití a Balís cuando volviera, si es que volvía. Nadie lo había visto, como si la tierra se hubiera abierto para tragárselo.

—Apuesto a que está ahora en alguna playa riéndose de nosotros —dijo Katia con rabia—. Me toparé con él en algún momento, con el gilipollas; vaya donde vaya, lo encontraré. Se lo voy a demostrar.

Se marchó a la mañana siguiente, esta vez, definitivamente. Decía que, a causa del infortunio, no podía mantenerse bien en pie, de modo que había dejado plantado también a su

amigo en Folégandros. Volvería a la capital y a sus asuntos. Andriana, recelosa como de costumbre, se marchó sin mostrar sus verdaderos sentimientos. Con ella se fue también María, que parecía desconcertada. Nos quedamos solos con Kiriakos, sentados en la mesita con la espalda en la pared.

—Todavía me duelen las palmas de las manos —dijo frotándose el pendiente de la oreja—. Mira, se me han hinchado. Bien, ¿durante cuántas horas he tocado? No sé que dicen los demás, pero yo me senté y reflexioné sobre algunas cosas. ¿Por qué toco la música de otros y no la mía propia? No te lo digo para presumir. ¿Son más listos los que lo hacen? ¿Qué tienen de más?

Me hizo saber de su decisión de dedicarse seriamente a la música. Comenzaría, dijo, a ahorrar dinero para comprar un sintetizador profesional. Le había puesto el ojo a alguno, y casi se había convertido en una obsesión. Al mismo tiempo asistía a clases de composición. Su cambio me impresionó. La influencia de Balís sobre él era evidente. Lo confirmó diciéndome que lo incitaba, de vez en cuando, a ver la música desde un prisma diferente. Le daba, además, versos variados que escribía de cualquier manera. Se sacó del bolsillo trasero un papel arrugado y me leyó el cuarteto siguiente:

De la paciencia, la medida,
no es moderada.
Del hierro, la resistencia,
también puede ser doblegada.

Me dijo que lo encontraba sencillo y verdadero, un buen comienzo. Kiriakos conocía sus defectos. Sabía que su vocabulario

era pobre y sus conocimientos musicales escasos. Sin embargo, estaba decidido a trabajar. Leería, estudiaría, se desviviría para conseguir aquello que soñaba. Le dije que sus decisiones eran acertadas y lo alenté para que empezara. Kiriakos resplandeció. Me recompensó por mis halagos con una sonrisa que procedía de lo más profundo de su corazón y que dulcificó su permanente rostro sombrío. Se abrió de nuevo y comenzó a hablar como si no hubiese hablado nunca.

Los sonidos que producía Kiriakos te soliviantaban y te tranquilizaban al mismo tiempo. Por eso decía que, si llegaba a ser músico, sería músico de *reggae*. Un día se había encontrado con una guitarra, un regalo de cumpleaños, y había tocado sus primeros acompañamientos. Desde pequeño tenía un oído musical desarrollado. Sus dedos eran ágiles y obedientes al ritmo. No obstante, para una canción no basta la música, es necesario también cantar. Esto lo hacía, o mejor dicho, intentaba hacerlo. El sonido que sacaba de su garganta no era una voz, más bien un bramido, algo que también corroboraban, espantados, cuantos lo escuchaban. Su carrera había terminado antes de empezar siquiera.

No se rindió. Comenzó a poner música en fiestas y reuniones, y rápidamente se convirtió en un solicitado disyóquey. Hasta entonces los dos axiomas de los disyóqueis eran: si la gente se sube, subes tú también; si la gente decae, caes tú también. Kiriakos se los saltó diciendo que concernían a los hombres de negocios, no a las personas que querían quitarse de problemas. Elaboró dos nuevos axiomas: cuando el disyóquey está bien, pincha bien; cuando está mal, pincha mal. Formó a su alrededor una cubierta protectora y no perdía el humor por el favor de nadie. Ni se

maravillaba cuando todos a su alrededor se habían desmadrado, ni se deprimía cuando los veía bostezar. Dejaba que lo guiaran su ánimo y su instinto de artista. Incluso cuando, en mitad de una música para bailar, la cortaba para poner una canción de, por ejemplo, Bo Diddley, lo hacía con tanta maestría que no dejaba margen para la polémica. En medio de la algarabía permanecía concentrado en los tocadiscos, con su cuerpo entregado a un ligero balanceo. A pesar de su apariencia relajada, sus sentidos estaban en alerta y lo registraban todo en el ambiente. Las exclamaciones, los pasos de baile, nada se le escapaba. Algunas veces, aunque raramente, miraba al público a los ojos. Dejaba que el entusiasmo o la frialdad, el fervor o la indiferencia, se imbuyera dentro de él. Lo mejor era cuando venían a la discoteca clientes de postín que abrían botellas de champán y le pedían canciones de su gusto. Kiriakos hacía lo que le venía en gana para sacarlos de quicio. Le indicaban sus preferencias y pinchaba todo lo contrario. ¿Queréis éxitos del momento? Tomad un poco de *heavy metal*. ¿Os morís de ganas de latino? Ahí lleváis a Black Uhuru, y mucho es para vosotros. Hacía los cambios con una precisión de laboratorio, como si formaran parte del programa. Exteriormente permanecía tranquilo, pero en su interior alguien había explotado de risa.

Una revolución para Kiriakos era, por encima de todo, una revolución musical. Casualmente, una noche, según me refirió, sus amigos lo arrastraron a una fiesta que tenía lugar en el almacén de una vieja fábrica. Se habían reunido allí dos mil personas. Kiriakos se preguntó de dónde diablos habían aparecido todos esos. La mayoría se había emborrachado y bailaba, lunáticamente, una música electrónica que era conocida como la música del

siglo veintiuno. Dos chicas se habían subido a los audiorítmicos y jugaban con ellos mientras gritaban: «Respeto con las señoras». Por los megáfonos se vertían consignas del tipo: «Liberad toda vuestra energía. Estad seguros de que la recibirán». ¿Sobre quiénes hablaban? Kiriakos lo supo en cuanto vio al disyóquey, una criatura extraterrestre. Pinchaba simultáneamente en tres tocadiscos, algo que constituía toda una proeza en el firmamento musical, algo así como la triple pirueta de una bailarina. En el primer tocadiscos tenía los *beats* básicos; en el segundo, sonidos galácticos; y en el tercero —si era posible—, música de Asia Menor. La mezcla era tan refinada que te dejaba literalmente de piedra.

Hasta entonces, Kiriakos creía tener una opinión bastante acertada en lo que se refería a la música. Decía que la música creada con máquinas está hecha para las máquinas, y la música creada por personas está dirigida a las personas. Los *samplers* y las cajas de ritmos lo enervaban. Quería escuchar los platillos de la batería, los solos de la guitarra y el susurro del bajo. Quería escuchar voces que procedieran de gargantas humanas, no de algún ordenador. Sin embargo, los sonidos que escuchó aquella noche en el almacén le hicieron cambiar de parecer. Ésa no era música para robots, no era comercial, era otra cosa, algo que venía de arriba. La forma era invención del disyóquey extraterrestre, que nadaba en sudor. Se había inclinado completamente, había metido la nariz en los tocadiscos y se había fusionado con ellos. Una masa, humano y máquina. Ese tipo sentía la música de una manera especial. En el escenario que había delante de él, un grupo de bailarines hacía señas. Era la proyección del disyóquey en la gente, la manera en que transmitía sus señales.

—Lo vi todo, te digo —enfaticó Kiriakos—. Estaba perdido, tío, como te lo digo, perdido. No tenía ni zorra idea, y aun así me pavoneé. ¿Qué sería el mundo sin movimiento, sin sonidos? Nada. No lo digo yo, lo dicen los indios hopi. Cuando el mundo deje de bailar y de cantar, este mundo se acaba. Tenemos que comprender que el futuro viene, que el futuro está aquí.

Sus palabras resonaban todavía en mis oídos cuando nos separamos. Después de una fase de intensa polémica acerca de Balís, volví a tener pensamientos positivos sobre él. Hasta que llegué a casa, tenía la certeza de que a todos nosotros nos había ocurrido algo decisivo aquella noche. Nuestras conciencias se habían despertado. Superé la ira por la trampa que nos había tendido Balís e intenté comprender los efectos beneficiosos que su actuación tenía sobre nosotros.

No pegué ojo en toda la noche. El amanecer me encontró en vilo, con los ojos rojos por el desvelo y por la galopada de los pensamientos. Algo me importunaba en todo el asunto, algo que yo no estaba todavía en posición de determinar. Habría dado cualquier cosa por dormir profundamente durante veinticuatro horas, pero me fue imposible. Con lo más mínimo me levantaba de un salto, como una marioneta. Las ráfagas de viento, las voces y los ruidos de la calle me alteraban. Salía con frecuencia a la terraza esperando que Balís bajara las escaleras.

Yo puedo hablar con certeza. Los que venían a Santorini para serenarse, no lo conseguían. Sólo podían encontrar una serenidad incapaz y superficial. Aquí había, de cuando en cuando, gente acelerada o parsimoniosa, optimista o melancólica, jaranera o taciturna, pero nunca serena.

Muy de mañana entré en la *kánava* con la decisión de poner en orden el follón que se había formado. La fuente de sangría y los vasos estaban rotos; el lugar, lleno de cristales; los discos de Balís, revueltos en la mesa, al lado del equipo de música; las sillas, tiradas en el suelo. La almohada de la cama tenía todavía los huecos dejados por las cabezas de las chicas. Cogí la escoba y el recogedor, y fregué el suelo. Arreglé las habitaciones y fregué también el suelo del cuarto de baño, que estaba lleno de suciedad. Me llevó medio día, pero valió la pena. Cuando Balís regresase, encontraría su *kánava* en un estado excelente.

Mientras volvía a meter los discos en las fundas, me di cuenta de que uno de ellos estaba marcado con un objeto afilado, con un cuchillo más bien. Tal vez era el mismo que había utilizado Balís para cortar la sandía. En la superficie del disco estaba grabada la frase: «El monstruo me absorbe la vida». Durante un momento me quedé de piedra. El disco era *Live at Budokan*, de Bob Dylan, uno de los favoritos de Balís. Esos arañazos tenían que ser obra suya. ¿Por qué había elegido dañar algo que, en otras circunstancias, trataría piadosamente? Busqué alguna pista, alguna evidencia en relación con el monstruo. Finalmente, encontré una nota pegada con papel celo en la puertecita del aljibe. Decía: «El monstruo me absorbe la vida». Me calmé. Me había hablado sobre ello. Era la orzaga que crecía en la falda de la caldera, lejos de casa. Buscando humedad, sus raíces habían perforado el subsuelo, habían agujereado las paredes de la *kánava* y estaban absorbiendo el agua del aljibe. Es una planta terrible la orzaga, un verdadero monstruo. Eché un vistazo al aljibe con la linterna. La planta se había replegado en el fondo y existía el peligro de que se rompiese la bomba de presión. Alguien tenía que

bajar con una escalera y cortarla. Pero, para hacer algo así, tenía que descender el nivel del agua. Esto era lo primero que le diría a Balís cuando, mañana, o pasado mañana, regresara de nuevo a su guarida.

Balís no apareció ni mañana, ni pasado mañana, ni en los días que siguieron. Entretanto, el viento bramaba. El viento del sur le cedió el turno al del noroeste y la isla quedó expuesta a sus fustazos. Los que se sentaban en las tabernas de pescado en Ammudi, pasaban las de Caín. El viento se abatía sobre las cenizas de los ceniceros y las lanzaba dentro de los platos. Levantaba los manteles y los hacía girar encima del agua. Arreció hasta alcanzar el nivel once en la escala de Beaufort, y a punto estuvo de arrojar la isla al mar. Las autoridades portuarias de Santorini prohibieron, obviamente, la salida de barcos.

¿Qué te hizo enfadar, mistral? ¿Qué te exasperó para traer a la isla tu aliento? ¿Algo en especial? ¿O, sin más, lo haces para desahogarte? ¿A mí me conoces? ¿No me conoces? ¿Sí o no? Nada, silencio. Algo es eso también. Al menos paraste de aullar. ¿Has visto? Apenas lo dije, volviste a empezar.

Mi habitación tenía un montón de problemas. Decidí recoger mis cosas e ir a la de al lado, a la de Balís, para ocuparla hasta que regresase. No era posible que una persona pudiera quedarse allí dentro. Mis zapatos habían adquirido un color verde a causa de la humedad. Se me había estropeado una camisa, y mi cinturón se había combado tanto que no podía abrocharse. No es que la *kánava* fuera mejor, sino que el dormitorio era seco. Al menos, no me despertaba entumecido y no me dolían los huesos.

Sin más, me instalé en la *kánava*. No me daba cuenta de que, con este paso, dejaba la confortable silla del observador y tomaba parte en la escena. Esta operación no me ofrecía ninguna seguridad. La

tarima del escenario estaba podrida y era posible que se hundiera en cualquier momento. No lo sabía entonces, pero, si lo hubiera sabido, no creo que hubiera cambiado mi decisión. Estaba ávido de acción y sentía curiosidad por saber adónde llevaba el camino.

Desde el primer día me pareció que había una gran diferencia entre visitar la *kánava* y quedarse en ella. Era como si se viviera en el interior de una ballena, como Jonás. Las paredes estaban vivas y destilaban dramas humanos. Los lagares evocaban las canciones de la vendimia y las reproducían en los murmullos del viento. Junto con las cestas vacías se habían abandonado también los anhelos de cada día, las alegrías y las tristezas de generaciones enteras. En mitad de toda esta energía se apoderó de mí la sensación de que había nacido muy tarde, y me embargó la nostalgia de un círculo que se había cerrado hace mucho. Yo era viejo, un carcamal de cien años, que deliraba, blasfemaba y se reía sin motivo. Por delante de mí pasaban las caras que había amado y había odiado, que me habían amado y me habían odiado, cada una con su propio peso emocional.

Para no volverme loco, me ocupé de cosas más tangibles. Empecé a hurgar en las cosas de Balís para ver si encontraba pistas de su huida. Mi interés se centró en algo parecido a un cuaderno de notas, a un diario o, supongamos, a una guía telefónica. Un fracaso. No logré encontrar más que su pasaporte, con los sellos de los lugares que había visitado: Guatemala, Ecuador, Zanzíbar y muchos más. En un cajón hallé una pelota desinflada, unos dados árabes, lana de oveja y tres manzanas podridas. Me acerqué a la estantería de los libros y comencé a bajar uno tras otro buscando algo que me arrojara luz. En las páginas de un manual sobre la estructura de los *quarks* encontré una hoja de papel amarillenta en la que estaba escrito:

Esta noche bebo por mi demonio. Se llama Albana. Bebo por la felicidad o por la infelicidad que me causa. A su salud.

¿Qué puñetas quería decir? Me la metí en el bolsillo con el objeto de preguntarle acerca de ello. Era una de las muchas preguntas que tenía que hacerle en cuanto lo viese.

Continué con mis pesquisas. Mientras hojeaba *Carta al Greco*, de Kazantzakis, se cayó de su interior una servilleta en la que estaban escritos los versos de una canción popular de Macedonia:

En mi vida maldita
en mi puta vida
todo lo he amado
pero mucho más sobre todo
el vino y el folleteo.

En otro libro, en el *Fedro*, de Platón, vi que había subrayado la frase: «Los mayores bienes se nos originan a través de la locura».

No tardé en llegar al objetivo. Dentro de un tomo de poesía india en español encontré otra hoja de papel, esta vez, más aclaratoria. Tenía anotaciones sobre los alucinógenos, mejor dicho, sobre los alucinógenos que Balís había probado. Decía que el peyote es una palabra azteca y contiene mescalina como sustancia básica. La había utilizado para “volar” y para aliviar el dolor de una herida en la rodilla. Sobre el hongo de psilocibina afirmaba que los mazatecas lo llamaban “carne divina”, y tenía la sospecha de que lo habían tomado diversos iniciados. Contaba que había mascado las semillas de una vid a la que denominaban “gracia de la mañana”, pero no proporcionaba más datos.

La información más interesante, no obstante, estaba anotada en la página posterior. Allí hablaba del guaje, el psicotrópico que había mezclado con la sangría. Decía que era inocuo, de baja toxicidad y no creaba adicción. Permanece estable en el cuerpo humano, en el encéfalo medio, junto a la epífisis, a la que los yoguis llaman Tercer Ojo. Procede de la corteza de una planta trepadora de las selvas de Ecuador y contiene los alcaloides harmalina y harmina, conocidos como telepatinas. Explicaba que se llamaban así porque ayudaban a que el encéfalo manifestara sus capacidades telepáticas. Ahora se aclaraban algunas cosas. Ahora podía comprender cómo me había introducido en los pensamientos de las muchachas, cómo me había convertido en ellas. Decía, incluso, que los chamanes utilizaban la planta para salir de sus cuerpos e ir allí donde se encontraba Dios. Los científicos la han denominado *Banisteriopsis caapi*, pero es conocida en nuestros días como Vino del Alma.

Estos descubrimientos me condujeron hacia nuevas correlaciones. Se llamaba Kánaba a la bodega de vino; se llamaba Balís a su supervisor. En vez de ofrecernos vino tinto, nos dio a beber el Vino del Alma. Todo lo relacionado con esta persona era un juego de palabras, un comentario irónico sobre los hechos humanos. Una vez más, ¿por qué nos había elegido a nosotros? ¿El motivo era que no encontró a otros disponibles? Sea lo que sea, ¿por qué no nos había advertido, como había hecho con Asprogenis? Es posible que los alucinógenos provoquen visiones, pero no dejaban de ser peligrosos en los inexpertos. Se necesita preparación, abstinencia y ayuda de un guía experimentado. ¿Qué habría ocurrido si la cantidad que echó en la sangría hubiese sido mayor a la normal? ¿Si nos hubiésemos perdido en algún viaje, cosa

muy probable después de nuestro miedo repentino, hubiésemos estado en situación de regresar a nosotros? Tenía muchas cosas que decirle y otras tantas que echarle en cara cuando lo viera.

Tal vez creía que, de esa forma, nos haría darnos cuenta de nuestros lados ocultos. Tal vez lo hizo para probarnos, sacarnos de nuestros moldes y presentarnos un mundo desconocido. Tal vez quería que, nuevamente, nos desnudásemos delante de él, literal y metafóricamente, que revelásemos la naturaleza del efluvio desconocido que algunos llaman psique. Las mismas palabras “psicodélico” y “psicotrópico” prueban esta manifestación de la psique.

No tenía sino que esperar.

La noche me encontró metido en la catacumba mientras leía, tumbado, libros de Balís y escuchaba al viento dar portazos. Nuevas ideas me taladraban la cabeza. Cuantos había conocido en Ía tenían algunos puntos en común, algunas características que difícilmente pasaban inadvertidas. En primer lugar, la edad no los definía, por tanto, no se podía hablar de generación. Unos eran ancianos, como el profesor alemán; otros tenían ya los cuarenta, como Bukowski; o dieciocho años, como Alicia, el duende de la playa. Si algo los definía, era la dinámica que transmitían. Eran los chamanes del Egeo. Kiriakos, las muchachas, Balís, Asprogenis, Franciscos el alcohólico y todos los otros constituían, con sus tormentosas vidas, la sección innovadora de una sociedad que luchaba por despegarse del fondo. Viviendo libres y, por regla general, lejos de las restricciones, se posicionaban dentro de una comunidad que funcionaba como puente entre el milenio que declinaba y el milenio que venía. Ellos mismos no sabían adónde conducía esa situación, porque caminaban en el vacío. En lugar de amedrentarse, sacaban

valentía de su coraje. Los más orientales se balanceaban encima del mar del caos y, como bandera, hacían ondear su falta de metas. Los más occidentales se sumergían en el mar sin rodeos, sin muchas palabras. Su inmersión tenía como objetivo encontrar las conchas que encerraban las respuestas del futuro.

Para ellos mismos, las generaciones inmediatamente anteriores eran odiosas, responsables de las desgracias que azotaban el planeta, y no perdían una oportunidad para reprobarlas. La más anterior de las generaciones era la generación de las guerras mundiales; era decrepita y detestable, porque la habían asociado con mentes anticuadas y homenajes en blanco y negro al Holocausto. La siguiente generación era la de las protestas. Había comenzado de una manera prometedora con los *beatniks* y los hijos de las flores, pero no había encontrado la fuerza para derribar las estructuras de una sociedad enferma. Las marcas de la decepción se transmitieron también a la siguiente generación, la de la soledad, que vivió en el período de réplicas de un terremoto que no derrumbó el edificio. Este hecho la hizo sentir desnuda, sin historia. Cada uno se había encerrado en sí mismo y, amparado por materiales aislantes, intentaba, no vivir, sino sobrevivir en la actual jungla. Y así, los hijos de la nueva raza habían heredado de aquéllos la desconfianza, el sabotaje de la relación amorosa, de la amistad e, incluso, de la simple relación con un conocido.

Escuchaban decir al bisabuelo de la generación de las guerras: «¿Sabes qué hacía yo a tu edad? Cogía piedras y las exprimía». Y pensaban que, debido a eso, el mundo se había licuado y se había llenado de muertos vivos.

Al abuelo de la generación de las protestas lo consideraban más simpático, porque, al menos, se había esforzado. Sin embargo, cuando les decía: «Vosotros no estáis locos, lo estábamos nosotros. Vosotros jugáis a estar locos, pero en el fondo sois conservadores», le contestaban que así se veían a sí mismos y así veían sus sueños fallidos. Querían el mundo y lo querían ahora, por eso lo perdieron.

El padre de la generación de la soledad se daba aires de severo y les reprobaba diciendo: «No tenéis ambiciones, no tenéis disposición para nada. Sois receptores pasivos. Tenéis que posicionaros delante de vuestras responsabilidades»; entonces supusieron que esas responsabilidades los arrastraban y les hacían tan retraídos que no podían comunicarse ni con sus propios hijos.

«Dejadme en paz, me cansáis todos», decía, enfadada, la persona de la nueva raza. «No existen respuestas sencillas a preguntas complicadas. Nadie sabe nada».

Metido en la catacumba, absorto en una lucha de razas y generaciones, intentaba poner en orden mi propio mundo, encontrar mi propia ubicación. Había anochecido cuando escuché pasos que bajaban la escalera. Di un salto después de tanta espera. Balís, ese tiene que ser Balís. Los pasos pararon ante la puerta de la *kánava*. Alguien se disponía a abrirla, pero la encontró cerrada con llave y llamó a la puerta.

Toc, toc.

Me levanté para abrirle a Balís.

Capítulo 13

Balís no tenía, ni por asomo, el pelo cobrizo ni tampoco llevaba boina negra. En la puerta estaba María, que se parecía a las francesas del período de entreguerras. Su figura delgada se deslizó como el viento en la *kánava*. En las manos sostenía un candil. Lo soltó encima de la mesa con los discos y me preguntó si Balís había regresado. Le contesté con un seco «no», pero no dio muestras de arredrarse. Me dijo que había encontrado su gran deseo. No me lo reveló, sólo que era claro como un arroyo, original como un sueño y sencillo como un fenómeno natural. Con una vocecita tímida añadió:

—Perdona que te moleste a estas horas, pero, sabes, la noche es preciosa. Sería una pena que me quedara encerrada en casa. No sé qué me ocurre. Me siento como un grabado. ¿Sabes en qué pensaba mientras venía hacia aquí? En una exposición de pintura con nuestra vida. Se nos llamaría a cada uno para que reconociese su cuadro. ¿No sería maravilloso?

—¿Lo sería? —repetí con templanza, intentando acostumbrarme a su presencia. Su repentina invasión me había dejado desconcertado.

—Aquí tenemos que lidiar con nuestros sentimientos —continuó diciendo—. Más abstractos los unos, y más vivos los otros. No pidas explicaciones. No salimos bien parados de nuestros actos.

Estaba claro que no tenía la intención de marcharse. Daba vueltas a lo largo de la habitación arrastrando sus botas militares por el suelo. Decía que la *kánava* era todo lo húmeda que debía ser, que se parecía a una matriz de ideas, pero también a una tumba de pensamientos muertos. La saltimbanqui, la petulante que se sentía como un grabado, era una de las personas con la imaginación más fecunda que había conocido. Vio la luz de la habitación y bajó las escaleras. Se dirigió hacia la biblioteca de Balís y empezó a buscar a tientas. No se lo impedí, quería ver sus intenciones. Cogió algunos libros de las estanterías, examinó sus contraportadas y me dijo:

—¿Sabes qué te voy a dar la próxima vez que te vea? *Cartas a Anna*. Se trata de las cartas que le envié a ella el escritor Sikelianós. ¡Qué manera de escribir! Todo su arte se encuentra ahí.

Abrió el tomo de poesía india. Temí que se diera cuenta de las anotaciones de Balís y se lo quité de las manos. No pareció molestarse. Se le dibujó en los ojos el esbozo de una sonrisa.

—Un poeta me dijo una vez que si le dejaba que me acariciase en un punto, y no tenía que ver con los puntos escondidos ya conocidos, me escribiría las más bellas cartas de amor. Sería, según él, su musa, su gran pasión. Estuve con él diez días. Diez días de libertinaje. La poesía no la escribió con tinta, sino con alcohol. Ahora dice que soy su niña...

Se sentó en la cama y continuó hablando. Decidí guiarla por senderos más realistas para que pudiéramos entendernos. Le hice las típicas preguntas sobre el pueblo y su trabajo, pero no mostró interés. Únicamente cuando pregunté cómo estaba Adriana, se dignó a decirme:

—Está bien. Se queda encerrada en su casa. Se sienta y juega con sus gatos. No siente mucha simpatía por las personas. Ni yo tampoco, me producen dolor de cabeza. Los niños pequeños, sí, me gustan. Y los animales, generalmente. Me identifico con los que están desamparados. Por otra parte, no soporto a los fuertes, a los muy seguros de sí mismos. Me dan ganas de caer sobre ellos con toda mi maldad.

—¿Quién es tan fuerte como dices? ¿Balís?

Me miró con aire de reproche.

—¿Balís? Me extraña que lo digas tú... se supone que también eres su amigo.

Buscó en su bolso de tela, de donde sacó un cuaderno con tapas burdeos. Lo abrió y desdobló un trozo de papel.

—Bien, escucha lo que le he escrito.

Me leyó lo siguiente:

Te veré como un sueño del que ninguno de nosotros sepa cuánto durará. Te veré como un rostro amado al que encuentro sobre un puente, olvidada por el mundo. Yo llevaré mi boina, tú la cogerás en tus manos y sacarás conejos de su interior.

Cuidadosamente puso de nuevo el papel en el bolso de tela, cogió un segundo papel, lo desdobló y me lo leyó:

Así puedo comprender las pequeñas casas blancas, las calles y callejas, mis pasos que se enlentecen, mi pensamiento que quiere decir la última palabra. La oscuridad duerme y soy la que la proclamará como mi cómplice. Sacaré odio y valentía. Empezaré por las cordilleras del este y llegaré hasta la magia del agua griega.

Abandonaré mi cuerpo y, llena de recelo, no toleraré las costumbres. Y así, tal y como vine, como la niña de los poemas —y no de las cerillas—, te diré: Bienvenido, amigo, seas como seas.

Volvió a doblar el papel mientras aclaraba que lo había escrito al comienzo del verano, cuando conoció a Balís.

—¿Lo amas? —le pregunté.

—¿A quién, a Balís? Por supuesto. Lo amo en mis sueños. Es el hombre de mis sueños. Se lo he dicho: «Puede que tenga a otros en mi vida, pero, en mis sueños, sólo estás tú».

Guardó silencio. Taciturna y pensativa, se quedó mirando al vacío detrás de mí. Cuando se dio cuenta de que me impacientaba y había empezado a ponerme nervioso, rompió su silencio.

—Perdona. En ocasiones olvido qué quiero decir, y no puedo hacer nada más que mirarte.

—¿Y qué ves?

—A alguien que huele a acetileno.

Verdaderamente era la primera vez que escuchaba eso. Intenté captar algún toque de ironía en su actitud, pero no hizo gala de nada semejante. Al percatarse de ello, dijo con buena intención:

—No le des importancia. Conmigo no sacas nada en claro. No sé qué quiero, ni tampoco me importa llegar a saberlo. Lo único que sé es que no quepo en ningún regazo, que no tengo ningún techo y ningún oficio. Y está bien así como está, porque es la verdad.

Hice un nuevo intento para conducirla hacia cuestiones mundanas, pero la pequeña reaccionó con una mueca de descontento. Las situaciones terrenales no eran su fuerte; le gustaba desmadrarse. Sonrió con pena y me dijo:

—No estoy en Santorini de vacaciones, ni para ganar dinero. Estoy aquí para conocer los secretos del viento. Para aprender a comportarme como él. Más tarde trabajaré en la tierra. Me someteré a la lluvia. Y después cesaré.

Sus palabras eran confusas, incomprensibles, y la mayoría de las veces encubrían elementos para impresionar. Como no tenía otra cosa que hacer, la escuchaba. Cuando ya empezaba a acostumbrarme a su presencia, María se levantó, cogió su bolso y fue hacia la puerta. Le pregunté adónde iba y me dijo que posiblemente regresaría.

Esperé a que la niña de los poemas volviese y tocase a mi puerta, pero transcurrió la noche y el día siguiente sin que apareciese. Atardecía cuando escuché su indeciso toque en la puerta. Esta vez no llevaba boina. Su pelo estaba recién lavado y un suave maquillaje resaltaba sus rasgos faciales. En lugar de las acostumbradas mallas negras —que, con su piel, casi llegaban a fundirse—, vestía una falda corta, que descubría unas piernas delgadas como husos. Aunque estaba clara la intención de realzar su feminidad, no dejaba de recordar a una pillina bisexual.

—Hola —dijo alegremente—. La luna está en fase menguante y yo en hora menguada. Sólo me quedará un rato. No te preocupes, ¿vale?

—Claro que no. Te llevo esperando desde ayer. Cuando te marchaste, dijiste que volverías.

—¿Ayer? —Se quedó pensando un momento—. Ah, sí, ayer. Sabes, me acordé de ti cuando llegué a mi casa. Fue injusto leerte lo que yo había escrito para los demás, así que me senté y anoté algo. Que no se te suba a la cabeza; siempre escribo algo al principio de conocer a alguien. ¿Quieres leerlo?

Me dio una hoja de su cuaderno. Contenía uno de los textos más bellos que he leído. Me emocionó, me elevó, me sublimó. Así decía:

Lo que sostenemos en nuestras manos requiere respeto y sensibilidad. Requiere verdad y afecto, ya se trate de un cigarro o de nuestra propia vida. Lo que miramos necesita contener un mensaje fuerte y diferenciador, ya se trate de un cartel publicitario o de la luna. Lo que escuchamos debemos recibirlo con nuestro cuerpo y alma, ya se trate del tubo de escape de una motocicleta o de Bach. Lo que amamos... De lo contrario, es preferible que no toquemos, que no veamos, que no oigamos, que no nos enamoremos. Éste es el escopo que me interesa desde el momento en que elijo estar presente.

Me fijo en la llama de la cerilla, en las graves consecuencias del cigarro en mi garganta. Ningún lugar me retiene, ninguna caricia. Las que me dañan son cosas conocidas y continúan dañándome. Únicamente la loca poesía, mi droga, se resiste. Ningún grupo logrará curar mi adicción a ella. ¿Quién puede colocar cualquier cosa, y de cualquier modo, en cinco o seis líneas que te sublimen? ¿Qué sacrílego? Y el arte, el bello amor de nuestra casa, sereno y paciente, ha aprendido a esperar.

Elegí juzgar dentro de una composición, vivir dentro de un personaje, decidir dentro de un poema.

Por fortuna le pedí la hoja y la guardé; de no haber sido así, habría corrido la misma suerte que el resto de sus escritos. María los rompía un día y los entregaba al fuego. La niña de los poemas que defendían las grandes fuerzas de la autodestrucción, era capaz de estar creando algo durante años y de destruirlo en un

momento sin arrepentirse de ello. Era una reacción impulsiva ante la fosa que habían excavado alrededor de ella su madre y su novio, que estaba ausente en aquellos días. En una ocasión tuve la suerte, o la mala suerte, de conocer a su madre. Tenía unos cuarenta y cinco años, estaba separada y mantenía relaciones con chicos de edad parecida a la de su hija. Llena de complejos, oprimía con todo el peso de su existencia a su amada y única hija. La relación de las dos se mantenía en equilibrio entre el amor y el odio, o para ser más exacto, entre el señor y el siervo. Cuando la esclava María se sublevaba, la engatusaba mostrándole su lado afectuoso. Cuando la criada se calmaba, le echaba una bronca y la dominaba por medio de la duda.

Su madre me resultó tan repulsiva, que no quise volver a verla. En cuanto me vio, se sentó a mi lado y empezó a darme consejos.

—Las mujeres fingen con tanta frecuencia, que la hipocresía ha llegado a ser para ellas una segunda naturaleza. ¿Y sabes cuál es la razón? Porque la mentira encuentra mejor acomodo, nene. Vosotros, los hombres, sois ingenuos. Queréis tener un ideal de nosotras. No queréis saber la verdad.

Reaccioné con dureza.

—¿Desde cuándo es la hipocresía una virtud? Para que los demás crean tu mentira, tienes que creértela tú primero. Una cosa conlleva la otra. Es un círculo vicioso.

Se levantó como un rayo y alzó la voz:

—¿Lo dices en serio? Lo que yo sé es que las chicas jóvenes son enérgicas, están llenas de vida. Las veo y me siento orgullosa. Saben lo que quieren. No como esta canija, mi hija. Ésta sueña con un príncipe azul.

—También las otras sueñan con él, aunque no lo reconozcan.

—¡Vaya tontería, nene! Romanticismo de tres pares de narices. Ellas también entran en razón, como lo hice yo. Después de sufrir los golpes vuelven a la realidad, quieran o no quieran.

Era una suerte que María no se pareciese a ella; a cambio, pagó un alto precio. Los enfrentamientos entre ellas la habían llenado de rarezas. La mirada de María era giratoria. Miraba sin desplazar la cabeza, las pupilas de sus ojos giraban como rodamientos. Abría el paquete de tabaco haciendo un agujero cuadrado en la parte de abajo. Algunos días se me olvidaba, y cuando yo iba a ofrecerle un cigarro a un amigo, el contenido se vaciaba, así que le ofrecía un paquete vacío. Padecía dislexia, que acentuaba la bisexualidad de su alma. Le atraían tanto los hombres como las mujeres, y en una proporción suficientemente ponderada en su interior, hecho que hacía que cancerbero, al lado de ella, fuese un frenético.

Cuanto más conocía a María, más estimaba su espontaneidad y su espíritu liberal. Era de las mujeres que no reprimían ni sus inclinaciones ni sus sentimientos, que escuchaban su voz interior y avanzaban. No tardaría en llegar el día en el que las heridas del pajarito cicatrizasen y se escapase de la jaula. Una calurosa tarde de septiembre me cogió de la mano y me llevó a la cumbre de la colina del Profeta Elías. La vi sacar una piedra de su bolso y dejarla en el extremo del precipicio. En la piedra había escrito el nombre de su novio Andonis. Había hecho una montañita con piedras parecidas, en las que había escrito con tiza todas sus penas: nombres de hombres y mujeres, y también características de su personalidad de las que quería deshacerse, como la ira, el rencor, la indecisión, la pasividad y el egoísmo. Había escrito el nombre

de su madre en bastantes piedras. Cuando descendíamos por la ladera me dijo que, en su último día en la isla, daría una patada a la montañita y arrojaría las piedras al precipicio.

—¿Te digo quiénesoy?—añadió—. Soy una cantante de *rembétiko*, digamos, por ejemplo, Marika Ninu. Soy Chanel, Anna Sikelianú y Nancy, la novia de Sid. Estas cuatro bastan para describirme.

Pasamos por la habitación que alquilaba y cogió tres discos para escucharlos en la *kánava*, en el equipo de música de Balís. Puso el primero en el tocadiscos y me dijo que últimamente la había conquistado la magia de los sonidos. Se escuchaban las notas tempestuosas de un grupo que se llamaba «Tripes»:

*Dime qué sucede con los chavales,
que no nacen con normalidad,
que no crecen con normalidad,
que no sueñan con normalidad
ni se enamoran con normalidad.
Dime mamá,
dime si mueren con normalidad...*

A mitad de la canción, María cambió de opinión. Dijo que sólo la voz de Édith Piaf retrataba sus lamentos. Puso su disco y comenzó a menearse al compás de la melodía. Paró para servirse vino del barril de Balís, al que le pidió perdón como si estuviera presente; se bebió todo el vaso, lo volvió a llenar y lo vació otra vez. Se preguntó si estaba agujereado y se inventó una historia:

—Olvida París y Édith Piaf. Nueva York, vida mía. Estoy sentada a la mesa conversando con un griego de la diáspora. Estamos

hablando y, de repente, un señor de tez morena dirige una orquesta de jazz. Me enseña sus blanquísimos dientes y escupe dentro de mi excepcional escote rojo, el que conseguí con mi último y lucrativo polvo. Antes de que tu imaginación discurra como la de un simple mortal, entérate de que es posible que yo me coma mis mejores años en una cárcel de mujeres, pero él se comió una tremenda cuchillada en su atractiva barriguita. *Anyway*, como dicen los neoyorquinos.

Continuaba meneándose. Paró de pronto e hizo algo que no esperaba. Se acercó a mí, se agachó y me quitó el zapato del pie derecho. Comenzó a besarme los dedos uno a uno, mientras me hacía al mismo tiempo un masaje en la planta del pie con los dedos pulgares. Al principio me quedé perplejo por la sorpresa. Después me relajé y me abandoné a sus caricias. Cuando sus besos llegaron a mi dedo gordo, se lo introdujo completamente en su boca y lo chupó durante un buen rato. Estuve a punto de derretirme de placer. A continuación, me calzó de nuevo el zapato ceremoniosamente y me hizo lo mismo en el otro pie, exactamente en el mismo orden. Finalmente se levantó, quitó el disco de Édith Piaf y puso el último disco que había traído consigo. «The passion of lovers is for death, said she...», gritaban los Bauhaus; María bailaba en mitad de la sala entregada al éxtasis.

Cuando se hubo ido de la *kánava*, reparé en que había dejado una nota en la mesa, debajo del candil. Estaba dirigida a Balís. Decía:

Envuelvo tus palabras en pañuelos de seda, las meto en cajitas de esmalte y las protejo con aceite de jazmín. Elijo las más delicadas palabras del lenguaje de las flores y te hablo sin que me escuches. A mis párpados llega tu sombra, y les hace pesar hasta caer del sueño.

He inventado una escala de silencio, y en un pentagrama secreto he compuesto mi primera sonata. Pequeñas buenas noches. María.

La chupada de los dedos fue el único contacto físico que tuve con María. Trabajamos una estrecha amistad, llena de caricias intangibles y roces secretos —disfrutábamos de ello igualmente—. Me recordaba a Amaltea, la ninfa vírgen del mito que había contado Balís. Automáticamente identifiqué a Katia con Io, la desenfundada ninfa, y a Adriana, con la anciana Adrastea. El cuerno de la abundancia que ostentaba María no contenía bienes materiales, sino otros, los mejores. Me acostumbré a oír su toque indeciso en la puerta, y a ver su figura menuda deslizándose como el viento en la *kánava*; me acostumbré a que sacara su cuaderno del bolso de tela, y a que me hiciera viajar. La tengo en mente escribiendo en un bloc de papel reciclado con algas, y leyéndome posteriormente qué había escrito:

Me gustaría mirar dentro de mí, ver quién soy. Soy el viento que golpea las rocas con la violencia del amante. Soy las horas que parecen siglos, las heridas que no se han cerrado todavía. Soy la espina, la aureola, la soga. Soy todo y no soy ninguno. Soy un instante y soy una eternidad.

Eres el color del cielo, la luz del mar. Eres lo que ves y no es, lo que es y no lo ves. Eres tú al que no conozco, tú, que buscas aquello que te mantiene atado al volcán y a los recuerdos pasajeros. Eres tú el que tiene miedo y se esconde. Tú y el mundo entero los que ahora están lejos.

Somos nosotros los que esperamos ser también mañana. El mañana que parece incierto dentro de estos mugrientos muros.

El ciclo en el que nos íbamos conociendo se completó un mediodía en el que la esperaba al término de su trabajo. Había traído conmigo una botella de vino y dos copas; para acompañar, frutos secos y los versos de Safo, contenidos en el disco *O megalos erotikós* (*El gran amoroso*), que tanto le gustaban. La niña se entusiasmó. Nos sentamos al borde del camino; los turistas se detenían y nos fotografiaban. El sol y el vino se nos subían a la cabeza. Nos pusimos como una cuba y jugamos al juego del “Si y Entonces”:

—¿Si tuvieras que hablarme como los delfines? —pregunté.

—Entonces el mar no rechazaría mi invitación —contestó.

—¿Si todos los sabores se concentraran en un trago de vino?

—Entonces, ¿cuál sería el motivo para beber vino?

—¿Si no estuviera aquí?

—Entonces la historia tendría un final distinto.

—¿Si te convirtieras en un árbol?

María miró por encima de mi hombro, vio a alguien aproximándose y, con un gesto de disgusto, dijo:

—Entonces, quién sabe, puede que realmente me convierta en un árbol.

Andonis, su novio, había regresado. Se acercó a nosotros y se quedó de pie mirando de manera inexpresiva. Tenía una fisonomía amable, parecida a la de las figuras de los cuadros de Giotto. A pesar de su dulzura, había cometido un error funesto al enamorarse de María, y el hombre enamorado es el animal más necio del planeta. Pierde su humor, su gracilidad, se vuelve ególatra y gruñón. Un ser posesivo y rudo que pierde la razón sin razón.

Me presenté al novio de María con actitud amistosa y aquél me respondió con un gruñido. Estaba claro, yo había cometido la

equivocación de hablar con su novia, de hacerle compañía mientras él estaba ausente. Con mi proceder me había pasado al bando de los enemigos, a la tienda de campaña de los pretendientes rivales. Y sin embargo, la misma persona, en condiciones diferentes, desplegaría las facetas de una interesante personalidad. Abrazó a María pasando su brazo alrededor del hombro de ella, así me mostraba que había entrado en zona prohibida. La niña lo miró con ceño y, enojada, se zafó de ese alarde de posesión. El ambiente entre ellos se volvió tenso. Improvisé una excusa y los dejé para que se pusieran de acuerdo.

Después del suceso María suspendió las visitas a la *kánava*. Cada vez que me la encontraba por la calle, estaba con ella Andonis, que me rehuía como si fuese leproso. María le habría dicho que venía a la *kánava*; a ver cómo lo convences luego de que no pasaba nada entre nosotros. Llegó un punto en el que yo también los evitaba. Sabía que mi presencia situaba a María en una posición difícil.

Estaba de capa caída —no sólo a causa de María— y no podía precisar la razón. En la calle las parejitas me miraban de una manera rara, quizás porque estaba solo en un lugar lleno de reservados. Las mujeres se entretenían con el juego de las miradas, miraban con dureza y prolongadamente, un juego que acababa siendo molesto. Se afanaban en comprobar cuánto valor tenían, cuánto gustaban todavía. Sus miradas contenían bastante desesperación. No se centraban tanto en mí como en el extranjero que tenían a su lado. Yo continué mi solitaria marcha mientras aquéllos iban a los lugares donde se reunían todos. La muchedumbre se apretujaba en la hilera de rocas donde una vez había tenido lugar la erupción volcánica más grande del planeta. Los “sunseteros” permanecían

inmóviles en sus sitios y al acecho de la puesta de sol, como el cazador con su presa.

Cuando pasaba por la zona del castillo fui testigo de la siguiente escena: uno de los mulos que hacía la ruta Ammudi-Ía parece que reflexionó sobre su miserable karma y, marchando al trote por entre medio de los turistas, soltó una enorme y humeante catalina. La tribu de los “sunseteros” se movilizó. A una francesa hipocondríaca le entró un ataque de histeria. Empezó a chillar señalando la boñiga como si se tratara de una bomba de relojería. Un niño negro se echó a llorar igual que un bebé en una cuna. El alboroto provocó a los animales. Los mulos que seguían al primero se apresuraron en imitarlo y se desquitaban por los sufrimientos que habían padecido durante el verano. En un instante el paraje idílico del castillo se tornó en una fosa séptica. El hedor era insoportable. Los filtros se estropearon, las medidas se desajustaron, los diafragmas se cerraron y las cámaras fotográficas volvieron a sus fundas. Los “sunseteros” cambiaron de rumbo, con lo que la zona del castillo se quedó vacía en un tiempo récord. El sol, indiferente, se puso con un crepúsculo fantasmagórico; fue una de las puestas de sol más bellas del año.

Al día siguiente el calor fue asfixiante. Bajé a Ammudi y encontré allí a un montón de obreros. Construían, se decía, un muelle para anclar los cruceros. Los trabajadores llenaron el mar de piedras pómez. Fui a la playa de Ai Nikolas y me zambullí para refrescarme. El agua estaba caliente. En algún momento empecé a llover, sin nubes, sol con lluvia. Las gotas de lluvia también estaban calientes. Un grupo de obreros se presentó en Ai Nikolas para perforar una roca con el martillo neumático. Me sequé

rápidamente y me marché como alma que lleva el diablo. Sentía que había perdido un refugio.

Subí de nuevo al pueblo. Un vendedor ambulante de frutas había esparcido unas cajas de plátanos de Creta y pregonaba sus mercancías. Me senté a su lado y nos liamos a hablar.

—¿Te vas a quedar un tiempo, paisano? —preguntó en un cierto momento.

—Bueno, de un momento a otro me largo.

—A las islas Canarias. Allí te irás.

—¿Cómo se te ocurre eso ahora?

—Escúchame a mí. Estarás repanchigado todo el día debajo de un platanero. Harás así con la mano y cortarás un plátano. Extenderás la otra mano y cortarás otro plátano. Allí verás plátanos de verdad. No como estos raquíticos de aquí.

—¿Has vendido alguno hoy?

—Esto está muerto. Paralizado.

Capítulo 14

Toc, toc...

Estaba por la tarde en la *kánava* y alguien tocaba a la puerta. Tenía que haber bajado las escaleras sin hacer ruido, porque no me había percatado. Me sobresalté, pero intenté parecer sereno. Aun así, golpeé la taza de café con el codo y lo derramé sobre la mesita de noche. Me puse en pie soltando blasfemias.

Toc, toc...

Ese alguien era impaciente. Se me pasó inmediatamente María por la cabeza. Supuse que, al no soportar la cargante presencia de su novio, lo había mandado a paseo y venía a presentarme las credenciales de dedicación. Pero no, había aprendido a distinguir su toque en la puerta. Era indeciso, discreto, como una brizna de viento. Éste era limpio y contundente. Tendría gracia que fuera Balís, dije para mis adentros. Oh, oh, si lo fuera, se había encontrado con la puerta cerrada. Seguramente se cogería una rabieta. Corrí a abrirle pensando en lo que iba a decirle para salir del paso.

Me equivoqué en todo.

En la puerta se hallaba de pie una caricatura. Una criatura que no tenía relación con el verano ni con Santorini, más bien con un baile de disfraces, con una fiesta carnavalesca, con una mascarada. Tenía la cara maquillada, una mitad en negro y otra mitad en blanco, la nariz roja y los labios resaltados. Llevaba unos leotardos en blanco y negro de rayas gruesas, y un bombín, que tenía en el centro un naipe prendido con alfileres, la Jota de Picas. Di un paso hacia atrás y la Jota entró en la *kánava*. Ahora podía verlo mejor. Debajo del maquillaje reconocí a...

—¿Katia, eres tú? ¿A qué viene ese disfraz?

Katia miraba a su alrededor decepcionada. Preguntó dónde estaba Balís, y cuando le dije que hacía tiempo que no aparecía, los hoyuelos en el extremo de sus labios se hicieron más profundos. La chinché con la intención de alegrarla, de hacerle olvidar el fiasco.

—Pero, bueno, ¿tú no insistías en marcharte?

—A ti qué te importa —respondió secamente—. Es asunto mío. Proseguí con el mismo tono.

—¿Qué pasa? ¿Te has enganchado de ía? ¿Tú también te has quedado pegada al chicle?

—Sí. ¿Es que tú te desprendiste de él?

Se quedó de pie, indecisa, en medio de la sala con una bolsa de viaje en la mano. Las cosas no le habían salido como esperaba. Había hecho todo el viaje a fin de encontrar de nuevo a su payaso y éste estaba ausente. Una vez más el payaso no había aparecido. Suspiró agobiada. Se había presentado para intentar invertir los papeles y lo único que había conseguido era alterar a la persona equivocada. Me pregunté qué pretendía exactamente, si revivir la noche de la sangría, o saber si Balís era el payaso con el que se había topado aquella noche. Me hice el tonto y la dejé decidirse.

—¿Puedo quedarme aquí un rato? —preguntó pausadamente—. Se hace de noche y será difícil encontrar algo.

—Naturalmente. Yo también soy un invitado.

Me reveló que llevaba vestida de Jota desde Atenas. Se había despertado por la mañana decidida a hacer algo diferente. En vez de prepararse para ir a su trabajo, se plantó delante del espejo y empezó a hacerse un maquillaje de fantasía. Se vistió con las prendas que había utilizado en el carnaval de Patras y continuó

maquillándose. Luego, en lugar de desmaquillarse y hacer lo que debía, cogió el primer barco hacia Santorini. En el puerto, incluso dentro del taxi que la llevó hasta allí, su atuendo causaba tentación. «¿Estamos de carnavales?», preguntaban los otros pasajeros del barco. Era lo más exagerado que había hecho hasta hoy.

—Hacía tiempo que quería hacerlo, pero no me atrevía — afirmaba. Detrás de su cansancio era evidente la satisfacción—. Al final ha sido más sencillo de lo que creía. En la calle a la gente le hacía mucha gracia. Todos se volvían para verme.

Dejé que se tomara un respiro y se calmara. Se merecía un vasito de vino como recompensa por su arrojo. Se lo bebió diciendo que se sentía estupendamente. Poco a poco recuperó su aplomo. No había alcanzado su objetivo porque Balís no estaba presente, pero se ocuparía también de él. Nada le impediría llevar a cabo su juego. Alzó su vaso y me dijo:

—¿Quieres que digamos cosas que no hemos dicho nunca y que hagamos cosas que no hemos hecho jamás?

No me gustan los platos recalentados. Le dije: «No»; yo no quería, y ella se obstinaba. Aunque cedió, no podía hacer otra cosa. Poco tiempo después nos pusimos a charlar. Hablamos de la ola de calor en Atenas, de las islas, de las malas experiencias de nuestros conocidos en común y, a continuación, nos extendimos en otros asuntos. En cierto momento Katia me narró un suceso que había permanecido imborrable para ella. Estaba en una playa con sus amigos y habían encendido un fuego. Se durmieron en la arena, alrededor del fuego. Katia tuvo un sueño muy luminoso, lleno de colores. Cuando despertó, encontró en su almohada una pluma azul oscuro. Fue la primera y la última vez que escuché a Katia decir algo que se salía de los límites de la lógica.

No recuerdo mucho de cuanto me contó aquella noche. Por el contrario, su imagen la mantengo muy viva. Me recordaba a una santa voluptuosa. Su rostro de boca carnosa y jugosa; su cuerpo de proporciones perfectas; sus ojos, negros como la noche, que seducían a sus víctimas. En verdad, ¿qué ojos? Rebosaba la tinta que ensalzaba los ojos de la mujer. Para mí, guía infalible, eran siempre la boca y las manos. La boca concentra todos los espasmos del rostro. Allí se hallan las líneas del fracaso, la curvatura de la tristeza, la arruga de la duda, la sonrisita enigmática, la sonrisa dulce y la risa amplia. En cuanto a las manos, éstas son el lenguaje con el que se expresa todo el cuerpo. Manos que se mueven bruscamente y manifiestan desconcierto; manos de tímido o atemorizado, que se adentran en los bolsillos o se pierden en las rodillas; manos que vuelan como pájaros y dejan que se exhiban la naturalidad y la gracia del orador.

—¿Te digo un secreto? —me preguntó mimosamente Katia.

Le señalé con la cabeza que sí. No quería saber de ella solo uno secreto, quería saberlos todos. Se descubrió la espalda y me mostró un tatuaje. Era de fantasía, polícromo, con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente.

—Tengo otro aquí —dijo, y me enseñó un pequeño sol en su glúteo derecho—. Me haré muchos tatuajes. Me llenaré entera. Mi cuerpo se convertirá en una obra de arte.

—Los tatuajes no son necesarios —afirmé lentamente—. Es una obra de arte también sin ellos.

Katia me miró con su doble mirada de seductora. Ahora lo es, es el momento adecuado para hablar de los ojos. Una segunda mirada se añadió a la primera, la habitual, colmándola de brillos y pequeñas explosiones planetarias. Nos dimos un largo beso hasta

que la respiración se nos cortase, rogando interiormente que no se terminase. Caricia de seda, reparto de alientos, alquimia de fluidos. Un beso, violento en algunos momentos y tierno en otros, tan profundo, que nuestros labios se desleían y empezaban a gotear como el mosto en los lagares. Me aparté y caí boca arriba en la cama sin la pretensión de continuar, como si hubiésemos consumado. Cuando la miré, me reí. El maquillaje se había esfumado de su cara y había aparecido en la mía.

—¡Mira por dónde, encontraste a tu payaso! —dije riéndome.
Ella también se rió.

—En el fondo lo sabía.

Esa fue la primera noche de Katia en la *kánava*. Siguieron otros siete días con sus noches, en total ocho, durante los cuales tuvimos una relación amorosa completa, con disputas, reconciliaciones, separaciones y reanudaciones. Ocho por ocho, dividido por ocho, más ocho, menos ocho. Podrían ser semanas, meses o años, con las mismas cosas que, más o menos, hicimos esos ocho días y noches. Las mismas situaciones en otras circunstancias.

Tras el beso de la primera noche Katia se quitó el maquillaje de payaso, descansó, durmió y se despertó fresca y renovada. Salió del baño con el pelo mojado y envuelta en una toalla. Se apoyó en la pared húmeda, levantó las manos hacia arriba y las colocó por encima de su cabeza en actitud de entrega. Como si conociese mi punto flaco, me dejó ver el vello suave y rizado de sus axilas. Me acerqué a ella como si estuviera hipnotizado y la abracé en un camino sin retorno.

El segundo y tercer día discurrieron inmersos en un paroxismo sexual. Temblores de amor sacudían la isla. El somier chirriaba y los muelles subían y bajaban rítmicamente. Hacíamos el amor

en el pretil; en el secadero, escondidos de los “sunseteros”; en la terraza, con el sol ardiente; en las escaleras, mirando hacia el este. No nos molestaba la arena, el polvo o la suciedad —no había suciedad. Todo estaba diáfano como el cristal y no teníamos sino que revolcarnos sobre él. Estábamos limpios, limpísimos.

Durante los primeros días mi atención se dirigió hacia los aspectos positivos de Katia. Su realismo iba acompañado de un enorme fervor por la sinceridad que la hacía adorable. De su interior emanaba lo que había, risas y lágrimas, anhelo e indiferencia, lucha y abandono. En algunos momentos le asustaba la idea de atarse excesivamente a mí, pero lo superaba enseguida y aseveraba que no era sino el miedo a perder su independencia. Me confié que sus defensas intentaban clasificarme dentro de una categoría, a fin de que saliera a la superficie el camaleón y se adaptara para protegerse. Entendía su desazón y disfrutaba en todo instante junto a ella. Cada momento era único.

En la tercera noche de nuestra vida en común algo cambió. Mi mente se dio cuenta de inmediato, pero mi corazón y mi cuerpo se negaban a aceptar el cambio. No tardaron en aparecer los primeros signos de desasosiego. Había anochecido y, ebrios, hicimos el amor. Yo nadaba en sudor, con el cuerpo lleno de toxinas. Las gotas caían sobre ella, grandes gotas de alcohol que la embriagaban más. Le susurré algo, no recuerdo qué, tengo la costumbre de hablar durante el acto sexual. No se trata de una verborrea, simplemente digo algo o me invento una historia relacionada con mis fantasías. Lo hago para ahuyentar el silencio de las amantes que yacen mansas como peces, y para estimularme. Katia me empujó y se levantó de un salto.

—¡Para! Estás diciendo mentiras —gritó.

Yo ni siquiera recordaba lo que había dicho.

—Así también eres hermosa.

—¡Cállate! No quiero que me digas lo que le dices también a las demás. Mejor, no me digas nada.

—¿Por qué te pones así?

—Háblame sin palabras. Aquí no tienen cabida.

Se echó encima de mí y empezó a moverse. Su expresión era extraña desde la perspectiva en la que la estaba viendo. Puede que sus labios estuvieran húmedos, pero habían perdido su sed primordial. «Te quiero», dijo tres veces, con voz apagada, en el delirio que la dominaba. La miraba amordazado, privado de la libertad de la que ella misma disfrutaba. La observaba mientras bramaba como una fiera, arrullaba como una paloma, lloraba y reía. Yo estaba en otro lugar, no participaba de ello, como si hubiera prestado mi cuerpo a alguien diferente. Ya en la sabana de los instintos, Katia aulló como una loba que llamara a la jauría a su lado. Alcanzó el culmen y rugió como una leona que hubiera subyugado a su presa y propagara su victoria por el valle. Mientras tanto, a mí me preocupaba la orzaga, la planta del aljibe, que había podrido y ensuciado el lugar. El agua del grifo apestaba. Tenía que hacer algo y, además, pronto.

Katia se durmió tiritando en mis brazos. Yo miraba las velas, que parpadeaban y se deshacían en los candelabros. Semen, sudor y saliva se habían convertido en una amalgama sobre nosotros. Mi piel se había impregnado de un dulce aroma mezclado con melocotón, el característico olor de Katia. Me levanté sin hacer ruido y fui a la terraza. Hacía calor. Le rogué a Eolo que viniera y soplara. Quería

desterrar el olor de Katia, dejar de estar tan lleno de él. Parece que Eolo me escuchó. Un soplo de viento, suave como la neblina del mar, me hizo sentir escalofríos. Regresé a la *kánava* y fui al cuarto de baño. Se había metido un caracol y sorbía agua de las baldosas. No reparé en él y lo pisé por error. Noté cómo se rompía su caparazón por el peso bajo mi planta del pie. Di un salto. Lo miré con lástima, lo vi sufrir y lo maté. Volví a la cama de mal humor.

Todo parecía distinto a la luz del sol de la mañana. Todo ocupaba el lugar que le correspondía, igual que nuestra noche de amor. Reconocimos cuán extraños nos habíamos sentido en nuestro encuentro del día anterior y nos volvimos a acercar. Uno tocó la cara del otro, las mejillas, la nariz, las pestañas, las orejas, el pelo, la frente y las cejas. Nos rendimos al tacto, soberano de nuestro vínculo, y ejerció sobre nosotros sus enormes encantos.

Katia estaba dispuesta a abrirse, a hablar. Si existe un momento en el que la mujer se sincera, es después de hacer el amor. Al principio me dijo cosas sabidas. Me dijo que era una chica de espectáculos, había nacido para eso y era lo que quería hacer. Ahora, sin embargo, a los veintiséis años, creía que era mayor para tal cosa. Seguidamente cambió de tema y me dijo que tuviera cuidado; no bastaba con que yo terminara fuera, debería utilizar un preservativo. La maternidad, decía, no formaba parte de sus opciones. Hizo que me viniera a la mente los “pseudohombres”, mujeres que, según Campbell, no muestran interés por el milagro del nacimiento, y el embarazo les produce rechazo.

—Eso no significa que no me gusten los niños —me explicó—. Son lindos, pero que los tengan los demás. Yo no quiero tener hijos. ¿Entonces, qué? ¿Me convierto yo también en esas conejas que tienen un niño tras otro? Déjalo, sólo me faltaba esa guinda.

—No seas tajante. Tú, que hoy dices eso, mañana puede que digas otra cosa.

—Diré lo que tenga ganas —sentenció obstinadamente—. Estoy bien como estoy. ¿Si no, qué? ¿Me hincho como un balón y luego cargo con un montón de críos? Al fin y al cabo mi cuerpo es mío, hago lo que quiero.

Insistí.

—Lo que te digo es que no seas categórica. Mañana, o pasado mañana, puede que encuentres a alguien, que lo ames y decidas tener un hijo con él. ¿Es malo?

Aquí, sin querer, toqué un aspecto sensible para ella. Los sentimientos de Katia eran intensos, pero no perduraban. La única idea de atarse siempre a alguien y que éste la dejara colgada, la trastornaba. En muchas cuestiones Katia se arriesgaba, pero no en los asuntos del amor. Una norma de su vida era: «Aburrirme con lo que tengo y anhelar lo que no tengo». Le faltaba incluso aquél que había a su lado hace poco tiempo. El devenir de sus relaciones era una aventura infructuosa, un deseo incumplido, un capricho permanente. En cuanto me oyó hablar del amor, se puso furiosa. Apretó las manos, torció la boca y las palabras salieron silbando.

—Tú no eres quien para hablar sobre eso. No sabes lo que significa el nacimiento.

Reaccioné diciéndole un cuento ya trillado.

—Sí, pero cuando me pongo a pintar, a tocar música o a escribir, lo sé. Sé qué es dar a luz a una idea, concebirla, llevarla en las entrañas, traerla al mundo. ¿A caso piensas que el dolor intelectual es menor que el dolor corporal? Pasas la noche en vela, pataleas, sufres. Y cuando terminas, sientes el mismo alivio, créeme.

Se enfureció.

—¿Cómo te voy a creer, tío? Estamos hablando de una nueva vida, de una vida humana. ¿Qué relación tiene con ideas y gaitas? No lo comprendes ni lo vas a comprender porque no eres una mujer. ¡Se acabó! No quiero tener hijos.

Se tapó con la sábana y empezó a llorar. Sentí la necesidad de abrazarla, de enjugarle las lágrimas, pero no lo hice. Presentía que sus lágrimas se debían a otra cosa, a una cuestión íntima. No me equivoqué. Poco tiempo después me dijo con una voz rota:

—No es sólo que no quiera. Es que tampoco puedo. Tantos años haciendo el amor libremente, y no me he quedado embarazada nunca. Temo ir al médico.

—Déjate de tonterías —la reñí—. No basta con hacerlo con libertad. Tienes que quererlo, quererlo realmente. Si hay amor, todo sucede más fácilmente.

—¡Ya estamos otra vez con el amor! ¿De qué amor me hablas? —preguntó con malicia. ¿Del que aparece en los cuentos y en los romances? ¿Dónde está el amor que no puedo encontrar?

—No tengas prisa. Encuentra primero a tu verdadero compañero, y luego llegarás al amor.

Katia se desprendió de la sábana lanzándola y con los ojos enrojecidos dijo:

—¿A qué compañero te refieres? ¿Qué características tiene? ¿Llamas compañero a este cúmulo de sentimientos? Siente, Yorgos, siénteme. Una renuncia del alma es esto. Y rabia, cariño, rabia. ¿Quién va fijar mi alma como un cartel en las fachadas de las casas? ¿Qué sentido tiene que duerma, que me despierte, que respire? La cuestión es otra. Soy la personificación de la soledad, y

tengo un montón de gilipollas a mi alrededor que piensan que me hablan, que me follan, que me aman. Y yo me siento todavía más sola. La sensación de soledad se ha convertido en una costumbre, como la sensación de orinar. En cuanto las cosas empiezan a ponerse serias, todos ponen pies en polvorosa. Se marchan sin más, sin más, colega, como si cambiaran de estación. ¿Y yo qué pido? Una mano que coja la mía, nada más.

Le sequé las lágrimas con besos.

—Perdona que llore —continuó—. No pienses que soy una mujercita. Lo hago para desahogarme. Lloro mucho a solas, pero también río mucho.

Una brisa que venía del mar entró por el tragaluz y nos acarició la cara. Era un poco fría.

Al quinto día Katia bajó de la nube color de rosa. Pasó por alto lo que nos unía y sacó a relucir nuestras diferencias. Empezó preguntándose qué hacía conmigo en Santorini, cuando la esperaban tantas cosas en Atenas. Después se volvió contra mí. Me colocó en el lugar de todos los hombres y me responsabilizó de cuanto hacían.

—Para el hombre es más fácil follar con una mujer que hablar con ella. Utilizáis el sexo para no tener relaciones estables. El culo, las tetas y los muslos, eso es lo que os atrae de nosotras. No os importa quiénes somos. ¿Sabéis lo mal que nos hacéis sentir? No queremos que nos veáis únicamente como mujeres.

—Bien, os veremos también como obispos.

—¡Cállate! Sabes a qué me estoy refiriendo.

—Ya que hablas de parte de todas las mujeres, te diré que también los hombres tienen las mismas quejas. Tampoco a

vosotras os interesan nuestras particularidades. En lo que os fijáis principalmente es en nuestra posición social. Estáis dispuestas a entregaros a un hombre que desprenda aires de poder, que transmita una sensación de omnipotencia. ¿Os pone calientes algo semejante o estoy equivocado?

—No digo que no, las mujeres tienen necesidad de seguridad —admitió—. ¿Sabes cuántos me han llamado a mí solterona? Aun cuando a penas he cumplido los veintiséis. ¿A ti te ha llamado alguien solterón? ¿Por qué las arrugas en el hombre añaden atractivo y en la mujer se consideran una decadencia? A nosotras nos encanta vuestra calva, ¿por qué a vosotros no os gusta nuestra celulitis? No lo entiendo. Cuando un hombre va con una mujer, es un hombretón. Cuando una mujer va con un hombre, es una timorata. ¿Por qué?

Sobre sus palabras se cernía un interrogante: si estoy del lado bueno de la luna, vale, me aceptas; de hecho, me aceptan todos. ¿Qué sucederá, sin embargo, cuando me encuentre en el lado oscuro de la luna? ¿Me soportarás? ¿Me manejarás bien o fracasarás como los otros? Katia sabía sus puntos débiles en esta circunstancia. En su fase oscura, se convertía en alguien que prescindía del compañerismo y funcionaba en base a que el destinatario final era ella misma. En esas fases no tenía amigos ni amigas. Las personas a su alrededor parecían objetos; las mujeres eran botellines aromáticos y los hombres cantimploras de agua, de los que bebía y se refrescaba. Yo temía que, con los años, se convirtiera ella también en un “pseudohombre”, algo totalmente antagónico.

—Voy a preguntarte algo que me ha pasado rozando por la cabeza —le dije—. Quiero ver si estamos de acuerdo. Según tu opinión, ¿dónde existe más rivalidad? ¿En qué ámbitos? Dime tres ámbitos.

Katia lo estuvo pensando.

—En las empresas, seguramente. En la política. Y entre los dos sexos. No sé, esto es lo primero que se me ha ocurrido. Dime tú.

Era mi turno para reflexionar.

—En el deporte. En las artes. Y entre los científicos. Creo que, sobre todo entre estos últimos, existe la guerra más sucia; allí aparecen los cuchillos más afilados.

—¿Por qué lo preguntas? —Katia era mordaz—. ¿Para ver lo diferentes que somos? ¿Es que no lo sabías? ¿Ahora te das cuenta?

—El que pertenezcamos a mundos diferentes está bien en un primer momento, pero, si cada uno se queda demasiado tiempo en su mundo, llega el cansancio.

—Sé adónde vas —aseguró Katia apretando los labios—. Reprochas mis elecciones.

Esa frase estereotipada me sacó de quicio. La miré y, durante un momento, toda ella me pareció un cliché.

Al sexto día Katia destrozó cuanto de positivo había en la imagen que había creado. Bajó definitivamente de su pedestal y lo hizo mil pedazos. Fue agresiva como nunca antes. Se enojaba por nada. Al principio le devolvía amor a cambio de la fiereza, y a mayor fiereza, incluso mayor amor, porque consideraba que sus explosiones ocultaban pena y soledad. A Katia le ponía frenética mi actitud. Llegó al punto de insultarme vilmente, y si yo no hubiese mantenido la sangre fría, nos habríamos levantado la mano.

—No eres tú. Eres otra —protesté—. ¿Qué intentas hacer, que te aborrezca?

—Me has conocido del derecho, me estás conociendo también del revés —contestó—.

¿El envés de Katia era Mesalina? ¿Agripina? ¿Lucrecia Borgia? Con su actitud provocadora pretendía sacar de mi interior lo más miserable que había, probablemente para verlo también ella misma. Quería ver mi lado animal, brutal, repugnante. ¡Oh!, habría sido tan fácil para mí, lo había mostrado a personas que me habían desafiado mucho menos en el pasado. Pero ahora no, aquí no. No le haría el favor de que ocurriera como lo había planeado. Nervios, disputas homéricas y palabras cargadas de veneno y violencia que terminarían en un encuentro amoroso, en una unión que se parecería a una destrucción mutua. No, porque esta escena ya había ocurrido en el mismo lugar, un poco más allá, en la terraza, durante mi primera noche. Abrí la puerta y me dispuse a salir.

—¿Tan fácilmente te das por vencido? —vociferó Katia, con la vena de la frente hinchada—. ¿Con la primera dificultad pones pies en polvorosa? ¡Eres estupendo! ¿Qué quieres entonces, que me trague lo que tengo que decirte, que me haga la mosquita muerta? Si no te muestro a ti mi cabreo, ¿a quién se lo voy a mostrar? Al menos contigo soy verdadera.

—No me molesta tu enfado, Katia —dije lentamente, temblando por los nervios—. Me molestan tus cambios de parecer. Das un chasquido y cruzas a la orilla opuesta. Me tiras piedras y me provocas para que presentemos la batalla. No soy para ti más que el enemigo.

—Da la batalla tú. ¿Qué quieres que tengamos? ¿Una relación conyugal?

—No. Prefiero una relación de complicidad a una relación antagonica —afirmé, y salí de la *kánava*—.

Di vueltas para intentar serenarme. Cuando regresé, era tarde. Katia dormía profundamente. Me sentí satisfecho de

alguna manera por el avance. Me desnudé y me tumbé al lado de ella. Inconscientemente, sumida en el sueño, cogió mis manos heladas y las puso en su regazo para que se calentaran. Dormimos pesadamente.

El séptimo día transcurrió con el silencio de dos personas que vivían en el mismo lugar y no tenían nada que decir. Las discusiones de los días previos supusieron, como es natural, un obstáculo para la comunicación entre nosotros. No me abría, pues existía el peligro de que me enfadara. A la más leve insinuación, Katia se encendía. Cuando le preguntaba el porqué de tal reacción, me decía que se veía obligada a responder a mis provocaciones. Llegamos al extremo de mofarnos el uno del otro por lo más mínimo, de darle vueltas a la cabeza para ver quién profería la ofensa más intolerable. Los pocos momentos en los que nos aveníamos no tenían continuidad, porque venían seguidos de vacíos y caras de enfado.

—Les exigés a los demás cosas que no pueden dar —mencionó Katia en cierta ocasión—. ¿Te digo qué vi en ti al principio? Una mirada de rechazo. Eso es lo que me ha mantenido tantos días cerca de ti. Quería conseguir que me aceptaras.

—El amor que no nos cambia, no merece que se lo llame amor —le dije a las claras—. Te lo voy a decir ya de una vez. Eres muy disciplinada. Muy controladora para abandonarte y fundirte en los brazos de alguien.

—No es necesario que seamos desagradables —advirtió diplomáticamente—. Estuvo bien hasta aquí. Tampoco hemos perdido nada, ¿no es así?

—Eso es lo que se suele decir.

Al octavo y último día Katia desapareció. Alquiló un ciclomotor y fue a bañarse a la playa de Vlijada, al otro lado de la isla. Yo traje a un obrero, pusimos una escalera en el aljibe, cortamos la orzaga y tapamos con yeso los agujeros que había abierto en las paredes. Más tarde fuimos a la ladera y arrancamos la planta. Pensé que había acabado con ella, pero el obrero, que sabía más sobre la naturaleza de la orzaga, me dijo que sus raíces volverían a encontrar tarde o temprano la manera de saciar la sed. No te deshacías tan fácilmente de ella.

Katia regresó por la noche y no estaba sola. Vino con un amigo, un fotógrafo, quien me informó de que la bajaría con su moto hasta Atiniós, el puerto de Santorini, y embarcarían en el barco nocturno hacia El Pireo. La observaba, callado, mientras preparaba sus cosas. Cogió su bolsa de viaje y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo, me miró con brasas en los ojos y me dijo:

—¿Sabes qué, cariño? Te odio.

—Yo también.

Capítulo 15

Los vapores de Megali Kameni hacían honor una vez más a su nombre: Gran Horno. Muy de cuando en cuando resoplaba. El aire estaba lleno de cenizas de los incendios que deforestaban las islas de alrededor, principalmente Creta. Los problemas de sequía se habían convertido en permanentes. Los casos de insolación eran continuos y la consulta comunitaria trabajaba al máximo. Nada indicaba que corría septiembre.

Sólo la *kánava* de Balís se desentendía del calor. Allí imperaba otro dios. Las paredes húmedas y los muebles enmohecidos remitían a un invierno crudo. Me dormía tiritando, envuelto en ropa y mantas. En algún punto del suelo la humedad había dejado de avanzar y del techo colgaban protuberancias que recordaban a las estalactitas.

Los ocho días con Katia me habían aislado. Hacía tiempo que no me atrevía a salir de mi caparazón. Lo haría, y además inmediatamente. No podía más encerrado en la mazmorra. Saldría de mi letargo invernal, iría al pueblo. Empezaría por los lugares que frecuentaba Asprogenis. Hacía tiempo que no competíamos en conocimientos de geografía y le había preparado algunas preguntas que lo dejarían mudo. Quién sabe, puede que tuviera noticias de Balís. Puede que lo hubieran visto en alguna de las islas de los alrededores.

En el «Mama Africa», bajando todavía las escaleras, me esperaba una sorpresa desagradable. ¿Dónde estaban los sonidos africanos? ¿Dónde estaban las risas y las bromas de las pandillas de amigos? Silencio. Se apoderaron de mí malos presentimientos. La vitalidad que desprendía el pueblo se había extinguido como el

humo de un volcán. En el patio no había ni un alma viviente. Las mesas y las sillas estaban recogidas, las bombillitas y el techo de caña estaban desmontados.

Me marché subiendo los peldaños de las escaleras de dos en dos, como una presa a la que quisieran dar caza.

Fui inmediatamente al «Moby Dick». Encontré a Kiriakos en su puesto, poniendo música detrás de la barra. Le pedí sin rodeos que me dijese qué ocurría en «Mama Africa». Me miró y movió la cabeza estoicamente. Como primera respuesta obtuve su mirada, que me dijo más que todo lo que me diría a continuación.

—Adiós al «Mama Africa». ¿No lo has visto? Se ha liquidado.

—¿Cómo ha sucedido eso? —balbucí.

Me enteré de que el negocio no estaba en regla, porque Asprogenis no lo quería en regla. No tenía siquiera una licencia temporal que se renovase cada año, una licencia para abrir una cafetería y no una taberna. Puede que el pirata fuese un experto en montar negocios, pero en las cuestiones prácticas era un desastre. No se manejaba especialmente con la economía y lo echaba todo a perder. Los gastos del «Mama Africa» superaban con creces los ingresos. Los acreedores de Asprogenis lo habían acorralado y lo amenazaban con el embargo. Al mismo tiempo, en un escrito de la policía se le recordaba que su licencia había expirado y no la había renovado. El alcalde pedáneo, que había encontrado la oportunidad para mostrarle de nuevo su animadversión, sacó a la luz antiguas acusaciones contra él por drogas. Asprogenis, al verse atacado por todos los frentes, tocó la retirada. Cogió la puerta y se fue por la noche, como un auténtico pirata, llevándose consigo a Bembis. Sus acreedores habían movido cielo y tierra para dar con él. Circulaban

rumores de que había hallado refugio en África, en Costa de Marfil, y a ver quién lo encontraba ahora. Al no tener nada que hacer, sus acreedores entraron en el negocio y arramblaron con todo lo que les pareció útil: frigoríficos, fogones, congeladores y equipos de música. Cuando se marcharon, se informó en el pueblo de que los propietarios del inmueble darían a los chamarileros lo que había quedado. En la afluencia de gente que siguió se produjo un saqueo sin precedentes. Todos se agenciaron algo. Unos, el xilófono y los instrumentos de percusión de Senegal; otros, los manteles con la Biblia, las ensaladeras que parecían piraguas, y la talla en pie de un diablo de Brasil, al que algunos dejaban flores recién cortadas. Se llevaron, incluso, recetas de comidas picantes. Una bolsita con larvas secas y una botella medio vacía de saque con anacondas de colas enrolladas fue el botín de Kiriakos.

El «Mama Africa» tuvo un final a la altura de su gloriosa vida, un final que se asemejaba a un linchamiento. Sus componentes se dispersaron por Ía y, desde aquí, por el resto del mundo. Todos se quedaron con algo para recordar su ambiente de fiesta. A mis manos llegaron una calabaza, una linterna y dos mazorcas de maíz atadas toscamente con cuerdas. Las guardé piadosamente. Esto, obviamente, no redujo mi amargura ni mi estupor. Ya sentía la ausencia del «Mama Africa» en mi vida. Allí me había quedado cuando vine por primera vez a la isla y allí alternaba; había asociado todo el pueblo con ese lugar. Sin Asprogenis y su negocio, Ía no sería la misma. Había perdido algo de su policromía, y yo, mi segundo refugio en pocos días.

Estuve a punto de hacer las maletas e irme. No había sitio para mí en el lugar. La idea de volver de nuevo a la tumba húmeda, al mausoleo,

me estremecía. ¿Qué haría allí dentro? ¿Esperar a que mi tercera amiga, Adriana, tocara a mi puerta? ¿Por qué no tocaba yo a la suya?

Seguí mi impulso y en poco tiempo me encontraba enfrente de la casa de Adriana. Estaba socavada en la parte baja de la caldera, canteada sobre piedras rojas y con ventanas sin balcones que miraban hacia el barranco. Había una luz tenue detrás de las cortinas púrpuras, el fulgor de una vela. Pegué a la puerta y me imaginé que Adriana se levantaba y se preguntaba quién era. Ella también era una satisfacción.

—¿Quién es? —Se escuchó la voz de Adriana en el interior.

—Yorgos Romas. Pasaba para decirte hola.

Me abrió. Sus ojos fríos, de un color verde grisáceo, no mostraron ninguna sorpresa. En sus manos sostenía una baraja de cartas; probablemente la pillé en el momento en que se estaba echando unos solitarios. Le dije buenas tardes y me respondió con un gesto. El eco de mi voz se escuchó en el interior. Adriana se apartó y me dejó sitio para que pasara. Entré en la casa.

Había objetos hindúes, cojines de batik y estanterías repletas de libros, principalmente en inglés. Me fijé en un cenicero con colillas que estaba encima de la portada del *Ummagumma* de Pink Floyd, y en una alfombrilla llena de pelos, donde dormía su querido Black antes de emigrar al paraíso de los gatos. Más allá había otra alfombrilla destinada para Otzi, su actual ojito derecho. Lo recordaba de tal tamaño, que cabía en su puño y se dormía en su bolsillo; ahora, por la buena vida, se había convertido en un cebón. La había tomado con un insecto en un rincón, donde se había acurrucado fingiendo agotamiento. Por las ventanas se veía el horizonte despintarse. Anochecía.

Como mariposas en un corcho, delante de su escritorio estaban prendidas con alfileres una decena de tarjetas que ocultaban detrás sus deseos. Las acompañaban fotografías de Adriana en diferentes partes del mundo: Bósforo, Lisboa, Jaipur y la Gran Pirámide de Giza. En las ranuras del espejo estaban colocadas viejas fotografías, todas en blanco y negro. Recuerdo una que estuve observando durante un buen rato. Mostraba una multitud de gente bajando unos escalones que conducían a una playa. La muchedumbre era heterogénea: una chica con un abrigo de ante, un ciclista, una pareja de enamorados... La imagen era curiosa, como si un fotógrafo ambulante hubiese capturado un sueño. En el punto en el que se había rajado el espejo se encontraba la fotografía de un hombre con un sombrero apollado esperando en una parada de autobús; en el fondo se veía un pequeño pueblo inmerso en polvo. La fotografía tenía que estar tomada en Norteamérica. Bajo el sombrero reconocí a Balís tal y como era hace años.

—¿Lo conoces desde hace tiempo? —le pregunté a Adriana, que respondió afirmativamente con gestos—. ¿No tienes ninguna noticia de él?

Adriana me dijo que no sabía nada. Miró por la ventana. Instintivamente seguí su mirada. Una ranita había saltado a la baranda, pegó el morro al cristal y croó. Algo se movió en un extremo de la sala. Era un erizo. Adriana le dijo: «Sam, estate quieto»; y me contó que se lo había encontrado una noche en la calle, atropellado por un autobús. Lo cuidó y, cuando se puso bien, lo sacó fuera para que volviese a su madriguera, pero regresó con Adriana. Desde entonces era un residente permanente de la casa.

Le pedí que me dijera más acerca de Balís, ya que su desaparición me había inquietado. Adriana no se mostró dispuesta a colaborar; le sacaba las palabras con sacacorchos, pero poco a poco se le soltó la lengua. La dejé hablar, y así descubrí una faceta de Balís que desconocía.

—Hace tiempo Balís se dedicaba a la dirección teatral —dijo Adriana—. Junto con Asprogenis puso en escena *Las Bacantes* de Eurípides en un teatro en el interior de un barranco. Fue muy bien. En aquella época se consideró un acontecimiento artístico. Tras la representación la gente llamó a escena al director y lo aplaudieron largamente. Estaba contento entonces. Decía que se merecía la ovación. Ya sabes lo modesto que es.

—¿Qué hizo después?

—Desapareció, como de costumbre. Parece que ese hábito también lo ha adoptado Asprogenis. Me imagino que te enteraste de lo del «Mama Africa». Bueno, en fin. Desde entonces perdí el rastro de Balís. Lo volví a ver más tarde aquí, en Ía, poco después de que hubiera encontrado la *kánava* y tuviera la intención de convertirla en su vivienda. Trabamos amistad en aquel tiempo, una amistad no muy cercana, pero nos veíamos.

—Eso tuvo que ser después de haber estado en Ecuador — comenté—. ¿Qué impresión te causó entonces?

—Estaba cambiado, muy diferente. Su mirada no era la misma. Antes te miraba tanto, que resultaba insoportable. Cuando lo volví a ver, evitaba mirarme; no sólo a mí, a todo el mundo, como si temiera algo. Sólo una vez me miró y me sobresalté. Estaba ciego, como si no viera. Su mirada estaba vacía.

Una tortuga apareció por los cojines y empezó a moverse por la sala de estar. La siguió una tortuga más pequeña. Una segunda

rana dio un salto desde la mesa hasta la baranda de la ventana para reunirse con la primera. Me distraje y la ceniza de mi cigarro me quemó los dedos. Lo apagué en el caparazón de la tortuga.

—¿Qué haces ahí? —me reprendió Adriana.

—Perdón. —Me tocó con su mirada.

—Tú también eres como mi padre —confirmó silenciosamente—. En especial vuestra voz, es exactamente la misma. Así habla él también, en voz baja. Todo lo pregunta y de todo quiere enterarse. Algunas veces pido que no sea abogado; que sea peón, por ejemplo. Me sentiría mejor si tuviera un origen humilde.

Un hámster daba vuelta en su jaula. Una oruga verde trepaba por mi silla. ¿Qué casa era ésta? Parecía el Arca de Noé. Donde mirases, veías algo moviéndose. Adriana creía que incluso los insectos tenían un lugar cerca de ella, bastaba con que no la molestasen y tuvieran cuidado de que los visitantes no los aplastasen. Todas eran criaturas de Dios. Les daba de comer, de beber y las cuidaba por igual. Su vivienda tenía tres niveles. Nosotros nos encontrábamos en el medio, donde ponía a los animales y bichos menos peligrosos. Por encima estaba la buhardilla con los pájaros canoros y el halcón, que se reponía de un golpe en el ala efectuado por cazadores furtivos. No supe nunca qué había en el sótano; puede que hubiera desde zorros hasta serpientes de cascabel. Como otra Brigitte Bardot, Adriana gastaba una fortuna para mantener a todo este ejército. En sus planes inmediatos estaba la ampliación del aljibe para convertirlo en un acuario, que tenía la intención de llenar con moluscos y crustáceos. También quería hacer modificaciones en la buhardilla para transformarla en un palomar.

—Cuando era pequeña hacía danza, *ballet*... —comenzó a decir titubeando—. Hasta que me di cuenta de que todo eso era inútil. No era necesario demostrar que yo soy esa criatura maravillosa que todo lo consigue. Soy ésta que soy. Nada maravilloso...

Su pausada y cadenciosa voz me adormecía. Reconocí en ella la capacidad de coleccionismo de los ricos que recogen el polen sin transformarlo en una creación. Adriana era inteligente, adinerada e hija única. Había cedido su espacio al reino animal y su vida a la realidad onírica, donde todo tenía cabida y todo podía suceder. Los rostros eran incorpóreos y los sentimientos tenían el trato que se merecían. Era la reina maga, con poderes que sobrepasaban las normas terrenales.

—Nuestro objetivo es convertirnos en *tizankara* —dijo y, viendo mi extrañeza, se explicó—. Las formas de vida más perfectas del universo. Nos convertimos en *tizankara* por medio del conocimiento absoluto. Es difícil, pero no imposible. Todo es luz. Si vives en paz, ves la luz; si no, entonces la luz te deslumbra. Si hieres a los demás, te ves a ti mismo en lugar de los otros. Es muy penoso. Espero que no lo veas.

Hablaba agitando las manos como una serpiente. Todo su brazo derecho estaba cubierto de tantas pulseras, que lo movía con dificultad. Su abdomen parecía muy moreno debajo de la camisola hindú. Se había acercado a mí, su aliento me acariciaba.

—El conocimiento deja amargura —susurró—. No quiero la amargura. Lo que quiero es consumir mi pena hasta que desaparezca.

Algo levitó delante de mis ojos. Era el extremo de la tela de una araña que tejía diseños en el techo. Adriana se quedó callada, se

dejaba llevar por corrientes subterráneas. Estudiaba el vacío. Yo iba a romper el silencio, iba a preguntarle en qué pensaba, pero cambié de opinión. Podría contarme cualquier cosa, desde las termitas rojas hasta los tigres de Bengala. Con ella el tiempo corría a un ritmo diferente.

—Le temen, sabes —dijo de repente.

—¿A quién?

—A Balís.

—¿Por qué?

—Porque es débil y lo muestra, mientras que ellos, los que se las dan de fuertes, son, en realidad, más débiles.

—¿Quiénes son ellos? Hablas como si existiese una conspiración.

—Quizá esté yo también entre ellos. Yo también fui víctima del miedo que siembra. Somos víctimas de las víctimas, ¿no se dice así?

Cada una de sus frases constituía un nuevo enigma. La esencia de sus pensamientos la guardaba para ella misma. Lo que decía era aforístico, ambiguo, parecía una profecía. Cuanto más sabías de ella, menos sentías que la conocías. Junto a ella los conceptos perdían su significado, conseguían la independencia y el derecho a la iniciativa. Podría escribir novelas cortas idóneas para niños, sólo que no se había apercebido de ello todavía, y a mí, que me di cuenta, no me dio tiempo a decírselo.

—Para de interpretar —dijo leyendo mi pensamiento—. Juzgas mucho a los demás. Cuando termines con ellos, empieza a juzgarte a ti mismo. Deja que las cosas te adelanten, no dejes que te emocionen.

—¿A eso no se lo llama indiferencia?

—No. Se lo llama serenidad.

Adriana, espigada y casi demacrada, tenía una figura bohemia al estilo de Patti Smith. Se agachó para coger algo de la parte baja de la estantería y por la abertura de su camisola asomó el pezón de un pecho pequeño. Era un pezón oscuro. Me quedé de una pieza cuando lo vi de manera furtiva. No nos había dado tiempo a intimar y ya había descubierto algo oculto.

Continué hablando con el mismo tono de nana sin prestarme mucha atención. A pesar de ello, yo creía que tenía sus ojos centrados sobre mí con una insistencia tremenda. Sonrió imperceptiblemente, como si se preguntara cómo me había dado cuenta. De repente sentí que la situación era insoportable. Yo sabía el motivo de esa sonrisa, se la había regalado a un hombre con pantalones estrechos y zapatos «Clarks». No tenía más que recompensársela. Sin embargo, no hice nada. Toda la escena me pareció mal representada. Un truco barato que se repetía una y otra vez.

La corriente que circulaba entre nosotros había electrificado a Adriana. Me miraba con una actitud de espera. Había llegado la hora de irme. Me sentía como un mirón cualquiera. Había abierto el baúl de sus secretos y había hojeado en su diario sus recuerdos personales. Me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—¿Quieres que me vuelva a pasar o prefieres que nos echemos de menos el uno al otro? —dije saliendo.

—Las dos cosas.

Me encogí de hombros.

—Como quieras. De todas formas tenemos dificultades para comenetrarnos. ¿Lo sabes, no?

—Lo sé.

—Puede que vuelva. Adiós.

—Buenas noches.

Dejé pasar apenas dos días y volví a verla. La encontré en el patio dándole de comer a una colonia de gatos. En cuanto me vio, vació el plato de comida y me arrastró hacia dentro como si fuera un animal abandonado.

—Tienes que darte prisa —dijo conteniéndose—. El círculo se cerrará en breve. No hay tiempo que perder. Lo malo se acerca.

Parecía aterrorizada.

—¿Qué ocurre? —pregunté inquieto.

—Tuve un sueño. O más bien una visión, porque estaba despierta. Vi el caballo granítico del mal, ese que simboliza el mundo demoníaco. Algo malo va a suceder, estoy segura. También lo volví a ver la noche antes de la sangría en la *kánava*.

La cogí de las manos y traté de serenarla. Las campanillas de un anillo doble, que juntaba su dedo corazón con el anular, tintinearón. Observé con curiosidad las campanillas durante un momento. Su sonido era característico; recordaba a la Navidad alrededor del portal de Belén.

—Me lo ha regalado alguien al que amo. Alguien que está siempre dentro de mí —dijo con voz empañada.

—¿Y por qué no estáis juntos?

No contestó, consideró indiscreta mi pregunta. Había momentos como aquél en los que su cara se amorataba y su cuerpo se encogía, como si la torturasen dolores insoportables. Entonces se marchitaba, parecía una anciana. Ese momento no duró mucho. Sacudió la cabeza hacia abajo y su mirada se llenó de vitalidad; la

cara y el cuerpo adquirieron su forma habitual.

—Los sentimientos no se expresan con palabras, Yorgos. Se infunden —afirmó con decisión—. ¿Puedes decirle al otro: «Quiero que me ames, que me cuides»? ¿Cómo le dices: «Quiero que me hagas latir el corazón»? ¿Se expresa esto con palabras? Además, ¿a quién amamos? A alguien que nos infunde el estar junto a él. Sólo pasión inefable existe. Y no realizada. Cuando se hace realidad, pierde su fuerza.

Yo tenía la sensación de que hablaba de Balís, de que lo amaba en secreto. Quizá Adriana le había otorgado el título de rey mago en su mundo de fantasía. Puede que alguna vez hubiesen sido amantes, no lo sé. Tal vez le había mostrado de nuevo sus deseos y él se había negado. Sea como fuere, era soberano de los pensamientos de ella.

—No aguanto más —me reveló—. Quiero marcharme e ir a la India, pero tengo que asumir una responsabilidad. Si me marchó, ¿quién va a cuidar de estos animales?

—¿Qué quieres hacer exactamente?

Me miró de un modo inexpresivo.

—¿Has ido alguna vez a la India?

—No —le respondí, aunque me hubiera gustado muchísimo.

—Allí puedes ver a algunas personas por encima de las cuales todo resplandece. No es necesario que digan nada, tampoco que hagan nada. Basta con que estén, que respiren. Tú, Yorgos, pareces sij. Tienes que ir a la India y ver a la *Sharad Purnima*, la luna más bella del mundo.

—No tengo ni un céntimo —aseguré fríamente para devolverla a la realidad—. Tenía algún dinero, pero se terminó. Tengo que regresar y encontrar trabajo.

Se hizo un profundo silencio.

Los pájaros de la buhardilla trinaban. Alguno de los animales del sótano bostezó y la casa tembló. Los ojos de Adriana se clavaron sobre mí como proyectores.

—¿Conoces a alguien que precise de masajes? —me preguntó. Me quedé perplejo.

—¿Por qué?

—Porque necesito dinero.

Más bien necesitaba aprender cómo es trabajar y ganar dinero. Parece que se trataba de alguna de las rarezas que buscaba, un intento de adaptarse al mundo material, a fin de evadirse de él cuando quisiera.

—Sé de alguien. Yo.

—Tú no. De ninguna manera.

Les hacía masajes a los que le pagaban o a los que le hacían el amor. De mí no quería ninguna de las dos cosas. Como quiera que lo hagamos, el “no”, pese a todo, es un poderoso afrodisíaco. Hasta ese momento yo había conseguido pasar por alto su lado sensual. Ahora, con su negativa, pensaba en picardías. La miré de arriba abajo. Llevaba pantalones con flecos y estaba descalza. Se había hecho un lazo alrededor de su abdomen con los extremos de la camisola y el pezón moreno, cobijado al lado de la abertura, me llamó.

—Ten cuidado, Yorgos, no te enamores —dijo de una manera que magnetizaba.

No tenía semejante objetivo. Las cicatrices de mi relación con Katia todavía eran recientes.

—No pienses que no me gustas. Me gustas. —Adriana continuó con su apología—. Pero, cómo te lo digo, a las personas yo las

valoro de manera diferente. Las valoro por el modo en que hacen frente a los golpes del destino. No sé si lo entiendes.

—Más o menos.

—Estoy pasando ahora por una fase en la que amo a todos y lo amo todo. Pero no me basta. Quiero hacer algo para exteriorizar esta energía.

—¿Y elegiste hacer masajes? —zaherí con la intención de vengarme.

¿Qué sería, en verdad, sin esos aires de diva y sin palabras ambiguas? ¿Cómo mostraría su superioridad lavando ropa ajena, como hacían mujeres con menos suerte? Si se le quitaba el velo de misterio, se vería a una solterona consentida que anda buscando maneras de no aburrirse.

—Dime qué piensas —me exhortó—. Quiero que seas sincero conmigo.

Negué con la cabeza. Había empezado a adoptar sus métodos.

—Cometes un error al no hablar —me instigó—. ¿Sabes qué ocurre contigo? Te acercas a los demás con buenas intenciones. Cuando te llega la bofetada, te decepcionas y no dices nada. Te lo guardas dentro de ti. Te vuelves agradable, pero estás lleno de ira. Esperas el momento adecuado para expulsarla. Y cuando se te presenta la oportunidad, te muestras crítico. Juzgas el comportamiento de los demás. Te vengas de aquél que te lastima. Sin embargo, la venganza es una acción ruin. La más mezquina de todas.

Sobre mi mano derecha caminaba una hormiga rubia. Iba a aplastarla con la palma, pero pensé en la reacción de Adriana y mi mano se quedó suspendida en el aire. La cogí con cuidado, la bauticé como Nabucodonosor y la volví a poner en su lugar, en

medio de una legión de hormigas. La legión formaba una cohorte que avanzaba desde el armario de la cocina, atravesaba la sala a lo largo y terminaba en un agujerito de la pared.

—No te apartes —oí que me decía—. No es necesario que seas agradable después de la bofetada. ¿Sientes ira? Muéstrala. ¿Qué hay más natural? ¿Te fastidia? No la dejes. Extráela de dentro de ti. Te sentirás mejor.

Tenía razón, toda la razón. Le hablaría.

—¿Te digo algo, Adriana? A mí también me gustan los animales pequeños e indefensos. Me gusta cuidarlos para sentirme mejor. Cojo pan para desmoronarlo en los hormigueros. Doy de comer a las palomas en las calles. Cuido de los animales abandonados. ¿Te digo otra cosa? ¿Sabes cuál fue mi peor momento en los últimos tiempos? Cuando pisé por error a un caracol. Me simpatizan los caracoles, pero no tienen un caparazón resistente que los proteja de las personas. Temen a las personas por si acaso los pisan, como las temes tú también.

Los dolores insoportables la torturaron otra vez. Su rostro perdió su brillo.

—¿Tú no temes a las personas? —preguntó silenciosamente.

La agarré de los hombros y la zarandé.

—Espabila, Adriana, entra en razón, si no te consumirás. ¿Qué haces aquí? ¿Te quedas para darle de comer a los gatos? Tendrás tú también el final que tuvo una vieja que vivía al lado de mi casa. Murió y la encontraron muchos días después. Rompieron la puerta y los gatos se fueron como locos. Se la habían comido, la habían dejado en la mitad. Procura no tener el mismo final.

Siguiendo su costumbre preferida, Adriana no manifestó lo más mínimo. Ni yo tampoco tenía nada más que añadir. Antes de

irme, poco antes de cerrar la puerta, asió mi mano y me dijo:

—¿Te cuestionas cosas sobre mí, verdad?

—Sí.

—¿Te preocupas?

—Un poco.

—Yo también me preocupo por ti. Andas por un camino lleno de trampas.

Me marché de la casa de Adriana con la certidumbre de que habíamos afianzado nuestra amistad. Habíamos hablado con franqueza. Cada uno le había expuesto su opinión al otro. Surgió algo positivo, pero todavía era pronto para ocuparse de conclusiones. De nuevo, regresé a la *kánava*.

Capítulo 16

El viento se introducía por las rendijas y susurraba palabras en mi oído. ¿Qué quieres decirme Eolo? ¿Quieres avisarme de algo?

¿Dónde estaba Balís? ¿Dónde había ido para no aparecer durante tantos días? Estuviera donde estuviese, ahora tendría que volver. No se había llevado nada, lo había dejado todo en la *kánava*; ropa, dinero, tarjetas, carné de identidad, llaves, todo estaba aquí. Empecé a temerme lo peor. Hasta hoy la desaparición era una de las rarezas de Balís, pero ahora...

Día tras día mi preocupación se agravaba, no podía tranquilizarme. Tenía los nervios hechos trizas. Evitaba salir de la *kánava* para no armar gresca. El otro día me topé con dos vecinos de Santorini que estaban discutiendo sobre sus pozos negros y les eché una bronca de órdago. Les recriminé que, a pesar de la gran cantidad de dinero que ganaban, querían más. También les dije que estaba harto de ver hormigoneras a mi alrededor y de oír martillos neumáticos; que, si de ellos dependiese, levantarían bloques de cinco plantas en las laderas de la caldera; que construían casas tradicionales no por respeto a la tradición, sino porque de esta manera ganaban más dinero; y al final, les maldije con un terremoto que no dejara ni una piedra en su sitio. Los hombres se quedaron pasmados. Seguramente creyeron que estaba loco. Me escondí en mi caparazón y decidí salir únicamente por razones de urgencia.

Mis pensamientos eran abstrusos. Estaba distraído, hundido en dédalos de razonamientos. Mis movimientos se volvieron torpes; me despellejé la rodilla en una hornacina, y por poco me desplomo cuando una noche me resbalé en la escalera. Empecé a gritar sin motivo, simplemente para desahogarme. Me tumbé en el suelo horizontalmente e hice ejercicios respiratorios para vencer el nerviosismo. ¿Qué pasaba? Algo no iba bien, nada bien.

Intenté relajarme y dormir. Debí quedarme dormido durante un momento, porque, cuando me desperté, tenía encima de la cabeza un montón de mosquitos que, en otras circunstancias, me habrían tenido en vela. Maté uno con la palma de la mano y la pared quedó manchada de sangre. Parecía que me había picado mientras dormía. Como estaba muerto de cansancio, el sueño volvió a apoderarse de mí. En mitad de la noche me asaltó un dolor en las meninges. Una mosca andaba en mis labios. Sus piernecitas peludas me daban asco. Un caballo galopaba por mi cabeza hasta casi romperla.

«Para», grité.

El caballo relinchó y dejó de galopar. Fui tambaleándome hasta el grifo y me eché agua en la cara. Las manos me sudaban y la frente me ardía. Me asusté cuando me miré en el espejo. Tenía la mandíbula inflamada, la piel ajada y los ojos como platos. Una bestia. Tenía la sensación de que los objetos de la casa me observaban con miedo. Podía estropearlos, despedazarlos.

«Balís está muerto», dijo la bestia en el espejo.

Eran palabras que no se prestaban a la duda.

«Cállate, cállate».

Abrí el frigorífico y saqué un melón. Cogí el cuchillo y empecé a cortarlo. Cada corte era un pensamiento. Corté el melón en

pequeños trozos, después en trozos más pequeños hasta que no quedó nada sin cortar. Mi alma cayó en el infierno. Balís estaba muerto... Barrí la mesa con la mano; el suelo se llenó de jugo y sangre, porque me corté la muñeca con el cuchillo.

Salí corriendo de la *kánava*. Subí las escaleras y seguí corriendo. Era tarde, más de medianoche. Las calles estaban vacías. Unas nubes bailaban alrededor de la luna llena de octubre, la más peligrosa de todo el año. Un perro saltó delante de mí y me ladró. La emprendí con él a patadas. El animal salió huyendo y yo lo perseguí, quería darle más.

Llegué hasta la última parada de autobús. Al lado estaba aparcado el todoterreno de Balís. Había sido previsor y había cogido las llaves, así que lo abrí, entré y lo arranqué. Bajé con el vehículo por el camino hacia las playas de Ía. El asfalto se terminó y tomó el relevo un camino de tierra. Conducía como un poseso; me metía en los baches, el todoterreno saltaba e iba dejando detrás una nube de polvo. Aceleré y lo obligué a subir la cuesta. Frené en un llano y salté fuera con el corazón laténdome atropelladamente.

Estaba en la finca de Balís. Esto era lo que quería hacer cuando salí de la *kánava*. Me acordé de que Balís me había dicho sorprendentemente que, cuando muriese, quería que lo enterrasen «Aquí», bajo el granado. Seguí andando entre las vides. Con la luz de la luna llena vi algo que resplandecía. Una granada colgaba de las ramas desnudas del árbol. La granada se había abierto como una herida y mostraba sus granos de color rubí.

No me lo pensé ni un instante. Metí las manos en la tierra, en las raíces del granado, y empecé a cavar con saña. Mis dedos sangraron. El tiempo se detuvo y el viento se calmó. Sólo se oían a lo lejos las olas que rompían en la roca de Kolombos.

Cubiertas de tierra, aparecieron las ropas de Balís, las mismas que llevaba la noche de la sangría; luego, sus manos cruzadas; finalmente, su cara, en un estado inicial de descomposición. Alrededor de su cuello tenía marcas moradas. Alguien lo había estrangulado con fuerza y le había roto la carótida.

Me quedé entumecido por el dolor.

No me acuerdo de cuánto tiempo permanecí allí. No me moví hasta que mis fosas nasales se obstruyeron y mi respiración se embotó por el hedor de la descomposición. El pensamiento que me consolaba era que Balís estaba «Aquí», en el regazo de la tierra, y no metido en un ataúd. Su cuerpo se había convertido en abono para el granado, que había empezado a tener frutos. En vista de las frecuentes transfiguraciones de Balís, yo creía que su final no podía ser otro que una transfiguración más. Creía que dejaría su carne humana para vestirse con alguna que elegiría en el último momento. Por supuesto, no era más que un error. La muerte no hace distinciones, nos equipara justamente. Balís había tirado la máscara de la vida para adoptar su forma definitiva. Ahora caminaría entre los álamos del mundo de los muertos y los incordiaría con su risa demoníaca.

Con movimientos reflejos, como si fuese un robot, volví a echar la tierra encima de él y la pisé para que no se notara. En lugar de flores, dispersé algunas hojas de parra. Eso le gustaría. Él quería estar siempre «Aquí», entre las vides, bajo la luz de la luna. Parece que su asesino conocía su deseo y se lo ofreció como un último regalo macabro.

Entré de nuevo en el todoterreno y conduje despacio de regreso a Ía. Me enfrenté a la situación con una frialdad insólita.

Fui a la *kánava*, hice la cama y me tumbé. Lo raro fue que, después de un espectáculo semejante, conseguí dormir. Me quedé dormido casi enseguida. Me desperté al mediodía del día siguiente, y me di cuenta de que la papada se me había hinchado por el horror de la noche anterior. Me había convertido en un pelícano.

Un pensamiento se me quedó clavado en la cabeza: encontrar al culpable. No tenía otra opción. Encontrarlo o volverme loco.

Las ropas de Balís y el grado de descomposición indicaban que el crimen se había cometido aquella fatídica noche, tras todo lo acontecido en la *kánava*. Por consiguiente, había cinco sospechosos fundamentales: Kiriakos, María, Adriana, Katia y yo.

Me los imaginé a todos, uno tras otro.

Empecé por Kiriakos. Aquella noche el sátiro se había consagrado a la batería. No se daba cuenta de lo que pasaba. Este hecho, junto con la sincera admiración que sentía hacia Balís, lo colocaban en el último lugar de la lista de los sospechosos. Sin embargo, no quedaba libre de suspicacias después de aquella azarosa escena en la terraza. No olvidaba su mirada, llena de intenciones maliciosas, delante de la puerta cerrada de la *kánava*, allí, donde se encontraban Balís y la muchacha de pelo largo. Posiblemente, el suceso había inyectado veneno en su interior y, aunque alababa a Balís, planeó su venganza. La verdad es que no consideraba a Kiriakos capaz de llegar hasta el crimen, pero el alma humana es un misterio.

María había desaparecido en el viaje con la chica-órgano musical. Si mal no recuerdo, fue la primera que entregó el alma. Cuando se encontró conmigo en la *kánava*, María desconocía por completo el asunto. Dejó encima de la mesa del salón un candil

para Balís, para comunicarle su gran deseo. ¿Cuál era ese deseo? ¿Lo había dicho? No. ¿Era acaso la muerte del duende?

Adriana tenía móviles más graves. A través de la psicodelia se le había despertado un recuerdo horrible, una remembranza que había rechazado durante años. Las heridas se le abrieron de nuevo. Si continuaba confundiendo a Balís con su violador, habría buscado el castigo de aquél. Tal vez creía que así mitigaba el tormento de sus experiencias.

No obstante, si quisiera poner a alguien en el primer puesto de la lista, ese lugar lo ocuparía Katia. Su belleza mediterránea escondía un carácter fuerte e imprevisible. Era capaz de llegar hasta los extremos. No titubeó al desnudarse delante de Balís, al bailar como una loca y al identificarlo con el payaso de su edad adolescente. Me rechinaron los dientes al acordarme de su disfraz cuando entró en la *kánava*; el asesino que vuelve al lugar del crimen. Por otra parte, si Katia hubiera querido averiguar algo, no habría sido necesario proceder tan descaradamente, habría elegido una manera más sutil, más discreta. Una vez más se apoderaron de mí las dudas. Mi seguridad inicial se desvaneció.

Si el asunto llegaba a manos de la policía, el principal sospechoso sería yo mismo. Cuando me di cuenta del embrollo en el que andaba metido, empecé a sentir miedo. Yo nunca había tenido tratos con la policía. Difícilmente podría aguantar a los inquisidores, a sus fachas y sus insistentes preguntas: «¿Por qué estabas allí?», «¿Qué relación tenías con la víctima?». El pánico se adueñó de mí. Yo era el que tenía una relación más estrecha con Balís, el que vivía ahora en su casa y el que había descubierto su cadáver. Todas las evidencias me señalaban a mí. Me convertiría en

una pelota entre abogados, quienes me arrastrarían de un juicio a otro. El deterioro y el coste psíquico, así como la sospecha de que posiblemente me convertiría al final en un chivo expiatorio, me condujeron al convencimiento de que sería mejor mantener a la policía alejada de esta historia.

Me acordé de que yo había cerrado la puerta de la *kánava* aquella fatídica noche. Asprogenis, al mediodía siguiente, la encontró abierta de par en par. Alguien la había abierto desde dentro. Seguramente Balís o el asesino de Balís. A partir de este punto ya no me acordaba de nada. ¿Y si en mi interior se había despertado otra persona? ¿Un alter ego violento capaz de cometer un crimen? ¿Acaso la “voráquine” tenía consecuencias o síntomas que no se habían descrito? ¿Acaso provocaba alteraciones en el carácter de aquéllos que lo probaban? Me imaginé a la bestia despertar y arrastrar sus pasos por la *kánava*. Podría tener mi propia cara.

Recurrí de nuevo a los apuntes de Balís sobre el “guaje”. Como no refería nada, abandoné esta idea provisionalmente.

Sea quien fuese el que había trasladado a Balís a su finca, sabía que quería ser enterrado allí. Balís me lo había revelado a mí, posiblemente también a Kiriakos. Existía una alta probabilidad de que las chicas que llevaban mucho tiempo en la isla, Adriana y María, lo hubieran escuchado. Por el contrario, era imposible que Katia lo supiese. Retiré a Katia del primer puesto de los sospechosos y asigné a todos ellos la misma probabilidad.

Empecé desde cero.

Me acuciaba una nueva pregunta. ¿Cómo fue trasladado el cuerpo de Balís tan lejos, desde la *kánava* hasta la finca?

Seguramente se empleó algún medio de transporte, pero el recorrido desde la *kánava* hasta el aparcamiento del municipio estaba lleno de pendientes que bajaban y subían. Por muy delgado que estuviese Balís, se acercaría a los setenta kilos, peso que se incrementa en un cuerpo sin vida. Si había sido una única persona la que lo trasladó, debe de haber sido muy fuerte. A no ser que... no fuera una sola, sino dos o tres.

Surgió en mi interior una respuesta tan fulgurante como los fuegos artificiales.

A Balís lo habían matado las tres chicas juntas: María, Adriana y Katia. A todas ellas les hubiese resultado imposible llevarlo por sí solas, pero, para las tres juntas, sí que habría sido fácil. Por separado eran incapaces; mas, todas juntas, se convertían en un puño de hierro enfundado en un guante de terciopelo. Me colmó la indignación. Por un lado, Balís era un mujeriego; por otro, un misógino intratable. En algún momento había perdido a su chica, un bellezón que se disponía a repetir los errores de Balís, y desde entonces jugaba con las mujeres como el gato con el ratón. Algunas lo querían, seguro; y otras lo odiaban, aunque él creía que lo deseaban en secreto. Me imaginé a Katia, Adriana y María en la *kánava*, recuperadas, exasperadas por la escena que les había montado, humilladas por haberlas incluido en la orgía báquica, y decididas a resolver la situación. ¿Hasta ese punto, pues, había llegado la guerra entre los sexos? ¿Hasta el crimen? Hasta ahora se había limitado al terreno sentimental, que podía ser doloroso, pero no se cobraba vidas. Obviamente había suicidios, también crímenes pasionales y por honor, pero se hacían en un estado de exaltación. En este caso no se trataba de una acción casual, sino

de un crimen atroz y cruel. Si hubieran cometido algo semejante, por la Virgen que las delataría a la policía. Que se defiendan ante la justicia.

¿Qué grado de imparcialidad poseía yo al soportar semejante carga? ¿Cuánto de objetividad? Un nuevo pensamiento me nubló. ¿Y si los monstruos no se conformaron con su estrangulación? ¿Y si a continuación ejecutaron otro acto horripilante? ¿Le habrán cortado los genitales? ¿Lo habrán castrado? Entra en razón, dijo una voz en mi interior. ¿Crees que María, Adriana y Katia son capaces de consumir tal atrocidad? Empecé de nuevo a dudar. Mis teorías conspirativas se derrumbaron como una torre de papel.

Mi desvelo se prolongó hasta que los rayos de sol bañaron la terraza. No habían quedado muchos que pudieran amainar mi dolor. Asprogenis y Katia se habían ido; María era inaccesible, su novio le seguía los pasos; con Kiriakos no tenía el vínculo afectivo necesario. Solamente Adriana estaba disponible. En nuestros recientes encuentros habíamos conseguido ganarnos la confianza del otro. Una nueva amistad estaba a las puertas. Iría a verla y le revelaría todo. Compartiría con ella la pesada carga.

Encontré la casa de Adriana patas arriba. Las puertas y las ventanas estaban abiertas. En el interior estaba pintando un lugareño al que Adriana pagaba para que cuidara la casa cuando ella se ausentaba. Le pregunté por Adriana y me enteré de que se había marchado de la isla. Un día, me dijo, abrió las ventanas y expulsó a todo ser viviente del interior; abrió las jaulas del desván y liberó a los pájaros; él mismo tenía encomendada la tarea de entregar los animales del sótano al zoo que le había indicado, porque la dueña no quería volver a verlos.

—¿Dónde se fue? —pregunté.

—A la India, dónde si no. ¿Tú eres Yorgos Romas, verdad? Espera, me dijo que te diera algo.

Bajó del andamio y me trajo un bastón de madera de avellano. En su mango había un sobre blanco atado con un cordel. Contenía una nota. Tras su lectura supe que Adriana había ido a Rajastán, en la India, y luego iría a Katmandú, en Nepal. Se dedicaría a la compraventa de telas, según la nota. Tenía la intención de quedarse bastante tiempo y me enviaría postales a mi dirección de Atenas. Me daba las gracias por la conversación que habíamos mantenido el otro día, y me decía que no deseaba tener el mismo final que la vieja de los gatos. Cerraba la nota con su lema favorito: «Afortunado el que es feliz en la vida todos los días. Adriana».

Me apoyé en el bastón y volví a la *kánava*. Mis piernas no aguantaban más. Todos se habían marchado, me habían abandonado. Yo no era más que el último vestigio de un mundo que se acababa. El verano en Ía había terminado. Llegaba el invierno.

Capítulo 17

Un gorrión volaba frente a la puerta abierta de la *kánava*. Entró un momento en mi húmedo reino, me miró, y antes de salir, me dijo: «Mira mis alas. Puedo ir a donde quiera. ¿Puedes tú?».

No estaba en disposición de vanagloriarme de nada. Todo, lo pequeño y lo grande, se burlaba de mí, se reía de mí, conspiraba a espaldas de mí. Era débil porque me había apegado a la tierra, como una babosa que se arrastra en el barro.

Era un buen detective para las almas, pero un pésimo investigador del crimen. Extraía conclusiones que no conducían a ningún sitio. Me invadían sospechas que, a continuación, se demostraban infundadas. Desde que me había derrumbado, incluso el pensamiento de que alguien se hubiese pasado a ese otro lado de la realidad me parecía inverosímil. Aunque se hubiese visto dominado por demonios que le hubiesen dado la orden de ejecutar un asesinato, ese supuesto alguien no era más que un ser sin voluntad, una voz sin raciocinio; en definitiva, un irresponsable moral. Sin embargo, la probabilidad de que hubiese sucedido algo así era pequeña, por no decir ínfima.

Rechacé definitivamente la versión de que el crimen lo hubiera perpetrado uno de nosotros cinco. Los sospechosos no se aliaron para ocultar su secreto, ni tampoco desaparecieron de la faz de la tierra; seguían viviendo con normalidad y hablando de Balís como si viviera, como si fuera a regresar junto a ellos. No evitaban

mi mirada cuando se referían a él, ni vacilaban al decirme lo que sabían. Por supuesto, podrían estar fingiendo, nadie podía estar seguro al cien por cien; pero, en tal caso, todos debían de tener un talento extraordinario para la interpretación, debían de ser actores con un amplísimo registro. No, no, era improbable, solamente pensar en ello era ridículo.

Empecé a sopesar una nueva posibilidad. El asesinato lo había cometido alguien que vino después de nosotros. Llamó a la puerta de la *kánava* y Balís le abrió sin pensar en que le estaba dando paso a su condena. ¿Por qué le abrió Balís? Se encontraba en mitad de un viaje psicodélico, en una situación en la que sabía, por experiencia, que no tenía cabida un tercero. Una idea se fraguaba en mi cabeza. Balís abrió porque el que llamaba a la puerta era un conocido suyo, alguien en que confiaba. ¿Quién? Alguien lo bastante cercano como para que a Balís no le preocupara que lo viera así. Alguien lo suficientemente corpulento como para estrangularlo y luego trasladarlo lejos de la *kánava*. Alguien, finalmente, que se quedara poco tiempo en la isla y luego se esfumara.

Ante mí se formó la figura voluminosa de Asprogenis.

Todo lo relacionado con él me pareció un turbio y perfecto plan; su risa estruendosa, sus bromas, sus comidas, la facilidad con la que se mostró dispuesto a informarme de los psicotrópicos, y cómo me dejó creer que Balís tenía la costumbre de desaparecer. El infame me engañó como a un bobo, sí, eso hizo. Pero no sabía con quién tenía que vérselas. Llegaría hasta Costa de Marfil para dar con él y meterlo en la cárcel. Veamos, ¿cuál era la capital de Costa de Marfil? Mmm... Abiyán, creo. Otra vez caí en sus tontos juegos geográficos, que hasta parece que formaban parte de su plan.

Durante un rato estuve seguro de haber encontrado al culpable en la persona de Asprogenis. Lo único que me faltaba era el móvil. ¿Por qué mataría a su amigo? ¿Qué beneficio obtenía de ello? Pensé en la botellita con el “guaje”. ¡Eh, claro, era eso! Discutieron sobre el maldito filtro: «Dámelo», «No te lo doy». Hubo tortas y el pirata perdió el control; no fue consciente de su fuerza. Después de la bronca se encontró con un cuerpo sin vida en las manos, sin saber qué hacer con él. Lo enterró con presteza y empezó a planear su huida.

Por otro lado, si los acontecimientos se habían dado así, ¿por qué debía ser Asprogenis el culpable? Podría haber sido alguien que ni siquiera llamó a la puerta; alguien que esperó a Balís en la terraza, escondido en la oscuridad. Las chicas y Kiriakos no habían visto entrar a nadie en la *kánava*, o por lo menos, no recordaban a nadie. Podría haber sido cualquiera. Con su actitud provocadora, Balís se había granjeado numerosos enemigos. Eran muchos los que no lo tragaban y lo tenían entre ojos. Hipótesis podía hacer miles, pero, seguro, no podía estar de nada. Me faltaban pruebas concluyentes.

Entre tanto, un fuerte siroco dispersó la niebla que se había instalado sobre la isla. Por el norte se acercaban nubes borrascosas; el mar estaba tempestuoso; hacía un frío punzante. Por las noches nadie osaba salir sin cazadora. El sol aparecía y desaparecía por momentos; revelaba y ocultaba las heridas de ía.

Anegado en mi confusión, sumergido en mi torbellino de pensamientos y sospechas, hice algo absolutamente normal que me condujo a un filón de oro: pensé en dar una vuelta hasta la casa del tío Yakumís para despejarme y ahuyentar mi tristeza. Esa visita casual se reveló como la clave del asunto. Se confirmaba

una vez más el proverbio de que «los locos y los niños dicen las verdades»; y los viejos, ¿acaso no son niños pequeños?

Encontré a matusalén embalsamado en el mismo sitio en que lo había dejado, en la ventana de su casa, observando con ojos vigilantes cuanto sucedía en el callejón. Seguía con la ilusión de encontrar a una mujer que lo cuidara, y era esta ilusión la que lo mantenía en la vida. Genio y figura hasta la sepultura. Se alegró al verme y me recibió con gusto. Creía que me había ido de la isla sin despedirme de él, y, si lo hubiese hecho, Yakumís no me lo hubiese perdonado nunca. Preparó café en el cazo, lo dejó en la baranda y se arrellanó cómodamente en su sillón. Fue locuaz. Puede que las piernas no lo sostuvieran, pero tenía buena cabeza, no se le escapaba nada. Me habló de su sobrinito Nikolas, que había venido con su hermano desde Vúrvulos; de su hija adoptada Josefina, que quería que la llamasen Fifi, pero él le dejó claro que Fifi era un nombre de perro y la llamaría Josefina hasta su muerte, que tenía un nombre de emperatriz y ella lo estaba estropeando... Me habló también de Minas, la hija de la señora Vamvakía, que se había liado con ese de Salónica y la insensata había abandonado sus estudios, y que su madre por poco se muere del disgusto. Además, me comentó que su amigo Nondas se había puesto enfermo de cáncer y ahora estaba postrado en una cama, y que las personas no deberían llegar a tal estado de humillación. Finalmente se refirió a su barca, me dijo que sus hermanos la habían pintado recientemente y la habían dejado como nueva.

En cuanto llegó mi turno le dije que mis amigos se habían ido de la isla uno tras otro. Al escuchar el nombre de Asprogenis se enfureció, lo llamó tramposo y me enumeró con pelos y señales

todas sus deudas: cuánto debía al frutero, cuánto al carnicero, cuánto a la cordura, y también cuánto al enamoradizo que tenía la taberna de abajo, en la calle, que había dejado que Asprogenis hiciera y deshiciera sin saber lo que tramaba. Sin embargo, apenas escuchó el nombre de Balís, exhibió una amplia sonrisa y dijo que no me preocupara.

—Vino su chica. Lo cogió y se fueron. No te inquietes por él. — Sentí un pinchazo en el corazón.

—¿De quién hablas? —pregunté.

—De esa que tiene el pelo hasta las nalgas. Pasaron por aquí la otra noche. Andaban el uno al lado de la otra, como los bueyes.

¿A quién se estaba refiriendo? Durante un momento mi cabeza se quedó paralizada. Cuando arrancó de nuevo me di cuenta de que hablaba de Rea, la heroína de pelo largo de la primera noche. Supuse que Yakumís aludía a alguna otra noche anterior, y le pedí que me dijera de qué noche hablaba, si se acordaba, claro está, ya que había pasado bastante tiempo desde entonces. El anciano me puso una cara larga porque yo no confiaba en su memoria. Dijo que su coco estaba en su sitio, que era un lince, y que se acordaba hasta de los zapatos que yo llevaba la última vez. Luego me explicó que a Balís y a su chica los vio...

—...aquella vez en que el maldito provocó el terremoto. Fue entonces cuando cayó la roca en Armeni.

Mudé de color. Mi corazón palpité con tanta fuerza, que pensé que Yakumís iría hacia la puerta creyendo que alguien tocaba. El anciano se refería a la noche de la sandía en el «Mama Africa» y la sangría psicodélica en la *kánava* de Balís. Lo estaba mirando con los ojos fuera de las cuencas. Al verme en este trance, Yakumís se asustó y empezó a santiguarse, a susurrar para sí mismo, y

a santiguarse otra vez. Intenté justificar mi perplejidad, pero, conmocionado como estaba, balbucí algo ininteligible. Al final conseguí decirle que mi amigo se encontraba ausente desde hacía tiempo y me estaba preocupando, y que por eso me veía así.

Yakumís probó de nuevo a tranquilizarme. Me dijo que Balís estaba con su muchachita, con su amante, y no tenía tiempo para pensar en sus amigos. Se acordaba bien de aquella noche. Había ocurrido algo que no lo dejó dormir. Detrás del techo de la casa de enfrente —una casa de capitanes en ruina— se había posado un búho que ululaba. El búho es el ave de la sabiduría, pero también de la muerte, me dijo. Su ulular es un treno que anuncia la muerte. Alguien había llegado al final del camino de la vida. Yakumís se asustó, porque creyó que la Muerte lo buscaba. Todavía no era su hora, no había encontrado a su fulana. Salió de la casa y empezó a tirarle piedras al pájaro; pero nada, la lechuza siguió ululando detrás de las ruinas, y a Yakumís le fue imposible cerrar los ojos. Encendió las luces de la casa y se sentó a la espera del amanecer. Fue entonces cuando pasaron por el callejón los dos atarantados. Andaban cogidos del brazo, se reían y decían disparates. Uno era Balís, borracho como una cuba; la otra era la muchacha, a la que había visto antes, en verano, y le había llamado la atención su pelo. Le recordaba otra época, casi olvidada. Las muchachas de su generación tenían el pelo así, no se lo cortaban nunca, según decía. El tiempo pasó, amaneció, y el maldito pájaro de la casa de enfrente se marchó. Al día siguiente Yakumís esperaba oír que las campanas doblaran, prueba de que a alguien se lo había llevado la Muerte. No las oyó y se extrañó.

—¿Sabes si han enterrado a alguien sin funeral? Se quedará incorrupto. ¡Vaya por Dios! La tierra no lo va a aceptar.

Así que Rea había regresado. Rea... Una tras otra las teselas del mosaico se colocaban en su sitio. Eso significaba que Balís estaba vivo cuando salió de la *kánava*. Se había encontrado con Rea, que, como parecía, había venido en algún momento de la noche. Pasaron por el callejón de Yakumís, cogieron un coche —posiblemente el todoterreno— y fueron a la finca de Balís. La delicada criatura había ahogado a su amigo y después lo había enterrado. ¿Por qué? Me asaltaron nuevos interrogantes y la persona más adecuada para darles respuesta era la del pelo largo. Tenía que encontrarla de cualquier manera.

¿Dónde podría estar?

Me acordé de que, cuando estábamos sentados en Ammudi, Balís me había dicho que Rea se encontraba en Patmos. Mmm... en Patmos. A todas luces estaba más cerca que Abiyán. ¿Y si no se hallaba allí? Donde estuviese, la encontraría. La buscaría por todas partes, empezando por Patmos. Me quité un peso de encima y acarree otro, más pesado.

Me despedí de Yakumís y fui directamente a la agencia de viajes, en la calle principal de Ía. Pregunté por los itinerarios de los barcos. Había uno que salía hacia Patmos al día siguiente, por la mañana, y saqué un billete. De vuelta a la *kánava* me encontré con Kiriakos por la calle. No reaccionó cuando supo que me marchaba; además, él haría lo mismo en breve. La gente se había dispersado, el pueblo se vaciaba. El frío, que arreciaba cada vez más, estaba echando a los últimos que quedaban. Las aves migratorias emprendían el vuelo hacia climas suaves para invernar. Kiriakos me contó que el día anterior había mandado a Atenas un adelanto para el sintetizador de sus sueños y no veía el momento de recibirlo. Nos dimos nuestros números de teléfono, aunque en el fondo sabíamos que sólo la casualidad haría que nos volviésemos a ver.

Los compañeros de María, en la tienda donde trabajaba, me informaron de que la niña de los poemas —y no de las cerillas— se había cogido una semana de descanso. Estaba con su novio en Amorgós. Seguramente volvería, porque había dejado sus cosas aquí. No me quería ir así, sin decirle adiós. Puede que fuese una cobarde y una reprimida, pero habíamos pasado juntos momentos preciosos. Me senté y, mirando hacia el volcán, le escribí una nota. La metí en un sobre, lo cerré, y se lo dejé a sus compañeros para que se lo dieran a María. Escribí lo siguiente:

Encontraré al arcángel que me espera. Ahora, más que nunca, lo necesito. Llevará mocasines y estará furioso, no será plácido y virtuoso. Pasará por el Mar Egeo y me entregará su copa de plata y su arpa. No, mi arcángel no es un iniciado, le aburren esas cosas. Es osado y, en el fondo, tiene miedo. Cultiva mirtos y tiene escamas en lugar de alas.

Reservé un taxi para que viniera a recogerme al pueblo por la mañana. Volví de nuevo a la *kánava* y guardé mis cosas. Puse el despertador a las seis. El colchón recibió mi cuerpo con un dulce calor, como si supiera que lo estaba honrando por última vez. Dormí profundamente; por fin, un reposo reconfortante. Cuando la alarma del despertador me hizo dar un salto, tenía viva delante de mis ojos la última imagen de mi sueño. Me hallaba, según recuerdo, tumbado en un vagón, mientras el tren estaba a punto de adentrarse en el túnel de una montaña que lo esperaba como un dragón con las mandíbulas abiertas.

La niebla matinal me envolvió cuando salí de la *kánava*. Nubes espesas atravesaban el pueblo. El taxi me estaba esperando en el punto

acordado, con el motor encendido. Solté mi mochila en el maletero y entré en el coche. La niebla entró conmigo. El taxista iba despacio y con los faros encendidos. El vehículo se convirtió en un barco que navegaba en el vacío. Cuando salimos del pueblo, la niebla desapareció. Ía se reveló con toda su grandeza; era una princesa, incluso en su último acto. Su punto más alto se distinguía como una cabeza de sangre azul rodeada de encajes, con la niebla que se movía mimosamente a su alrededor. Me había organizado un pequeño homenaje de despedida, porque yo, que estaba de paso, me había convertido en parte de ella, en una esquirra más de ella. Saqué la mano por la ventana del taxi y le envié un saludo.

Capítulo 18

Creía que la pequeña extensión de Patmos haría más fácil mi misión. Aparte de de Jora y el puerto de Skala, estaban sólo las pequeñas poblaciones de Kambos y Grigos; eso era todo en la isla. Las indicaciones me conducían a Jora, con sus casas señoriales y el monasterio fortaleza, que aparecía de manera despótica por encima de ellas. Era un lugar purificador, ideal para el recogimiento y la reflexión, y conveniente para personas como Rea, que esperaba a que pasara la tormenta para ver qué hacer.

No me fue difícil encontrar una habitación en el barrio de Aporcianá, en Jora. Paseé por los callejones por si encontraba lo que andaba buscando, pero no tuve suerte. Al final me senté en una pequeña taberna de la plaza Ayaleviá —nombre que procede de la Santa Lesvía de los cretenses—, donde devoré un pollo y bebí vino tinto mientras hacía asociaciones de ideas con su nombre.

En la isla quedaban poquísimos turistas; ya era hora de que terminara este toma y daca. Vi solamente a unos peregrinos alemanes que iban a la cueva del Apocalipsis, y a un grupo de estudiantes italianos de teología que se dirigían a la Escuela Patmiada. Por lo demás, las callejas de Jora estaban vacías. Raramente veía a alguien que arreglara o blanqueara indolente su patio. Después de la excitación del verano, Patmos recuperaba la serenidad propia de su carácter introvertido.

Los tres primeros días pasaron sin que encontrara en ninguna parte rastro de Rea. Casi me vuelvo loco. ¿Dónde se escondía? ¿Se habría ido antes de que yo llegara? Si hubiese huido a alguna de las islas cercanas, sería imposible dar con ella; como buscar una aguja en un pajar. Cerca de Patmos se situaba Leros; al sur, Kálimnos, la isla de los pescadores de esponjas; Naxos y Lévizos al oeste; Samos, Ikaria y Furni cerca de la costa de Asia Menor. Quizá Rea había huido a alguna de estas islas, quizá el pajarito ya había volado. No obstante, mi instinto me decía que insistiera. Lo escuché y me recompensó.

Al cuarto día la vi, de repente, un mediodía que había bajado hasta Skala para comprar tabaco. La vi correr entre los transeúntes para coger el autobús. Su pelo ondulaba como una tela brillante en la copa de un árbol; la distinguiría entre miles de personas. Me quedé de una pieza nada más reconocerla. Le dejé la vuelta al quiosquero y me apresuré a entrar en el autobús.

Arrancó con destino a Kambos. Había unos diez pasajeros, lugareños en su mayoría que volvían de sus trabajos. Rea estaba sentada delante; yo le veía la espalda, cubierta con aquel precioso pelo. Había tenido la impresión de que era negro, pero en aquel momento me di cuenta de que le brillaban unas mechas castañas. Miraba hacia fuera, abstraída, perdida en sus pensamientos. Cuando entré, me vio, pero no dio muestras de que se acordara de mí. Nuestro accidentado encuentro en Ía había discurrido bajo condiciones en absoluto apropiadas para retener mis rasgos. Aun teniéndome delante de los morros, como suele decirse, no repararía en mí. Este hecho me lo facilitaba todo, tenía la ventaja de planear mis movimientos con cuidado. ¿Cómo me acercaría a ella? ¿La abordaría por sorpresa o la iría conociendo de manera que pareciese normal?

¿Le revelaría mi identidad y la acusaría del asesinato de Balís, o la engañaría fingiendo ser un turista? En el primer caso se defendería y lo negaría todo. En el segundo, posiblemente se sinceraría y se quitaría la máscara. Solamente así sabría la verdad.

Cuando el autobús llegó a la última parada, Rea se colgó en el hombro una mochila de color salmón y se apeó. Con paso rápido marchó por los callejones y salió del pueblo. La seguí desde lejos a pesar de que no estaba preparado para algo así. En poco tiempo se había alejado de la población. Iba detrás de ella, pero llegó un momento en que no hice ningún esfuerzo por esconderme; era inútil. La situación se me antojaba como a un santo Cristo un par de pistolas. Fingiría que era también un turista y la seguiría, siempre a distancia. El calor era asfixiante y el sol me daba en la cabeza. ¡Qué mala suerte! Me había dejado el sombrero y las gafas en la habitación de Aporcianá. Tenía la sensación de que la habitación estaba muy lejos de aquí, a decenas de miles de kilómetros. Nuestros pasos por las piedras rompían el silencio. De vez en cuando se oía el sonido de un lagarto que corría a esconderse. Pero ¿dónde iba? ¿Acaso intentaba apartarme, arrastrarme al desierto?

Abrasado, con los ojos quemados por el sol, continué persiguiendo la mancha oscura del fondo. Estaba mareado y arrastraba los pies. La boca se me había secado. Agua... Mi reino por un vaso de agua... Un vaso de agua que llenaría y volvería a llenar.

—¿Quién eres? —la escuché decir.

Di un brinco.

Me estaba esperando a los pies de una colina. En mitad del desierto había encontrado un árbol, el único, y aguardaba mi llegada bajo su sombra.

¿Y ahora qué?

En la mano sostenía una cantimplora de agua. Acababa de beber y todavía le goteaba agua de la boca. Se secó con la mano.

—¿Me estás persiguiendo o te has perdido tú también? —me preguntó, y sin querer me estaba ofreciendo una excusa.

—Agua... Por favor, un poco de agua —dije de manera bronca.

Era lo único que me importaba. Me acerqué a ella y resguardé, por fin, mi cabeza bajo la sombra. Me dio de beber, pero no de su cantimplora. Abrió la mochila y sacó una botella de agua. Estaba como la orina debido al calor, pero a estas alturas... Era el agua más dulce del mundo. Le devolví la botella medio vacía. La miré. Llevaba sombrero y gafas negras, y se había recogido en una cola su catarata de pelo para no acalorarse. Se había sentado encima de un peñasco con las piernas abiertas y las puntas de su vestido de flores lamían la tierra.

—¿Entonces? —demandó con impaciencia.

—¿Quieres saber quién soy?

—Si no es mucha molestia.

—Soy un turista —dije, mostrando indiferencia—. Un viajero. Me gusta ir a diferentes lugares, conocer gente y escuchar sus historias. Las escucho y las escribo.

—¿Dónde? ¿En papel?

Consideré la pregunta innecesaria, por eso le respondí así:

—No, las grabo en placas para que se salven de una catástrofe nuclear.

Algo brilló en el fondo de sus ojos.

Estaba fascinado. Me sorprendí a mí mismo examinándola cuidadosamente. Su belleza era impresionante, seguramente una

de las mujeres más hermosas que había visto. Su apariencia incitaba a los superlativos, que, a mis ojos, sin embargo, la hacían más peligrosa aún. No era más que el diablo transfigurado. Sus manos blancas, con dedos largos de pianista, sustentaban su mentón. Se mostraban muy inocentes para ceñirse alrededor de un cuello, muy delicadas para oprimir con rabia, muy candorosas para matar. Y, pese a todo, la tierra se estaba comiendo a una persona y los responsables eran esos dedos. Me recuperé. Tenía que engañarla.

—Es la primera vez que vengo por aquí —me justifiqué—. Cuando te vi, decidí seguirte. Creí que tú conocías algo, que habrías descubierto alguna que otra playa.

La chica se rió y su risa me pareció, cuando menos, insidiosa. Se quitó las gafas y miró a su alrededor. Me fijé una vez más en que sus facciones estaban bien labradas, artísticamente esculpidas.

—Equivocación. Me seguiste hacia una equivocación —se burló—. Realmente estaba buscando una playa, pero parece que me he perdido por el camino. Me habría vuelto si no te hubiera visto detrás de mí. Yo también pensé lo mismo: como va más gente, algo habrá por aquí.

No sé si la mueca que esgrimí se asemejaba a una sonrisa. No debía dejar que me arrastrase, era astuta. No debía dejar que me confundiese, era taimada. No debía darle a entender que la buscaba, era capaz de todo. No debía... No debía... Entonces, ¿por qué me había quedado observándola como un merluzo? Aparté de ella mi mirada. ¡Basta ya! Había mujeres mucho mejores que ella. Me acordé de nuevo de María, con su ternura y su frescura; de Katia, con su erotismo dinámico y terrenal; de Adriana, con su sensualidad y el halo de misterio que la envolvía. Las tres eran

únicas. Sin embargo, si, como otro Paris, diera a alguna la manzana, ésta terminaría en aquellos estilizados dedos. La ganaría la cuarta diosa, la que esperaba escondida en la penumbra. Una diosa del mundo de Hades, más hermosa e incomparablemente más inescrupulosa que las demás.

—Ya que hemos llegado hasta aquí —añadió Rea—, sólo podemos hacer una cosa: seguir hasta donde podamos. No veo otra solución. El mar no debe estar lejos. El aire se ha vuelto salado.

No pude estar más de acuerdo. Apreté los dientes. El animal ciego de Némesis me ayudó a levantarme, a salir de la sombra. Me consolaba un pensamiento: ya estaba dado, al menos, el primer paso. Un poco de descanso y una jarra de agua pondrían las cosas en su sitio; pero primero debía desterrar de mi mente sus manos, que la habían rodeado como si fuesen tentáculos y mantenían apesado mi pensamiento.

Proseguimos juntos el camino.

—¿Lo oyes? ¿No es una gaviota? —advirtió Rea poco después—. El sendero se estrecha. Te aseguro que después de esa curva vamos a ver el mar.

—Vaya, ¿es que no te llega el olor de la sal? Casi se nos embota el olfato —le reproché y enseguida me arrepentí, porque me miró con recelo. Debía ser cauto y no reprobarla antes de confesar.

El sendero conducía realmente al mar, a una aldea de pescadores. La luz del sol resplandecía en los techos de las casas, en la plaza vacía y en los patios desiertos. Dispersas a lo largo de la playa había unas diez casitas, que, bajo el calor sofocante, parecían un espejismo.

—¡Mar, mar! —celebró Rea—. A mí dame el mar y llévate mi alma. ¿Te das cuenta? Algo me atraía hacia aquí.

La aldea parecía deshabitada. Las compuertas y las contraventanas estaban cerradas, y las puertas echadas con llave. Bajo un cobertizo, en la plaza, vimos sillas atadas y apiladas una encima de la otra. Parece que, durante el estío, la casa se convertía en una cafetería, en una tienda, puede que en una frutería, o en general, en cualquier cosa que necesitara este pueblo en miniatura. Ahora no había ni un alma. El lugar estaba paralizado, como si le hubiera sobrevenido la muerte.

—Es mediodía, posiblemente estarán durmiendo. Alguien aparecerá... qué diablos —dijo Rea sin estar segura.

Nos dispersamos. Uno fue hacia un lado del pueblo y la otra hacia el otro extremo. Subimos a los balcones, saltamos a las terrazas y gritamos a voz en cuello para que nos oyera alguien.

Silencio.

Nos reencontramos en el embarcadero. Era el único sitio que conservaba vestigios de vida. Había redes y sedales para el palangre depositados aquí y allá.

—No olvides que es otoño, octubre —advirtió Rea—. Tú, si tuvieras una casa aquí, ¿te quedarías en esta estación? Creo que no. Después del Quince de Agosto, digamos a principios de septiembre, lo recogen todo y llevan sus niños al colegio. ¿Qué pueden hacer aquí, en el desierto? ¿A que es normal?

—A mí me preocupa otra cosa. Nosotros llegamos aquí al tuntún. No seguimos ningún camino ni tampoco nos encontramos con nadie. ¿Cómo se comunica este poblado con el resto de la isla?

—Por mar —repuso, señalándome el extremo de la caleta—. Hacia aquí vendrán las traineras para el abastecimiento. Y es posible que tengan hasta sus propias barcas. Pero ¡qué digo!,

seguro que las tienen. Se las han llevado de aquí para protegerlas del mal tiempo. Ahora las tendrán en algún muelle de Skala.

La soledad no hacía decaer el entusiasmo de Rea. Se comportaba como una niña, como si hubiese encontrado el paraíso perdido. Se quitó los zapatos y empezó a caminar por la arena canturreando una melodía. Yo también dejé de hacer cálculas, de planear mis próximos movimientos. Me senté en el extremo del embarcadero y metí los pies en el agua para refrescarlos. Me habían salido ampollas en la planta de los pies. Mi estado de ánimo era, más bien, sosegado, y mostraba dejadez para captar los olores y mensajes del lugar. Nada subversivo. Absolución de los pecados en una olvidada aldea de pescadores, en un refugio blanco.

—Podemos hacer lo que queramos. ¿No es irritante? —dijo Rea, y se allegó a mi lado soltándose el pelo de la cola.

Con el pelo suelto se parecía a un ser mítico del mar, a una nereida. Cumplía con un rito dedicado a aquella catarata interminable, era su fetiche. De vez en cuando la veía mojarse el pelo, secarlo al sol, atusarse cada mechón, hacerse una trenza y apretar su cabellera dentro de un gorro para meterse en el mar. Veía como el pelo le cubría su cuerpo desnudo cuando estaba durmiendo, y esa imagen no va a desvanecerse de mi mente. Dormía como la parió su madre y su pelo era su sábana. Se acurrucaba en posición fetal y no dejaba ni un ápice de su carne a la vista. Una superficie lisa como la seda que la protegía de la mirada aviesa, de la mirada furtiva, del ardor de otros ojos, como los míos.

El sol declinaba y ninguno de los dos teníamos ánimos para una nueva caminata. Decidimos ocupar una de las casas. Rastreamos el lugar en busca de algún hueco o una entrada abierta. Un fracaso. Todo estaba cerrado a cal y canto. Ejecutamos entonces actos

más ilícitos. Franqueamos una puerta rompiendo el candado y entramos en una casa espaciosa.

En su interior nos esperaba una sorpresa. El suelo estaba lleno de pájaros muertos. Con las alas pegadas al cuerpo, los picos cerrados y las uñas osificadas, parecían juguetes de madera. Cogí un pájaro y lo observé.

—Lechuzas —dije para mí—. Lechuzas muertas. No lo entiendo. ¿Las disecaron y se las dejaron?

—Serán restos de rituales negros. Vudú — afirmó Rea, que no solamente no se había asustado, sino que tenía ganas de bromas.

Buscamos las demás habitaciones. Una sala de estar, una cama, un montón de mantas, sábanas y fundas de almohadas, una cocina pequeña y una bañera atestada de arañas. Abrí las ventanas para purificar el aire.

—Ven a ver algo —escuché la voz de Rea—. Creo que he resuelto el misterio.

Había ido a un extremo de la sala de estar y me estaba señalando la chimenea.

—Caen por aquí. He escuchado que en algunos sitios obstruyen las chimeneas cuando se marchan, porque las lechuzas acostumbran a colarse por ellas en busca de comida. Luego no pueden salir y mueren de inanición. Parece que los propietarios olvidaron tapar la chimenea. O puede que pusieran algo y el viento se lo llevara.

Una vez desentrañado el misterio nos pusimos manos a la obra. Para la puesta del sol la casa ya era habitable. Rea recogió los pájaros y los enterró en la arena. Más tarde abrió su mochila y sacó un sándwich. Lo partió en dos mitades y me ofreció una. Teníamos un hambre de lobo. Comimos y esquilamos las botellas de agua.

Los ojos me escocían todavía. Necesitaba tiempo; tenía que poner en orden mis pensamientos. Dejé que Rea durmiese en la cama y yo me acomodé en el sofá. Antes de que me alejase cogió mi mano, la apretó y me pidió que le contase un cuento para dormir. Me quedé de una pieza, pero le concedí el favor. Si quería ganarme su confianza, debía acallar mis recelos cuando estaba con ella. Le narré una aventura de *Huckleberry Finn* hasta que su respiración se volvió más pausada. Después me desprendí de sus dedos, los miré durante bastante tiempo y me fui al sofá.

Me dormí profundamente y me desperté cuando el sol entró por la ventana abierta. Era un día soleado, impregnado de colores cálidos. Me incorporé frotándome los ojos. Pasé el tiempo intentando acostumbrarme al silencio. No se oían pasos ni conversaciones, nada que procediese de quehaceres humanos; ningún sonido aparte del rumor de las olas. La aldea de pescadores reposaba al sol como un estibador holgazán del puerto. El calor asfixiante del día anterior había remitido un poco. Octubre es el mejor mes en las islas griegas. El mar tiene una temperatura ideal y te permite estar sentado en la playa durante horas sin quedarte helado. Además, está limpísimo, porque los que lo ensucian han regresado a su inmundicia. Los vientos del norte han cesado y el único viento que sopla es el de la libertad.

Rea se había puesto su bañador y entró en el mar. Estaba sentada donde no cubría, en la postura del loto. A su alrededor había un lienzo de colores suaves que se esfumaban con la neblina del mediodía. El único elemento intenso era la presencia femenina que permanecía inmóvil en el agua. Cuando me vio, me hizo saber que había resuelto el problema de la sed. Había descubierto un

pozo en un patio. El agua era salobre, pero se podía beber, no pasaría nada. Ahora quedaba zanjar el problema de la comida.

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes la intención de quedarte? —le pregunté sorprendido.

—¿Por qué, tú pretendes volver? ¿Echas de menos la civilización? Si quieres, vete. Yo, de todas maneras, me quedaré.

Si se quedaba Rea, me quedaría yo también; no había otro camino. Mis pasos seguían los suyos. Nuestros destinos se habían enredado como la morralla en una red de pesca. Le pregunté qué íbamos a comer y me contestó:

—Mira.

Sus manos se cerraron como un cepo y atraparon un pez pequeño que pasaba por en medio de ellas. Lo sacó rápidamente fuera del agua y lo metió en un cubo mientras aquello aleteaba. Había capturado un montón, una buena pesca. Estaba muy acostumbrada al agua, la consideraba su segunda casa. Siempre había estado, me dijo, cerca del mar desde que era pequeña. Ella y su pandilla de verano se habían especializado en tres cosas: la primera era despegar lapas de las rocas; la segunda, recoger conchas para escuchar el murmullo del mar; la tercera, coger peces con las manos desnudas.

—Te enseñaré a ti también. No es difícil. Aquí hay muchos peces, y lo mejor de todo es que son confiados.

Me enseñó cómo poner las manos en el agua y cómo estar preparado e inmóvil mientras esperaba el pez. Incluso debía contener la respiración, porque el más mínimo movimiento lo ahuyentaría. Después de atrapar el primer pez, la captura del resto me pareció un juego. Llevamos la pesca a la cocina de la casa

que ocupábamos. Había una parrilla, pero no carbón. Tuve que desvalijar la cafetería de la plaza para utilizar el carbón. En poco tiempo el almuerzo estuvo listo. Nos pareció riquísimo y, para calmar la sed, nos bebimos un barril de agua.

Animados y saciados, sacamos al sol las sillas y las mesas de la cafetería y protagonizamos una actuación improvisada. Rea se ató a la cintura un delantal blanco y se allegó hacia el cliente con su libretita para preguntarle por la comanda.

—Buenas tardes, señor. ¿Ha decidido qué quiere tomar?

—Todavía no. ¿Me dice qué hay?

—Huy, hay de todo como en botica. Le sugiero langostinos con ensalada de temporada. O salmón ahumado con caviar negro. Todo ello acompañado de vino blanco. Pero si quisiera degustar algo aparte del marisco, le recomendaría una verdadera delicia. Murciélago del Caribe. Lo cocina a la brasa nuestro chef de Guadalupe.

—Me deja impresionado. ¿Puede decirme más sobre esa delicia?

—Faltaría más. Su carne se parece a la del conejo. Lo servimos aderezado con *curry*. Es una maravilla. Me lo agradecerá.

—Me ha convencido, señorita. Mi paladar me hace ansiar ya ese sabor excepcional.

—¡Oh, qué bien habla usted! ¿Puedo saber su nombre?

—Me llamo Gustave de Lamartine. Soy médico, cirujano. He practicado operaciones a corazón abierto, pero dejé de hacerlo, porque mis manos temblaban a causa de la bebida. ¿Y usted cómo se llama?

—Wisla Simbuskia. Soy cantante del espacio infinito. Nosotros, los seres de mi raza, provenimos de Alfa de Andrómeda. Nos gusta embadurnarnos con barro y escuchar la música de las esferas celestes.

Rea se ponía mil caretas e interpretaba con soltura miles de papeles cambiando su expresión y su voz. Sí, Rea era una gran actriz, tanto en el escenario como en la vida. Actuaba como la presidenta de la isla y hacía unas propuestas surrealistas, y yo, como concejal, reaccionaba y amenazaba con manifestaciones. Terminamos jugando a las tablas reales hasta la medianoche y, encima, nos peleamos acusándonos el uno al otro de tramposo.

Más inusualmente que nunca, me introduje al día siguiente en otra casa y descubrí una habitación infantil con un montón de golosinas: soldaditos de plomo, puzles, un monopoli, aviones desmontables y acuarelas. El baúl estaba lleno de cómics y clásicos ilustrados. Cogí uno, *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, traducido por Vasilis Rotas. A continuación hice con papel dos orejas de burro grandes, me las puse y me presenté delante de Rea. En cuanto me vio se echó a reír. Fingió ser Titania, y yo, Fondón, al que los duendes del bosque habían convertido en asno.

—¡Hin! Despierta.

—¿Quién es el ángel que me despierta? Oh, dioses del bosque, ¿habéis traído vosotros ante mí a este extraordinario ser? ¡Qué exquisito olor desprendes! ¡Qué excepcionales orejas! ¡Qué hermoso mentón con suave pelusilla!

—¡Hin, hin!

—Oh, dulce voz, mejor que la del ruseñor. Ven a mi lado en el lecho de flores. Déjame que te engalane con ellas la cabeza, que te arrulle con besos y que te duerma en mi regazo.

Rea estaba en su mejor momento. Quería gritar y saltar de alegría. Se preguntaba por qué la alegría es una emoción que nos hace sentir culpables. ¿Por qué tendemos a ocultarla, a no

revelarla? En su opinión, esto tenía relación con la educación de cada uno. Decía que todos éramos hijos del saber a medias. Ella misma había crecido creyendo que «bueno y honesto» significaba ingenuo, y fue necesario llegar hasta aquí, donde estaba ahora, para saber que significaba inteligente.

Empezó a evidenciarse gradualmente. Era natural. Por muy sociales que seamos, existe un lugar en lo más profundo de nosotros en el que permanecemos solos. El miedo a ese lugar es el fracaso, esto es, la locura. Cuando cobramos conciencia de nuestra soledad, vemos el mundo con ojos distintos. Y cuanto más se ahonda en la relación, lo que sigue contiene más pinceladas de comunicación sincera.

Recuerdo a Rea hablando, ruborizada, sobre las relaciones amorosas.

—Para mí el amor está cerca de la muerte —decía—. Te lleva al extremo, a tus límites. Cuando me enamoro, soy capaz de morir por el otro. De prender fuego, de quemarme para mostrarle mi amor. Las otras relaciones, ésas a las que llaman convencionales, me cansan. No las aguanto. No son más que juegos, como esos a los que jugábamos antes. Cada uno interpreta su papel. Y lo interpreta bien, porque no tiene ningún otro que representar. Se le da y al final lo toma en serio. No se enamoran todos ellos. Van de aquí para allá con un vacío en el pecho. Puede que los más sensibles lloren un poco antes de dormir, y ahí se queda todo. Los demás dicen: «¡Qué más da!», y siguen adelante.

Es obvio que tuve muchas ocasiones para hacerle hablar sobre Balís; sin embargo, no las aproveché. No quería conducirla con ardides hacia la verdad. Quería que la dijera por sí sola, con

naturalidad. Verdad es una señora que se esconde en la cueva que hay detrás de nuestras falsas impresiones. No tiene ropa y le da vergüenza mostrarse ante la gente. Tienes que entrar en la cueva, cogerla de la mano y conducirla hacia el exterior. Pero ¿está la gente preparada para verla cara a cara, desnuda, aun llamándose Verdad?

A continuación interpretamos papeles de la vieja cinematografía griega en blanco y negro: *To kopoidaki tis despinidas* (El títere de la señorita), *I Stella* (Stella) y *O drakos* (El ogro de Atenas). Montamos todo un espectáculo en un lado del embarcadero cantando *Pos ton len ton potamó* (Cómo se llama el río). Y cuando representamos todos los papeles, nos retiramos. Sólo había quedado el último papel y el más difícil: el de nosotros mismos.

Capítulo 19

Unas nubes rojizas se habían cernido sobre el sol. El agua había tomado un color carmesí y burdeos, y se aproximaba al morado de las berenjenas. Gran parte del cielo estaba negro como la boca de un lobo. Las gaviotas volaban bajo. El ancho mar estaba embravecido y el viento se lamentaba sobre él como el sufrido hijo que regresa del extranjero para contarle sus penas a la mamaíta.

Rea estaba flotando donde no cubría como si estuviese crucificada. Se hallaba en su elemento. Pasaba muchas horas cada día metida en el agua. Estaba desnuda, como yo, además. Ya hacía días que nos habíamos despojado de la ropa y andábamos todo el tiempo en cueros. El traje de piel se había revelado como el fármaco más antierótico porque había hecho desaparecer la curiosidad que nos atrae hacia el cuerpo del otro. Habíamos establecido un acuerdo tácito: evitar completamente la zafiedad.

Me metí en el agua y me acerqué a ella. El agua estaba caliente, como lo había estado también en los días anteriores. Rea seguía flotando relajadamente. La zona de su abdomen estaba estriada por los sucesivos partos, algo que, sin embargo, ensalzaba incluso más la intachable belleza de su rostro. Su postura era sensual, en absoluto obscena. Cuando me vio, se incorporó. Se apoyó en el fondo, al término del lecho de arena, en el punto en el que el mar se hace súbitamente más profundo. El agua le llegaba por los

hombros. El pelo se le extendía a su alrededor como tentáculos. Si alguien la hubiese visto desde lejos, habría creído que las olas habían arrastrado hasta la orilla una medusa gigante. Estaba afligida; sus pensamientos se habían reunido en la arruga vertical situada entre sus cejas. Ella quería hablar, no se aguantaba, y yo lo sentía. El momento de las revelaciones había llegado.

—Bueno, ¿no me vas a preguntar qué pasó? —inquirió lentamente.

El estómago se me encogió.

—¿A qué te refieres?

—A Dionisis.

Fingí desconocimiento.

—¿Quién es ese?

Se exasperó.

—Venga ya. Deja el teatro. No hay razón para que nos ocultemos. Te esperaba. Sabía que vendrías. Siempre viene alguien.

—¿De qué estás hablando?

Me miró directamente a los ojos.

—Sabes de lo que estoy hablando. No te hagas el tonto. Te vi colocado aquella noche en la *kánava*. Me acuerdo de ti. Fui a tomarte el pulso para comprobar si vivías. Estabas peor que los otros. Muy pálido. Dormías con los ojos abiertos.

No tenía sentido seguir fingiendo.

—¡Ah, sí! Hablas de aquello con Balís.

—No le digas Balís —me espetó exaltada—. No sé qué le entró para que quisiera que lo llamaran así. Para mí fue siempre Dionisis. Tenía la manía de cambiar los nombres... Tampoco yo me libré. Me llamaba Albana. Ignoro el porqué, le dio por ahí.

Recordé el trozo de papel que había encontrado en los libros de Balís. Lo tenía en la habitación de Aporcianá. Decía que bebía por su demonio, Albana, por la felicidad o la infelicidad que le causaba. Un interrogante menos.

—“Tenía”, “era”, “me llamaba”... —enfaticé—. Te refieres a él en pretérito, como si no viviese.

—Por supuesto que no vive.

Su cinismo me puso los pelos de punta. Cerca estuve de agarrarla por la melena. No, debía refrenarme. No le arrancararía la cabellera ni tampoco le clavaría los dientes en el cuello a pesar de que sentía que mis colmillos se alargaban y yo adquiría el aspecto de un hombre lobo. Las nubes que cubrían el sol se volvían más siniestras. Tenía la sensación de que el mar nos vigilaba. Logré mantenerme sereno para darle tiempo a que se explicara. Sonriendo, me dijo:

—¿Viniste entonces por eso?

Asentí afirmativamente.

—Lo intuí nada más verte en el autobús. Seguro que te mueres por saber qué ocurrió.

Mi boca estaba seca, no podía pronunciar palabra. Rea metió la cabeza en el agua, la sacó, se recogió el pelo por detrás y comenzó a hablar:

—Cuando era pequeño, a Dionisis, a Balís, como lo llamas tú, le sucedió algo que lo marcó. Estuvo a punto de ahogarse. Creyó convertirse en un pez para salvarse; en un tiburón, si no me equivoco.

—Me lo ha contado —balbucí.

—Desde entonces el propósito de su vida fue descubrir quién era. Decía que el ser humano es más grande que lo que pensaba; que había una diversidad mayor.

Estimé conveniente que me relatase la historia desde el principio.

—¿Cómo lo conociste tú? —le pregunté.

Suspiró.

—Una noche en un club. Hace muchos años. Se había alejado entonces de la mala vida de las drogas y, cuando me vio, se empeñó en salvarme a mí también, aunque yo no tenía relación con las drogas. Decía que yo era su análogo femenino. Sin embargo, para mí Dionisis significaba mucho. Nos parecíamos. Era el hombre de mi vida. No podría compararlo con el zoquete de mi marido.

—Así que eras tú —dije sorprendido, porque recordaba la historia que me había narrado Balís—. No me había dicho que os reencontrasteis. Creía que os habíais distanciado.

—Es verdad. Nos distanciamos. Cada uno cogió su camino. Yo me casé, tuve tres hijos, uno detrás del otro...

A sus veintiocho años, Rea acarreaba ya la decepción muda de la esposa cuyos hijos la llevaban al borde de la neurosis. Su marido era programador informático. Cada día pasaba más tiempo plantado delante de los ordenadores. En casa cada uno iba por su lado. La madre se quedaba todo el día con los niños y el padre regresaba por la tarde del trabajo para encerrarse en la habitación con el ordenador. Hasta que, una noche, Rea entró en la habitación inesperadamente y lo pilló masturbándose mientras observaba en la pantalla una fotografía de ella. Se trataba de una vieja fotografía, casi olvidada, que había tomado en la época en la que se estaban conociendo. Se vio a sí misma moverse en la pantalla como una diva del porno y excitarlo con posturas indecentes. Su marido tenía en la cabeza un casco con electrodos. Una de sus manos estaba

equipada con un guante de realidad virtual, mientras que con la otra seguía masturbándose frenéticamente. Le estaba diciendo a la belleza virtual las palabras que le susurraba a Rea antes, las que hacía tiempo que no escuchaba. Se sintió arrastrada por un torbellino de tinieblas. Agarró la mesa con los aparatos de última tecnología —que eran carísimos y aún adeudaban— y se la puso a él de sombrero. Bobinas, cables y microchips se esparcieron alrededor de ellos. El ordenador del marido se hizo mil pedazos. Él estalló en cólera y la golpeó salvajemente, más allá de toda lógica. Le rompió dos costillas y, en su arrebató de locura, la habría matado si no llegan a entrar los niños de por medio. Fue la gota que colmó el vaso. En cuanto Rea hubo salido del hospital, presentó una demanda por maltrato y, al mismo tiempo, una petición de divorcio. En su interior se socavó la noción de matrimonio, y con ello el interés por sus hijos. No eran hijos, eran cargas del pasado. A pesar de haber interpretado con éxito el papel de esposa y madre durante años, seguía siendo una inconformista. Cogió a los niños y regresó de nuevo a la casa de sus padres. Después de los primeros titubeos y algunos intentos de conciliación con su marido, los padres de Rea acogieron a los niños con los brazos abiertos.

Sobre este aspecto le dejé caer un reproche. Su indiferencia me parecía inconcebible. ¿Qué madre dejaba a sus hijos en manos ajenas?

—No son ajenas. Es mi propia gente, mis padres —subrayó—. Antes de que llevara a los niños allí, se morían de aburrimiento. Ahora son dos ancianos, ¿comprendes?, todo se convertía en achaques. Protestaban por dolores reumáticos y vertebrales; vivían en una casa grande, fría y desangelada; pasaban las tardes frente a la televisión, su única diversión. Ahora han vuelto a

rejuvenecer. ¡Si vieras a mi padre despertarse por la mañana para llevar al mayor al colegio...! La casa se ha llenado de voces y risas, ha cobrado vida. Se cansan, obviamente, no digo que no, pero están contentos. Sienten que hacen algo fundamental. Son personas de esa pasta. Si se encuentran con que no tienen nada que hacer, se sienten acabados.

Aunque hablaba con orgullo sobre este asunto, yo no consideraba que ello la honrase. Como si hubiera saldado su deuda con la sociedad, como si hubiera cumplido con su deber y ahora fuese libre de hacer lo que se le pasara por la cabeza. Me estoy moderando en las expresiones que empleo. La verdad es que Rea no había sacado nada en claro. Había abandonado a sus hijos para hacer lo que le viniese en gana. Quería vengarse por los años que había perdido criándolos. El filtro de la maternidad había sido sustituido por el filtro del chamanismo más el elixir de la segunda juventud.

Rea sacó a colación otra vez a Balís. Cuando se distanciaron, me dijo, se habían hecho mutuamente una promesa: si alguna vez volvían a encontrarse, incluso por un casual en la calle, se casarían. Cuando se separó, Rea pensaba en él continuamente. Parece que él también pensaba en ella; luego, era natural que se encontrasen algún día.

—Espera —la interrumpí—. ¿Quieres decir que os casasteis?

—En cierto modo —repuso con un atisbo de sonrisa—. No pienses que nos casamos con curas, padrinos y madrinas. Celebramos la ceremonia en una cripta, únicamente nosotros dos. Intercambiamos regalos simbólicos. Dionisis me regaló un peine de ébano. Yo le di un par de timbales africanos. Sabes cuáles son, esos que están en la *kánava*.

Permaneció callada un rato evocando el pasado. Los primeros momentos tras reiniciar su relación fueron los mejores. Más

tarde principiaron las discordancias, las desavenencias, las trifulcas. Antes, era Balís el que la añoraba; ahora, era Rea. Las relaciones sexuales giran en torno a dos palabras: dolor y gozo. Dos porciones en el mismo plato, de donde cada amante toma una. Balís, más experimentado, se adelantó y tomó la porción de gozo, y dejó intacta la porción de dolor para Rea. Ella hacía de todo para complacerlo; y él, el sátrapa, el embaucador, no perdía una oportunidad para echar una cana al aire. Rea se sentía insatisfecha, utilizada y a punto de derrumbarse. Lo soportó con la misma paciencia que la del Santo Job hasta que lo vio colocándose de nuevo, esta vez con algo distinto: los psicotrópicos.

—¿Te había dicho que convivió un año con hechiceros? ¿Que había sido instruido en la práctica del chamanismo? —me preguntó.

—Lo único que sé es que se marchó a algún lugar de Sudamérica. Por lo demás, no sé muy bien qué es eso del chamanismo.

Me explicó que el chamanismo es un proceso en el que se altera la conciencia. Los chamanes se asemejan a los psicoterapeutas occidentales o a nuestros médicos empíricos. La diferencia estriba en que, más que a curar el cuerpo, aquéllos otorgan una gran importancia a curar la mente. Parecía bien informada respecto de esta materia. Me dijo que los chamanes poseen la misma cosmología, ya sean oriundos de Siberia o de Australia. Creen que el cielo, la tierra y el mundo subterráneo se conectan con un eje central, el Árbol de la Vida. Henchido de curiosidad, le pregunté cómo era el mundo de arriba, el cielo, y Rea me informó de que, según los chamanes, se parece al nuestro, sólo que más radiante. La práctica de los chamanes es el éxtasis. Proyectan su conciencia hacia planos diferentes en búsqueda de lo divino.

Me pudo la impaciencia.

—Todo eso está muy bien —le dije—, pero quiero saber qué pasó en Ía con Balís.

Rea me lo contó todo punto por punto, sin vacilaciones. De acuerdo con su relato, cuando regresó a Ía encontró la *kánava* cerrada. Escuchó que alguien estaba tocando dentro los timbales. Ella tenía sus propias llaves y abrió la puerta. Cuando hubo entrado, lo comprendió todo de un vistazo: Balís había urdido un plan con la sangría psicodélica. Se preparaba para dar el gran salto y alguien tenía que acompañarlo para hacer que volviera en sí si el viaje salía mal. Tenía la esperanza de que alguna de las muchachas lo siguiera. En efecto, había dado en el blanco. Una de las chicas estaba ya curtida, una morena que parecía española. ¡Cómo iba a dejar Rea que se le escapara de sus garras! Ella misma iría con él. Se lo había pedido en el pasado, pero a ella le daba miedo. Se determinó a hacerlo en cuanto lo vio. Lo asíó y salieron de la *kánava*. Atravesaron el pueblo y cogieron el todoterreno para llegar a la finca de las vides. Balís hizo allí un breve ritual para solicitar a los espíritus de la luz que le ayudasen. A continuación, se sacó del bolsillo un pequeño frasco con un líquido espeso. El tapón estaba tan bien cerrado que, aunque se pusiera el frasco boca abajo, no se derramaría ni una gota. Se trataba de la «vorágine» de Balís, su muerte y su vida. El destino de Balís se encontraba ahí dentro. Además del guaje, contenía también extractos de otras plantas que lo volvían dulce. Una síntesis de psicotrópicos y de inspiración propia. Decía que ya había experimentado y que, si todo iba bien, exploraría muchos planos diferentes. Sería el primero en hacer algo semejante. El pionero, el vanguardista, el revolucionario.

Aspiraba a abrir el camino a una nueva generación de chamanes que siguieran su ejemplo. Se lo bebió todo. Después se tumbó en el suelo, entró en coma y empezó su viaje. Rea permaneció a su lado. Pasó un día entero entre las vides, junto a su cuerpo inmóvil. Balís no retornó hasta la noche siguiente. Abrió los ojos, la miró y le pidió que lo matase.

—¿Por qué? —inquirí sorprendido.

—Lo mismo pregunté yo. Me explicó que había combatido con el espíritu de un chamán y había sido derrotado. El espíritu del chamán le había extraído su esencia. Decía que no podía vivir sin su esencia, que no tendría voluntad. Sólo muriendo podría recuperarla.

—¿Y tú aceptaste? —Me enojé.

—No podía negarme.

—No —grité, y casi salgo del agua de un salto—. No te lo habría pedido si no hubiese estado colocado. Balís estaba lleno de vitalidad. Amaba la vida, qué digo, la adoraba. ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Lo que Dionisis me pidió fue que le ayudase a recobrar su dignidad. El respeto que se había perdido a sí mismo. Quería rescatar la esencia de su vida en un mundo que consideraba más verdadero que el nuestro. No sé si lo entiendes. Me encontraba en una situación difícil. Hasta entonces no le había hecho daño ni a una mosca en mi vida, te lo juro. Dionisis me convenció cuando me dijo que, si no lo hacía yo, lo haría él mismo. Se suicidaría.

El cielo se oscureció. El viento se llenó de susurros, arremetió contra la superficie del agua e hizo que se estremeciera. A mis oídos llegaron unas letras dispersas: la *m*, la *e*, la *n* y la *t*. Miré a Rea con dureza. Con los ojos llorosos me dijo algo aterrador:

—¿Te digo el sonido que hace la carótida cuando se rompe? Como si caminaras sobre hojas secas. No voy a olvidarlo por muchos años que pasen.

Cuando le hablé sobre la granada, no se contuvo y rompió a llorar. Dijo que a Balís le gustaba estar allí, bajo el árbol; además, no había muchos árboles en la isla. Deseó con todo su corazón que su compañero hubiera encontrado lo que pretendía. Su acto, seguramente, había sido atroz, pero lo había hecho por el bien de Balís. Sólo cuando hubo escuchado aquel sonido, volvió en sí, como si despertara de un sueño. La desgracia, sin embargo, se había consumado. Rea pertenecía a la categoría de los «homicidas por petición», que, la mayoría de las veces, quedan absueltos porque se considera que son unos perjudicados de un clima insano. Las víctimas les infunden la idea del homicidio ya que no tienen las agallas para quitarse la vida ellas mismas. Los criminólogos afirman que su móvil es benevolente porque creen que no matan, sino que liberan —en pocas palabras, que realizan un acto de caridad—.

—Dionisis no estaba aquí para aprender. Estaba para enseñar —sollozó Rea—. La gracia es que él no lo sabía.

El viento rugía a mi alrededor. Y otros susurros llenaban mis oídos. La *i*, la *r*, luego la *a* y, seguidamente, la *s*. Formaban una palabra: mentiras. Me estaba contando mentiras. Estaba tergiversando los hechos y presentándose a sí misma como si fuera una inocente paloma. No me convencía. Mis interrogantes no se habían despejado con sus enrevesadas explicaciones. Recordé la escena de la primera noche, en la terraza con Kiriakos, y quise saber qué había ocurrido. ¿Por qué había elegido a Kiriakos? ¿Tenía algo de particular?

Rea se limpió las lágrimas en el agua y, templando la voz, me dijo que había dos modos de salir fuera de tu cuerpo. Uno consistía en recurrir a los alucinógenos. El otro se servía de la música. Kiriakos tenía un talento innato, algo que nadie le había enseñado. Tocaba los timbales de una manera única, justo como requerían las ondas zeta del cerebro para activarse, aquéllas que tienen que ver con los sueños en estado de éxtasis. Balís no podía alcanzar su técnica ya que Kiriakos tocaba por instinto. Encontraba el tono adecuado y empezaba su viaje mientras sus manos continuaban mecánicamente tocando los timbales. Aquello exigía una sintonización perfecta del cuerpo con la mente, una sintonización que Balís a duras penas lograba. Cuando salía fuera de su cuerpo, alucinaba y cambiaba de forma. Envidiaba a Kiriakos por su talento, y Rea quería darle celos. Desde el día en que se habían vuelto a juntar, le había hecho la vida imposible a Rea. A pesar de todo, no podía separarse de él. Lo quería, lo deseaba, lo amaba con un amor enfermizo que rozaba los límites de la locura. Aquella noche quiso pagarle con la misma moneda. Lo recordó todo y destiló veneno sobre Balís:

—No era un buen chamán —maldijo—. Los indios lo echaron de su poblado. Se pasaba el día flipado. ¿Qué esperas de una persona de excesos? Todo lo que hacía, lo hacía de manera exagerada. Para sobrevivir a tales situaciones, se debe ser equilibrado, haber hecho las paces consigo mismo.

Conforme pasaba el tiempo, Rea se mostraba en una actitud cada vez más crítica, más y más condenatoria hacia su excompañero. Yo también la secundé destacando los defectos de Balís. ¡Eso es lo que era! Rea fue cogiendo confianza y del simple menosprecio

acabó en el ostensible desprecio. Llegó al punto de manifestar que merecía morir.

El sol se ocultó, el viento aulló y los susurros se multiplicaron.

—¿Sabes quién sería un buen chamán? —preguntó Rea, que parecía no apercebirse de la agitación a nuestro alrededor—. Tú.

—¿Qué quieres decir? ¿Que lleve plumas de gallina y baile alrededor del fuego golpeando unos timbales?

—No exactamente, no espero tales cosas de ti. Un chamán es quien escucha su voz interior. Y tú la escuchas.

—¿Cómo lo sabes? Si es así, dame pruebas de ello.

—¿Por qué te resistes a creerlo? ¿Cómo supiste que Balís había muerto? ¿Te lo dijo alguien? ¿Y a mí, cómo me encontraste aquí, en el quinto pino?

Empezó explicándome que cada uno tiene un chamán interior. No hay más que relajarse y escucharlo. Es una voz mística que nos da consejos. Tiene el tono de nuestra propia voz. Continuó hablando, pero dejé de prestarle atención. La sensación de que el mar nos vigilaba se había hecho más intensa. Miré en torno a mí con inquietud. Algo venía, se aproximaba desde la lejanía sobrevolando el agua.

Una hoja de vid se balanceaba en el aire por encima de nuestras cabezas y cayó en el agua, a pocos metros de distancia. Un olor a mosto me cosquilleó la nariz. Me embargaron unos sabores entre dulces y amargos. A mis oídos llegó un sonido, de un baglamás, y luego otro, de un violín. La costa se desdramatizó. Dos peces aplanados pasaron cerca de nosotros y me recordaron las orejas de los koalas. El viento arreció y se carcajeó con su conocida y estruendosa risa. Albergaba una sensación de embriaguez análoga a aquélla de la

sangría, sólo que ahora los narcóticos vegetales impregnaban la atmósfera. Me aturdí apenas los inhalé.

Volví a ver la escena en la *kánava*. Rea se había marchado de la isla con la intención de olvidar a Balís. No lo consiguió. Era como si el vínculo entre ellos dos los desgarrase; uno consumía las carnes del otro. El único modo de librarse de él consistía en quitarlo de en medio, en liquidarlo. Rea regresó de nuevo a Ía con la determinación de darle fin a su martirio. Cuando abrió la puerta de la *kánava*, lo encontró a horcajadas sobre aquella hija de puta, la morena. La muchacha no advirtió la presencia de Rea, estaba en otro lugar. Balís, en cambio, la reconoció. Empezó a adularla, a decirle lo muy entusiasmado que estaba de que hubiese vuelto. Rea lo colmó de lisonjas y promesas a pesar de estar rabiando por dentro. Estuvieron de acuerdo en que había llegado el momento del gran salto, con la salvedad de que no sería como Balís había imaginado. En la finca le dejó beber la «voráGINE» y, en cuanto se hubo cerciorado de que no opondría resistencia, enroscó sus dedos en el cuello de Balís. Esas manos ocultaban una ira inimaginable. No le había pedido que lo matase. Rea lo asesinó siendo plenamente consciente de su acto. Lo estranguló para liberarse de su dependencia, de su pasión hacia él. En la finca había una azada, con la que cavó la fosa de Balís; y una pala, con la que echó tierra encima de él. Además de su asesina fue también su sepulturera. Hizo desaparecer la azada y la pala, así como cualquier otra cosa que la inculpara.

El viento volvió a rugir: «Al César lo que es del César. Ojo por ojo. Quien a hierro mata, a hierro muere». Puse los pies en el fondo y me erguí. Con el dedo índice estirado hacia la medusa, imputé la acusación:

—Mientes. Llevas todo el tiempo intentando alegar buenas razones, pero tus razones eran mezquinas. Querías librarte de él. No querías liberarlo a él, sino liberarte tú. Te acuso del asesinato a sangre fría de Balís.

Reconocí la desesperación en su mirada. Se quedó perpleja durante unos instantes. Recobró su autocontrol y tuvo la osadía de burlarse de mí.

—¿Estás en tu sano juicio? No puedes demostrar nada. Te tomarán por loco allí donde lo cuenten.

Dicen que, para echar al ladrón de tu casa, no es necesario que llegues a las manos con él. El ladrón puede estar armado, así que pondrías tu vida en peligro. Basta con que rompas una ventana. El cristal, al hacerse añicos, detona la culpabilidad del ladrón, que sabe que está haciendo algo ilegal. Pone pies en polvorosa y desaparece sin mirar atrás. Así ocurrió con Rea: rompí el cristal que despertó su mala conciencia.

—Puedo demostrarlo. Hay un testigo que te vio yendo por la noche con Balís hacia su finca —afirmé con aplomo—. Está dispuesto a declarar. Rendirás cuentas ante la ley, te lo juro. Pagarás por lo que hiciste.

«¡Eeeeeaaaaa!» fue el grito paranoico que salió de su boca. El aullido del culpable, tan penetrante que a punto estuvo de perforarme los tímpanos.

Me arrojó agua a los ojos, me dejó ciego momentáneamente y aprovechó la oportunidad para escapar. Se zambulló en el agua y se dirigió buceando hacia la salida de la ensenada. Era una hábil nadadora. Me sorprendió que se desplazara a la velocidad del rayo. Me puse en cuclillas y esperé a ver por qué punto emergía para

perseguirla. Esperé medio minuto, uno, dos minutos. No podía ser, me dije, aparecerá. Los minutos transcurrían y Rea no aparecía en la superficie. Preso de la preocupación, comencé a nadar en su busca.

Epílogo

Nuestra tierra es el cielo; la mar, nuestra mujer; y el amor, la sal que nos arde en la herida. Deseamos esa sal, aunque deje sus huellas sobre nosotros, aunque nos escueza y nos duela. Son los arañosos de la amante en el pecho y en la espalda, los cardenales en el cuello y en los brazos. Suspiros y porqués. Oscuridad y caricias. Mis sensaciones son muchas, pero abrigaré la que más anhelo para tener una relación conveniente con ella.

Soy un monje del mundo que vive en una aldea de pescadores, abandonada y olvidada por Dios, en algún lugar de la isla de Patmos. Sigo bebiendo agua del pozo y alimentándome de los peces que capturo, con las manos, donde el mar no cubre: viejas coloradas y agujas plateadas. Debe ser noviembre, puede que diciembre, no sé. El tiempo aquí ha cambiado, está helando. Los vientos del norte hacen que la arena palpite. Cuando amainan, ceden el turno a la bruma. En estos momentos está llegando a la aldea el aroma de los árboles de las altas montañas. Sonidos, risas, música. Veo aparecer por entre la bruma la galera de Balís con él al timón. Lleva una gorra marinera y me saluda. En el puesto de vigía se halla Rea, que me señala y grita: «¡Tierra a la vista! Y un naufrago en tierra».

El Egeo me impregna. Es una lengua y dos labios que me sorben la médula. Sé que esta situación no durará mucho. Un día,

cuando no soplen los vientos del norte, aparecerá por el fondo de la ensenada una trainera; *grr grr*, el ruido de la civilización. Fondeará en el embarcadero y un pescador con gorra negra desembarcará. Irá a alguna casa, cogerá lo que sea menester y, al regresar al embarcadero, me preguntará, sorprendido, qué ando buscando aquí. Le diré que me perdí y le pediré que me lleve hasta Skala. Cuando la trainera pase por un lugar concreto, echaré al agua un ramito de flores silvestres por los amantes desaparecidos.

Es el lugar en el que hallé, ahogada, a Rea. El pelo se le había enredado en las columnas y los arcos de un complejo submarino de rocas. Había estado luchando por desprender sus mechones de pelo hasta que las fuerzas la abandonaron. Pereció con las manos extendidas alrededor del complejo pétreo; muchacha y mar en un abrazo mortal. Tardé en encontrarla porque se había alejado del punto en el que se sumergió. Al final, aunque borrosamente, la distinguí, trémula bajo el agua. Intenté liberarla y llevarla hacia la superficie. Resultó imposible. El cúmulo de rocas la retenía obstinadamente, no la soltaba. Vi que no conseguía nada y decidí arrancarle el pelo. Lo habría hecho sin falta, pero, cuando subí a la superficie para coger aire, una encrespada ola arremetió contra mí, agotado, y me arrastró a la playa. No terminé en la arena, sino sobre el embarcadero. Se me desencajó un hueso de la pierna derecha. Lo volví a encajar, pero todavía no se ha restablecido y camino haciendo muecas. Rea se quedó en el mar que tanto deseaba. Con el tiempo, el esqueleto de la muchacha se fundirá con el cúmulo de rocas, tanto que difícilmente podrá alguien separarlos. Su cuerpo será alimento para los peces y, tal vez, en pleno invierno venga un tiburón desde alta mar para devorarlo.

Tan pronto como la trainera me deje en Skala, me plantaré en el muelle y esperaré el barco de línea hacia El Pireo. Lo primero que voy hacer cuando esté de vuelta será enviar una carta a los padres de Balís y a la familia de Rea. Imitaré la letra de los dos hasta que parezca que la han escrito ellos. Además, para este propósito tengo conmigo tanto el cuaderno de apuntes de Rea como la nota de Balís acerca de Albana. Escribiré, en nombre de ambos, la verdad. Diré que Balís y Rea, Rea y Balís, están juntos; que sus vidas se han ligado indisolublemente. Diré una mentira, que viven en una aldea sin nombre de Sudamérica, lejos de todos. De esta manera, evitaré a sus familiares el deterioro psíquico que causa la búsqueda de los que están en paradero desconocido. En el fondo puede que los considere dichosos por haberse mantenido ajenos a la desgracia. Inventaré una atractiva historia sobre ellos y dejaré que los suyos vayan forjando con los años auténticas leyendas.

Poco a poco iré aclimatándome al ambiente de la ciudad y haciendo lo que todos hacen. Trabajaré, dormiré y me aburriré. Haré amigos y perderé amigos. Me enamoraré, saldré herido y me separaré para volverme a enamorar. Puede que alguna vez me case de nuevo y forme una familia. Me quedaré en casa por las noches para cuidar de los niños. Me despertaré por la mañana para ir al trabajo y me levantaré en mitad de la noche para abrir el frigorífico y preparar un sándwich. Andando los años mi pelo se volverá canoso, se caerá y yo echaré barriga. Mis andares adquirirán el frágil donaire de los mayores. Espero disfrutar de muchos nietos. Los reuniré por las noches en torno a la chimenea, les mostraré mis tatuajes y les relataré tales historias que no creerán lo que estarán escuchando.

Cuando muera, no estará lloviznando. Será una tarde calurosa en la que los habitantes de la ciudad estarán entregados a la rutina diaria. Los chiquillos estarán jugando en el parque, las hojas estarán susurrando en la brisa y, por las ventanas abiertas, se estarán oyendo los éxitos del momento. La radio estará transmitiendo un partido de fútbol y en la televisión estarán echando viejas películas griegas. Los teléfonos estarán sonando y la gente estará charlando sobre el incremento en los combustibles líquidos.

A no ser que...

A no ser que alguien siga mis pasos un día, me recuerde la historia en la aldea de las lechuzas muertas y me diga que ha llegado la hora de que se juzgue al juez.

